

# SARA GRUEN EL AGUA DE LA VIDA

Una tierra de misterio y leyendas.  
Un amor capaz de cambiarlo todo.



## Índice

[Portada](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Poema](#)  
[Prólogo](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Para Bob,*  
'S tusa gràdh mo bheatha

*Un cuervo, tristeza.*

*Dos son alegría.*

*Tres traen una boda.*

*Cuatro, una nueva vida.*

*Cinco son de plata.*

*Seis, de oro bruñido,*

*y siete es un secreto que quedó escondido.*

## PRÓLOGO

**Drumnadrochit, 29 de febrero de 1942**

*Agnes Màiri Grant,  
Hija de Angus y Màiri Grant  
14 de enero de 1942*

*Capitán Angus Duncan Grant  
Esposo amado de Màiri  
2 de abril de 1909 - enero de 1942*

La modesta lápida era de granito negro, ya que el granito era una de las pocas cosas que nunca escaseaban en Glenurquhart, ni siquiera en esa época de penuria.

Màiri visitaba a diario el pequeño montón de tierra que cubría el ataúd de su hija y lo veía achatarse cada vez más. Archie, el cantero, le había advertido que quizá fuera preciso esperar meses antes de poner la lápida, a causa de las intensas heladas de los últimos tiempos, pero la caja era tan pequeña que la tierra había tardado pocas semanas en asentarse.

En cuanto la lápida estuvo en su sitio, Màiri recibió el telegrama que le anunciaba lo de Angus, y entonces le pidió a Archie que volviera a quitarla. El cantero habría querido esperar hasta recibir confirmación de la fecha de la muerte, pero Màiri la necesitaba enseguida, para tener un lugar donde llorarlos a los dos, y él no pudo negarse. Grabó el nombre de Angus debajo del de su hija y dejó un espacio para añadir el día del mes, cuando se supiera. El añadido marcaba una ausencia, porque Angus —a diferencia del bebé— no estaba bajo la lápida, y probablemente no lo estaría nunca.

Estaban ellos dos solos en el cementerio cuando Archie repuso la lápida. Era un hombre robusto, capaz de cargar con una losa de granito sin ayuda.

Una sombra fugaz pasó por el cielo y Màiri levantó la vista. En lo alto, un

cuervo solitario volaba en círculos sobre las tumbas. Parecía como si no moviera las alas.

*Un cuervo, tristeza.*

Enseguida se le sumó otro, y después, dos más.

*Dos son alegría.*

*Tres traen una boda.*

*Cuatro, una nueva vida.*

Archie se quitó el sombrero y empezó a estrujarlo entre las manos.

—Si hay algo más que Morag y yo podemos hacer, cualquier cosa...

Màiri intentó sonreír, pero lo único que le salió fue un sollozo sofocado a medias. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo apretó contra la boca.

Archie hizo una pausa, como si quisiera añadir algo más. Pero al final volvió a ponerse el sombrero.

—Bueno, entonces me voy —dijo.

Saludó con una decidida inclinación de la cabeza y se fue andando pesadamente hacia su camioneta.

El telegrama se lo había entregado Willie el cartero nada menos que el día de San Valentín, un mes justo después del parto. Màiri estaba tirando una pinta de cerveza detrás de la barra cuando entró Anna, completamente pálida, y le susurró que Willie estaba en la puerta y no quería entrar. El cartero era un habitual, por lo que Màiri supo enseguida lo que iba a llevarle antes incluso de salir a la puerta y verle la cara. Sus ojos de párpados caídos se clavaron en los suyos y después se desviaron hacia el sobre que tenía entre las manos. Lo hizo girar dos o tres veces, como si no se decidiera a entregárselo, como si su contenido fuera a dejar de ser cierto por el hecho de no dárselo. El viento lo agitó un par de veces en diferentes direcciones. Cuando finalmente se lo dio, lo hizo con el cuidado de quien manipula un pollito recién salido del cascarón. Màiri lo abrió, lo puso del derecho, dejó que sus ojos se demoraran sobre el sello de la fecha —«14 de febrero de 1942»—, que el propio Willie había estampado menos de media hora antes, y después leyó:

SRA. MÀIRI GRANT 6 HIGH ROAD DRUM INVERNESSHIRE  
CON PROFUNDO PESAR LE HACEMOS SABER QUE SU MARIDO CAPITÁN  
ANGUS D. GRANT SEAFORTH 4.º BATALLÓN DE S. M. 179994 ESTÁ DESAPARECIDO  
PRESUMIBLEMENTE CAÍDO EN ACTO DE SERVICIO 1 ENERO 1942 PRÓXIMAMENTE  
RECIBIRÁ CARTA CON MÁS DETALLES



Sólo entendió tres cosas: «Angus», «caído» y la fecha. No necesitó saber nada más.

—Lo siento, Màiri —dijo Willie casi en un susurro—, sobre todo ahora, cuando hace tan poco tiempo que...

Se le apagó la voz. Parpadeó y bajó la mirada, que se detuvo brevemente en el vientre de ella, antes de fijarse otra vez en sus propias manos.

Màiri no pudo responder. Cerró la puerta sin ruido, dejó atrás a los callados clientes y se metió en la cocina. Apoyó la espalda contra la pared, agarrándose el vientre vacío con una mano y apretando con la otra el trozo de papel que le había traído la muerte de Angus. Realmente era como si el papel le hubiera traído la muerte y no simplemente la noticia. Llevaba muerto más de seis semanas y ella no lo sabía.

En el intervalo entre la llegada del telegrama y la reposición de la lápida con el nombre de Angus grabado, Màiri había empezado a culpar a Willie. ¿Por qué había tenido que entregarle el telegrama? Ella había notado su indecisión, y no le habría importado ser cómplice de algo que en el peor de los casos habría sido una mentira por omisión, sobre todo si la ayudaba a seguir creyendo que Angus estaba vivo en algún sitio. Aunque hubiera estado haciendo cosas incomprensibles, cosas que pudieran cambiarlo de la manera terrible en que habían cambiado los hombres que ya habían regresado al pueblo, Màiri podría haber creído que seguía vivo y que, por tanto, tenía arreglo, porque seguramente no había nada que su amor no pudiera curar una vez que Angus estuviera en casa.

Le habían mentado acerca del bebé y ella los había dejado.

Desde la primera vez que lo había sentido en su interior, había tenido una conciencia clara de todos sus movimientos. Durante meses había observado maravillada la aparición de diminutos promontorios en su vientre, que se desplazaban con determinación —un codo, o quizá una rodilla—, fuerzas subterráneas que reordenaban constantemente el paisaje de su piel. ¿Sería niño o niña? Fuera lo que fuese, ya tenía opiniones firmes. Recordaba el momento exacto en que había pensado que llevaba muchas horas sin sentirlo. Entre todos los días posibles, era *Hogmanay*, el último día del año. Cuando dieron las doce, justo mientras Ian Mackintosh preparaba la gaita para tocar el primer acorde del *Auld Lang Syne*, la típica canción de Nochevieja, y unos segundos antes de que las mismas notas brotaran desde la puerta de la casa de Donnie Maclean, Màiri empezó a darse empujones en el vientre para despertarlo, porque había oído que los bebés duermen incluso antes de nacer. Lo llamó, le

gritó y, finalmente, cuando comprendió lo que estaba pasando, lo abrazó y se echó a llorar. Trece días después empezó a sentir los dolores.

Sus recuerdos del parto eran vagos, porque la comadrona le había dado té amargo con un polvo blanco, y el médico le había puesto paños empapados en éter debajo de la nariz, a intervalos regulares, hasta dejarla inconsciente. Le dijeron que el bebé había vivido unos minutos, lo suficiente para recibir el bautismo. La mentira de los demás se había convertido en su mentira y había quedado inscrita en la lápida. Pero probablemente había perdido a su hija y a su marido el mismo día.

La carta prometida no llegó nunca. ¿Dónde había muerto Angus? ¿Cómo? Sin los temidos detalles, sólo le quedaba su imaginación —su terrible imaginación—, y aunque habría preferido no ser capaz de figurarse los últimos instantes de su marido, era capaz. Podía verlos con una claridad precisa y punzante, de un millón de formas diferentes, y le rogaba a Dios que realmente hubieran sido instantes, y no horas o días.

La bandada de cuervos descendió en ruidosa confusión y se apostó en hilera sobre el muro de piedra, todos ellos apiñados uno contra otro, con el plumaje ahuecado y las negras cabezas gachas, como si se hubieran subido el cuello de los abrigos. Sus miradas eran acusadoras y lastimeras, pero sin los comentarios habituales. Màiri los contó dos veces.

*Y siete es un secreto que quedó escondido.*

Entonces supo que nunca conocería los detalles. No sabría jamás lo sucedido.

Un viento que helaba los huesos removió las hojas caídas e hizo que formasen remolinos que empezaron a bailar entre las tumbas. Màiri se agachó y repasó con los dedos los nombres de su hija y su marido sobre la piedra negra.

*Agnes.*

*Angus.*

El tercio inferior de la lápida seguía en blanco. Había espacio para otro nombre y otras fechas, pero esta vez serían exactas.

Se puso de pie, sin apartar la vista de la losa. Se secó los ojos y la nariz con el pañuelo y lo mantuvo en la mano, mientras se rodeaba a sí misma con los brazos y salía por el portón negro de hierro, que dejó balanceándose a sus

espaldas. Puso rumbo a la posada pero, al llegar al cruce de caminos, giró a la izquierda, en lugar de seguir recto.

Empezaba a caer una nieve ligera y, aunque llevaba la cabeza y las piernas descubiertas, no se detuvo en la granja de los Farquhar. La habrían recibido muy bien, lo mismo que los McKenzie, a través de cuyas ventanas podía vislumbrar un fuego anaranjado en la chimenea. Pero siguió adelante, con los dientes castañeteando y las manos y las espinillas entumecidas.

Al final vio levantarse el castillo a su izquierda, con sus majestuosas y arruinadas almenas como otros tantos dientes rotos recortados sobre el cielo plomizo. De niña había jugado dentro de sus murallas y sabía qué salas se mantenían intactas, dónde era preciso tener cuidado para no caerse, dónde estaban los mejores escondites y dónde se refugiaban las parejas para estar a solas. Angus y ella habían sido una de esas parejas.

La nieve empezaba a caer con más fuerza, en grandes copos que se acumulaban y se le fundían en el pelo. Tenía las orejas más que heladas. Se estiró las mangas para cubrirse las manos y se las cerró haciendo una pinza con la punta de los dedos. Pasó junto a la casa del guarda, dejó atrás el horno del alfarero y siguió adelante entre hierbas altas, arbustos espinosos, cardos y helechos, directamente hacia la esclusa.

Se detuvo en lo alto, contemplando la negrura del lago. Miles de diminutas ondas coronadas de espuma agitaban la superficie y parecían moverse en dirección opuesta al agua del fondo. Decía la gente que había más agua en ese lago que en todos los otros lagos juntos, no sólo de Escocia, sino también de Inglaterra y de Gales, y que también había otras cosas en sus profundidades. Durante toda su vida le habían advertido que no se acercara al lago, porque enseguida se volvía muy hondo, el frío de sus aguas era despiadado y el *kelpie* estaba siempre al acecho.

Bajó de costado por la pendiente, dejando que los dedos helados asomaran por la boca de las mangas, para levantarse el borde del abrigo.

Cuando llegó al pie de la cuesta, el agua le lamió las suelas de los zapatos. El lago era seductoramente llano en la orilla y se derramaba sobre la grava, para recogerse enseguida sobre sí mismo. Dio un paso adelante y sofocó una exclamación cuando el agua le inundó los zapatos. ¡Estaba tan fría! Y, sin embargo, nunca se congelaba; no se había congelado jamás en toda la historia. Otro paso y otra exclamación sofocada. Trozos de turba se arremolinaban en el agua en torno a sus tobillos y alrededor de sus piernas, impulsándola a seguir adelante. Otro paso, y esta vez tropezó, con el agua

repentinamente a la altura de las rodillas. Volvió la mirada hacia la orilla con imprevista desesperación. Si hubiera llevado un sombrero, podría haberlo arrojado hacia los arbustos espinosos. Si hubiera tenido algo que flotara, quizá habrían pensado que había sido un accidente y habrían permitido que la enterraran al lado de su hija. Tal vez pensarán que se la había llevado el *kelpie*. Entonces recordó que el lago nunca devolvía a sus muertos, así que separó las manos y lo abrazó.

**Highlands, Escocia, 14 de enero de 1945**

—¡Dios mío, haz que pare! —dije mientras el coche tomaba otra curva más en la oscuridad casi absoluta.

Habían pasado cerca de cuatro horas desde que habíamos salido de la base naval de Aultbea, y desde entonces no habíamos hecho más que saltar a toda velocidad de un puesto de control al siguiente. Creo sinceramente que no hubo ningún otro momento en que el conductor utilizara los frenos. En el último puesto de control, vomité copiosamente, y por poco no le ensucié las botas al guardia. El hombre ni siquiera se molestó en comprobar nuestra documentación. Levantó la valla roja y blanca y nos indicó por señas que pasáramos con una mueca de disgusto.

—¡Conductor! Pare un momento a un lado —dijo Ellis, que iba sentado en el asiento trasero, entre Hank y yo.

—Me temo que no hay ningún «lado» —replicó el conductor con marcado acento de las Highlands antes de detenerse en medio de la carretera.

Era cierto. Si hubiera salido del coche, me habría hundido hasta los tobillos en el barro y la vegetación espinosa, aunque tampoco es que mi ropa y mis zapatos fueran a quedar mucho peor de lo que estaban. Se hallaba impregnada de la cabeza a los pies de azufre, cordita y el hedor del miedo. Las medias se habían transformado en meras telarañas tendidas sobre mis piernas, y el esmalte escarlata se me había descascarado en las uñas rotas. No me lavaba el pelo desde la víspera de nuestra salida de los muelles de Filadelfia. Nunca me había encontrado en un estado semejante.

Saqué la cabeza por la puerta abierta y vomité un poco más, mientras Ellis me frotaba la espalda. La nieve mojada se me acumulaba en la cabeza.

Volví a sentarme en posición normal y cerré la puerta.

—Ya está. Lo siento. ¿No podría quitar esas cosas que tapan los faros? Creo que me sentiría mejor si pudiera ver el camino.

Me refería a las placas de metal con una hendidura que nuestro conductor tuerto había fijado sobre los faros antes de salir de la base y que limitaban la visibilidad a poco más de un metro.

—No puedo —replicó en tono dicharachero—. ¡Apagón obligatorio!

Mientras él cambiaba de marcha, a mí se me bamboleaba la cabeza adelante y atrás. Me agaché y apoyé la cara sobre las manos.

Ellis me dio una palmadita en el hombro.

—Ya casi debemos de estar. ¿Crees que te haría bien un poco de aire fresco?

Me incorporé y dejé descansar la cabeza sobre el respaldo del desvencijado asiento de cuero. Ellis estiró un brazo por encima de mí y bajó la luna, dejando una ranura abierta en lo alto. Volví la cara hacia el aire frío y cerré los ojos.

—Hank, por favor, ¿podrías dejar de fumar?

No me contestó, pero una ráfaga de aire helado me anunció que había tirado el cigarrillo por la ventana.

—Gracias —dije con voz débil.

Veinte minutos después, cuando finalmente el coche se detuvo y el conductor apagó el motor, yo estaba tan desesperada por sentir terreno firme bajo mis pies, que me lancé fuera del vehículo antes de que el chófer pudiera abrir su puerta y mucho menos la mía. Aterricé de rodillas.

—¡Maddie! —exclamó Ellis alarmado.

—Estoy bien —dije.

La cubierta de nubes corría por el cielo, bajo una luna casi llena, a cuya luz vi por primera vez nuestro improbable destino.

Me incorporé y me aparté del coche, con la sensación de que volvería a ponerme mala en cualquier momento. Las piernas me llevaron por sí solas hacia el edificio con creciente rapidez. Choqué con la pared y me deslicé hacia abajo, hasta quedar acucillada contra el muro.

A lo lejos baló una oveja.

Decir que no tenía ningún deseo de estar allí habría sido expresarlo de forma muy suave, pero sabía que no tenía otra opción.

—Tenemos que hacerlo —me había dicho Hank—. Es por Ellis.

Negarme habría sido una traición, un acto de calculada crueldad. Por eso,

por la guerra entre mi marido y su padre, y por su insana obsesión con un monstruo mítico, habíamos cruzado el Atlántico, justo en el momento en que un auténtico perturbado mental, un monstruo real, intentaba dominar el mundo por sus propias razones de egolatría y soberbia.

Habría dado cualquier cosa por retroceder dos semanas, hasta la fiesta de Nochevieja, para poder escribir un guion completamente distinto.

**Rittenhouse Square, Filadelfia, 31 de diciembre de 1944**

—¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos!

La palabra «uno» ya se había formado en nuestros labios, pero antes de salir al exterior, hubo una explosión sobre nuestras cabezas. Mientras se levantaban gritos a nuestro alrededor, me apreté contra Ellis y le tiré todo el champán encima. Él me rodeó la cabeza con un brazo protector, sin derramar ni una sola gota.

Cuando los gritos cesaron, oí un tintineo en lo alto, como de cristales rotos, unido a un inquietante gemido. Intenté ver algo desde mi posición contra el pecho de Ellis.

—¿Qué demonios...? —dijo Hank, sin una sombra de sorpresa. Creo que fue la única persona en la sala que no se sobresaltó.

Todas las miradas se volvieron hacia arriba. Diez metros por encima de nuestras cabezas, una colosal lámpara de araña se balanceaba al final de su cadena plateada, proyectando prismas resplandecientes sobre las paredes y el suelo. Era como si un arco iris hubiera estallado en un millón de pedazos que de pronto se hubieran puesto a bailar sobre el mármol, las sedas y los damascos. Todos lo observábamos paralizados. Yo eché un vistazo nervioso a la cara de Ellis y después volví a mirar al techo.

Un corcho enorme aterrizó a los pies del general Pew —nuestro anfitrión en una fiesta que probablemente era la más esperada del año— y se fue rebotando por el suelo, como una seta hinchada. Una fracción de segundo después, un trozo de cristal del tamaño de un huevo de codorniz cayó del techo directamente en su copa y casi la vació. El general se quedó mirando la copa divertido y achispado y, después, con mucha calma, sacó su pañuelo y se puso a limpiarse la chaqueta.

Cuando todos estallaron en carcajadas, observé que un sirviente pálido e inmóvil, vestido con calzón corto de lacayo antiguo, temblaba en lo alto de una



escalera de mano, intentando evitar que se desbordara del todo la botella de champán más enorme que había visto en mi vida. Delante, sobre una mesa de mármol, se erguía una estructura de copas, dispuestas de tal manera que habría sido posible llenarlas todas con un chorro continuo vertido en la más alta. Mientras un río espumoso bajaba en cascada por los lados de la botella y por las mangas del sirviente, el pobre hombre miraba a la señora Pew con el rostro demudado de espanto.

Hank evaluó la situación y, por lo visto, se compadeció del lacayo. Alzó la copa, levantó también la otra mano y, con el estilo florido de un maestro de ceremonias, exclamó:

—¡Uno! ¡Feliz Año Nuevo!

La orquesta atacó el *Auld Lang Syne* y el general Pew se puso a dirigirla con la copa vacía, mientras su esposa sonreía a su lado, radiante de felicidad. Su fiesta no sólo estaba siendo un éxito resonante, sino que además tendría una graciosa anécdota que la gente recordaría durante años.

*Las viejas amistades no habremos de olvidar,  
como en los viejos tiempos...*

Los que se sabían la letra se pusieron a cantar con la orquesta. Yo me había refrescado la memoria esa misma tarde, para estar preparada cuando llegara el gran momento; pero cuando el tapón de corcho se estrelló contra el cristal, la letra se me fue completamente de la cabeza. Cuando llegamos a la parte de la canción que habla de las laderas floridas y las margaritas, me di por vencida y me sumé al entusiasta «la-la-la» de Ellis y Hank.

Los dos balanceaban las copas en solidaridad con el general Pew, rodeándome la cintura con el brazo libre. Al final, Ellis se inclinó hacia mí para besarme.

Hank miró a un lado y a otro y, con fingido desconcierto, comentó:

—No recuerdo dónde he dejado a mi pareja. ¿Qué habré hecho con ella?

—Lo que *no has hecho* es casarte —respondí yo con un resoplido que casi me hizo expulsar el champán por la nariz.

Había bebido por lo menos cuatro copas con el estómago vacío y me sentía audaz.

Entonces Hank abrió la boca como si estuviera enfadado, aunque ni siquiera él podía fingir que ignoraba la creciente desesperación de Violet ante el carácter aparentemente interminable de su noviazgo.

—¿De verdad se ha ido? —preguntó algo más seriamente mientras recorría la sala con la mirada.

—No estoy segura —dije—. Hace un rato que no la veo.

—Entonces ¿quién me dará el beso de Año Nuevo? —se quejó con aire desolado.

—Ven aquí, tontaina. —Me puse de puntillas y le planté un beso en la mejilla—. Siempre nos tendrás a nosotros. Y nosotros no te exigimos ningún anillo.

Ellis nos miró de soslayo con expresión divertida y le indicó a Hank con un gesto que se limpiara mi pintalabios de la mejilla.

Un poco más allá, el sirviente seguía en equilibrio en el penúltimo peldaño de la escalera de mano. Estaba doblado por la cintura, tratando de dirigir la botella hacia la copa más alta, y había pasado de pálido a morado por culpa del esfuerzo. Su boca de labios apretados era una mera línea sombría. Miré a mi alrededor para ver si alguien pensaba ayudarlo, pero no vi nada.

—Ellis, me parece que ese hombre necesita que alguien le eche una mano —dije señalando con la cabeza en dirección al sirviente.

Ellis se volvió.

—Tienes razón —dijo mientras me pasaba la copa—. ¿Vamos, Hank?

—¿De verdad creéis que se ha ido? —insistió Hank, melancólico, con los labios planeando sobre el borde de su copa—. Estaba preciosa esta noche, hermosa como una aparición. Su vestido era del color del crepúsculo, con lentejuelas semejantes a estrellas celosas en su nocturna galaxia, aunque nada, *nada* podría compararse con la nivea blancura de su piel...

—¡Chicos! ¡Concentraos! —dije.

Hank volvió repentinamente a la vida.

—¿Qué?

—Maddie cree que ese hombre necesita ayuda —explicó Ellis.

—Esa botella es enorme —dije—. No creo que pueda manejarla solo.

—Supongo que no. Es una *baltasar* —añadió Ellis.

—Eso no es una *baltasar* —lo contradijo Hank—. Es una *nabucodonosor*.

Al sirviente le temblaban los brazos. Empezó a servir la copa, pero no acertó. El champán se derramó entre las copas y comenzó a caer entre chapoteos sobre la mesa y el suelo. El hombre tenía las mangas y los guantes empapados.

—Oh, no —dijo Hank.

—Lo mismo digo —convino Ellis—. La señora Pew no estará contenta.

—No sé por qué, pero sospecho que la señora Pew nunca está contenta —señaló Hank.

Ríos de sudor corrían por la frente del pobre sirviente, que parecía a punto de caer de cara sobre las copas. Busqué con la mirada a la señora Pew, para ver si podía ofrecer alguna ayuda, pero se había marchado. Intenté hacerle señas al general, pero estaba atendiendo a su corte con una copa recién servida en la mano.

Le dio un codazo a Ellis.

—¡Ve tú! —lo animé con urgencia—. ¡Ve a ayudarlo!

—¿Ayudar a quién? —preguntó Hank.

Lo miré con severidad, con mucha severidad, hasta que reaccionó.

—¡Ah, sí! Claro.

Intentó pasarme su copa, pero yo ya tenía dos en las manos. La dejó en el suelo y se arregló las solapas de la chaqueta con gesto expeditivo. Sin embargo, antes de que Ellis y él pudieran movilizarse, llegaron refuerzos, en forma de varios sirvientes más, que traían consigo cuatro botellas más pequeñas pero aun así de tamaño considerable, y otras tres escaleras de mano. La señora Pew iba tras ellos, para asegurarse de que todo estuviera bajo control.

—Esas botellas sí que son *baltasares* —dijo Hank con cara de conocedor.

Recogió su copa del suelo y se la bebió de un trago.

—No. Ésas son *jeroboams* —replicó Ellis.

—Te aseguro que sé de champán —insistió Hank.

—¿Y yo no?

—Me parece que os equivocáis los dos. Son *ebenezers* —dije.

Con eso los dejé sin habla.

Entonces me eché a reír, animada un poco por la bebida.

—¡*Ebenezer!* ¿No lo pilláis? ¡El protagonista de *Cuento de Navidad!* ¡Estamos en plenas fiestas navideñas! Da igual... ¿Podéis conseguirme otra copa? La mía se ha derramado.

—Sí, encima de mí —dijo Ellis.

Hank giró sobre sí mismo y dejó su copa sobre la bandeja de un camarero que pasaba. Después dio un par de palmadas.

—Muy bien. ¿Quién se apunta a una batalla de bolas de nieve?

Nos derrumbamos directamente en el suelo y nos pusimos a marcar ángeles de nieve justo delante de la mansión de los Pew y de los chóferes con

librea que esperaban en fila a los invitados. Yo formé una bola de nieve y conseguí estrellársela a Ellis en el pecho, antes de soltar un alarido y escapar corriendo al interior de la casa.

En el vasto vestíbulo, Ellis me ayudó a sacudirme la nieve del pelo y la espalda. Hank me colgó su chaqueta sobre los hombros desnudos y, entre los dos, me condujeron hasta un trío de ornamentadas butacas tapizadas, delante de un crepitante fuego. Hank, que había tenido la suficiente claridad mental para recoger mi estola de visión mientras regresábamos, la sacudió y la extendió sobre el borde de la mesa de madera de palisandro que teníamos delante. Ellis se fue a buscar ponche caliente para los tres y yo me quité los guantes, que estaban manchados y empapados.

—¡Dios! ¡Mira cómo me he puesto! —exclamé bajando la vista—. ¡Estoy hecha un horror!

Tenía los zapatos y el vestido de seda completamente arruinados. Intenté en vano alisar las partes más mojadas, mientras comprobaba con rapidez que aún conservaba los dos pendientes. Los guantes no me preocupaban en exceso, pero esperaba que la estola pudiera salvarse. De lo contrario, habría conseguido destruir todo mi modelo.

—No estás hecha ningún horror. Estás espléndida —dijo Hank.

—*Estaba* —me lamenté yo.

Había pasado toda la tarde en el Salón Antoine, peinándome y maquillándome, y llevaba dos días sin comer prácticamente nada para que el vestido tuviera la mejor caída posible. Estaba confeccionado con una maravillosa seda de color granate, la misma que los zapatos. El tono combinaba con el rubí de mi anillo de compromiso y hacía destacar mis ojos verdes. Ellis me había regalado el vestido y los zapatos unos días atrás y, antes de la fiesta, yo me había presentado ante él, girando sobre mí misma como una bailaora flamenca, para mostrarle el vuelo de la falda. Él había expresado su deleite, pero yo había sentido la misma tristeza de siempre, intentando imaginar una vez más cómo me vería. Mi marido padecía un tipo de daltonismo que no le permitía distinguir ningún color, por lo que mi conjunto debía de parecerle una mera combinación de grises. Me preguntaba cuáles serían esos grises, cuántas variantes tendrían y si los vería con diferentes intensidades. Yo era incapaz de imaginar una vida sin colores.

Hank se desplomó en una butaca, dejando una pierna colgada por encima de un brazo. Se deshizo el nudo de la pajarita y se abrió los puños y el cuello. Parecía Clark Gable después de un naufragio.

Yo tiritaba enfundada en su chaqueta, que mantenía cerrada con los dedos, desde dentro.

Hank empezó a palparse el pecho y los costados. De repente se detuvo y arqueó una ceja.

—¡Oh! —exclamé yo, al comprender lo que estaba buscando.

Saqué el estuche de los cigarrillos del bolsillo interior de su chaqueta y se lo di. Lo abrió con una sola mano y me lo tendió, ofreciéndome un cigarrillo. Yo lo rechacé con un gesto, de modo que cogió uno para él y cerró el estuche con un chasquido.

—Entonces ¿qué? —dijo con un brillo juguetón en la mirada—. ¿Vamos a buscar al monstruo?

—¡Sí, claro! —repuse yo, descartando la idea con un gesto—. ¡Zarpemos en el próximo transatlántico!

Era lo que siempre decía cada vez que salía el tema. De hecho, salía bastante a menudo y, por lo general, después de beber como cosacos. Era nuestro pequeño juego.

—Creo que a Ellis le haría bien viajar. Parece deprimido.

—Ellis no está deprimido —repliqué—. Eres tú el que quiere huir de las garras de Violet.

—No es cierto —protestó él.

—¡Ni siquiera notaste que se había marchado!

Hank agachó la cabeza y asintió, dándome la razón en ese aspecto.

—Supongo que debería enviarle flores.

—A primera hora de la mañana —dije yo.

Hizo un gesto afirmativo.

—Claro que sí. Nada más levantarme, a las doce en punto del mediodía, le enviaré unas flores. ¡Palabra de *boy scout*!

—Y, además, deberías casarte con ella. Necesitas civilizarte y yo necesito una chica en nuestro grupo. Sólo os tengo a Ellis y a ti.

Se llevó una mano al corazón, como si hubiera recibido una herida mortal.

—Y ¿no tienes suficiente con nosotros?

—A veces creo que tengo *demasiado*. Pero, ahora en serio, ¿cuánto tiempo piensas hacerla esperar?

—No lo sé. No estoy seguro de querer civilizarme aún. Pero cuando esté preparado, la dejaré trincharme y servirme. E incluso la dejaré elegir la porcelana.

Mientras apoyaba mi copa en la mesa, eché otro vistazo a mi vestido y mis zapatos.

—Creo que yo también necesito civilizarme. ¿Querrás, por favor, casarte con ella de una vez?

—¿Qué es esto? ¿Una emboscada? —Dio un par de golpecitos al cigarrillo contra la tapa del estuche y después se lo llevó a los labios. Un sirviente salido de la nada se lo encendió—. Hum. Gracias —dijo Hank inhalando. Se recostó en la butaca y dejó que el humo se le deslizara de la boca a la nariz, en una arremolinada cinta blanca que volvió a inhalar. Tenía un nombre para esa maniobra: *la cascada irlandesa*—. Si me casara con ella, Ellis y yo estaríamos perdidos, porque vosotras dos haríais frente común contra nosotros.

—No podríamos vencerlos —dije—. Estaríamos en igualdad numérica.

—Nunca hay igualdad entre los sexos. Tú ya haces lo que quieres con Ellis y conmigo, sin necesidad de compincharte con nadie.

—¡No es cierto!

—Ahora mismo, en este preciso instante, me estás manipulando para hacerme caer en la trampa del matrimonio, que es la conspiración femenina definitiva. En eso os ponéis de acuerdo todas. Yo, personalmente, no acabo de verle la gracia.

Volvió Ellis, seguido de un camarero, que depositó tres humeantes tazas de cristal sobre la mesa, delante de nosotros.

Hank apoyó el cigarrillo en un cenicero y cogió su ponche. Sopló un poco el vapor y bebió un sorbo con cuidado.

—¿Sabes, Ellis? —dijo—. Nuestra querida niña estaba diciendo hace un momento que deberíamos salir de viaje. En busca de un plesiosaurio.

—Sí, seguro que ha dicho eso.

—De verdad que sí. Lo tiene todo planeado —insistió entonces Hank—. Cuéntale, Maddie.

—Estás bebido —repliqué yo, riendo.

—Es cierto, lo reconozco —dijo Hank—, pero sigo creyendo que deberíamos hacerlo. —Aplastó el cigarrillo con tanta fuerza que se apagó y se abrió como un petardo estallado—. Llevamos años hablando al respecto. ¿Por qué no hacerlo ahora? Lo digo en serio.

—No, no lo dices en serio —intervine yo.

Una vez más, Hank se llevó una mano al corazón.

—¿Qué ha pasado contigo, Maddie? No me digas que has perdido el

espíritu aventurero. ¿Ha estado Violet civilizándote en secreto?

—No, claro que no. Tú se lo has impedido. Pero ahora no podemos ir a ninguna parte. Ya no circulan los transatlánticos, desde que el *Athenia* se fue a pique.

Me di cuenta de que lo había dicho como si al buque se le hubiera abierto espontáneamente una vía de agua, cuando en realidad había sido torpedeado por un submarino alemán mientras navegaba con mil cien civiles a bordo.

—Querer es poder —dijo Hank, asintiendo gravemente. Bebió otro sorbo de ponche y después miró el vaso con gesto acusador—. Vaya. Creo que prefiero el whisky, después de todo. Vuelvo enseguida. Ellis, habla con tu mujer. Es evidente que está adquiriendo malos hábitos.

Tomó impulso para levantarse de la butaca y, por un momento, pareció como si fuera a caerse de bruces. Pero se agarró al respaldo de la silla de Ellis, recuperó el equilibrio y finalmente echó a andar, desviándose a un lado y a otro como una mariposa en vuelo.

Nosotros permanecemos en relativo silencio, dentro de una burbuja creada por las conversaciones y las risas de los demás.

Ellis se fue deslizándose hacia abajo por el respaldo, hasta que su silla probablemente parecía vacía vista por detrás. Tenía los ojos vidriosos y se había vuelto un poco gris.

A mí me zumbaban los oídos por el champán. Levanté las dos manos para tocarme el pelo y descubrí que los rizos de un costado se habían soltado y se me habían pegado al cuello. Buscando un poco más, noté que la tiara de brillantes que me había dado mi suegra ya no estaba en su sitio. Sentí una punzada de pánico. Había sido un regalo de bodas, un raro momento de compasión de una mujer que nunca había disimulado su disgusto ante la perspectiva de que yo me casara con su hijo, pero que aun así había sentido el impulso de hacerme ese regalo segundos antes de que Hank me llevara del brazo por el pasillo de la iglesia.

—Creo que deberíamos hacerlo —dijo Ellis.

—¡Sí, claro! —respondí yo alegremente—. ¡Zarpemos en el próximo trans...!

—Lo digo en serio —me interrumpió él con severidad.

Levanté la vista sorprendida por su tono de voz. Tenía las mandíbulas apretadas. No sabía bien cuándo había sucedido, pero su humor había cambiado. Ya no estábamos jugando.

Me miró irritado.

—¿Por qué no?

—Por la guerra —dije yo con suavidad.

—*Carpe diem* y todo eso. La guerra forma parte de la aventura. Y está claro que no voy a vivirla de ninguna otra manera. Tampoco Hank, desde luego. —Se pasó una mano por el pelo y un mechón se le quedó de punta—. Ya sabes cómo nos llaman, ¿verdad? Los *cuatro-efes*.

Hank y él eran los únicos de la sala con la clasificación 4F, «no aptos». Me pregunté si alguien se habría burlado de él cuando había entrado a buscar los ponches.

A Hank no le preocupaban sus pies planos, como tampoco le importaban la mayoría de las cosas, pero Ellis había quedado destrozado cuando le habían asignado la 4F. Su daltonismo había pasado inadvertido hasta que intentó alistarse y lo rechazaron. Aunque era evidente que no era culpa suya, era cierto que la gente lo miraba mal, y yo sabía que ese descrédito lo carcomía por dentro. Era un desprecio implacable y mudo, por lo que ni siquiera podía defenderse. Su propio padre, veterano de la Gran Guerra, había reaccionado con indisimulado disgusto cuando se había enterado. La injusticia resultaba todavía más dolorosa porque vivíamos en casa de mis suegros, que perversamente nos habían privado de toda posibilidad de fuga, ya que, dos días después del ataque a Pearl Harbor, habían recortado dos terceras partes de la asignación de Ellis. Mi suegra nos lo anunció en el comedor, antes de la cena. Nos dijo con petulante satisfacción que con seguridad nos complacería saber que el dinero iría destinado a la compra de bonos de guerra, hasta que «ese terrible asunto» del conflicto hubiera terminado. Estrictamente hablando, puede que realmente utilizaran el dinero para eso, pero estaba claro que el verdadero motivo era castigar a Ellis. Su madre quería vengarse de él por haberse atrevido a casarse conmigo, y su padre..., bueno, las razones de su padre no estaban muy claras. O bien no se creía el daltonismo de Ellis, o bien no se lo perdonaba.

Como resultado de esa pesadilla, nos veíamos obligados a vivir bajo el constante escrutinio de unas personas que habíamos llegado a considerar nuestros carceleros.

—¿Sabes lo difícil que es que todo el mundo te mire, preguntándose por qué no estás en el ejército? —prosiguió.

—Nadie te mira...

—¡No seas condescendiente conmigo! ¡Sabes muy bien que sí!

Su estallido hizo que todos se volvieran para mirar.



Ellis los señaló furioso.

—¿Lo ves?

Recorrió la sala con una mirada feroz. Todas las cabezas se volvieron hacia otro lado y las expresiones escandalizadas se desviaron hacia otros puntos de la sala. La gente reanudó sus conversaciones, aunque en voz más baja.

Ellis me miró a los ojos.

—Parezco perfectamente sano, y lo sé —continuó, esforzándose por controlar el tono de voz—. ¡Por el amor de Dios, mi propio padre me considera un cobarde! Necesito demostrar mi valor. Tengo que demostrárselo a él, a todos ellos, ¡a mí mismo! Pensaba que tú, más que nadie, me entenderías.

—Y te entiendo, cariño —le dije.

—¿De verdad? —preguntó con una sonrisa amarga en los labios.

—Por supuesto —repliqué, y era cierto que lo entendía, aunque en ese momento habría dicho cualquier cosa para tranquilizarlo.

Había estado bebiendo licores fuertes desde la tarde y yo sabía que las cosas podían degenerar con rapidez. El visible esfuerzo del resto de la gente para no mirarnos presagiaba un comienzo de año bastante desagradable.

Mi suegra, que se había perdido la fiesta por culpa de una migraña, seguramente empezaría a recibir informes de nuestra conducta hacia el mediodía del día siguiente. Podía imaginar su reacción cuando se enterara de que había perdido la tiara. Decidí telefonar a la señora Pew al día siguiente y suplicarle con humildad su ayuda. Si la tiara se me había caído en la nieve, probablemente habría desaparecido para siempre; pero si se había escurrido por el respaldo de algún sofá, todavía podía aparecer.

Ellis me miraba de cerca, con el fuego de la chimenea bailando en los ojos. Al cabo de unos segundos, su airada máscara se disolvió en una expresión de alivio entristecido. Se inclinó hacia un lado para darme unas palmaditas en la rodilla y estuvo a punto de caerse de la butaca.

—¡Ésa es mi chica! —dijo esforzándose por recuperar la verticalidad—. ¡Siempre dispuesta a la aventura! Tú no eres como las otras, ¿lo sabías? Las demás no son divertidas. Por eso Hank no se casa con Violet. Está esperando encontrar otra como tú. Pero esa otra no existe. Hay una sola, y la tengo yo.

—¿A qué viene tanto parloteo? ¿De quién estáis hablando? —dijo Hank, como salido de la nada, mientras se dejaba caer en su butaca—. ¡Aquí! —gritó haciendo chasquear los dedos por encima de la cabeza. Un camarero depositó

más bebidas sobre la mesa, delante de nosotros. Hank se volvió nuevamente hacia Ellis—. ¿Qué dice tu mujer? ¿Otra vez está intentando casarme? Aquí hay demasiado eco y no oigo.

—No. Ha aceptado. Nos vamos a Escocia.

Hank abrió unos ojos enormes.

—¿De verdad?

Me miró, buscando confirmación.

Yo no era consciente de haber aceptado nada, al menos desde que había quedado claro que no estábamos de broma. Pero como de ese modo conseguí desactivar la bomba y quizá también salvar la velada, decidí seguirles el juego.

—Por supuesto —contesté con un grandioso ademán—. ¿Por qué no?

### 3

A la mañana siguiente me desperté sobresaltada por el timbre del teléfono, que resonaba en el vestíbulo de la planta baja. Eran exactamente las nueve en punto, la hora más temprana en que una persona civilizada puede permitirse llamar a una casa ajena. Paralizada y con las sábanas aferradas bajo la barbilla, oí que Pemberton, el mayordomo, llamaba a mi suegra. Oí sus pasos decididos y, a continuación, su voz atenuada por la distancia, subiendo y bajando en oleadas de asombro.

Mi estado era lamentable: la cabeza me palpitaba, tenía el estómago destrozado y era posible que aún no se me hubiera pasado la borrachera. Recordaba la mayor parte de la noche anterior, pero había momentos que se me habían borrado, como el camino de vuelta a casa. De repente me di cuenta de que había llegado a estar bastante más que achispada. Recordé haber pensado en algún momento, de manera perentoria, que había llegado la hora de marcharnos de la fiesta, pero no conservaba ninguna memoria de habernos despedido, ni mucho menos de haber vuelto a casa en coche. No tenía idea de cuántas horas llevaba en la cama. No sabía si habían sido muchas o pocas.

Mi vestido yacía como un triste burujo en medio de la alfombra, con todo el aspecto de una masa intestinal. Mis zapatos andaban por allí cerca, y uno de ellos había perdido un tacón. La estola blanca colgaba sucia y con los pelos de punta del borde de mi lustroso tocador de caoba. Noté que había dejado caer el collar de perlas delante del joyero, y vi que los dos pendientes, con rubíes de talla cojín rodeados de brillantes, estaban por allí cerca, pero separados. Un tapón de corcho de enormes dimensiones, que a todas luces procedía de una botella de champán, aparecía plantado justo entre los pendientes. Me toqué el dedo para comprobar que aún conservaba el anillo, y entonces, con creciente sensación de vértigo, recordé la tiara de diamantes. Hundí la cara en la almohada y la levanté por los bordes para taparme los oídos.

A mediodía, la doncella llamó suavemente a la puerta y abrió apenas una rendija.

—Lo siento, Emily. No tengo ánimos para desayunar —le dije con la voz amortiguada por la almohada.

—Le traigo Alka-Seltzer y galletas de jengibre —replicó, y con eso se me volvió a retorcer el estómago, porque significaba que no sólo habíamos despertado a toda la casa a nuestro regreso, sino que nuestro estado había resultado más que evidente.

—Déjalo en la mesa —dije volviendo la cara hacia la pared opuesta. No quería que me viera. Me había desplomado en la cama sin quitarme el maquillaje, como se deducía de las rayas de rímel marcadas en la almohada —. Gracias, Emily.

—De nada, señora Hyde.

Se quedó en la habitación más tiempo del que yo esperaba y, cuando se marchó, vi que se había llevado mi vestido y también los zapatos y la estola de visón.

El teléfono siguió sonando esporádicamente todo el día. Con cada llamada, la voz de mi suegra se iba volviendo más firme, hasta que al final empezó a sonar seca y severa. Yo me hundía un poco más bajo las mantas con cada conversación.

Hacia las seis y media, Ellis entró tambaleándose en mi habitación. Todavía iba en pijama. Llevaba el albornoz abierto y arrastraba por el suelo uno de los extremos del cinturón.

—¡Dios, qué noche! —dijo frotándose los ojos con los puños—. Tengo un poco de resaca. Me iría bien tomar algo fuerte para despertarme. ¿Y a ti?

Sofoqué una arcada.

—¿Te sientes bien? —preguntó acercándose un poco.

Estaba demacrado y tenía unas ojeras muy pronunciadas. Preferí no pensar cuál sería mi aspecto. Ellis al menos se había puesto el pijama. Yo seguía en bragas.

—No del todo —respondí—. Mira lo que me ha traído Emily para desayunar.

Eché un vistazo a la bandeja y soltó una carcajada.

—No tiene ninguna gracia —dije—. Quiere decir que en la cocina nos estarán despellejando. Y, además, he perdido la tiara de tu madre.

—Ah —fue su vaga respuesta.

—¡Ellis, te estoy diciendo que he extraviado la tiara!

Cuando por fin asimiló la gravedad del asunto, se sentó al borde de la cama y perdió el poco color que le quedaba.

—¿Qué voy a hacer? —pregunté haciéndome un ovillo.

Ellis hizo una inspiración profunda y se puso a pensar. Al cabo de unos segundos, se dio una palmada sobre los muslos con gran determinación, y dijo:

—Tendrás que telefonar a los Pew, para pedirles que estén al tanto por si llega a aparecer. Y nada más.

—Es lo que iba a hacer. Pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Para empezar, porque no puedo acercarme al teléfono. Tu madre no ha parado de recibir llamadas en todo el día. Sabe Dios lo que le han contado. Y, además, no puedo llamar a la señora Pew. No me siento capaz de hablarle, ni siquiera por teléfono.

—¿Por qué?

—¡Porque estábamos como cubas! ¡Nos tiramos al suelo en plena calle!

—¡Todos estaban como cubas!

—Sí, pero no tanto como nosotros —dije tristemente. Me senté en la cama y apoyé la cabeza sobre las manos—. Ni siquiera recuerdo que nos fuéramos. ¿Y tú?

—No mucho. —Se puso de pie y fue hacia mi tocador—. ¿Cuándo cogiste esto? —preguntó enseñándome el corcho.

—No tengo ni idea —repliqué.

En la planta baja, el teléfono sonó de nuevo y yo agaché la cabeza. Ellis volvió a sentarse en la cama y me cogió de la mano. Cuando Pemberton fue a buscarla esa vez, mi suegra acudió con paso vivo y respondió al teléfono con una tensión que se traducía en breves estallidos de voz. Al cabo de unos minutos volvió a hacerse el silencio, pero era un silencio siniestro, que se propagó por la casa como una oleada de gas venenoso.

Ellis consultó mi reloj.

—Subiré a vestirse para la cena dentro de unos minutos. Entonces podrás llamar.

—¿Vendrás conmigo? —le susurré apretándole la mano.

—Claro que sí —dijo—. ¿Quieres una de tus píldoras para el corazón?

—No, no creo que me haga falta —respondí.

—¿Te importa que...?

Dejó la pregunta inconclusa.

—Claro que no. Sírvete.

A las siete menos diez, cuarenta minutos antes de la hora en que nos esperaban para el cóctel, bajamos subrepticamente la escalera, ambos

enfundados en nuestros albornoces, echando miradas nerviosas a nuestro alrededor, hasta que nos convencimos de que no había nadie a la vista. Me sentía como una niña que baja en secreto a espiar una fiesta de los mayores.

Llamé a la señora Pew y, muerta de vergüenza, le pedí que prestara atención por si aparecía mi tiara. Al cabo de una breve pausa, me dijo secamente que sí, que ya se ocuparía del asunto, «como ya me había asegurado la noche anterior».

Cuando colgué, me volví sin palabras hacia Ellis, que me acogió entre sus brazos.

—No te preocupes, cielo —me dijo apretando mi cabeza contra su pecho—. Esto también pasará.

A las siete y media, nos encontramos en lo alto de la escalera. Yo me había dado un baño y había intentado arreglarme el pelo lo mejor que había podido en el tiempo disponible. Me había maquillado con un toque de colorete y de pintalabios, porque estaba tan pálida que parecía casi transparente, y me había puesto unas gotas de colonia detrás de las orejas. Ellis se había cortado al afeitarse y tenía las marcas del peine en el pelo mojado.

—¿Lista? —me preguntó.

—Yo no. ¿Y tú?

—¡Coraje, querida! —me animó ofreciéndome el brazo.

Le apoyé los dedos helados en el hueco del codo.

Mientras entrábamos en el salón, mi suegro, el coronel Whitney Hyde, levantó la mirada y luego la dirigió hacia el reloj de péndulo. Tenía un brazo apoyado en la repisa de la chimenea, justo al lado de una delicada jaula que colgaba de un ornamentado soporte. El canario en el interior de la jaula era del color del sorbete de naranja: una rechoncha figura ovoide con cola semejante a un pequeño abanico, dos manchas achocolatadas a modo de ojos y un bonito pico. Era casi demasiado perfecto para ser auténtico, y en los cuatro años que llevaba en la casa, no lo había oído cantar ni una sola vez, ni siquiera cuando le habían reducido la jaula para ayudarlo a concentrarse.

Mi suegra, Edith Stone Hyde, estaba sentada al borde de un sillón de estilo Luis XIV, con tapizado de seda y estampado Jacquard de color azul huevo de petirrojo. La mirada de sus ojos grises cayó sobre nosotros cuando entramos en la sala.

Ellis cruzó rápidamente la alfombra y fue a darle un beso en la mejilla.

—Feliz Año Nuevo, mamá —dijo—. Espero que ya te encuentres mejor.

—Sí, feliz Año Nuevo —añadí yo, dando un paso al frente.

Mi suegra volvió la vista hacia mí y tuve que parar en seco. Su mirada era severa, y su expresión, firme. Junto a la repisa de la chimenea, los extremos del bigote del coronel se agitaron levemente. El canario voló desde su percha hasta un costado de la jaula y se agarró a los barrotes con las patitas de dedos descarnados y uñas traslúcidas.

«Tic, tac», hacía el reloj. Sentí que me iban a ceder las rodillas.

—Mejor... Hum... Bastante mejor...

Mi suegra hablaba lentamente, con claridad, sopesando las palabras. Tenía el entrecejo levemente fruncido. Tamborileaba con los dedos sobre el apoyabrazos del sillón, empezando por el meñique y siguiendo con los otros dedos, dos veces, para después invertir el orden. El ritmo era el de un caballo a medio galope. La pausa me pareció interminable.

De repente, levantó la vista hacia Ellis.

—¿Te referías a mi migraña?

—Por supuesto —respondió él enfáticamente—. Sabemos lo mucho que te hace sufrir.

—¿Lo sabéis? Sois muy amables. Los dos.

Tic, tac...

Ellis enderezó la espalda, se arregló la corbata y se dirigió al aparador para servir las bebidas: whisky para los caballeros y jerez para las señoras. Le llevó la copa a su madre, después a su padre, y finalmente trajo las nuestras.

—Contadme, ¿cómo estuvo la fiesta? —dijo mi suegra con la mirada fija en la delicada copa de cristal que sostenía sobre el regazo. Su voz estaba desprovista de cualquier inflexión.

—¡Fue todo un acontecimiento! —respondió Ellis, en voz demasiado alta y con excesivo entusiasmo—. Los Pew saben hacer las cosas: una buena orquesta, un torrente interminable de champán y un desfile permanente de bandejas con bocados deliciosos. Nadie habría dicho que estamos en guerra. Por cierto, la señora Pew preguntó por ti; dijo que sentía mucho tu indisposición. ¡Y cuando dieron las doce sucedió algo divertidísimo! ¿Te has enterado? ¡La gente hablará al respecto durante años!

El coronel se aclaró la garganta y se bebió casi todo el whisky de un trago. El canario saltó al otro costado de la jaula.

—Me he enterado de muchas cosas —respondió con frialdad mi suegra sin quitar la vista de su copa. Después, volvió deliberadamente la mirada hacia mí.

La sangre me subió a las mejillas.

—Como te decía, estábamos contando los segundos que faltaban para las doce de la noche —prosiguió Ellis con valentía—, cuando de pronto se oyó una explosión terrible. Aunque estamos a un continente de distancia de la guerra, ¡ya os podéis imaginar lo que pensamos todos! Estuvimos a punto de...

—¡Silencio! —rugió el coronel, y todos nos volvimos hacia él.

Las mejillas y la bulbosa nariz se le habían vuelto moradas. Los mofletes le temblaban de rabia.

Yo me encogí y me aferré al brazo de Ellis. Hasta mi suegra se sobresaltó, aunque recuperó la compostura casi enseguida.

En nuestro ambiente, las batallas se ganaban clavando fríamente una daga por la espalda o apretando en silencio una tuerca. La gente se rendía bajo el peso de una exclamación sofocada o de una frase cuidadosamente escogida. Pero gritar era algo que sencillamente no se hacía.

El coronel apoyó con fuerza su vaso vacío sobre la repisa.

—¿Nos tomas por idiotas? ¿Crees que no nos han contado la *verdadera* anécdota de la fiesta, la historia que la gente seguirá contando dentro de muchos años? Esa conducta vergonzosa..., depravada..., despreciable...

Lo que vino a continuación fue una tormenta de insultos y furia. Aparentemente, habíamos hecho algo más que emborracharnos y comportarnos como tontos y, por lo visto, el episodio de mal genio de Ellis no había sido su peor fechoría. Según los informes recibidos, también se había puesto a cacarear sobre nuestra intención de ir a cazar al monstruo y de «enseñarle al viejo de una vez por todas», y no había dejado de proclamar con estridencia nuestros planes, incluso mientras Hank lo empujaba con un pie para meterlo en el asiento trasero del coche.

El coronel y Ellis se fueron acercando a través de la enorme alfombra de seda, señalándose mutuamente con un dedo e intentando acallar al otro a fuerza de gritar más alto. El coronel nos acusó de hacer todo cuanto podíamos para humillarlo y de ser unos degenerados completamente inútiles para la sociedad. Ellis le respondió que «no podía» hacer nada, y que tampoco el coronel estaba haciendo nada. ¿Qué esperaba su padre que hiciera? ¿Que se pusiera a trabajar de electricista o de fontanero?

Mi suegra permanecía sentada en silencio, serena, con una expresión



extrañamente tranquila. Tenía las rodillas apretadas y los tobillos muy juntos, como correspondía a una dama, con las piernas ligeramente inclinadas a un lado. Sostenía la copa intacta de jerez por el fuste, y de vez en cuando se le iluminaban los ojos con deleite cuando oía un argumento particularmente bueno. De repente, sin previo aviso, saltó.

El coronel acababa de acusar a Ellis de sacarse de la manga la excusa del daltonismo justo cuando su país lo necesitaba, y de haber dado muestras de una cobardía que le había causado a él —su *padre*, un *veterano de guerra*— la peor vergüenza de su vida. Fue entonces cuando Edith Stone Hyde se giró para mirar de frente a su marido, con los ojos encendidos de furia.

—¿Cómo te atreves a hablarle así a mi hijo?

Hasta donde yo sabía, nunca había levantado la voz en toda su vida, por lo que la escena resultaba particularmente chocante.

Prosiguió en un tono contenido pero estridente, que le hacía temblar la voz de virtuosa indignación. Ellis no podía evitar ser daltónico, como otros no pueden evitar ser patizambos. ¿Cómo era posible que su marido no lo entendiera? Además, por si no lo sabía, el daltonismo no lo había heredado de su familia. Y, ya que estaban hablando de herencia, la única culpable de la pérdida de Ellis era yo —extendió un brazo y me señaló—, una fresca desvergonzada, exactamente igual que la fulana de su madre.

—¡Un momento! ¡Estás hablando de mi mujer! —gritó Ellis.

—¡No era ninguna fulana! —exclamó el coronel.

Durante dos o quizá tres segundos no se oyó ningún ruido en la sala, excepto el tictac del reloj y el aleteo del canario, que se encontraba en estado de pánico, convertido en un pálido borrón anaranjado que chocaba contra los lados de la jaula y desprendía leves nubecillas de plumas diminutas.

Ellis y yo nos miramos espantados.

—¿Ah, no? —dijo con repentina calma mi suegra—. Entonces ¿qué era exactamente, querido?

El coronel movió los labios, como si fuera a responder, pero no le salieron las palabras.

—No importa. Siempre lo sospeché. Notaba el modo en que la mirabas —prosiguió mi suegra. Tenía los ojos abrasados por la indignidad de la situación—. Al menos no cometiste la estupidez de marcharte con ella.

Yo estuve a punto de salir en defensa del coronel, señalando que *todos los hombres* miraban a mi madre del mismo modo —no podían evitarlo—, pero supe contenerme y cerré la boca.

De repente, mi suegra señaló a Ellis.

—¡Y tú! ¡Te lo había prevenido! Por vergonzoso que pudiera resultarnos, probablemente habríamos tolerado que llevaras por un tiempo una vida de crápula, pero no... A pesar de todas las candidatas apropiadas que tenías a tu alrededor, tuviste que ir y casarte con *esto*... —Hizo una pausa, con los labios contraídos en una mueca, mientras meneaba la cabeza sin acabar de decidir cómo llamarme—. Y yo tenía razón. De tal palo, tal astilla. Es una auténtica vergüenza el modo en que os comportáis vosotros dos y ese horrendo Boyd amigo vuestro. Me espanta pensar en mis futuros nietos, aunque, francamente, ya casi he perdido las esperanzas al respecto. Quizá sea lo mejor para todos.

Suspiró y se tranquilizó otra vez. Con expresión serena y la mirada perdida en la distancia, pareció disfrutar de su victoria. Había conseguido afeer la conducta de todas las personas presentes en la sala y suponía que el combate había terminado. Juego, set y partido para ella.

Pero se equivocaba. Si se hubiera fijado, habría notado que a Ellis se le estaba poniendo la cara de un intenso color carmesí, que le subía desde la base del cuello, se extendía hacia el nacimiento de su cabellera rubia y le llegaba hasta la punta de las orejas.

—Muy bien. Hablemos de vergüenza, si quieres —dijo Ellis con serena ferocidad—. No hay absolutamente nada que Maddie, yo o cualquier otra persona podamos hacer para avergonzar todavía más a esta familia. Porque tú... —Su voz había ido ganando en intensidad, y para entonces estaba gritando otra vez, mientras señalaba a su padre con un vaso tembloroso que iba derramando el whisky por la alfombra—. ¡Tú avergonzaste a esta familia más allá de toda redención en el instante en que falsificaste aquellas fotos!

El silencio que se produjo a continuación fue horripilante. La boca de mi suegra se abrió en una «O» de sorpresa. La pequeña copa de cristal que sostenía entre las manos se le resbaló y se estrelló contra el suelo.

«Tic, tac», siguió haciendo el reloj.

La historia fue así, según me la contaron:

En mayo de 1933, un periódico escocés publicó un artículo que dio la vuelta al mundo. Un empresario —con estudios universitarios, especificaba el reportero— y su esposa estaban circulando en coche por la recién construida A82, al norte del lago Ness, cuando avistaron un animal del tamaño de una

ballena chapoteando en unas aguas que, por lo demás, estaban perfectamente en calma. Enseguida empezaron a llegar cartas de lectores que describían incidentes similares, y el propio periodista, que casualmente era inspector de permisos de pesca, declaró haber visto al *kelpie* con sus propios ojos en no menos de dieciséis ocasiones. Según otra pareja, algo «parecido a un monstruo prehistórico» había pasado por la carretera reptando, por delante de su vehículo, con una oveja entre las fauces. Se produjeron entonces una sucesión de avistamientos, que acapararon el interés mundial.

El coronel, que desde niño sentía fascinación por la criptozoología en general y por las serpientes marinas en particular, cayó víctima de un caso agudo de «fiebre del monstruo del lago Ness». Seguía las noticias con creciente interés, recortaba los artículos de los periódicos y producía incesantemente bosquejos del animal, basándose en las descripciones. Se había retirado del ejército y el ocio no le sentaba bien. Al principio había llenado el vacío practicando la caza mayor en África, pero esa actividad había dejado de satisfacerlo. Su cuarto de trofeos le parecía demasiado corriente. ¿Quién no tenía una piel de cebrá colgada de la pared, una cabeza de rinoceronte disecada o un paraguero fabricado con una pata de elefante? Incluso la amenazante cabeza de león le parecía un adorno mediocre y pasado de moda.

Cuando los escépticos denunciaron que la primera fotografía publicada del monstruo, captada por un hombre llamado Hugh Gray, era en realidad la imagen desenfocada de un perro nadando, el coronel se indignó tanto que decidió viajar a Escocia para demostrar personalmente la existencia del animal.

Gracias a la hospitalidad de un primo segundo, el señor de Craig Gairbh, pudo instalarse a escasa distancia del lago y, en cuestión de semanas, tener en su poder multitud de fotografías que mostraban la cabeza y el cuello curvado de una serpiente marina que asomaba sobre el agua.

Las fotografías se publicaron con gran éxito a ambos lados del Atlántico, y a su regreso triunfal a Estados Unidos, el coronel fue recibido a bombo y platillo. La prensa acudió masivamente a su encuentro; los periódicos más importantes publicaron noticias suyas, y todos en general estuvieron de acuerdo en considerarlo un héroe. Adquirió entonces la costumbre de vestir los trajes de tweed típicamente escoceses, que lo volvían al instante reconocible como la celebridad que era, y empezó a bromear con falso acento británico, diciendo que sólo lamentaba no poder exhibir la cabeza de la bestia

en su cuarto de trofeos, porque Scotland Yard le había solicitado que no la matara. Añadía que habría sido una incivilidad no atender a los ruegos de la policía británica. El momento culminante de aquella época frenética había sido la aparición del coronel en un noticiario cinematográfico que se proyectaba justo antes de la película *Sucedió una noche*, el mayor éxito del año.

Sin embargo, como un nuevo Ícaro, el coronel se había acercado demasiado al sol. Poco tiempo después, el *Daily Mail* publicaba un artículo que señalaba que las dimensiones de la estela en las fotografías no coincidían con las del monstruo, y formulaba la escandalosa acusación de que el coronel había utilizado un modelo a escala para obtener las imágenes. A continuación empezaron a circular rumores de que las fotografías habían sido manipuladas. Supuestos expertos afirmaron que las imágenes habían sido retocadas y vueltas a fotografiar, aduciendo sutiles diferencias en las sombras y los ángulos de las tomas, y variaciones en los reflejos. Como el coronel se había ocupado personalmente del revelado de las fotos, no podía defenderse.

Juró que las fotografías eran auténticas y se mostró indignado al ver que su honor estaba en entredicho, solamente porque había accedido a la solicitud de Scotland Yard de no hacer daño al animal. De hecho, si hubiera cedido a su natural impulso de matar a la bestia —¡para eso precisamente había llevado su fusil de cazar elefantes!—, nadie podría haber contradicho sus afirmaciones.

El detalle que acabó de decantar a la opinión pública fue la intervención de Marmaduke Wetherell, aficionado a la caza mayor que había participado en varios safaris con el coronel y que llegó al lago acompañado de un ejército de periodistas, dispuesto a demostrar de una vez por todas la existencia del monstruo. Nada más llegar, Wetherell falsificó las huellas de la bestia, utilizando para ello un cenicero confeccionado con una pata de hipopótamo, un hipopótamo que casualmente había cazado el propio coronel en Rodesia.

Los reporteros y sus preguntas impertinentes dejaron de ser bienvenidos. El coronel renunció a su acento británico y a sus trajes de tweed, y se deshizo de los bosquejos y los recortes de periódico que con tanto cuidado había pegado en álbumes con tapas de tafilete. Cuando yo llegué a la vida de Ellis, el tema ya era tabú, y lo más importante era preservar la dignidad del coronel.

Por supuesto, lo que para el resto del mundo era tabú para nuestro pequeño trío era todo lo contrario, sobre todo cuando el coronel se mostraba particularmente acusatorio respecto a la incapacidad de Ellis para el servicio militar.

La idea de ir en busca del monstruo fue de Hank. Era un brillante mecanismo para liberar presión que permitía a Ellis burlarse despiadadamente del coronel, imaginándose triunfante allí donde su padre había fracasado y capaz de demostrar un coraje igual o superior al de cualquiera que estuviera luchando en el frente. Era una fantasía inofensiva, una extravagancia que embellecíamos con nuevos detalles y que sacábamos a relucir de vez en cuando, por lo general, al término de una larga noche de embriaguez, pero nunca al alcance de oídos ajenos. Al menos, así había sido antes de aquella fiesta de Nochevieja.

Ellis tragó saliva audiblemente a mi lado. Mi suegra seguía paralizada en su asiento, con los dedos y la boca todavía abiertos, y la copa de cristal hecha añicos a sus pies.

La cara del coronel había adquirido un matiz azulado, como la piel de una ciruela madura, y por un momento pensé que estaba a punto de sufrir un ataque cardíaco. Levantó un dedo tembloroso y señaló la puerta.

—¡Fuera de aquí! —exclamó con voz extrañamente hueca—. Pemberton se ocupará de haceros llegar vuestras cosas.

Ellis meneó la cabeza confuso.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde?

El coronel nos dio la espalda y apoyó un codo sobre la repisa de la chimenea.

—¿Adónde? —volvió a preguntar Ellis con creciente desesperación—. ¿Adónde quieres que vayamos?

La muda espalda del coronel y su absoluta falta de respuesta dejaron perfectamente claro que el lugar adonde pudiéramos marcharnos no era asunto suyo.

## 4

Ellis le indicó al chófer que nos llevara al hotel Society Hill, en Chestnut Street. Superficialmente, tenía buen aspecto. La fachada y las áreas comunes eran dignas, pero nuestra suite era triste y desvaída, y tenía un solo dormitorio. Aun así, era lo único que podíamos pagar con la asignación reducida de Ellis.

Mientras el empleado de la recepción nos tomaba los datos, Ellis compró una botella de whisky en el bar del vestíbulo y empezó a bebérsela en cuanto llegamos a la habitación.

Yo comprendía su desesperación. Si el coronel le suprimía la asignación por completo, quedaríamos en la indigencia. Por desgracia, era una posibilidad muy real.

El crimen de Ellis contra su padre era doble, y cada una de sus vertientes era igualmente grave. Por un lado, había sido sorprendido despotricando contra el coronel a sus espaldas y, por otro, lo había mirado a la cara y lo había acusado de fraude. No creo que el coronel fuera capaz de perdonar ninguna de las dos ofensas por separado, pero la combinación de ambas aumentaba exponencialmente el agravio.

Mientras esperábamos a que llegaran nuestras cosas, Ellis iba y venía por la habitación, bebiendo y analizando de todas las formas posibles lo sucedido, en estado de creciente agitación. En un momento dado, cuando afirmó que no habría perdido los estribos de no haber tenido que salir en mi defensa, pensé que estaba intentando cargarme injustamente con la culpa y así se lo dije, y añadí que yo no había dicho ni una sola palabra en toda la debacle.

Entonces él guardó silencio y me miró, a la vez dolorido y sorprendido.

—Dios mío —dijo—. No he querido decir nada semejante. Por supuesto que no es culpa tuya. Tú no hiciste nada. El ataque de mi madre fue completamente gratuito.

—No importa —repuse—. Tu madre no dijo nada que no piense todo el mundo.

—Sí, sí que importa. Nunca se lo perdonaré, y tú tampoco deberías

perdonarla.

Yo esperaba sinceramente que cambiara de idea, porque su madre era nuestra única esperanza de redención. Aunque tenía una forma muy extraña de demostrar su afecto, todo su mundo giraba en torno a Ellis y, en menor medida, en torno a la posibilidad de hacerme la vida imposible. Sin nosotros, su vida era un vacío. Probablemente ya habría empezado a interceder a nuestro favor, pero como yo nunca había visto al coronel en tal estado de furia, no era optimista respecto a sus oportunidades de éxito.

Recurrir a mi padre habría sido inútil. Cuando le escribí para anunciarle que Ellis y yo nos habíamos fugado para casarnos, estaba convencida de que se enfadaría, y por eso no me sorprendió que tardara en contestarme. Tuvieron que pasar meses para que me convenciera de que no iba a contestarme nunca. Desde entonces sólo lo había visto una vez, aunque vivíamos a poco más de tres kilómetros. Estaba cruzando la calle y, cuando me vio, fingió no verme y se volvió hacia otro lado. Por retazos de conversación oídos por ahí, había deducido que sus actividades giraban casi exclusivamente en torno al club de vela Corinthian, lo que le permitía eludir por completo el contacto con el sexo opuesto.

En algún momento después de la medianoche, logré convencer a Ellis de que probablemente nuestras cosas no estaban en camino, por lo que era mejor que nos acostáramos sin esperarlas. No teníamos más que un par de maletas de mano.

Aunque la habitación era pequeña y oprimente, tenía muchas corrientes de aire. Ellis me llamó ladrona de mantas y me acusó de apoderarme de toda la ropa de cama cada vez que me daba la vuelta. A partir de cierto momento, empezó a coger las mantas y a tirar con fuerza, dejándome todo el cuerpo al descubierto. Los forcejeos comenzaron en tono de broma, pero la diversión no tardó en deteriorarse y acabamos cada uno en un borde de la cama, mirando en direcciones opuestas y sin suficiente abrigo para ninguno de los dos.

La preocupación no me dejaba conciliar el sueño. Cuando finalmente Ellis se quedó dormido, se puso a roncar con tanto estruendo que tuve que taparme la cabeza con una almohada. Durante el resto de la noche, sólo pude pensar en el número de cabezas que se habrían apoyado en esa misma almohada antes que la mía.

Nos despertaron unos golpes discretos pero insistentes en la puerta de la suite.

—¡Por Dios! —gruñó Ellis—. ¿Qué hora es?

Yo eché un vistazo al reloj de números fluorescentes que había sobre la mesilla de noche.

—Casi las siete.

—¡Ni siquiera ha salido el sol! —se quejó Ellis.

Después de varios minutos más de golpeteo intermitente, mascullé:

—Será mejor que abras. No parece que vayan a marcharse.

Ellis dejó escapar un suspiro de irritación y, finalmente, gritó:

—¡Ya voy!

Encendió la lámpara y rodó sobre sí mismo para salir de la cama. Tiró de la colcha de felpilla como si estuviera haciendo el truco del mantel, se envolvió en ella y se marchó con paso firme, dando un portazo al salir.

Pude hacerme una idea bastante aproximada de lo que estaba sucediendo por los golpes, resbalones y tintineos que resonaron durante casi veinte minutos.

Cuando Ellis regresó, se quitó la colcha de los hombros, la arrugó y me la echó sobre las piernas. Mientras volvía a meterse en la cama, intenté estirarla.

—Han traído nuestras cosas, ¿no? —pregunté.

—Todas nuestras posesiones terrenales, por lo que he podido ver. Seis carros llenos. Vamos a tener que caminar de lado para llegar hasta la puerta.

Intenté no dejarme llevar por el pánico —probablemente el coronel habría dado la orden de efectuar la mudanza antes de irse a dormir, con la furia todavía fresca—, pero aun así no pude evitar que se me revolviera el estómago.

—Supongo que no tendrás ni idea de dónde pueden haber ido a parar tus pastillas... —dijo Ellis.

—¿Quieres que las busque?

—No hace falta —dijo tristemente—. Estoy bien.

Como la lámpara aún estaba encendida, fui al cuarto de estar.

Casi todo el suelo estaba ocupado por maletas y baúles. Emily, Pemberton y todos los demás debían de haber pasado la noche entera guardando nuestras pertenencias. Encontré mi maletín de cosméticos sobre una mesa baja, al lado de mis cajas de sombreros. Para mi alivio, su contenido estaba inmaculadamente ordenado, con el frasco de píldoras discretamente



guardado bajo una de las bandejas. ¡Pobre Emily! Le habíamos costado al menos dos noches en vela, que mi suegra ni siquiera le tendría en cuenta si descuidaba sus obligaciones del día.

Le di el frasco a Ellis y me senté a su lado. Él se apoyó en un codo, se echó dos pastillas en la palma de la mano y se las tragó sin agua. Después volvió a derrumbarse sobre la almohada.

—Gracias, cariño. Estoy un poco nervioso —dijo.

—Ya lo sé. Yo también.

—Intentemos seguir durmiendo. Por la mañana, cuando de verdad sea por la mañana, voy a pedir que nos sirvan la langosta más grande de toda esta condenada ciudad, con una montaña de ensalada de patatas. ¡Y con caviar! Y que no traigan platos. Con un par de tenedores tendremos suficiente.

Volví a mi lado de la cama. Cuando me metí bajo las mantas, Ellis apagó la luz. Notamos que estábamos mucho más cerca que antes. Entonces él se puso de costado y me pasó un brazo por la cintura.

—Qué curioso, ¿no? —dijo—. Parece que había mantas suficientes para los dos, después de todo.

Hacia las seis de la tarde, la recepcionista llamó para anunciarnos que Hank nos estaba esperando en el bar del vestíbulo.

Ellis ya no me dirigía la palabra, a raíz de haberle sugerido que hablara con su madre como primer intento para preparar una tregua. Bajamos en ascensor en silencio.

Los chicos pidieron sidecars de bourbon y yo un gin fizz. Después de unas copas, a medida que Ellis y yo nos fuimos turnando para referir las repercusiones desastrosas de la fiesta, el hielo comenzó a fundirse. Al poco rato, ya nos terminábamos mutuamente las frases y nos pedíamos disculpas con la mirada. Estábamos metidos en el mismo embrollo y teníamos que enfrentar idénticas consecuencias. Yo estaba dispuesta a capitular antes, pero la diferencia era meramente táctica. Estábamos enfadados con la situación, y no entre nosotros.

Extendí el pie por debajo de la mesa y se lo pasé suavemente por la pantorrilla. Se le iluminaron los ojos y se le elevaron las comisuras de los labios en una sonrisa.

—Todavía me cuesta asimilar la idea de que tu madre gritara —dijo

Hank—. ¿Estás seguro de que era tu madre? ¿La misma Edith Stone Hyde que conozco desde hace años?

—La misma. Y más que gritar, ululaba —replicó Ellis—. Como una lechuza exasperada.

—Como una flauta rota —añadí yo—. Débil pero estridente.

—Habría pagado muchísimo dinero por verlo —comentó Hank mientras encendía un cigarrillo.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo Ellis—. Te habría ofrecido mi asiento.

—¿De verdad crees que el coronel y tu madre tuvieron una aventura? —me preguntó Hank, exhalando una sucesión de anillos de humo.

—Claro que no —respondí—. La arpía de mi suegra sacó esa conclusión porque en algún momento debió de sorprender al coronel mirándola, como la miraban todos.

—Sí, pero él la defendió —argumentó Hank—. Delante de su mujer.

—Puede que sintiera debilidad por ella —repliqué—, pero eso no significa nada. ¿Quién no sentía debilidad por mi madre? Solía tener ese efecto sobre la gente.

—Sobre tu padre, no —prosiguió Hank—. Nunca entendí por qué se casó con él. Podría haber elegido a quien quisiera: un hombre bien parecido, de buena familia, con una cuenta bancaria del tamaño de Montana... No comprendo cómo se dejó engatusar por un vejstorio como tu padre.

—Porque no tenía pedigrí —repliqué en tono severo.

Hank sabía perfectamente que mi madre se había casado por encima de su origen social.

Nuestro amigo pareció ofendido.

—¿Cómo que no? Tengo entendido que tu madre venía de una familia de larga tradición... ¡en el barrio de los farolillos rojos! —exclamó entre carcajadas, riendo de su propia ocurrencia.

—Ja... Ja... —dije yo secamente.

—No te ofendas, querida niña. El único abolengo que importa es el que da el dinero. Pero, volviendo a nuestro tema, ¿te imaginas que fuera cierto? ¿No será por eso por lo que tu suegra se opuso con tanta virulencia a vuestra boda? Quizá... —añadió, describiendo círculos en el aire con el cigarrillo—. Quizá seáis hermanos.

Ellis y yo estallamos en protestas simultáneas de repulsión.

—¡Hank, no tiene la menor gracia! ¡Por favor! Mi madre no tuvo ninguna aventura con el coronel.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —prosiguió él—. Tal vez por eso tu suegra lo animó a que se fuera a cazar monstruos: para apartarlo del peligro, por así decirlo.

—Estoy segura de que simplemente quería quitárselo de encima —repliqué—. Lo más probable es que ella misma le preparara las maletas y le reservara el billete.

—A los dos se os olvida que la idea fue de mi padre —intervino Ellis—. Quería marcharse cuanto antes de casa. Me sorprende que no haya dejado en la puerta un agujero con la forma de su cuerpo. Pero no lo culpo.

—Es una mujer difícil —convine.

—Es peor que eso —replicó Ellis, repentinamente sombrío.

Hank se recostó en su silla y arqueó una ceja. Miró primero a Ellis y después a mí.

—Tenéis las copas vacías. Permitidme que lo remedie.

Chasqueó varias veces los dedos por encima de la cabeza, hasta que consiguió atraer la atención del camarero y entonces señaló los vasos.

Ellis tenía la vista fija en su copa vacía y se dedicaba a remover los trozos de hielo con el agitador.

—Bien —dijo Hank, frotándose los dedos de ambas manos—. Dadas las circunstancias, creo que apreciaréis todavía más las noticias que os traigo.

—A menos que vengas a anunciarnos la muerte repentina de mi padre, lo dudo mucho —dijo Ellis sin levantar la vista.

El camarero dejó las copas sobre la mesa. Ellis se acercó la suya, cogió el nuevo agitador y empezó otra vez a remover el hielo.

—¿Maddie? —dijo Hank con gesto expectante.

Suspiré y al final pregunté, en tono solícito:

—¿Qué noticias nos traes?

—He conseguido los billetes.

—¿Para dónde? —dije, sin que se me alterara la voz.

Sabía muy bien a qué se refería, pero intentaba transmitirle que no tenía ganas de jugar y que estaba segura de que Ellis tampoco.

—Ya lo sabes —respondió él con una sonrisa traviesa.

Decidí ir al grano.

—Hank, no estamos de humor para esto. Precisamente ese asunto es lo que nos ha metido en este lío.

—Si no estáis de humor, intentad estarlo, porque zarpamos dentro de tres días.

Dejé la copa y estudié su expresión. Su cara no me dijo mucho, aunque estaba claramente satisfecho de sí mismo.

—No hablas en serio —arriesgué.

—Hablo absolutamente en serio —replicó.

—Pero es imposible. No hay buques de pasajeros.

—¡Relaciones, Maddie, relaciones! —exclamó con un florido ademán—.

Vamos en un barco de carga, el *SS Mallory*, que forma parte de un convoy de transporte de suministros. Y, hablando de suministros, ya podéis ir haciendo acopio de cigarrillos y de medias de nailon y de seda. Actualmente son la moneda de cambio más internacional.

Su seriedad empezaba a preocuparme.

—Hank, no tiene gracia.

—No lo digo para que te rías.

—No podemos atravesar el Atlántico en plena guerra.

—Estaremos perfectamente a salvo. ¡Vamos a las Highlands, por el amor de Dios! ¡Allí envían a los niños evacuados de las ciudades!

Me volví hacia Ellis. Había dejado el hielo y movía el cenicero adelante y atrás.

—Cariño, di algo —le supliqué.

—¿No necesitaremos papeles? ¿Algún tipo de documentación? —preguntó.

—Solucionado también —dijo Hank con expresión radiante—. Y, además, he conseguido una cámara de cine Kodak de 16 milímetros. Cuando hayamos captado al monstruo, enviaremos la película directamente a la sede de Eastman Kodak para que la revelen. ¡Y *voilà!* Los incrédulos no tendrán nada que decir. Haremos historia. Seremos famosos.

Al cabo de un momento de silencioso tartamudeo, conseguí articular una frase:

—Y ¿qué piensa Violet de todo esto?

Violet era la imagen de la sensatez. No aprobaba ni siquiera las más inofensivas de nuestras bromas, como cuando escondíamos el yate de alguien en un amarre que no le correspondía, o cuando teñimos de morado el agua de la piscina del club. Había insistido en enviarle una nota de disculpa al general Pew cuando le dejamos el velero varado en el jardín de su casa, aunque ni siquiera estaba con nosotros cuando cometimos la fechoría.

—Ni idea. Está en algún sitio, ocupada haciendo algo —respondió Hank—. Enrollando vendas o algo parecido.

—No se lo has dicho —dije, sin acabar de creérmelo.

—Todavía no —replicó Hank antes de beber de su copa—. Pensé que un día de tormento sería mejor que tres.

—Nunca dará su aprobación.

—No espero que la dé.

—Hank, esa chica está esperando que le propongas matrimonio. ¡No puedes abandonarla así como así!

—Y se lo propondré, pero en cuanto regrese. Sinceramente, empieza a preocuparme que se te esté contagiando su sensatez. Esperaba que el contagio funcionara en la otra dirección.

—Es cierto lo que dice Hank —intervino Ellis, sin dejar de mover el cenicero—. Antes te gustaban las aventuras.

—Me gustan las aventuras, pero navegar en alta mar en plena guerra no es lo que yo llamo una aventura.

—Entonces considéralo una expedición científica —insistió Hank con calma—. De verdad, Maddie. Estaremos perfectamente a salvo. Como puedes suponer, ni siquiera lo sugeriría si no estuviera seguro, y Freddie tampoco se habría ofrecido para organizarlo.

—¿Freddie? —pregunté con una creciente desesperación—. ¿Qué tiene que ver Freddie con todo esto?

—Es el que ha hecho los arreglos necesarios.

Mientras yo intentaba asimilar la participación de Freddie, Hank me miró intensamente a los ojos.

—Maddie, querida niña... Son mis últimos fuegos de artificio, mis últimos retazos de locura, antes de cargarme con las cadenas del matrimonio. Y, puesto que mi particular carcelera parece decidida a civilizarme, tú no querrás privarme de esta última travesura, ¿verdad?

—¿Por qué no buscamos una alegría que no nos ponga en la trayectoria de un torpedo? Además, ¿quién ha dicho que Violet no vaya a contagiarse un poco de mí? Cuando haya terminado la guerra, la obligaremos a venir con nosotros. Me compraré un par de botas de pescador, de esas que llegan hasta las caderas, y atraparé yo misma al monstruo. ¡Qué demonios! Le compraré unas botas a Violet y la arrastraré conmigo hasta el lago, gritando y pataleando. ¿No te gustaría verlo?

Hank se inclinó hacia mí y me apoyó un dedo sobre los labios.

—¡Chis! —dijo en voz baja—. Tenemos que hacerlo por Ellis.

Ellis levantó la vista de repente. Otra vez había fuego en su mirada.

—¡Hagámoslo! ¡Mierda, sí, hagámoslo! ¡Es la manera de arreglarlo todo!

—¿Qué? ¿Qué crees que vamos a arreglar?

—¡Todo! —repitió él.

Comprendí que era inútil discutir, al menos no allí, y sobre todo delante de Hank.

—Creo que voy a aceptar uno de esos cigarrillos —dije, balanceando el pie debajo de la mesa y contemplando las hileras de botellas relucientes detrás de la barra.

Con un destello, Hank abrió el estuche y me lo tendió. Dejé que lo sostuviera durante unos segundos más allá de lo que pudiera resultarle cómodo y por fin cogí uno.

Se inclinó hacia mí sin parecer ni remotamente molesto y sacó el mechero: un Dunhill de plata fina, con un reloj en un costado. Inhalé un par de veces, lo suficiente para encender la brasa, y a continuación me levanté de la silla y me dirigí hacia los ascensores taconeando ruidosamente sobre el suelo de mármol. Arrojé el cigarrillo al primer cenicero que encontré, porque detestaba fumar, como bien sabían Hank y Ellis. Pedirlo había sido una señal. Se suponía que Ellis tenía que volver conmigo a la suite. Pero, en lugar de eso, se quedó en el bar con Hank.

Empecé a ir y venir por la habitación, intentando convencerme de que era una broma y de que Hank nos estaba tomando el pelo, pero mi instinto me decía lo contrario. Habría tenido que inventarse demasiados detalles y, además, si hubiera sido una broma, no habría persistido después de ver la reacción de Ellis..., a menos que los dos estuvieran compinchados, lo que me pareció todavía menos verosímil, ya que no habían estado ni un momento a solas para planearlo.

Yo simplemente quería que todo volviera a la normalidad, pero la única manera de conseguirlo era encontrar una solución que permitiera tanto a Ellis como al coronel salir con la dignidad intacta. La amnesia colectiva habría sido una posibilidad, si las acusaciones se hubieran circunscrito al salón, donde el único testigo había sido el canario. Pero no era así. El coronel había sido agraviado en público.

Lo que más miedo me daba, y me hacía pensar que los planes de Hank eran reales, era su mención de Freddie. Si había alguien capaz de conseguir

ese tipo de cosas, ese alguien era Freddie Stillman, cuyo padre era almirante. Pero no podía imaginar por qué razón iba a mover un dedo Freddie para ayudarnos. Los cuatro habíamos sido muy amigos: un cuarteto, en lugar de un trío, durante un maravilloso verano en Bar Harbor, en Maine, hasta que rechacé su inesperada propuesta de matrimonio, probablemente con menos delicadeza de lo que habría sido aconsejable. Diez días después, Ellis y yo nos fugamos para casarnos, y desde entonces no volví a cruzar ni una sola palabra con Freddie. De eso habían pasado cuatro años y medio.

Me sorprendió que Hank aún mantuviera el contacto con él, sobre todo porque se rumoreaba que Freddie había tenido a Violet en el punto de mira, antes de que Hank pasara como un vendaval y se la arrebatara delante de las narices.

Ellis volvió a la habitación unas horas más tarde, completamente borracho, y confirmó mis temores. No era ninguna broma y estaba decidido a viajar.

Con la mayor amabilidad que pude, le señalé lo que me parecía una obviedad: no tenía sentido arrojarnos a un océano plagado de submarinos alemanes con el propósito de ir en busca de un monstruo que probablemente no existía, como medio de restaurar su honor ante personas demasiado ignorantes para comprender que él era tan honorable como uno de ellos. Nosotros sabíamos la verdad. Yo sabía la verdad. Sería difícil, pero entre los dos soportaríamos el juicio de los demás, hasta que acabara la guerra.

Ellis se volvió hacia mí con tanta ferocidad que casi no lo reconocí.

Por supuesto que existía el monstruo, me dijo. Sólo un idiota podía pensar que no era así. Aparte de los múltiples avistamientos y de todas las fotografías, incluidas las de su padre —que, por cierto, seguían siendo las mejores—, la propia Scotland Yard había confirmado la existencia de la bestia al pedirle al coronel que no la matara.

Mientras seguía gritándome y agitando los brazos en la habitación diminuta abarrotada de maletas, y mientras yo terminaba de asimilar que básicamente me había llamado idiota, lo que más me sorprendió en ese momento fue su giro de ciento ochenta grados respecto a las fotografías de su padre.

Intenté procesarlo mientras él me señalaba los bordes levantados del

papel pintado y las manchas de humedad del techo, y pasaba un dedo por el alféizar de la ventana, para enseñarme la suciedad acumulada. Me habría gustado saber si siempre había creído a su padre y, de ser así, por qué le había hecho una acusación tan terrible la noche anterior, por no mencionar las cosas espantosas que había dicho de él mientras nos marchábamos de la fiesta.

Yo no había añadido ni una palabra desde mi alegato inicial, pero él proseguía su diatriba, como si estuviera discutiendo conmigo.

¿De verdad quería que viviéramos en ese basurero, esperando como rehenes a que el coronel decidiera suprimirle del todo la asignación? Y ¿qué haríamos si finalmente lo hacía? ¿Acaso pensaba acumular facturas hasta agotar el crédito, para luego escabullirnos y seguir viviendo así, de hotel en hotel? Porque él, desde luego, no pensaba hacerlo.

Nos iríamos a Escocia —era nuestra única opción— y no volveríamos a pisar este continente hasta encontrar el monstruo que el coronel había falsificado.

Se detuvo, rojo y sudoroso, jadeando y resoplando, esperando a que yo lo contradijera, pero mi cerebro se había atascado en el nuevo giro de ciento ochenta grados que acababa de dar Ellis en el asunto de su padre, y todo en cuestión de segundos.

Yo había visto de primera mano lo mal que la sociedad había tratado a Ellis; en especial el rechazo de su propio padre; sabía el precio que estaba pagando. Durante cuatro años había sido testigo impotente de la lenta erosión del hombre alegre y confiado que había conocido en Bar Harbor, hasta verlo transformado en la persona amarga y desconfiada que en ese instante tenía delante, un hombre convencido de que todo el mundo lo miraba mal y susurraba a sus espaldas, un hombre que cada vez soportaba menos mis comentarios tontamente optimistas porque se daba cuenta de que sólo pretendía animarlo. Pero precisamente porque había presenciado toda esa larga e irregular evolución, no había sabido reconocer el punto de inflexión más allá del cual Ellis ya no podía continuar. Hasta ese instante no había comprendido que lo que estaba en juego era toda su dignidad y su autoestima.

Hank estaba en lo cierto. Ellis lo necesitaba.

Recorrí el par de metros que mediaban entre nosotros, lo rodeé con mis brazos y apoyé la cara contra su pecho. Al cabo de un momento de conmocionada vacilación, él también me abrazó y, después de unos segundos, noté que se relajaba.

—Lo siento mucho, cariño. No sé qué ha podido pasarme —dijo.



—No es nada —repliqué.

—Nunca debería haberte hablado de ese modo. Es imperdonable. Tú no has hecho nada malo.

—Te entiendo, cariño. No te preocupes.

—Dios santo, Maddie —me dijo, casi susurrándome al oído—. Hank tiene razón. Cuando te fabricaron a ti, rompieron el molde. No sé qué buena acción habré hecho para merecerte.

Por absurdo que fuera, por un momento pensé que quería hacer el amor; pero después, por las sacudidas de su pecho, noté que estaba llorando. Entonces lo abracé con más fuerza todavía.

Si encontrar al monstruo era lo único que podía devolverle la confianza, entonces iríamos a buscarlo. Sólo esperaba que realmente hubiera un monstruo.

Y así, tres días después, zarpamos rumbo a la batalla del Atlántico.

## 5

Vi mi primera rata antes de hacernos a la mar.

Aunque nuestros camarotes estaban en la sección de los oficiales, solamente eran dos y, además, diminutos. Ellis y yo teníamos que compartir una cama muy pequeña —una litera, en realidad—, lo que ya de por sí habría imposibilitado un sueño normal, aun cuando no hubiésemos tenido justo debajo de nosotros el motor que accionaba el mecanismo del timón. Dentro del camarote había un pequeño lavabo, pero el baño era compartido. Como yo era la única mujer a bordo, tenía que usar el lavabo del camarote para asearme.

Estaba todo el tiempo tan mareada que no conseguía conservar ni una galleta en el estómago.

Cuando no tenía la cabeza colgando sobre la jofaina, intentando no vomitar, estaba tumbada en la litera, agarrándome el vientre con las dos manos y esforzándome por fijar la vista en un punto lejano, lo que en mi caso significaba centrar la mirada más allá de la pared del camarote, que estaba demasiado cerca.

Un día antes de la fecha prevista de nuestro arribo a la base naval en Escocia, los submarinos alemanes descubrieron uno de los buques del convoy y lo torpedearon. Tuvimos que volver atrás y navegar en círculos, para rescatar a los hombres que se habían arrojado al agua. Había tanto combustible derramado que el mar estaba en llamas. Los alemanes seguían en las proximidades, lógicamente, y sus cargas de profundidad nos zarandeaban de tal manera que a partir de cierto momento tuve tanto miedo de que el barco volcara como de que se partiera en dos. Los objetos sueltos volaban por el camarote. La electricidad iba y venía, y el ambiente estaba tan cargado de humo que apenas podía respirar sin sofocarme. Los pañuelos que usaba para taparme la nariz y la boca salían negros de hollín. Ellis se tomaba mis pastillas a puñados. Había renovado la receta antes de partir, por lo que teníamos más reservas de lo normal, ya que no sabía cuánto tiempo estaríamos

fuera, pero la cantidad que consumía era alarmante.

Cuando llegaron los torpedos, Hank se sentó en un rincón con una botella de whisky, diciendo que, si iba a morir, prefería morir borracho. Yo soltaba un alarido cada vez que oía disparar los cañones de la cubierta. Ellis se puso el cinturón salvavidas e insistió para que yo también me lo pusiera, pero no pude. Tener algo voluminoso amarrado a la cintura me impedía respirar y aumentaba mi sensación de pánico. Además, ¿qué diferencia podía haber? Si el barco se iba a pique, los alemanes no nos sacarían del agua. Y aunque nos rescataran... Los pobres soldados que el *SS Mallory* había conseguido salvar tenían unas quemaduras tan terribles que probablemente morirían de todos modos.

De pronto caí en un estado de furia lacrimosa. Le arrojé un despertador a Hank, que agachó la cabeza para esquivarlo y, sin decir nada, encendió un cigarrillo. Después me puse a aporrearle el pecho a Ellis, diciéndole que nos había metido de cabeza en la guerra solamente porque su padre era un hombre terco, estúpido e irascible, y que íbamos a morir todos por su culpa. Dije que esperaba que el coronel cayera fulminado con sus lujosos zapatos Testoni, preferiblemente después de enterarse de nuestra muerte en alta mar, causada por su carácter fraudulento y ególatra, y por su escandalosa falta de compasión por cualquier persona del planeta, incluido —muy especialmente— su propio hijo. Declaré que Edith Stone Hyde era una bruja amargada y pagada de sí misma, y expresé mis deseos de que viviera una larga vejez solitaria para que pudiera cosechar los frutos del tratamiento que nos había reservado y sus fatales consecuencias. Le anuncié a Ellis que, en cuanto pisáramos tierra firme, pensaba dar media vuelta y coger el primer barco que me sacara de allí, aunque incluso mientras lo decía me estaba dando cuenta de que jamás me atrevería a embarcarme de nuevo. Le dije que él sí que era un idiota y que su estúpida obsesión con un estúpido monstruo —la misma obsesión de su padre— nos llevaría a todos a la muerte, y que si sabía de alguna razón más estúpida para morir, estaría encantada de escucharla.

La nula reacción de Ellis me pareció más terrorífica que los torpedos, porque me hizo comprender que él también pensaba que íbamos a morir. Entonces me sentí culpable y me eché a llorar en sus brazos.

Cuando por fin llegamos a tierra, había anochecido. Durante un par de

días había vivido preocupada con la idea de que no atracaríamos en un puerto, sino que únicamente cambiaríamos de barco, ya que todos hablaban del *HMS Helicon* para referirse a nuestro destino; pero, por lo visto, se trataba del nombre en clave de la base naval de Aultbea.

Estaba tan desesperada por bajar del barco que subí tambaleándome a la cubierta cuando aún estaban desembarcando a los heridos. Ellis me siguió, pero en cuanto vio a los hombres quemados volvió a meterse en el camarote.

Deformes y achicharrados, con la carne disuelta como cera de vela, algunos ni siquiera parecían humanos. Sus gemidos de agonía eran terribles, pero todavía más horrendo era el silencio de los que no se quejaban.

Uno de ellos me miró a los ojos cuando pasó junto a mí en una camilla, con la cabeza balanceándose levemente al ritmo de los pasos de los hombres que lo transportaban. Tenía la cara y el cuello ennegrecidos, y su boca abierta y sin labios dejaba al descubierto unos dientes apiñados que me recordaron a los peces loro, aunque de inmediato me odié por hacer esa comparación. Tenía los ojos de color avellana, y sus brazos acababan en unos vendajes blancos, justo debajo de los codos. El cuero cabelludo, con la piel descascarada, era una combinación de negro y morado, y las orejas estaban tan carbonizadas que seguramente no tenían ninguna esperanza de salvación.

El hombre me sostuvo la mirada hasta que me volví avergonzada y apoyé la frente contra la salobre pintura blanca de la pared exterior. Apreté los párpados. Si hubiera tenido fuerzas para bajar al camarote, lo habría hecho, pero no las tenía. En lugar de eso, me quedé allí, con los ojos cerrados y las manos apretadas contra las orejas. Aunque de ese modo conseguía bloquear la mayor parte de los ruidos, no podía hacer nada para dejar de sentir la vibración de los pasos sobre la cubierta. Era dolorosamente consciente de cada existencia destrozada que pasaba a mi lado. Sólo Dios sabía cuánto cambiarían sus vidas. Ni siquiera era seguro que sobrevivieran. Traté de no pensar en sus madres, ni en sus novias o esposas.

Cuando finalmente nos permitieron desembarcar, bajé tambaleándome por la pasarela hasta el muelle. De pronto me cedieron las rodillas y, si Hank no hubiera estado a mi lado para sujetarme, me habría caído al mar. Todo mi campo visual se movía en un constante balanceo. Ni siquiera distinguía arriba y abajo.

—¡Dios santo, Maddie! —exclamó Hank—. Casi te vas de cabeza al agua. ¿Te encuentras bien?

—No lo sé —respondí con voz ronca—. Siento como si aún estuviera en

el barco.

Ellis me sostuvo del otro lado y entre los dos me sacaron del muelle. Yo estiré un brazo y me apoyé contra una farola pintada de blanco. A mis pies, el bordillo de la acera también era blanco.

—Maddie, ¿estás bien? —dijo Ellis.

Antes de que pudiera responder, un hombre vestido con un pesado abrigo de lana vino a nuestro encuentro. Era alto, corpulento y de mejillas enrojecidas. Llevaba guantes de piel y un parche en un ojo. El otro ojo pasaba alternativamente de Ellis a Hank.

—¿Henry Boyd?

—Soy yo —dijo Hank mientras encendía un cigarrillo.

—Bien. Sabía que tenía que ser uno de los dos —comentó el hombre con acento melódico, dejando que nosotros adivináramos por qué—. Los llevaré en el coche. ¿Dónde están sus cosas?

—Todavía están a bordo. Los mozos deben de andar por ahí —dijo Hank señalando vagamente el buque con un gesto.

El hombre se echó a reír.

—Soy su chófer, no su sirviente.

Hank arqueó las cejas sorprendido, pero el hombre se metió las manos en los bolsillos, giró sobre los talones y se puso a silbar. Le faltaban el lóbulo de la oreja y parte del cartílago, del mismo lado del parche. Una gruesa cicatriz le recorría el cuello y se perdía bajo su pelo rojizo.

—Creo que espera una propina —susurró Ellis.

—¡Freddie dijo que todo estaba arreglado! —replicó Hank.

—Por lo visto, no lo está —murmuró Ellis.

—Bueno, ¡que alguien haga algo! —exclamé yo.

Hank carraspeó un poco para atraer la atención del hombre.

—Supongo que podríamos compensar su amabilidad de alguna manera...

—Claro que sí —dijo el hombre con voz firme pero animada—. Si me hacen un regalito, no les diré que no.

Cuando por fin conseguimos identificar, reunir y cargar nuestras maletas y baúles —hazaña de ingeniería que tuvo como resultado una antiestética montaña de equipaje amarrada al techo del vehículo—, nuestro chófer enarcó su única ceja visible y echó un vistazo a la cintura de Ellis.

—Creo que ya no necesitará eso —le dijo.

Ellis bajó la vista y vio que aún llevaba puesto el cinturón salvavidas. Se dio la vuelta, se lo desabrochó con dedos nerviosos y lo dejó caer al pie de la

farola. Sentí intensamente su vergüenza.

El conductor abrió la puerta trasera del coche y nos indicó que subiéramos. Una manta manchada cubría el tapizado del asiento.

—Pueden ir pasando —dijo, y me hizo un guiño. O, al menos, eso me pareció.

Ellis entró después de mí. Hank echó una mirada a la manta, antes de dirigirse a la parte delantera del coche. Se situó junto a la puerta del lado del acompañante, esperando a que el chófer la abriera.

—Bueno, ¿qué? ¿Va a montar o no? —dijo el hombre, señalando con la barbilla el asiento trasero.

Finalmente, muy a su pesar, Hank vino a sentarse con nosotros. Ellis frunció el ceño y se desplazó hacia el centro del asiento, y Hank se acomodó a su lado.

—Muy bien, vamos —dijo el conductor.

Cerró nuestra puerta, se sentó en su puesto y comenzó a silbar otra vez.

## 6

Después de cuatro horas de padecimiento extremo, con el estómago terriblemente revuelto y con un conductor que tomaba las curvas de la peor forma posible, a pesar de haber tenido que detenerse no menos de seis veces para que yo pudiera asomar la cabeza por la ventanilla y vomitar —o quizá precisamente por eso—, al final paramos y el chófer anunció que habíamos llegado a nuestro destino.

—Ya está —dijo alegremente mientras apagaba el motor—. Hogar, dulce hogar.

Miré por la ventanilla. No me pareció que hubiéramos llegado a ninguna parte.

Se me empezó a remover otra vez el estómago, y no pude esperar a que el conductor viniera a abrirme la puerta, aunque era evidente que el hombre no tenía ninguna prisa. Me puse a sacudir la manilla arriba y abajo con creciente urgencia, hasta que comprendí que era preciso girarla. Cuando por fin conseguí abrir la puerta, todo mi cuerpo se fue tras ella y acabé de rodillas en la grava del camino.

—¡Maddie! —exclamó Ellis.

—Estoy bien —dije yo, agarrada aún a la manilla de la puerta.

Levanté la vista a través de los mechones de pelo que me cubrían la cara. Las nubes se desplazaron y dejaron al descubierto la luna, a cuya luz vi por primera vez el lugar adonde nos dirigíamos.

Era una construcción gris y achaparrada, de superficies empedradas, con pesados postigos negros en las ventanas de las dos plantas. Un letrero de madera crujía al viento, colgado sobre la entrada:

THE FRASER ARMS  
PROPIETARIO: A. W. ROSS  
VENTA AUTORIZADA DE CERVEZA Y LICORES  
BUENA COMIDA - HABITACIONES

Las náuseas me subían por el esófago en oleadas apremiantes y, aunque no creía que todavía me quedara algo por expulsar, me puse de pie como pude y me precipité hacia una tina llena de pensamientos marchitos por la helada que vi junto a la puerta. Sin embargo, en lugar de llegar hasta allí, me estrellé contra la pared, primero con las palmas de las manos abiertas y después con la mejilla izquierda. Permanecí un momento con la cara aplastada contra la rugosa superficie.

—¡Maddie! ¿Cómo estás? —gritó Ellis en algún sitio a mis espaldas.

—Bien —respondí.

—A mí no me lo parece.

Me giré y seguí deslizándome por la pared, sintiendo que el abrigo y el pelo se me iban enganchando al empedrado, hasta quedar agachada, con el trasero apoyado sobre los talones.

La nieve comenzó a acumularse sobre mis rodillas descubiertas. A lo lejos baló una oveja.

—¡Maddie!

—Estoy bien —repetí.

Ellis y Hank bajaron del coche. Yo contemplaba sus movimientos con algo semejante a la repulsión.

Ellis dio unos pasos hacia el edificio y leyó el cartel. Arqueó las cejas y se volvió para mirar a Hank.

—¿*Aquí* es donde vamos a alojarnos?

—Eso creo —le confirmó Hank.

—Parece un montón de escombros —dijo Ellis—. O una de esas cabañas comunales de adobe que hay en Arizona y sitios así.

—¿Qué esperabas?, ¿el Waldorf Astoria? —preguntó de repente Hank—. Ya sabías que veníamos a un lugar rústico. Considéralo el campamento base de nuestras exploraciones.

—Eso sería considerarlo con demasiado optimismo —refunfuñó Ellis.

—¿Dónde has dejado el espíritu aventurero?

—Sospecho que en las letrinas del barco —respondió Ellis—. Seguro que fue Freddie el que eligió este vertedero, ¿verdad?

—Así es.

—Es como si nos hubiera mandado a una cueva.

Ellis dio un paso al frente y llamó a la puerta con los nudillos. Esperó



alrededor de medio minuto y volvió a llamar. Casi de inmediato, empezó a aporrear la puerta con el puño.

Entonces ésta se abrió de par en par y Ellis se hizo a un lado al ver que un coloso en camiseta sin mangas y pantalones de pijama de rayas azules salía disparado al exterior. Era alto, de espaldas anchas y constitución musculosa. Tenía el pelo negro de punta, lucía una barba salvaje e iba descalzo. Se detuvo, miró a Ellis de arriba abajo y después se fijó en Hank y en el coche.

—¿Qué quieren, a estas horas de la noche? —preguntó.

—Necesitamos habitaciones —dijo Hank, sin quitarse de la boca un cigarrillo que aún no había encendido.

Abrió el mechero con una sola mano, pero antes de que pudiera encenderlo, el hombre se lo cerró de un manotazo.

—¡Aquí fuera no se puede fumar! —exclamó con expresión incrédula.

Al cabo de una conmocionada pausa —el manotazo del hombre le había pasado tan sólo a centímetros de la cara—, Hank reaccionó:

—¿Por qué no?

—Por el apagón obligatorio, ¿o acaso es imbécil?

Hank volvió a guardarse el mechero y el cigarrillo en el bolsillo.

—Americanos, ¿no? —prosiguió el hombre.

—Así es —dijo Hank.

—¿Dónde está su oficial al mando?

—No estamos en servicio. Somos civiles —respondió Hank.

—En ese caso, pueden irse a otra parte.

El hombre giró la cara a la izquierda y soltó un escupitajo. Si la hubiera girado a la derecha, me habría visto.

—Tengo entendido que todo está organizado —insistió Hank—. ¿Le dice algo el nombre de Frederick Stillman?

—Nada de nada. Váyanse con viento fresco y déjenme en paz.

Se volvió, con la clara intención de dejarnos tirados junto a la carretera.

Yo sofoqué un sollozo. Si no lograba acabar el día en una cama, después de todo lo que habíamos padecido, no estaba segura de querer sobrevivir.

—¡Un momento! —le gritó Hank rápidamente—. ¿No tienen habitaciones?

—Yo no he dicho eso —respondió el hombre—. ¿Saben la maldita hora que es?

Hank y Ellis cruzaron una mirada.

—Por supuesto que sí —dijo Ellis—. Y le ruego que acepte nuestras

disculpas. Quizá podamos compensarle las molestias.

El hombre gruñó.

—Ya veo que hablan como señoritos. No quiero saber nada con la gente como ustedes. ¡Fuera de aquí! —exclamó, ahuyentándolos con el dorso de la mano.

Al otro lado del coche, el chófer sofocó una carcajada.

—¡Por favor! —se apresuró a decir Ellis—. La travesía ha sido dura, y mi mujer... no se siente bien.

El hombre se detuvo.

—¿Su *qué*? —dijo lentamente.

Ellis inclinó la cabeza en mi dirección.

El hombre se volvió y me vio agachada contra la pared. Me estudió un momento y después volvió a mirar a Ellis.

—¿Ha arrastrado a una mujer a través del Atlántico en medio de la guerra? ¿Está completamente loco?

A Ellis se le ensombreció la expresión, pero no dijo nada.

El hombre levantó brevemente la vista al cielo y meneó la cabeza.

—Muy bien. Pueden quedarse esta noche, pero sólo por atención a su mujer. Y dense prisa en entrar todas las maletas, porque de lo contrario volveré a tener encima al inspector de la zona a causa del apagón. ¡Otra vez! Y si me pone una multa, el que tendrá que pagarla seré yo, ¿lo entienden?

—Desde luego, claro que sí —le aseguró Hank—. Oiga, ¿podría hacer el favor de mandarnos al botones?

El hombre le respondió con una breve carcajada que sonó como un ladrido y se metió en el hotel.

—Bueno —dijo Hank—, supongo que no hay ningún botones.

—No sé por qué te sorprende —comentó Ellis.

Hank se volvió hacia el coche, cuya suspensión había bajado considerablemente por el peso de nuestras pertenencias.

Ellis vino hacia mí y me tendió las manos. Mientras me ayudaba a levantarme, me dijo:

—Ve adentro, busca un lugar donde sentarte y pídele a ese bruto que te sirva algo de beber. Estaremos contigo en cuanto hayamos solucionado este embrollo.

Entré. La pesada puerta de madera crujía en las dos direcciones y, cuando se cerró con un chasquido, me puse a mirar a mi alrededor cohibida.

No había ni rastro del hombre barbudo, aunque había dejado encendida una lámpara de queroseno sobre un largo mostrador, a mi izquierda. Sobre la barra se alineaban resplandecientes tiradores de cerveza: McEwan's, Younger's, Mackeson, Guinness y algunos más que no reconocí. Uno de los grifos tenía colgado un cartel de cartón que lo declaraba temporalmente fuera de servicio.

La luz de la lámpara arrancaba destellos a las botellas de los estantes de detrás de la barra, que un gran espejo reflejaba y amplificaba. Realmente parecía como si hubiera una sala idéntica pero invertida al otro lado, y por un momento me pregunté si no me habría equivocado de habitación.

Había varias mesas con sus sillas delante de la barra y una radio apoyada sobre una pequeña consola en la pared del fondo. El techo bajo reposaba sobre gruesas vigas oscuras y el suelo era de grandes losas de piedra. Las paredes estaban escayoladas, e incluso a la luz tenue de la lámpara era posible distinguir los bordes levemente elevados de las marcas que había dejado la paleta. Gruesas cortinas negras cubrían las ventanas, y de pronto pensé que las farolas y los bordillos pintados de blanco que había visto en Aultbea debían de servir para que los conductores se orientaran durante los apagones obligatorios.

A la derecha había una gran chimenea de piedra, rodeada de una variedad de muebles escasamente conjuntados. Parecían de estilo victoriano. Había un sofá y dos sillones de orejas situados uno frente a otro sobre una alfombra oriental deshilachada, con una pesada mesa baja en el centro. El hogar estaba cubierto por una capa uniforme de ceniza, pero aún irradiaba un tenue fulgor anaranjado.

Me dirigí hacia el sofá y me senté en el borde, con los dedos entumecidos tendidos hacia el calor de las brasas. Los rescoldos olían a tierra ahumada, y la leña apilada a un costado no parecía de madera. No tenía idea de qué podía ser. Eran bloques rectangulares y estriados, como grandes troncos de chocolate, el codiciado obsequio enviado por la abuela británica de uno de mis compañeros.

Un perro de enmarañado pelaje gris apareció a mi lado, como si se hubiera materializado de repente. Se me encogió el corazón. Era enormemente alto y delgado, como un galgo, con el lomo redondeado y el pecho combado. Se me quedó mirando con sus tristes ojos oscuros y el rabo enroscado entre

las patas.

—No tenga miedo. No hace nada.

El hombre barbudo había salido por una puerta detrás de la barra. Cogió la lámpara, atravesó la sala y vino a dejar un vaso de algo con burbujas en la mesa que yo tenía delante.

El techo bajo acentuaba su altura, pero su presencia habría resultado impresionante en cualquier otra circunstancia. Sus ojos eran de un azul improbable y sorprendente, bajo unas cejas tan hirsutas como la barba. Seguía descalzo y en camiseta, pero no parecía importarle.

—Entonces ¿han tenido una travesía difícil?

—Sí —respondí, e instintivamente me llevé una mano a la cabeza para comprobar el estado de mi peinado, aunque podía hacerme una idea bastante aproximada, ya que podía verme a mí misma del pecho para abajo.

Me señaló el vaso.

—Gaseosa de jengibre. Para que se le asiente el estómago.

—Gracias —repuse—. Muy amable.

Sentía sus ojos sobre mí. Al cabo de un breve silencio, dijo:

—No sé si se habrá enterado de que estamos en guerra.

Un familiar estremecimiento me erizó el vello de la nuca. Me volví para ver si Ellis había podido oírlo, pero Hank y él seguían fuera, al otro lado de la puerta cerrada, discutiendo acaloradamente con el conductor.

—Me he enterado, sí.

—Su marido y su amigo parecen sanos y fuertes.

—Mi marido y su colega están aquí para realizar una investigación científica —dije.

El hombre echó hacia atrás la cabeza y soltó una risotada.

—¡Por supuesto! ¡Cazadores de monstruos! ¡Fantástico! ¡Y yo que pensaba que estaban haciendo turismo de guerra!

Apoyó la lámpara sobre la mesa y me señaló un tablero con una hilera de llaves detrás del mostrador.

—Puede coger la dos y la tres, o la cuatro y la cinco, o la dos y la seis, si le parece. A mí me es indiferente. Pero dese prisa, porque no tengo ganas de estar aquí derrochando la parafina de la lámpara.

Su comentario me envalentonó. Nunca había visto a un hombre tan grosero.

—¿Parafina? Querrá decir *queroseno*.

—Yo sé lo que quiero decir —respondió, volviéndose ya para

marcharse.

—¡Espere! —me apresuré a decir—. ¿No le interesa saber nuestros nombres?

—No mucho. Lo que quiero es volver a la cama. —Se dio un par de golpes en el muslo—. *¡Conall! Thig a seo.*

El perro se fue con él y los dos desaparecieron entre las sombras, detrás de la barra.

Yo aún seguía mirando fijamente el sitio por donde habían desaparecido cuando Hank y Ellis entraron con paso vacilante por la puerta delantera, cargando un baúl entre los dos. Lo dejaron caer sobre las gastadas losas del suelo y miraron a su alrededor.

—¿Dónde está el interruptor de la luz? —preguntó Ellis, forzando la vista para buscar en las paredes.

—No creo que haya ningún interruptor —respondí.

Yo observaba sus ojos mientras él recorría con la vista las lámparas y los candeleros distribuidos por la habitación. Todos tenían encima un globo de cristal; todos eran de petróleo.

—¿Estás de broma? ¿No hay electricidad?

—Creo que no —dije.

Su mirada saltó hacia la radio.

—Y ¿qué me dices de eso?

—Puede que funcione con baterías, no lo sé —respondí—. ¿No va a ayudarnos el chófer con el equipaje?

—Se ha largado —me informó Hank—. Lo descargó todo en el camino y se fue.

—Podrías haberle dado otra propina —dijo Ellis.

—Pensé que te tocaba a ti —replicó Hank.

Ellis le lanzó una mirada de furia.

—¿Qué pasa? No es más que dinero —dijo Hank—. En cualquier caso, ya no importa. Se ha marchado y necesitamos ayuda. ¿Dónde se ha metido ese escocés tan simpático?

—Diría que se ha vuelto a la cama —respondí.

—Necesitamos que alguien nos ayude. ¿Has visto por dónde se ha ido? —preguntó Hank, alargando el cuello.

Cuando descubrió la puerta detrás de la barra, se le iluminaron los ojos.

—¡Hank, por favor! No lo molestes.

—¡Dios santo, Maddie! ¿Qué has metido aquí? ¡Te dije que traieras medias, no lingotes de oro! —dijo Hank mientras arrastraba una de mis maletas por la escalera, dejando que golpeará en cada peldaño.

—Solamente lo más necesario —repliqué.

Estaba en lo alto de la escalera, sosteniendo la lámpara para que Hank y Ellis pudieran subir nuestro equipaje. Sentía frío y náuseas, y la lámpara se agitaba en mis manos al ritmo de mis temblores. Tenía pánico de tropezar y que se prendiera fuego a la alfombra.

—Sí, ya veo. Has metido lo más necesario, junto con un par de anclas y unos cuantos yunques, a juzgar por lo que pesan —dijo Hank mientras dejaba la maleta en el suelo y se secaba las manos.

Ellis venía detrás, con dos cajas de sombreros.

—¡Ya está! —anunció.

—No del todo —replicó Hank—. Todavía tenemos que meter todo esto en las habitaciones. No entiendo por qué Maddie no me deja despertar al gigante.

—A Maddie no le gusta importunar al servicio —dijo Ellis.

—¿Por qué no? —preguntó Hank, mirándome asombrado—. ¿No está para eso el servicio?

—Sí, yo diría que sí —respondió Ellis.

—Aún estamos a tiempo de ir a buscarlo, ¿no? —propuso Hank.

—¡No! —intervine yo airadamente—. Ha dicho que podemos escoger cualquiera de las habitaciones, de la dos a la seis. Por favor, ¿podríamos escogerlas ya e irnos a la cama de una vez?

—Lo que tú digas, querida niña —dijo Hank, echando una mirada a la hilera de puertas—. Sólo estaba diciendo que todo sería más rápido si tuviéramos ayuda. No hace falta que te enfades.

Me acerqué con paso vacilante a una mesa del pasillo para dejar la lámpara. Me sentía tan mareada como cuando había estado a punto de caer al

mar. Si no hubiera sabido que era imposible, habría jurado que todo el edificio se balanceaba a mi alrededor.

—¿Por qué creéis que no nos deja entrar en la uno? —dijo Hank.

Me volví y vi que estaba probando la manilla de la puerta cerrada para ver si se abría.

—¡Hank, por favor, deja eso! Seguramente esa habitación está ocupada y todas las demás están libres.

Pero él siguió sacudiendo la manilla.

—¡Podría ser la habitación que yo quiero! ¡Podría ser la única con un baño decente!

La puerta se abrió bruscamente hacia adentro, arrebatándole la manilla de las manos. Hank dio un largo paso hacia atrás al ver que una joven pelirroja salía al pasillo armada con un atizador de hierro.

—¿Qué demonios pretende? —gritó la mujer con marcado acento escocés.

Llevaba un sinfín de tiras de tela anudadas al pelo, para marcar los rizos, y vestía un grueso camisón blanco. Se plantó delante de Hank empuñando el atizador con ambas manos.

—Henry Winston Boyd —respondió Hank, sin inmutarse, mientras le tendía la mano—, el cuarto de este nombre en la familia. ¿Y usted?

La joven volvió la cabeza y gritó hacia el fondo del pasillo.

—¡Angus! ¡Angus!

Hank retrocedió un paso más y levantó las dos manos en señal de rendición.

—¡No, espere! Somos huéspedes del hotel, igual que usted. Acabamos de llegar, ¿lo ve? —añadió señalando nuestro equipaje, que estaba desperdigado por todo el pasillo.

Ella lo estudió un momento, nos miró brevemente a Ellis y a mí, y por último volvió a mirar a Hank. Después avanzó hacia él y se puso a agitar la barra del atizador a escasos centímetros de su nariz.

—No soy ninguna huésped —aclaró entornando los ojos con expresión acusadora—. Soy Meg, y no estoy de servicio hasta mañana por la tarde, así que hasta entonces no haré nada que me pidan... ¡Y eso va para todos ustedes!

Se volvió a su habitación y cerró de un portazo.

Al cabo de una breve pausa, Hank dijo:

—Creo que le gusto.

—Déjate de tonterías y elige habitación —replicó Ellis.

—Lo digo de verdad. Creo que le gusto.

Las habitaciones eran pequeñas y deprimentes. En todas había una cómoda con espejo, una cama estrecha con dos mesillas de noche y, en un rincón, una pequeña zona de estar con un sillón lleno de bultos, una chimenea y una única ventana completamente tapiada a causa del apagón obligatorio. El papel pintado era victoriano y descolorido, y las alfombras estaban gastadas casi hasta la urdimbre.

Hank escogió la habitación número dos, y Ellis y yo nos decantamos por la cinco y la seis, respectivamente. Aunque Hank no nos explicó por qué prefería esa habitación en concreto, no era difícil adivinar el porqué.

Después de todas las penalidades que habíamos padecido, estaba planeando una conquista romántica. Yo ya estaba un poco enfadada por su manera de tratar a Violet —estaba casi convencida de que no le había dicho nada de nuestra partida—, pero en ese momento, mi enfado se convirtió en indignación. Después se me ocurrió que quizá para Hank una aventura con Meg no contaba como infidelidad. Tal vez estuviera convencido de que su categoría social le confería derecho de pernada sobre las mujeres del servicio.

Circulaban varios rumores en ese sentido, uno de ellos acerca de una pinche de cocina embarazada a la que la madre de Hank había tratado de acusar injustamente de robo y que poco después había desaparecido, presumiblemente con una buena suma de dinero en el bolsillo. El meollo de la anécdota era el momento en que la madre de Hank escondía toda una cubertería de plata en la habitación de la chica para después llamar a la policía. La verdadera causa del incidente se mencionaba solamente de pasada, con la vaga justificación de que había sido «cosa de muchachos». Cuando yo había oído la historia, ni la sirvienta ni su bebé me habían parecido del todo reales. Me pregunté si Hank se acordaría de ellos alguna vez.

—Voy a acostarme —dije dejando que los hombres se ocuparan del equipaje.

Mi habitación era la última del pasillo, a la izquierda. Encendí la vela que encontré sobre la cómoda y me derrumbé en la cama sin quitarme los zapatos, a la espera de que me trajeran mis cosas.

—¿Sabes esa puerta del fondo, la que pensamos que debía de ser de un



armario? —dijo Hank arrastrando un baúl—. ¡Gracias a Dios, es un cuarto de baño!

—¡Pero es compartido! —gritó Ellis desde el pasillo.

—¡Con agua corriente! —añadió Hank. Después me miró y me hizo un guiño—. Espera..., ya verás... —me susurró llevándose el dedo índice a los labios—. Espera..., ahora lo dirá...

Fuera, en el pasillo, Ellis masculló algo ininteligible.

Hank estalló en sonoras carcajadas.

—Siempre dice la última palabra. O, al menos, eso cree. En cualquier caso, te estaba hablando del baño. Está dentro del edificio y lo tienes justo al lado, afortunada criatura.

Aunque sentía que me estaba derrumbando, como mínimo tenía que quitarme el hollín de la cara y lavarme los dientes. Me reanimé lo suficiente para ponerme a revolver el equipaje hasta encontrar lo que necesitaba. No fue fácil, ya que había estropeado todo el buen trabajo de Emily, en mi pánico por concentrarlo todo en unas pocas maletas para el viaje. Nos habían dicho que nuestro espacio en el barco era reducido, una auténtica ironía, ya que la razón de ser de un carguero es precisamente el transporte de carga. Al final, acabé guardando las cosas de cualquier modo, frenéticamente, convencida de que cada objeto que renunciara a llevar conmigo acabaría revelándose de vital importancia.

Cuando estaba saliendo de la habitación, me di un golpe tremendo con una esquina de la cómoda. Solté un grito mientras me asaltaba un pensamiento espantoso: ¿y si los mareos no se me pasaban nunca? ¿Y si tenía que vivir así el resto de mi existencia?

A mi regreso del cuarto de baño encontré a Ellis en mi habitación, removiendo las cenizas de la chimenea con un atizador.

—No hay leña, naturalmente. Y los radiadores están apagados. ¡Un sitio fantástico, en todos los sentidos! Ni electricidad, ni calefacción, y sólo hay un baño. Voy abajo a buscar madera, carbón, estiércol de vaca o lo que sea que quemem aquí para calentarse.

—¡No, no vayas, por favor! —le supliqué—. El tipo que nos abrió la puerta parece bastante preocupado por el combustible.

—¿Y qué? Mira, ¡si hasta me veo el aliento!

Se puso de perfil y exhaló una blanca nubecilla de vapor.

—No pasaré frío —dije—. Hay muchas mantas. Y, además, puedo acostarme con el albornoz puesto.

—¿Estás segura? No me importaría enfrentarme con Barbanegra.

—Sí, lo estoy. Pero será mejor que no encendamos ningún fuego, porque podríamos provocar un incendio.

Tras una pausa pensativa, sonrió.

—¿Como en la casa de Hamlet?

Durante nuestra luna de miel en Cayo Hueso, un cigarro que Ellis se había dejado encendido estuvo a punto de provocar una catástrofe en un establecimiento histórico que nosotros llamábamos «la casa de Hamlet», porque casualmente también se alojaba allí el príncipe de Dinamarca. El príncipe se vio obligado a cambiar de hotel, lo mismo que el resto de nosotros; pero como no hubo ningún herido, el incidente quedó catalogado como simplemente divertido, como un episodio más en el repertorio que Ellis y yo compartíamos, una anécdota para contar en las fiestas.

Era evidente que Ellis había sacado a relucir aquel incidente para revivir nuestros buenos recuerdos y mejorar así nuestras relaciones, pero no se dio cuenta de que la memoria del incendio en Cayo Hueso me trajo a la mente la imagen de los hombres horriblemente quemados que había visto desembarcar del buque apenas unas horas antes.

—Sí, como la casa de Hamlet —respondí.

—Nosotros no la quemamos. Solamente chamuscamos algunas habitaciones —dijo en tono de broma.

Me metí en la cama, temblando de frío.

Ellis frunció el ceño, dejó el atizador en su soporte y vino a mi lado.

Después de escapar de los submarinos alemanes, habíamos firmado un frágil armisticio entre nosotros, una tregua que consistía sobre todo en conceder al otro tanto espacio como fuera posible —en una situación en la que básicamente no había espacio— y hablar solamente en caso de absoluta necesidad. Pero la tregua no significaba que mi crisis nerviosa en el barco no se hubiera producido, ni que no fuera consciente de la horrenda rapidez con que la proximidad había conducido al disgusto, ni que no siguiera sintiéndome aterrorizada y furiosa por haber sido arrastrada en una escapada ridícula. Ese viaje era lo más estúpido y peligroso que habíamos hecho nunca.

Y, además, era inútil. Lo comprendí en el instante en que el conductor le indicó a Ellis que aún llevaba puesto el cinturón salvavidas y, una vez más, cuando el hombre barbudo se extrañó de que Hank y Ellis no estuvieran sirviendo en el ejército. Precisamente el problema del que intentábamos huir nos había seguido al otro lado del Atlántico.

Abrí los ojos y vi que Ellis me estaba mirando con la congoja pintada en la cara. Sabía que esperaba algún tipo de consuelo, una señal de que todo volvería a ser como siempre entre nosotros, pero no pude dárselo. No pude.

—Por favor, Ellis, no quiero parecer descortés, pero me muero por dormir un poco.

Apretó los labios en una línea triste.

—Por supuesto. Ya sé que estás agotada.

Se inclinó para besarme la frente y en ese momento mi rencor se resquebrajó, dando paso a un terrible y lacerante remordimiento.

Nadie me había puesto una pistola en la cabeza para obligarme a embarcar. Yo era tan responsable como ellos dos de mis adversidades. Hank y él me habían asegurado que era imposible que nos pasara nada, pero la que había decidido creerlos había sido yo.

—Ellis —dije cuando ya se volvía para marcharse—. Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó él, y se detuvo.

—Por las cosas que dije.

Se rio en silencio.

—¿Cuáles?

—Todas. Estaba muy asustada.

Volvió sobre sus pasos y se sentó al borde de la cama.

—No hace falta que te disculpes. ¡Pero no sabía que me había casado con una mujer tan vehemente!

Me apoyó una mano sobre la mejilla y los ojos se me llenaron de lágrimas. Deseaba equivocarme respecto a lo que pensaría de él la gente de este lado del Atlántico; pero si no me equivocaba, esperaba poder protegerlo de su juicio, o conseguir que no lo notara o, mejor aún, que no le importara.

—Estaba fuera de mí. No era yo —le expliqué.

—Ninguno de nosotros lo era, cariño.

—Hank, sí —repliqué sorbiéndome la nariz—. Él no cambia nunca.

—Tienes razón. ¡El bueno de Hank! Siempre el mismo —dijo mientras volvía a ponerse de pie—. Por cierto, ¿necesitas tomarte una de tus píldoras?

—No, estoy bien así.

Era su manera de pedirme que le ofreciera una, y yo lo habría hecho de haber sabido dónde estaban. Pero no tenía ni idea, ni tampoco me quedaban energías para buscarlas.

—Que duermas bien, cielo. Mañana Hank y yo iremos a buscar un hotel decente, y entonces sólo tendrás que preocuparte por recuperar las fuerzas.

Cogió la vela y se dirigió a la puerta. Me volví para mirarlo.

—Ellis —le llamé mientras salía al pasillo—, esta sensación de estar todavía en alta mar..., ¿te parece normal?

Hizo una breve pausa antes de contestarme.

—Totalmente. Por la mañana se te habrá pasado, ya lo verás —dijo, y después cerró la puerta.

Tumbada en la cama, no podía dejar de sentir las olas, ni huir de las imágenes y del ruido de los heridos que bajaban por la pasarela del barco, uno tras otro, en lo que me parecía una línea sin fin.

## 8

Me despertó un grito que helaba la sangre. Tardé unos segundos en comprender que había salido de mi propia garganta. Abrí completamente los ojos, pero no noté ninguna diferencia, ninguna en absoluto. La oscuridad seguía siendo impenetrable, y el balanceo, violento.

El motor no estaba en marcha. ¿Por qué no estaba encendido el motor?

Aunque el zumbido en mi cabeza enmascarara el ruido de las turbinas, nada podría haber disimulado la vibración. El estruendo había sido implacable —taladraba el cerebro y sacudía los dientes y los tímpanos, como el ruido de los aeroplanos—, y su ausencia era aterradora.

Había soñado que el *SS Mallory* recibía de lleno el impacto de un torpedo, pero de repente comprendí que no era un sueño. El camarote se sacudía tremendamente, casi como si el carguero estuviera dando vueltas, girando sobre sí mismo como un sacacorchos, mientras se hundía lentamente en el mar.

—¡Ellis! —grité—. ¡Ellis!

Palpé la manta a ambos lados de la cama pero no lo encontré, lo que significaba que debía de estar tumbado en el suelo, herido. Tenía que encontrarlo enseguida, porque el camarote seguía escorándose y no estaba segura de poder encontrar la puerta durante mucho tiempo más.

Me puse a dar manotazos sobre las superficies y los bordes del camarote con la esperanza de determinar en qué dirección me estaba moviendo. Esperaba que Hank también nos estuviera buscando, porque no me creía capaz de sacar de allí a Ellis sin ayuda.

Cuando mis manos tocaron con una cabecera de madera, sentí una momentánea perplejidad, pero enseguida reconocí el tacto de un tapete de encaje sobre una mesilla de noche, y entonces me dejé caer de espaldas jadeando de alivio.

No estaba a bordo del *SS Mallory*, sino en la habitación de una posada en Drumnadrochit, y el balanceo del barco existía únicamente en mi cabeza.

Estiré una mano y me puse a buscar a tientas la vela sobre la mesilla, antes de recordar que Ellis se la había llevado la noche anterior. Me levanté, pensando que si podía encontrar la cómoda, podría encontrar también la puerta. No había dado dos pasos cuando pisé algo que había en el suelo, me torcí el tobillo y caí a cuatro patas.

Entonces se abrió la puerta y apareció en el hueco una figura femenina, rodeada de luz.

—¿Señora Pennypacker? ¿Todo en orden? —preguntó.

La miré extrañada, preguntándome por qué me llamaría con el nombre de mi madre.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto, y corrió en mi ayuda—. ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias —respondí—. Creo que he tropezado con un zapato. Qué absurdo, ¿verdad?

Como la luz ya no la iluminaba por detrás, pude ver que era una mujer joven, más o menos de mi edad, de complexión robusta, expresión amable y cabello castaño recogido en una cofia. Tenía la piel bronceada por el sol y las mejillas pobladas de pecas.

—¿Quiere que vaya a buscar a su marido? —preguntó mirándome con preocupación.

—No, gracias —dije—. Sólo necesito un minuto para centrarme. Cuando me desperté, no sabía bien dónde estaba, y después... —Señalé con una mano la alfombra, que estaba sembrada de todo lo que había sacado de las maletas mientras buscaba el camisón y el cepillo de dientes—. Anoche tenía un poco de prisa por meterme en la cama, y hace un momento no sabía muy bien dónde estaba.

—Son las cortinas del apagón obligatorio —dijo ella mientras se dirigía a la ventana con paso decidido—. Son tan gruesas que no dejan pasar la luz y no se ve nada, pero supongo que para eso están.

Insertó la punta de los dedos por el borde interior de la ventana y extrajo un marco de madera forrado de tela negra. La luz entró a raudales en la habitación.

—Mejor así, ¿verdad? —dijo colocando en el suelo el marco entelado.

Los cristales estaban cubiertos de tiras de cinta adhesiva entrecruzadas. Tras unos segundos de desconcierto, comprendí que eran una medida preventiva, por si estallaba una bomba.

—Sí, gracias —dije tratando de no pensar en mi alarma—. El marco es

de madera, ¿no? Creía que las cortinas del apagón serían cortinas auténticas.

—Sí, también usamos cortinas normales, pero hay que clavetearlas a la ventana para que no pase la luz. Y tanto clavetear destroza los dedos, por eso son mejores los marcos. Angus decidió fabricarlos la última vez que nos multaron: doce chelines, solamente porque el viejo Donnie tuvo la temeridad de apartar la cortina un momento para ver si seguía lloviendo. Lo malo es que el inspector es uno de esos tipos estrictos de la Iglesia Libre de Escocia y, para colmo, no es del valle, por lo que no hubo manera de zafarse de la multa. ¡Doce chelines! ¡Bastante más de lo que gana al día el dueño de una pensión! —exclamó indignada, y me miró a los ojos para asegurarse de que la había entendido.

Yo asentí enfáticamente.

—Por eso ahora tenemos estas cortinas —prosiguió—. Ya puede presentarse en la puerta el mismísimo sol, que la luz no pasa. Angus tensó bien la tela y la pintó con alquitrán. —Se inclinó hacia delante para golpear la superficie—. Parece un tambor, ¿verdad?

—¿Angus es el hombre de la barba?

—Sí.

—¿Es el encargado de mantenimiento?

La chica se echó a reír.

—Yo no diría eso. ¡Es el jefe!

«A. W. Ross.»

Tenía sentido, pero hasta ese momento no se me había ocurrido. Había sacado mis conclusiones basándome únicamente en las apariencias y, cuando de pronto me vi en el espejo, me sentí ridícula por juzgar a los demás sobre la misma base. Mi aspecto era verdaderamente lamentable.

El techo empezó otra vez a dar vueltas y tuve que sentarme en el borde de la cama.

—Se ha puesto pálida como una peladura de patata —dijo la chica mientras se acercaba para estudiarme mejor—. ¿Quiere que le traiga un poco de té?

—No, gracias. Sigo un poco mareada por el barco, aunque parezca extraño —respondí.

—No, no es extraño —dijo ella asintiendo con gesto grave—. Ya lo había oído antes. Alguna gente se queda así para siempre.

Una punzada de pánico me recorrió todo el cuerpo, pero hice un esfuerzo y sonreí.

—No te preocupes —dije—. Mi marido y yo navegamos muy a menudo. Debe de ser un catarro. El oído. Ya se me pasará. Y, a propósito de mi marido, ¿se ha levantado ya?

—Ha bajado hace media hora.

—¿Puedes decirle, por favor, que bajaré dentro de unos minutos? Necesito un momento para arreglarme.

La chica echó un vistazo a mi equipaje.

—Con todo eso, seguro que le resulta fácil. ¡Creo que hasta podría abrir una tienda, si quisiera! Si cambia de idea y quiere que le suba el té, no tiene más que decírmelo.

—Disculpa, ¿cómo has dicho que te llamas? —le pregunté, aunque sabía perfectamente que todavía no me había dicho su nombre.

—Anna. Anna McKenzie.

Cuando Anna se fue, me quedé sentada en la cama, mirándome al espejo desde una distancia de unos dos metros. La cara que me observaba estaba demacrada, casi irreconocible, y también se balanceaba adelante y atrás. Miré la manilla de la puerta, un desgarrón del papel pintado, un zapato en el suelo... Todo lo que intentaba observar se movía de la misma forma.

Conocía mi tendencia a obsesionarme con las cosas, y sabía que debía borrar de mi mente lo que acababa de decirme esa chica. Llevaba menos de un día en tierra firme, por lo que aún era pronto para dejarme arrastrar por el pánico. La travesía había sido muy agitada y me había afectado mucho. Era lógico que tardara en recuperarme de mi vértigo. Sin embargo, si hubiera estado en casa, habría corrido a consultar a un especialista para que me tranquilizara.

Si le hubiera contado a Ellis lo que me estaba pasando, me habría sugerido que me tomara una de mis pastillas. Puede que estuvieran formuladas para momentos como ése, pero yo me había negado obstinadamente a probar una sola de esas píldoras desde el instante mismo en que me las habían recetado.

A causa de mi madre, la gente siempre estaba pendiente de las grietas que pudieran abrirse en mi fachada; todos esperaban e incluso deseaban que por fin se manifestara mi auténtica naturaleza. Nadie lo expresaba en términos tan explícitos como lo había hecho mi suegra el día de Año Nuevo, al menos no



me lo habían dicho a la cara, pero yo sabía lo que todos pensaban de mí y me negaba a darles la razón. Lo más ridículo era que sólo yo sabía que no me estaba tomando las pastillas, por lo que en realidad no le estaba demostrando nada a nadie, excepto a mí misma. A Ellis le resultaba tranquilizador renovar la receta y comprar el medicamento con la suficiente frecuencia para satisfacer a Edith Stone Hyde, que se dedicaba a revolver mis pertenencias sin la menor vergüenza cuando yo no estaba en casa.

Las manecillas del reloj seguían avanzando y Hank y Ellis me esperaban abajo, de modo que me concentré en mi tarea.

Ellis le daba mucha importancia a mi aspecto físico, y con frecuencia bromeaba diciendo que mi única preocupación en la vida era ser siempre la más guapa de la reunión. Yo siempre me había considerado perfectamente capaz de peinarme y maquillarme sola, pero por lo visto él debía de tener otra opinión, porque nada más casarnos me puso en manos de profesionales.

Comencé a explorar a fondo las maletas y los baúles hasta reunir todas mis «lociones y pociones», como las llamaba Ellis, y alinearlas sobre la cómoda. Cuando estábamos en casa, a él le gustaba abrir los frascos, olfatear su contenido y preguntar el precio y la finalidad de cada producto (cuanto más caros, mejor).

En una ocasión, entré en mi cuarto y lo encontré delante de mi tocador con la cara a medio maquillar. Me dejó que terminara de maquillarlo y después, para reírnos, se puso mi túnica oriental, se envolvió la cabeza en un turbante azul pavo real y se echó una boa de plumas sobre los hombros. Emily quedó totalmente desconcertada cuando poco después vino a traernos unos *petits fours* y yo le presenté a la tía Esmée. Escuchó boquiabierta mi explicación sobre la excentricidad de la tía y sobre el tiempo transcurrido sin noticias suyas. Cuando se marchó, Ellis y yo nos pusimos a aullar de risa, deseando que hubiera alguna manera de incluir a Hank en la broma. Bebimos whisky en tazas de té y la tía Esmée me leyó la mano, augurándome un futuro en el que veía un largo viaje y grandes riquezas. Le pregunté si veía a alguien alto, moreno y apuesto en mi porvenir, pero su respuesta fue que en mi destino había un hombre alto, rubio y bien parecido que tenía justo delante de las narices.

Me incliné hacia el espejo para verme mejor la cara, que no dejaba de

balancearse. La travesía me había arruinado el cutis y tenía marcadas en la mejilla izquierda unas líneas rojizas que parecían arañazos de gato de cuando me había golpeado con la pared exterior.

Me puse una buena capa de mascarilla y unos cuantos parches. Cuando terminé, se veía que no había escatimado en recursos, pero mi rostro resultó mejor de lo que esperaba. El pelo, en cambio, era otra historia.

Habitualmente lo llevaba con raya al costado, una onda sobre la frente y el resto recogido por detrás de las orejas y suelto sobre la nuca en una cascada de rizos. El estilo era cortesía de Lana, la *sabia capilar* del Salón Antoine, que me peinaba dos veces por semana. Me cubría la cabeza de rulos y me ponía bajo el secador para *cocinarlos*, mientras otra chica me hacía la manicura. Después de quitarme los rulos, dominaba mi pelo rebelde con mimos y mano firme, me lo rociaba con laca hasta fijarlo y dejarlo resplandeciente como el cristal, y me enviaba a casa.

Entre una cita y la siguiente, lo único que tenía que hacer yo era reemplazar las horquillas que hubieran podido soltarse y ponerme una redecilla para irme a la cama. Si era necesario alisar la superficie del peinado, podía utilizar con mucho cuidado un cepillo de cerdas suaves; pero si surgía algún problema que no pudiera solucionar, especialmente los rizos, tenía que regresar de inmediato a la peluquería.

En consecuencia, hacía cuatro años que no me peinaba sola, y no sabía qué hacer con la masa enmarañada que tenía sobre la cabeza.

En honor a la tía Esmée, la envolví con un turbante que cerré por delante con un broche de granate y fui a reunirme con mi marido.

Bajé con una mano apoyada en la pared, para tener mayor estabilidad, y me detuve un momento al pie de la escalera para recuperar el equilibrio.

En la chimenea ardía un buen fuego, y las cortinas del apagón —o, mejor dicho, los marcos— habían sido retiradas y se apilaban en una esquina. También había tiras de cinta adhesiva en las ventanas de la planta baja, y a cada lado del aparato de radio había carteles que advertían: UNA PALABRA DE MÁS, UN BARCO DE MENOS y HABLAR SIN PENSAR CUESTA VIDAS. Sentí otra punzada de miedo.

Hank y él estaban sentados a una de las mesas, estudiando un mapa del servicio de cartografía, con varias libretas abiertas a su alrededor. En el

suelo, junto a ellos, había una mochila, un trípode y más material, y habían dejado los abrigo y los sombreros sobre una silla vacía.

Cuando entré con paso titubeante, Hank levantó la vista. Esperé que no hiciera ninguna broma sobre la manera de andar de los marineros.

—¡Mira quién se ha levantado! —exclamó con expresión alborozada.

Ellis se puso en pie y separó una silla de la mesa para que yo me sentara.

—Buenos días, dormilona —me dijo dándome un beso en la mejilla—. ¿O debería decir «buenas tardes»?

Le sonreí débilmente y me senté.

—Es evidente que el sueño te embellece —dijo mientras empujaba mi silla y volvía a sentarse—. Estás absolutamente radiante.

—Es sólo un poco de pintura —repuse—. Veo que estáis muy ocupados. ¿Qué hacéis?

—Preparar un poco la estrategia —respondió—. Pensamos explorar la zona a pie y quizá alquilar un barco. Si tenemos tiempo, tal vez lleguemos hasta el castillo.

—Y no olvides el periódico —intervino Hank.

—Eso es. Pensamos poner un anuncio para buscar gente que haya tenido encuentros. De ese modo, podremos establecer pautas: dónde y cuándo aparece el monstruo, en qué condiciones climáticas, etcétera.

—Creía que íbamos a cambiar de hotel —dije echando un vistazo al material amontonado en el suelo—. ¿O vamos a dejar aquí todo el equipaje, para que luego nos lo envíen?

—Sí. Bueno, no. Ninguna de las dos cosas —dijo Ellis—. Al parecer, no hay otro hotel. Hank ha salido a dar una vuelta a primera hora de la mañana y ha visto que el pueblo es diminuto. La chica de la cocina dice que el hotel más cercano se encuentra a cuatro kilómetros de distancia y está lleno de soldados acantonados. De todos modos, no parece que sea mucho mejor que éste. Por lo visto, no hay electricidad en ninguna parte del valle.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que estábamos solos.

—¿Qué pasará si el dueño no nos deja quedarnos?

—Resulta que Barbanegra es mucho más simpático por la mañana —dijo Ellis—. Bueno, quizá *mucho más* es una exageración, pero ya estamos oficialmente registrados para una estancia de duración indefinida, así que no es necesario que tu linda cabecita se preocupe al respecto ni un segundo más.

Estiró una mano y me pellizcó levemente una mejilla.

Por primera vez, me fijé en los platos. En cada uno había una gruesa

rebanada rectangular de una materia gris y gelatinosa.

—¿Qué es eso?

—Gachas de avena —explicó Hank animadamente, mientras removía la sustancia con el tenedor—. Por lo visto, echan las sobras de las gachas en un cajón y, cuando cuajan, van cortando rebanadas. El que ahorra siempre tiene.

—Ya veo que los dos estáis de muy buen humor —dijo.

—¡Por supuesto! —exclamó Ellis, abriendo los brazos—. Estamos aquí, ¿no?

—Disculpe, señora Pennypacker —dijo Anna cuando apareció a mi lado.

Otra vez el nombre de mi madre. Me volví hacia Ellis, pero él no hacía más que mirar a Anna, que me estaba poniendo delante un cuenco con gachas humeantes y otro con leche espumosa.

—Enseguida vuelvo con su té —añadió Anna.

—¡Bueno! ¿Qué me decís? —exclamó Hank—. ¡Gachas vírgenes! ¡Tratamiento especial para la señora!

Me quedé mirando el plato.

—No creo que pueda con esto. Todavía no se me ha asentado el estómago.

—Tienes que comer —dijo Ellis—. Estás flaca como un palo.

—¿No decías que te gustaba delgada? —repliqué.

—Sí, pero si adelgazas demasiado, se te afeará la cara.

Lo miré horrorizada, preguntándome si me lo decía porque ya me estaba afeando. Aún no había descifrado su expresión cuando Anna regresó con una taza de té.

—Le he traído un poco de azúcar, señora —dijo, poniéndolo frente a mí.

Había dos terrones en el borde del platillo.

Hank levantó la vista del mapa.

—¡Y el té de ella está más cargado que el nuestro! ¡Aquí hay favoritismo!

—Puede que sí, pero es merecido —dijo Ellis—. Maddie lo necesita.

Sintiendo un nudo en la garganta, cogí la leche para verterla sobre las gachas. ¿No acababa de decirme que estaba «absolutamente radiante»?

Anna inspiró ruidosamente entre los dientes y yo detuve en seco mi movimiento, con la leche a medio camino de las gachas.

—Si no le importa que se lo diga, señora, no es la mejor manera de hacerlo. Me refiero a echarle la leche encima —añadió chasqueando la lengua—. No es así como se hace.

—¿No tenéis nada más? —preguntó Ellis con aire exasperado—.

¿Jamón? ¿Huevos? ¿Un bistec? Mi mujer está débil. Necesita proteínas.

Anna cuadró los hombros.

—No, señor Pennypacker. Esos productos están racionados y nosotros no esperábamos huéspedes. Para su información, la leche y el azúcar también están racionados. Se los he servido solamente porque pensé que la señora Pennypacker necesitaba algo que le levantase un poco el ánimo, con lo mareada que está y lo mal que se encuentra.

—Gracias —dije—. Muy amable de tu parte.

—Está bien. No importa —dijo Ellis, acercándose la libreta. Al ver que la chica no se marchaba, le lanzó una mirada irritada y le hizo un gesto de despedida con el dorso de la mano—. He dicho que podías retirarte.

La muchacha se cruzó de brazos y lo miró con severidad.

—No, no ha dicho eso. Ha dicho: «No importa». Y creo que todavía no le han dado a Angus sus cupones de racionamiento.

—No —dijo Ellis sin mirarla.

—No, claro que no —replicó ella—, y hasta que se los den, no podemos servirles nada mejor que esto. Tengo que hacerles saber, además, que derrochar comida es un delito, así que será mejor que se terminen lo que tienen en el plato, o tendré que llamar al inspector.

Levantó la barbilla, rodeó el mostrador y se marchó por la puerta del fondo.

Ellis miró a Hank con los ojos muy abiertos y los dos estallaron en carcajadas.

—Ya te he dicho que era un poco corta —comentó.

—Sí, ya veo que la chica no tiene muchas luces —convino Hank, asintiendo.

—¿Por qué sois tan antipáticos? —dije yo—. Es una chica muy amable, y estaba a punto de enseñarme cuando tú la has interrumpido.

Ellis pareció asombrado.

—¿Enseñarte a qué? ¿A comer gachas? ¡Son gachas, por el amor de Dios! Coges la cuchara y te las comes.

—Sí, claro. Olvídalo —repliqué.

Ellis se me quedó mirando.

—¿Quieres que la llame?

—No, no hace falta —respondí—. Pero quizá puedas explicarme por qué cree que soy mi madre.

Ellis rompió a reír y Hank estuvo a punto de echar el té por la nariz.

—Gracias al cielo, no eres tu madre —dijo Ellis cuando ambos terminaron de reír—. Pero usé tu apellido de soltera para registrarnos.

—¿Por qué?

—Mi padre no tiene muy buena fama por aquí, después del fiasco del *Daily Mail*. Pero no te preocupes. Cuando encontremos al monstruo, diremos la verdad. —Levantó las manos, como para enmarcar un imaginario titular—. «Hijo del coronel Whitney Hyde atrapa al monstruo del lago Ness. Lo reciben como a un héroe.»

—Oye, héroe, ¿te parece que volvamos a trabajar? —dijo Hank, metiendo la servilleta debajo del plato—. Puesto que esta área es el epicentro de los avistamientos —añadió rodeando con un dedo una zona del mapa—, creo que deberíamos empezar por Temple Pier y, a partir de ahí, caminar o remar hasta...

Mientras Hank seguía parloteando, me puse a mirar los dos cuencos que tenía delante. Si no había que echar la leche sobre las gachas, probablemente tampoco habría que verter las gachas sobre la leche. Metí la cuchara en el cuenco de las gachas, miré el de la leche, me sentí estúpida y me di por vencida.

Puse uno de los azucarillos en la cuchara y lo sumergí poco a poco en la taza, viendo cómo ganaba terreno el marrón del té sobre el blanco del azúcar, de manera uniforme e irrevocable.

Hank y Ellis parecieron casi aliviados cuando les dije que no pensaba ir con ellos. Si yo hubiera sido capaz de caminar en línea recta, me habría sentido ofendida.

Recogieron sus cosas y se marcharon en un remolino de actividad. No había visto a Ellis tan animado desde el verano en que nos conocimos. En el último segundo, Hank se inclinó sobre la mesa y, con expresión resuelta, se zampó sus gachas. Después se comió también las de Ellis, aduciendo que no tenía ganas de «acabar en el trullo» por culpa de un par de rodajas de gachas endurecidas. Ellis me dio un beso en la mejilla y me rogó que me comiera las mías de la forma que me pareciera más conveniente y que me asegurara de que me cuidaran bien. Después se marcharon.

Yo había pensado pedirle a Anna que me preparara el baño, pero la joven no había vuelto a aparecer después de su amenaza de llamar al inspector. Supuse que habría salido.

Conseguí subir la escalera, agarrada al pasamanos y realizando varias paradas en el trayecto. Por un momento pensé que iba a caerme de espaldas, pero me senté en un peldaño hasta que se me pasó.

Dentro de la bañera, había una línea pintada a unos quince centímetros de altura, y supuse que indicaría el nivel que debía alcanzar el agua. Sin embargo, la profundidad marcada no podía ser suficiente para mantener caliente el cuerpo de nadie, fuera cual fuese la temperatura del agua. Me dije que sería una sugerencia, más que una regla. Puse el tapón, abrí los grifos todo lo que pude y dejé correr el agua mientras me iba a mi habitación.

Cuando regresé e intenté meterme en la bañera, descubrí que el agua de los dos grifos salía completamente helada.

Cuando estuve de nuevo vestida, bajé corriendo para ponerme delante de la chimenea. Cuando llegué, me castañeteaban los dientes.

El fuego desprendía un calor feroz, y resultaba difícil encontrar la distancia justa. Si me acercaba demasiado, me ardían las mejillas y las

piernas; si me alejaba, volvía a sentir escalofríos. En un momento dado, llegué a tener los dedos de los pies abrasados y los talones congelados, todo al mismo tiempo. Sentía frío, estaba mareada y tenía la sensación de estar sucia. Resulta difícil imaginar que pudiera sentirme peor.

Sobre la mesa baja encontré un periódico, pero cuando intenté leerlo, las palabras echaron a andar por la página. Renuncié casi enseguida y, con el periódico abierto sobre el regazo, me puse a contemplar el fuego. El movimiento de las llamas enmascaraba el balanceo de mi campo visual y era lo más útil para hacerme sentir que estaba pisando terreno firme.

Las piedras de la chimenea estaban chamuscadas, y el fuego, que en parte era de carbón y en parte de la otra sustancia misteriosa, siseaba, crujía y de vez en cuando soltaba un improbable silbido. Mientras yo miraba, una resplandeciente ascua roja saltó de la hoguera y fue a aterrizar en la alfombra, donde se ennegreció de inmediato. Justo en el lugar donde cayó el ascua, aparecieron de pronto un par de zapatos marrones de faena, dos gruesos calcetines de lana y un par de espinillas enrojecidas.

Era Anna, de pie a mi lado, con un plato y una taza humeante, que procedió a depositar sobre la mesa, delante de mí.

—He visto que no se ha comido las gachas, quizá porque no sabía cómo hacerlo. —Eché una mirada rápida por encima del hombro y añadió—: Le he echado un chorrito de whisky en el té. He notado que todavía sigue un poco mareada y he pensado que podría servir.

En el plato había un huevo escalfado y unas cuantas rodajas de patata, fritas en mantequilla. Hasta unos minutos antes, había tenido el estómago descompuesto, pero de repente sentí que me moría de hambre.

—¿No están racionados los huevos? —pregunté levantando la vista.

—Sí, y también la mantequilla, pero en nuestra granja tenemos gallinas y una vaca. Me escapé un momento a casa y le dije a Mhàthair, mi madre, que usted se sentía mal, y ella me aconsejó que le diera esto. Aquí en el valle hace de comadrona, así que entiende de estas cosas. Dice que lo mejor es que empiece por el té.

—Gracias, muy amable. Dile que se lo agradezco mucho.

Anna se demoró un momento a mi lado y al cabo de un rato dijo:

—¿Es verdad que su marido está buscando al monstruo? Mi primo Donald lo ha visto, ¿sabe?

Levanté la cabeza.

—¿Ah, sí?



—Sí, y sus padres también —respondió, asintiendo con expresión grave—. Mi tía Aldie y mi tío John venían en coche desde Inverness cuando les pareció ver una bandada de patos peleando en el agua, cerca de Abriachan. Pero cuando se acercaron, vieron que en realidad era un animal enorme, negro, una bestia del tamaño de una ballena que giraba sobre sí misma, salía a la superficie, se zambullía y causaba en general un gran alboroto en el agua.

Con las manos fue ilustrando los movimientos del animal.

—¿Qué pasó después?

—Nada —respondió simplemente—. El animal se marchó.

—¿Y tu primo?

Anna se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar. Antes era pescador, pero una vez le pasó algo mientras navegaba por el lago, y nunca ha vuelto a pisar una barca. Ni tampoco ha vuelto a hablar del tema.

—Y ¿qué me dices de tu tía? ¿Crees que tu tía querrá hablar al respecto?

—Mi tía sería capaz de hablar del tema hasta hacerles estallar la cabeza, si le dan la oportunidad. ¿Por qué no la invitan a una copita? Por cierto, señora Pennypacker, iba usted bien encaminada. Primero se cogen las gachas con la cuchara y después se hunde la cuchara en la leche. Es la manera de que se conserven calientes.

—Siento mucho no habérmelas comido —dije—. ¿De verdad es un delito derrochar la comida?

—Sí, desde hace unos años. Pero no se preocupe. Añadiremos la leche a la sopa y meteremos las gachas en el cajón. *Conall* estaba tan feliz cuando le di a lamer el cuenco que no paraba de mover el rabo. ¿Necesitará algo más? Ahora tengo que volver a la granja. Si cree que en enero no hay mucho trabajo en el campo, se equivoca. Hay que despejar de piedras las parcelas, cortar nabos para las ovejas, ordeñar... No se acaba nunca.

Se quedó mirando a lo lejos y suspiró.

—Sólo una cosa más —dije yo—. Me encantaría darme un baño, pero no hay agua caliente.

—Habrá dentro de veinte minutos, más o menos. Oí que abría y cerraba los grifos allá arriba, así que he encendido la caldera. También le subiré una bolsa de jabón en escamas. La bañera no se puede llenar por encima de la línea marcada, pero supongo que por esta vez no pasará nada si la llena un poco más.

No me ofendió su observación. Después de todo, me había visto cuando

acababa de caerme literalmente de la cama.

—Bueno, entonces me voy. Meg volverá del aserradero hacia las cuatro. Ahora acábese eso —dijo señalando el plato con gesto autoritario—. He visto gorriones más robustos que usted. Y si Mhàthair llega a enterarse de que no se ha terminado el plato, la próxima vez le mandará aceite de ricino.

Aunque el té sabía a ramitas hervidas —supongo que sería sucedáneo—, el chorrito de whisky me hizo tan buen efecto que después del baño me eché un momento en la cama para descansar un rato y me quedé dormida. Fue un poco sorprendente que me durmiera, ya que estaba entusiasmada. No veía la hora de contarle a Ellis lo de los familiares de Anna.

Varias horas después, me despertó de la siesta el ruido de conversaciones y risas que subía de la planta baja. Me sorprendió oír muchas voces, porque sabía que éramos los únicos huéspedes del establecimiento, pero deduje que la posada debía de tener también pub. Encendí la vela que Anna había vuelto a poner en su sitio y consulté mi reloj. Había anochecido y volvía a estar hambrienta. No había tomado una comida completa desde nuestra partida de Estados Unidos.

«Estás flaca como un palo», me había dicho Ellis.

«He visto gorriones más robustos que usted», me había dicho Anna.

Me llevé las manos al vientre y me puse a explorar mi cuerpo: los protuberantes huesos de las caderas, el área cóncava en el centro, las costillas que parecían asomar en lo alto...

«¡Oh, Madeline! Vamos a tener que hacer algo con esto», me había dicho aquella vez mi madre.

Yo tenía doce años y al principio no entendí de qué me estaba hablando. Había salido de la carpa de lona rayada donde nos cambiábamos, en la playa de Bar Harbor, y estaba mirando maravillada el azul profundo del cielo, el azul aún más intenso del océano, las risas y los gritos de los niños que jugaban en la orilla y el vuelo de las gaviotas. Me volví alarmada por el tono de voz de mi madre. Ella meneó tristemente la cabeza, pero su mirada era severa. Apretó los labios y se puso a examinar las partes de mi cuerpo que me causaban más bochorno. Me estaba poniendo más redondeada, pero sin adquirir todavía verdaderas curvas. Estaba simplemente un poco rellenita. Nunca había sentido tanta vergüenza en toda mi vida.

«Ahora sí que aprobaría mi cuerpo», pensé mientras estiraba las piernas. Aunque juntara los tobillos y las rodillas, mis muslos no se tocaban. Pero entonces pensé que no, que tampoco le parecería bien. Hiciera lo que hiciese, y llegara a donde llegase, a ella nunca le parecía bien.

Encontré vacías las habitaciones de Hank y de Ellis, por lo que decidí bajar. Supuse que habrían vuelto, que habrían visto que estaba durmiendo y que habrían bajado a tomar una copa. Estaba ansiosa por contarles lo que había aprendido, segura de que estarían encantados conmigo. Quizá con el tipo adecuado de persuasión, incluso el primo Donald se avendría a contar su historia.

Cuando salí de entre las sombras al pie de la escalera, se hizo un silencio. Hank y Ellis no se veían por ninguna parte y, a excepción de Meg, yo era la única mujer en la sala.

Había alrededor de una docena de jóvenes fornidos, en uniforme color caqui, sentados a las mesas, y cinco o seis hombres mayores vestidos de paisano, encaramados a los bancos de la barra. Todos me miraban.

Reuní coraje, sintiendo sobre mí sus miradas. Mientras me dirigía al sofá, esperaba que no me creyeran borracha. *Conall* me miraba fijamente desde su puesto junto al fuego. No levantó la cabeza, pero me siguió con los ojos y, cuando me acerqué, le temblaron los largos pelos de las cejas. Cuando por fin me dejé caer en el sofá, me di cuenta de que casi no había perdido el equilibrio y de que había bajado la escalera sin mayores incidentes. Después, con cierta alarma, comprendí que la infusión que me había parecido un sucedáneo de té debía de ser en realidad algún tipo de hierba medicinal. Aunque no me gustaba la idea de que me administraran medicinas sin mi consentimiento, no podía negar que me había hecho bien.

Meg estaba detrás de la barra, con el pelo cuidadosamente peinado en una cascada de rizos rojos. Recordé las tiras de tela anudadas que le cubrían la cabeza la noche anterior y me pregunté si yo sería capaz de hacer lo mismo. Mi pelo, húmedo aún después del baño, volvía a quedar oculto bajo un turbante.

Meg llevaba un vestido malva que le marcaba el talle, y tenía los labios y las uñas pintados de escarlata. Resultaba difícil creer que trabajara en un aserradero. Parecía una Hedy Lamarr pelirroja. Si aceptaba los avances de

Hank, no tendría la menor oportunidad. No, Hank nunca iría en serio con una camarera. Era tan escurridizo que incluso le costaba ir en serio con Violet.

En algún momento tendría que advertirle a Hank que no se le acercara. Ojalá le hubiera dicho algo la noche anterior.

—¿Le sirvo algo, señora Pennypacker? —me gritó Meg desde el mostrador—. ¿Media pinta? ¿Un jerez, quizá?

—Ahora mismo nada, gracias —respondí y, al oír mi acento, todos los hombres cruzaron una mirada.

No me extrañaba. Seguramente se estarían preguntando cómo era posible que una americana se hubiera materializado de pronto en su valle. Me ruboricé.

Un hombre joven que estaba sentado a una mesa con un vaso de cerveza delante me habló entonces con un acento tan poco escocés como el mío.

—¿De Canadá o de Estados Unidos?

Lo miré con el mismo asombro que había suscitado yo en los demás, pero antes de que pudiera responderle, se abrió la puerta principal y entró un anciano que caminaba apoyándose en un bastón.

—Parece que hay lluvia —anunció dirigiéndose a toda la sala.

—Así es, Donnie, eso parece —dijo Meg detrás de la barra—. ¿Medio y medio, como siempre?

—No, sólo una pinta de cerveza fuerte.

La joven sacó un vaso de debajo del mostrador y lo sostuvo bajo el tirador.

—Esta noche hay pastel de carne de caza —anunció—, así que no tendrás que gastar tus cupones de racionamiento.

—¡Excelente, Meg! —dijo el viejo mientras luchaba con el abrigo para quitárselo.

—¿Te echo una mano? —se ofreció ella, acercándose al anciano para ayudarlo.

—¡Una mano! ¡Justo lo que necesito! —replicó el hombre, riendo entre dientes de su propia broma. De hecho, el viejo tenía una manga vacía, que llevaba cosida a la camisa con un imperdible. Mientras Meg lo ayudaba a quitarse el abrigo, trepó a uno de los bancos. Levantó el vaso y se giró hacia la sala—. *Slàinte!* —brindó.

—*Slàinte!* —respondieron todos los demás, jóvenes y viejos, levantando sus copas.

En ese momento, Ellis y Hank irrumpieron por la puerta con las mejillas

enrojecidas por el frío y los abrigos y sombreros empapados.

—... entonces, si el anuncio se publica el viernes —venía diciendo Ellis —, podríamos empezar a recibir eventuales respuestas el martes. Mientras tanto, sugiero que volvamos a visitar... el...

Su voz se fue apagando cuando se dio cuenta de que era el centro de atención.

Hank dejó caer las manos a los costados del cuerpo y se puso a abrir y cerrar los dedos, como un vaquero dispuesto a desenfundar el arma. Detrás de la barra, Meg agarró una bayeta y empezó a limpiar el mostrador. En ese instante, apareció por la puerta del fondo el señor Ross, nuestro anfitrión de barba negra, con un pesado jersey de lana de color verde oliva.

Al cabo de un momento de silencio que se hizo interminable, el viejo Donnie dejó el vaso en la barra y se deslizó del banco hasta el suelo. Empuñó el bastón y echó a andar lentamente, cojeando.

Tap, tap, tap, tap.

Se detuvo delante de Ellis, que le sacaba una cabeza, levantó la vista y lo miró de arriba abajo. Después echó atrás la cabeza, con la piel del cuello estirada como la de una tortuga, y lo miró a la cara.

—Eres idéntico a tu padre —le dijo por fin.

—¿Disculpe? —preguntó Ellis, palideciendo.

—El cazador de monstruos, el que vino en el 34. Todavía no estoy tan senil como para no acordarme de las cosas.

Los capilares que tenía marcados en la piel de la cara se le oscurecieron, y una gota de saliva le voló de los labios.

Meg arqueó de pronto las cejas y le echó una mirada a Ellis. Después bajó la cabeza y siguió limpiando la barra.

—Ven, Donnie —dijo—. Siéntate. Te serviré el pastel.

El viejo no le hizo caso.

—Supongo que habréis venido a buscar al monstruo, ¿no? ¿O pensáis poner un globo en el agua para hacerle una foto, como hizo tu padre?

La palidez de Ellis se convirtió en caliente rubor en una fracción de segundo.

El viejo giró sobre sí mismo y se dirigió rápidamente hacia donde estaba su abrigo, aporreando el suelo con el bastón a cada paso.

—No pienso quedarme en la misma habitación que este bastardo.

—¿Ha dicho lo que he creído oír? —preguntó Ellis con los ojos muy abiertos—. ¿Me ha llamado bastardo?

—Si no fuera un tullido, le partiría la cabeza —dijo Hank.

—Ah, ¿de modo que estaba casado con tu madre? —dijo el viejo Donnie—. Sin embargo, era bien sabido que el hombre sólo pensaba en el *houghmagandy*.

—Ya está bien, Donnie —dijo Meg con más severidad que antes—. Ya sabes que no me gusta que habléis de cochinas. Ven a comer el pastel.

—Perdona por la expresión, pero no hay otra manera de decirlo —insistió el viejo, indignado—. Era un tipo patético, que trataba a las chicas decentes de la Casa Grande como si fueran auténticas *striopaichean*. ¡Un hombre sin una pizca de integridad! Y, por lo que veo, nadie piensa ayudarme a ponerme el abrigo.

Dijo eso último como una aseveración, pero apoyó el bastón contra la barra y se quedó esperando.

El señor Ross había estado estudiando a Ellis desde que el viejo Donnie había empezado a hablar, pero en ese momento rodeó la barra y fue a ayudarlo con el abrigo. El viejo cogió su bastón y se dirigió hacia la salida pisando con fuerza, hasta que por fin se volvió y declaró con énfasis teatral:

—No esperes que vuelva a franquear tu umbral mientras ese tipo esté en tu casa, Angus.

Salió, cerró la puerta y, un segundo más tarde, una voz comentó:

—Bueno, supongo que Rhona se alegrará de no tener que venir a recoger al viejo al final de la noche.

Hubo una explosión de sonoras carcajadas y los hombres reanudaron sus conversaciones.

Meg salió de detrás de la barra y fue a encender la radio. Movié un rato la aguja del dial iluminado hasta dar con Radio Luxemburgo, donde un traidor apodado lord Haw-Haw presentaba en perfecto inglés británico un programa de propaganda nazi que se emitía desde el continente: «¡Aquí, Alemania!».

La joven giró rápidamente la perilla y siguió buscando en el dial hasta encontrar por fin entre la estática la voz de Bing Crosby, que cantaba dulcemente sobre estrellas y rayos de luna.

Ellis, cuya cara se había estabilizado en un mortecino tono grisáceo, vino a sentarse a mi lado. El dueño de la posada lo estaba estudiando otra vez.

—Precisamente por esto, querida, utilicé tu apellido de soltera —dijo apretando la mandíbula.

Nuestro patrón lo estaba escudriñando de nuevo.

## 10

Ellis mantuvo una fachada tranquila y silenciosa durante toda la cena, y se excusó nada más terminar. Cuando me levanté para ir con él, me dijo con firmeza que me quedara y disfrutara de mi jerez.

Yo no quería quedarme, y ciertamente me sentía incapaz de disfrutar de nada —sólo podía pensar en lo que pasaría si nos ponían de patitas en la calle por mentir—, pero sabía que Ellis prefería que me quedara para tratar de salvar nuestra dignidad. No resistí más allá de un cuarto de hora. Cuando me marché, Hank tenía las mandíbulas apretadas y agarraba el vaso de whisky con tanta fuerza que los nudillos se le estaban poniendo blancos.

Llamé a la puerta de Ellis.

—¡Fuera de aquí!

—Soy yo —dije hablando por la rendija—. Por favor, déjame pasar.

Ladró algo acerca de no estar en condiciones de frecuentar la compañía humana.

Me fui a mi habitación con la esperanza de que cambiara de idea y viniera a buscarme. Cuando el resto de la casa estuvo en silencio y la vela de mi mesilla se había consumido casi por completo, me di por vencida y me acosté.

Echada boca arriba en la oscuridad, bajo una montaña de mantas, oía la lluvia sobre el tejado. Llevaba puestos mis dos camisones más abrigados, uno sobre otro, pero seguía con frío y cada poco tiempo tenía que secarme la nariz con un pañuelo.

Nunca había oído las palabras *striòpaichean* o *houghmagandy*, pero deduje por el contexto que la primera era el oficio que mi suegra atribuía a mi madre, y la segunda, la actividad más característica de esa ocupación.

Siempre había considerado al coronel un fanfarrón, un hombre petulante y engreído, pero nunca se me había ocurrido que también pudiera ser un libertino. La sola idea del coronel insinuándose a unas desdichadas jovencitas me pareció horripilante: su piel macilenta, su barriga temblorosa, su bigote

amarilleado por el tabaco...

Nunca lo había notado, pero si Ellis fuera calvo y se le añadieran cuarenta años, treinta kilos, nariz de alcohólico, entonces se parecería mucho al coronel.

No me extrañaba que quisiera rehuir la compañía humana. Comprender que iba a envejecer como el coronel debió de ser un golpe terrible para él; pero no había manera de sustraerse a la verdad, ya que el viejo Donnie lo había reconocido como el hijo del coronel en cuanto le había puesto la vista encima. No obstante, seguramente habría modos de retrasar la transformación—con dieta y ejercicio, e incluso con peluquines, en caso de necesidad—, y ya habría tiempo de preocuparse más adelante. Nosotros teníamos un problema más inmediato que resolver.

Aparté las mantas y busqué las cerillas en la oscuridad para encender el último cabo de vela.

Un instante después, estaba en el pasillo, delante de la puerta de Ellis. Cuando levanté la mano para llamar, la puerta de la habitación de Meg se abrió con un crujido y una figura de anchos hombros se deslizó hacia el pasillo.

Sobresaltada, di un paso atrás, sofocando una exclamación.

El hombre era alto y tenía unas orejas prominentes, pero a la luz de la vela no pude ver nada más. Me miró, se subió el cuello del abrigo y se escabulló hacia la negrura de la escalera. Golpeé con urgencia la puerta de Ellis.

—¡Ellis! ¡Ellis! —lo llamé apremiante mientras vigilaba el pasillo—. ¡Déjame entrar!

Al cabo de un momento, la puerta se entreabrió y por la abertura apareció la cara de Ellis.

—¿Qué pasa? ¿Es por el corazón? ¿Necesitas una de tus píldoras?

—No, estoy bien —respondí, irritada de que hubiera sacado automáticamente esa conclusión.

—Parecías nerviosa.

Miré por última vez el pasillo y decidí no decir nada acerca del hombre que había visto salir de la habitación de Meg.

—Estoy bien —insistí—, pero tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Ya sabes de qué. ¿Me dejas pasar? Preferiría no tener que hacerlo en el pasillo.



Tras un instante de duda, me abrió la puerta y se apartó. A la luz de la vela, vi que su habitación estaba más o menos en las mismas condiciones que la mía, con todas sus pertenencias tiradas por el suelo.

—Cuidado. Mira por donde pisas —me aconsejó, enseñándome el caos con una mano.

Me abrí paso hasta la cama y coloqué la vela sobre la mesilla. Cuando me metí bajo las mantas, me dijo:

—¿Qué estás haciendo?

Su pregunta me cayó como un golpe en el estómago.

—Estoy entrando en calor. Pero no te preocupes, porque no pienso quedarme.

Resopló un poco y se pasó la mano por el pelo. Finalmente, cerró la puerta y se dirigió hasta el otro lado de la cama. Se acostó sobre las mantas con los brazos cruzados sobre el pecho, rígido como una losa de mármol.

—Al menos, podrías haberme traído una pastilla —dijo.

—Si quieres, voy a buscarte una.

—Déjalo, da igual.

Unos minutos después, cuando quedó claro que no iba a hablar de lo que yo quería, ni de ningún otro tema, le pregunté:

—¿Qué vamos a hacer?

—¿A qué te refieres?

—¿Adónde vamos a ir? No podemos quedarnos aquí.

—Por supuesto que podemos. ¿Por qué crees que no?

—Porque nos registramos con un nombre falso.

Entonces estalló. Se sentó de repente, como movido por un resorte, y se puso a pegar puñetazos sobre la manta con tanta fuerza que me encogí asustada.

—¡No es un nombre falso! ¡Es tu apellido de soltera, como ya te he dicho! ¿Qué es exactamente lo que te preocupa?

—¡Lo que me preocupa y me da miedo es que nos echen a la calle! —dije en voz baja—. Y siento mucho que estés disgustado, pero no tienes derecho a tomarla conmigo. Nada de lo que ha pasado es culpa mía.

—Ah, entonces ¿es culpa mía?

—Bueno, yo no he hecho nada.

El viento bajaba aullando por la chimenea. La ventana se agitaba dentro de su marco.

—Siento mucho lo que ha pasado esta noche con ese viejo —añadí—. Ha

sido muy desagradable.

De repente, Ellis se puso a gritar otra vez.

—¡Me estoy planteando denunciarlo para que lo metan en la cárcel! ¡Por injurias, difamación y Dios sabe cuántas cosas más! ¡Por formular acusaciones ridículas e infundadas contra una persona que ni siquiera está presente para defenderse! ¡Mi padre jamás, jamás...!

—¡Lo sé! —dije yo interrumpiéndolo con un susurro, con la esperanza de que mi tono de voz lo animara a bajar el suyo. Le apoyé una mano en el brazo—. Lo sé.

En realidad, yo no sabía nada. ¿Estaba indignado por las acusaciones de mujeriego o por las de falsificador? ¿O quizá porque había dicho una mentira y lo habían descubierto?

La lluvia arreció y cambió de dirección, bombardeando el cristal como si nos estuvieran arrojando cubos de clavos. De vez en cuando, una gota se colaba por la chimenea y caía sobre la reja del hogar con un pesado «plaf».

Ellis volvió a acostarse.

Yo estaba infinitamente arrepentida de haberme presentado en su habitación y, cuando ya me disponía a levantarme de la cama, él rodó sobre sí mismo para mirarme a la cara sin que yo lo esperara.

—Bueno, respondiendo a tu pregunta —dijo—, espero sinceramente que podamos quedarnos. No hay ningún otro lugar adonde ir.

—¿No podríamos ir a la finca de tu familia? Me sorprende un poco que no hayamos ido allí directamente.

—Sospecho que estarán un poco hartos de los Hyde después de lo que pasó en el 34, ¿no crees?

—No sé. Tu padre no es el primer hombre que intenta acostarse con una sirvienta. Además, sois parientes.

Soltó una risita irónica.

—Solamente somos primos lejanos. Y, aunque hubieran accedido a recibirnos, lo que habría sido sumamente improbable, tampoco habría servido de nada. Por lo visto, la casa y todo el terreno a su alrededor están plagados de soldados.

—¿Han requisado la finca? ¿Dónde están tus parientes?

—Ni idea —contestó él—. No puede decirse que hayamos intercambiado muchas tarjetas navideñas a lo largo de estos años.

Me pasó un brazo por los hombros y comprendí que habíamos hecho las paces.

—Entonces ¿qué has hecho hoy? —me preguntó.

—Más que nada, he descansado; pero tengo novedades muy emocionantes: tres parientes de Anna han visto al monstruo y por lo menos dos podrían estar dispuestos a hablar con nosotros.

—¿De quién?

—De Anna. La chica que nos sirvió el desayuno.

—Hum —dijo—. Qué interesante.

—Pensé que te alegrarías —repliqué—. Que la noticia te entusiasmaría.

—Y me entusiasma. Seguiré la pista, te lo aseguro —dijo—. ¿Cómo te encuentras de los mareos? ¿Crees que podrás venir mañana con nosotros?

—Estoy mucho mejor, y sí, me encantaría —respondí.

—Bien. Necesitaremos tu buena vista. —Se retorció hasta meterse bajo las mantas—. ¿No vas a apagar esa vela?

Me di cuenta de que me estaba invitando a quedarme.

Apagué la llama de un soplo y rodé hacia él.

Unos minutos después, un suave ronquido empezó a surgir de la base de su garganta y, al cabo de un momento, se dio la vuelta para quedar boca arriba. Los ronquidos se volvieron más estruendosos. Yo permanecí despierta, parpadeando en la oscuridad, durante un rato que me pareció eterno.

Intenté recordar cuándo había sido la última vez que habíamos hecho el amor, pero no pude.

Pensé en el hombre que había visto salir de la habitación de Meg y me dije que ojalá estuviera tomando precauciones. Si Hank la metía en un problema, puede que su reputación quedara arruinada, pero acabaría con una buena reserva de dinero, al menos después de que yo le leyera la cartilla a Hank. Pero si un hombre corriente le causaba un problema similar, entonces sólo restaba esperar que se casara con ella y que los dos realmente estuvieran enamorados.

Por la mañana, Ellis se había ido. Había retirado la cortina del apagón antes de irse, de modo que me desperté con la luz del día. Eran casi las diez, bastante temprano para mi gusto.

Abajo, Anna estaba limpiando los cristales con una bola de papel de periódico. Sobre la mesa había una jarra de barro con una etiqueta en la que podía leerse Vinagre destilado. Anna se había recogido el pelo con un sencillo

pañuelo de algodón anudado en la coronilla, que contrastaba vivamente con el fular de Hermès que yo utilizaba con el mismo propósito y de idéntica manera en ese mismo momento.

Me echó una mirada y de inmediato se giró completamente hacia mí.

—Buenos días, señora Hyde —dijo con deliberado énfasis.

—Buenos días —respondí escurriéndome hacia la silla más próxima.

Sólo entonces noté la ausencia de Hank y de Ellis.

Anna me estaba mirando por el rabillo del ojo.

—Han salido —dijo mientras atacaba el cristal con renovado vigor—.

Me han pedido que le diga que volverán mañana.

Me enderecé en el asiento, con un repentino estado de pánico.

—¿Qué? ¿Adónde?

—A Inverness, por lo visto —respondió ella.

—¿Dónde queda eso? Y ¿por qué?

—A unos veintidós kilómetros por la carretera. ¿Por qué razón se fueron?

No lo sé —contestó dejando la bola de papel de periódico sobre el alféizar para limpiarse las manos con el delantal.

—¿No han dejado una nota, ni nada?

—Que yo sepa, no.

—¿Sabes si resolvieron el... malentendido? —pregunté, enunciando con dificultad la última palabra.

Se volvió y me miró con los brazos en jarras.

—¿Se refiere a su registro con nombre falso? Tendrá que preguntárselo a Angus.

Sentí que el terror se apoderaba de mí. Si el dueño de la posada me obligaba a marcharme, ¿qué haría yo? ¿Adónde iría?

—¿Por casualidad se ha acordado de bajar su cartilla de racionamiento? —prosiguió Anna—. He visto que ninguno de ustedes ha entregado la suya, a pesar de que ayer lo mencioné y de que supuestamente hay que presentarlas en el momento del registro. Por otro lado, si van a marcharse pronto, tampoco importa demasiado.

—No sé muy bien dónde las habrá puesto Ellis —dije débilmente—. Intentaré buscarlas.

Anna seguía con las manos apoyadas en las caderas, mirándome con expresión grave y suspicaz. Yo bajé la vista.

—Entonces, si le parece, voy a servirle el desayuno —dijo ella antes de alejarse pisando fuerte.

Apoyé los codos en la mesa y dejé caer la cabeza sobre las manos. No podía creer que Ellis me hubiera hecho eso. Debía de haber un error.

El desayuno consistió en una rebanada de gachas de cajón y una taza de té decididamente aguado, sin leche ni azúcar. Anna me lo dejó bruscamente sobre la mesa y regresó a su ventana.

—El tocino, la mantequilla, el azúcar y la leche no crecen en los árboles, por si no lo sabía —dijo, como reanudando una conversación.

Yo me miraba las manos sobre el regazo. Empecé a descascarar la laca de uñas.

—Ni tampoco los huevos, ni la margarina, ni el té... —prosiguió Anna.

Contempló un momento la bola de papel que tenía en la mano y la desechó, arrojándola sobre la mesa. Formó otra bola con una hoja nueva de periódico, la roció con el vinagre de la jarra y volvió a colocar el recipiente sobre la mesa.

—Bueno, quizá el té sí crece en los árboles —añadió—, pero no por estas tierras. —Señaló mi taza con un movimiento de la cabeza—. Por eso tenemos que reutilizar las hojas.

Durante unos quince segundos, pensé que tal vez ya había dicho todo lo que quería.

—Podría prepararle un sándwich de remolacha, aunque probablemente arrugará la nariz cuando vea el pan que tenemos —prosiguió—. Nabos, patatas, cebollas, gachas de avena... Todo eso puedo dárselo, pero leche no. Quizá encuentre un par de pastillas de sacarina, si me pongo a buscar. Supongo que tampoco tendrá máscara antigás, ¿no? —Me echó una mirada rápida, que le bastó para intuir la respuesta, y a continuación suspiró ruidosamente—. Lo que pensaba. Se supone que debe tener una máscara a mano en todo momento. La pueden multar por no llevarla. No creo que el gas mostaza sepa diferenciar entre usted y una persona normal.

Arrugó los labios al pronunciar las dos últimas palabras.

Finalmente levanté la vista de mi regazo.

—Lo siento mucho, Anna. No sé qué decir.

—No hace falta que diga nada. Ni siquiera sé si la creería.

Si me hubiera dado una bofetada, no me habría sentido peor.

El señor Ross apareció por la puerta del fondo vestido con el jersey del día anterior, unos pantalones del mismo color verde oliva y unas pesadas botas negras. Parecía un uniforme militar, aunque no tenía insignias ni ningún tipo de identificación. Se detuvo momentáneamente al verme, pero enseguida

siguió adelante como si yo no existiera. Fue hasta la caja registradora y sacó dinero. Después abrió un voluminoso libro de contabilidad y comenzó a pasar las hojas, haciendo anotaciones ocasionales a lápiz. Noté sobresaltada que le faltaban dos falanges del dedo índice derecho.

Anna volvió a concentrarse en su ventana.

—¿Quiere que corrija el nombre mal escrito en el registro? —preguntó el señor Ross sin levantar la vista.

Mi alivio fue tan grande que me llevé la mano a la boca, incrédula.

—¿Debo interpretar ese gesto como un «sí»?

—Sí —respondí yo, casi sin poder articular las palabras—. Gracias.

Ya era suficientemente bueno que no nos echara a la calle, pero que además se ocupara de preservar mi dignidad era un detalle de tanta amabilidad que hizo que se me formara un nudo en la garganta.

—Muy bien, entonces. —Se volvió y se dio una palmada en el muslo—. *Conall, trobhad!*

El esbelto animal rodeó trotando el extremo de la barra y se fue junto con su amo.

—Lo único que puedo decir es que han tenido ustedes mucha suerte —dijo Anna.

Se me encogieron las entrañas. Me temblaban las manos y el corazón me palpitaba tan desenfadadamente que ni siquiera podía pensar en empuñar el tenedor, ni mucho menos en levantar la taza de té. Empujé hacia atrás la silla, haciéndola chirriar contra el suelo, y salí corriendo escaleras arriba, dejando intacto el desayuno.

—¡Estoy pensando en llamar al inspector! —gritó Anna a mis espaldas.

Cerré por dentro el pestillo de mi habitación y me quedé apoyada en la puerta, jadeando. Tenía el corazón tan desbocado que llegué a pensar que iba a darme un ataque. Si me hubiera dado uno, no habría sido la primera vez.

La primera vez había sido mientras almorzaba en The Acorn Club con mi suegra y cinco amigas suyas, entre ellas, la señora Pew.

No hacía aún cuatro meses que me había casado y todavía intentaba convencerme de que el regalo de la tiara era una señal de que algún día mi suegra llegaría a aceptarme e incluso a apreciarme. Las señoras estaban hablando del infame ataque a Pearl Harbor y todas ellas afirmaban que, a

pesar de sus anteriores reservas, ahora respaldaban por completo la decisión del presidente de intervenir en la guerra. Yo mencioné el hundimiento del *Athenia* y dije que tal vez deberíamos haber intervenido entonces, teniendo en cuenta el número de estadounidenses que viajaban a bordo. Mi comentario fue acogido con un prolongado silencio.

Al cabo de una larga y tensa pausa, mi suegra dijo:

—Tienes todo el derecho a tener tu opinión, querida. Pero a mí, personalmente, ni siquiera se me pasaría por la cabeza contradecir al presidente.

Se había llevado la enojada mano al pecho y parpadeaba rápidamente, como para subrayar las palabras.

Mientras yo me sonrojaba, ella siguió adelante, elogiando al club por haber reducido a cinco los anteriores siete platos del menú, como parte del esfuerzo de guerra. Después animó a las otras señoras a contribuir también con el esfuerzo bélico y añadió que ella misma había dado instrucciones a su personal de cocina para que donaran las latas, así como las ollas y los cazos que se utilizaran menos. Todas expresaron su pesar por no poder hacer nada más, sobre todo desde tan lejos, y pasaron a analizar la sorpresa que se había llevado Ellis al intentar alistarse.

—Ha sido una auténtica conmoción, podéis creerme —dijo mi suegra—. En todos estos años, es la primera noticia que tenemos. Supongo que por eso ha destrozado tantos coches: no distingue si el semáforo está en verde o en rojo. El pobre está terriblemente fastidiado, pero no hay nada que podamos hacer. Como podéis imaginaros, Whitney está fuera de sí.

Hubo murmullos de simpatía, tanto para Ellis como para el coronel, pero enseguida la señora Pew añadió en tono conspirativo:

—También están los que *amañan* las pruebas físicas para que no los llamen a filas.

—¿Quieres decir que...? —dijo otra señora en voz baja, y en lugar de completar la frase, dejó vagar la mirada por el salón, hasta el lugar donde la madre de Hank estaba almorzando con sus amigas.

La señora Pew confirmó la suposición con un lento parpadeo. Las otras dos abrieron mucho los ojos, con palpable emoción por haber detectado un engaño.

—Una absoluta vergüenza. ¡Pies planos! ¡Sí, claro!

—Nada que un buen par de botas no pueda arreglar.

—Ese chico no le ha traído a su familia más que dolores de cabeza —

dijo mi suegra—. Lo lleva en la sangre, por mucho que su madre sea una Wanamaker. —Bajó la voz todavía más—. ¡Ojalá Ellis no se le acercara! Pero, claro, mi hijo nunca hace caso de nada de lo que digo.

Yo estaba mirando fijamente los camarones y el aguacate en la vajilla de porcelana fina que tenía delante, cuando de pronto se me ocurrió que casi con seguridad mi suegra habría dicho lo mismo de mí, a esas mismas señoras, tal vez incluso en la misma mesa.

La tiara no había sido un regalo en son de paz. No tenía idea de lo que podía significar, ni por qué me había invitado a almorzar, pero estaba completamente convencida de que tenía que haber un motivo.

Recuerdo haberme quedado observando el cuenco de cristal con el aliño de la ensalada, y la copa de champán, por donde ascendían líneas de burbujas surgidas de diminutos géiseres que se formaban aleatoriamente a los costados. Me percaté de que llevaba tanto tiempo inmóvil que las señoras habían empezado a mirarme, y tuve el impulso de coger el tenedor, pero no pude, porque sabía que se me caería de la mano. Alguien me dijo algo, pero no pude oír nada por encima del zumbido de mis oídos. Entonces ya no fui capaz de recuperar el aliento. No fui consciente de que me estaba escurriendo de la silla, pero me di perfecta cuenta de que era el centro de atención mientras estaba tumbada en la alfombra y contemplaba desde abajo un círculo de caras preocupadas. Y ¿cómo podría haber olvidado el vergonzoso trayecto en ambulancia, con la sirena a todo volumen?

Siguieron una serie de consultas, que culminaron con la visita de un médico llegado especialmente de Nueva York, que me tomó el pulso, me auscultó el corazón y me interrogó extensamente sobre mi familia.

—Entiendo... Entiendo... —repetía una y otra vez mientras me escudriñaba por encima de sus gafas de montura metálica.

Al final, plegó las gafas, se las deslizó en el bolsillo de la chaqueta y a continuación me informó —delante de Ellis y de su madre— de que padecía una afección nerviosa. Me prescribió píldoras para los nervios y dijo que debía evitar a toda costa las emociones fuertes.

Mi suegra sofocó una exclamación.

—¿Significa eso que no puede...? ¿Quiere decir que nunca tendrá...?

El médico la contemplaba, mientras la cara de mi suegra pasaba de un tono de rojo al siguiente.

—¡Ah! —exclamó el doctor, comprendiendo por fin lo que quería decir—. No, nada de eso. Puede tolerar una cantidad razonable de relaciones



maritales. Se trata sobre todo de evitar la excitación mental. Su condición no es en absoluto inesperada, dada su historia materna.

Lo guardó todo en su maletín y se puso el sombrero.

—¡Un momento! —dijo mi suegra, poniéndose bruscamente de pie. Me echó una mirada a mí, que yacía en la cama—. Cuando dice que su condición no es inesperada, ¿se refiere a que ese tipo de trastornos son hereditarios?

Tras una breve pausa, el doctor dijo:

—No necesariamente. Tenga en cuenta que cada generación se diluye un poco más, y que los eventuales hijos de este matrimonio tendrían solamente uno de sus cuatro abuelos no del todo..., ¿cómo decirlo...?, no del todo de nuestra clase.

Edith Stone Hyde dejó escapar un grito agudo y volvió a hundirse en el sillón.

Mi afección nerviosa se convirtió en ese mismo instante en afección cardíaca, y aunque no solía sentir agradecimiento por mi suegra, me resultó admirable la rapidez con que se encargó de cambiarme el diagnóstico; en particular, cómo mantuvo, al menos, la ilusión de distancia entre mi propia madre y yo.

Mi madre había sido famosa por su belleza, con ojos verde mar, naricita respingona y una boca en forma de corazón que dejaba entrever unos dientes blancos como perlas. En algunas mujeres, los rasgos perfectos no acaban de combinarse en un todo exquisito; pero en mi madre, la suma de sus perfecciones era tan impresionante que, cuando se casó con mi padre, hijo de una de las mejores familias de Filadelfia, la sociedad pareció dispuesta a pasar por alto el hecho de que su padre fuera un empresario de variedades (un género que primero se llamó *burlesque* y después *vodevil*), que su madre hubiera sido una de sus *vedettes* y que su abuelo tuviera conexiones poco claras, según se rumoreaba, con la red de políticos más corruptos de Nueva York. Su familia tenía dinero, y la de su marido, apellido. El arreglo no era inusual.

Yo sabía, desde que tenía memoria, que mi madre era desdichada, pero tardé años en comprender la verdadera magnitud de su desdicha y el arte con que sabía expresarla. La socavaba por dentro como la carcoma.

Ante el mundo exterior, mi madre presentaba una fachada de

mansedumbre y resignación, pero dejaba entrever sutilmente que mi padre era un tirano y yo..., bueno, yo era una rebelde en el mejor de los casos, y una criatura criminalmente maligna en el peor, algo que para ella era todavía más devastador que la crueldad de mi padre. Mi madre era increíblemente delicada. Le bastaba un suspiro, una mirada levemente empañada o una pausa casi imperceptible para que todo el mundo comprendiera la profundidad de su angustia y la nobleza con que la sobrellevaba.

Era una conversadora excelente, y cuando el ambiente no era el más favorable, sabía ser cautivadora e ingeniosa hasta convertirse en el centro de atención, pero nunca de manera demasiado obvia. En esos casos, pasaba lenta y repetidamente un dedo por el fuste de la copa, o se cruzaba de piernas y movía el pie en círculos deliberados, para atraer la atención sobre su tobillo exquisitamente torneado. Era imposible desviar la vista. Fascinaba tanto a los hombres como a las mujeres.

En casa, su actitud solía ser hosca y enfurruñada, y pronto aprendí que sus silencios lo eran todo menos apacibles. Siempre estaba irritada por algún pequeño agravio, real o imaginario, y era capaz de montar una crisis de grandes proporciones a partir de la nada.

Yo trataba de pasar inadvertida, pero inevitablemente coincidíamos a la hora de cenar. Nunca sabía de antemano si dirigiría su disgusto contra mi padre o contra mí. Cuando la culpable era yo, la cena transcurría entre silencios gélidos y miradas fulminantes. Rara vez sabía cuál había sido mi delito, pero aunque lo hubiera sabido, no me habría atrevido a levantar la voz para defenderme. Simplemente, me encerraba en mí misma. Esas noches, conseguía cenar, aunque ella estudiara con detenimiento cada trozo de comida que me llevaba a la boca, así como el modo en que lo hacía.

Cuando el reo era mi padre, la coreografía era muy diferente. Las miradas despectivas de mi madre y sus comentarios agudos cedían el paso a complicadas pullas que mi padre se empeñaba en ignorar, seguidas de afilados sarcasmos que él tampoco parecía oír. Entonces mi madre, con los ojos llenos de lágrimas, se preguntaba en voz alta por qué los dos encontrábamos tanto placer en atormentarla. Habitualmente, llegados a ese punto, mi padre le hacía algún comentario seco y cortante, por lo general en el sentido de recordarle que nadie la obligaba a quedarse, y él menos que nadie. Entonces ella se levantaba de la mesa llorando.

Mi padre seguía cenando como si nada hubiera pasado, por lo que me correspondía a mí tratar de arreglar las cosas. Abandonaba mi plato y subía

lentamente la escalera, con una aprensión que iba en aumento a cada paso que daba. Siempre había que negociar un poco, pero al final mi madre me dejaba pasar, y entonces me sentaba en su cama y ella me regalaba los oídos con una exposición de las muchas maneras en que su vida era un calvario: mi padre era un hombre voluble y cruel, incapaz de la menor empatía. Hacía muchos años que lo habría dejado, de no haber sido por su amenaza de no permitirle que me viera nunca más e incluso de encerrarla en un manicomio, y ya sabía yo las cosas que pasaban en esos sitios. Había renunciado a toda esperanza de felicidad por mi causa, animada por el más puro amor materno, aunque yo se lo pagara con ingratitud. Pero la única culpable era ella, porque yo había salido a mi padre. Nadie podía culparme por haber heredado sus peores rasgos y, ya que estaba allí, ¿podía hacerle el favor de alcanzarle una de sus píldoras?

Veinte minutos después de huir de Anna y sus gachas, mi corazón no daba señales de aquietarse.

Seguía apoyada contra la puerta de mi cuarto, jadeando para no ahogarme. Las manos y los pies me hormigueaban, y veía chispazos en la periferia del campo visual.

Aborrecía la idea de que me hubieran prescrito píldoras para los nervios —aborrecía la existencia de cualquier paralelismo entre mi madre y yo— y, aunque me desprecié por hacerlo, me puse a cuatro patas y empecé a revolver las maletas y a arrojar vestidos, ropa interior, pañuelos e incluso zapatos por encima de los hombros, en busca del frasco de vidrio marrón donde sabía que residía mi alivio.

Encontré las pastillas, me llevé una a la boca y bebí agua directamente del grifo para tragarla. Me tumbé en la cama y esperé. Al cabo de unos minutos, una niebla reconfortante empezó a descender sobre mí, y entonces comprendí, de una manera que me llenó de temor, la razón por la que Ellis y mi madre eran tan aficionados a esas píldoras.

Me senté en la cama y miré a mi alrededor. La habitación era un caos. No había deshecho el equipaje desde nuestra llegada, dando por supuesto que en algún momento mis vestidos, faldas y chaquetas se colgarían mágicamente de las perchas, las otras prendas aparecerían dobladas con pulcritud en los cajones y alguien vendría a retirar mis maletas y mis baúles vacíos. De

repente comprendí que no iba a pasar nada de eso.

Después de ordenarlo todo, hice la cama, aunque el resultado fue claramente de aficionada. Intenté remeter los bordes y alisar la superficie, pero cada vez que trataba de arreglar algo sólo conseguía estropear todavía más el efecto general, por lo que decidí dejarlo todo como estaba para no tener que empezar de nuevo.

Se me habían acabado las cosas para hacer. Tenía varios crucigramas, una novela de misterio y unos cuantos libros sobre el monstruo que me había dado Ellis, pero me sentía incapaz de leer, aunque en este caso no era por el mareo, sino porque me notaba embotada.

Me acerqué a la ventana y me puse a mirar.

El cielo era luminoso, aunque un pesado nubarrón de color grafito se cernía a lo lejos. La fila de casas idénticas de la acera de enfrente presentaba en las fachadas una combinación de escayola blanca y tosca rosa, rematada por anchas chimeneas de ladrillos. Más allá de las casas se veían colinas donde pacían ovejas y campos delimitados por hileras de árboles. Más lejos aún, había montañas de un tono castaño uniforme, en las áreas desnudas de bosque, con las cumbres envueltas en nubes.

El frío era insidioso, y al final tuve que sacar una manta de mi cama mal hecha para echármela sobre los hombros. Me senté en el sillón.

Quizá Anna lo hubiera entendido mal. Quizá Ellis y Hank hubieran salido solamente durante el día. Tal vez estuvieran buscando otro hotel.

Oí pasos en el pasillo, y por el ruido de puertas que se abrían y se cerraban, y de agua que corría en el baño, supuse que Anna estaría haciendo las otras habitaciones. Volvió a bajar la escalera y, unos minutos después, oí —y también sentí— que se cerraba una puerta. Fui hasta la ventana y la vi marcharse calle abajo montada en una bicicleta oscura, con una gran cesta de mimbre y los faldones del abrigo abolsados tras ella por el viento.

## 11

Me sorprendí agarrada al alféizar de la ventana, mareada y débil. La sensación me invadió sin previo aviso; de pronto sentí la frente perlada de sudor y me di cuenta de que iba a desmayarme o a vomitar. Al principio pensé que sería una reacción a la pastilla, pero después reconocí que era hambre. Tras el enfrentamiento con el viejo Donnie la noche anterior, casi no había podido tocar la cena, y aparte del huevo y las pocas rodajas de patata que Anna me había dado la víspera, no había comido casi nada desde que había salido de Estados Unidos.

Ya me había sentido así cuando estaba saliendo de la pubertad, y sabía que si no comía algo, pronto me desplomaría. Como ni siquiera había alguien en la posada que pudiera hallarme inconsciente, lo único que podía hacer era bajar a la cocina y tratar de sustraer cualquier cosa comestible. Si encontraba el cajón de las gachas, cogería una rebanada muy pequeña, quizá la misma que no había podido comer durante el desayuno, para que de ese modo mi delito fuera mínimo.

Por la mitad de la escalera, me asaltó un aroma a carne asada. Olía tan bien que se me hizo la boca agua y casi se me saltaron las lágrimas, ya que Anna había dejado perfectamente claro cuál sería mi dieta hasta que entregara mi cartilla de racionamiento.

La sala principal estaba vacía, de modo que me deslicé por detrás del mostrador. Estaba casi segura de estar sola en el edificio, pero de todas formas me detuve un momento en la puerta, aguzando el oído por si detectaba signos de vida. No oí nada y seguí adelante.

La cocina era más grande de lo que esperaba y muy luminosa. Las paredes estaban encaladas, con las puertas y las ventanas pintadas de azul cian. Cazos, ollas y cucharones de cobre colgaban de unos ganchos, por encima de una robusta mesa en el centro de la habitación. La gran cocina negra desprendía un calor maravilloso, así como un aroma celestial. A un costado había una despensa y, en la pared opuesta —literalmente—, una cama. La

cama estaba empotrada en la pared y tenía unas puertas correderas de madera que la cerraban por completo, aunque en ese instante estaban abiertas y dejaban a la vista unas mantas mucho mejor ordenadas que las mías. Supuse que sería el lugar donde dormía el señor Ross.

Me maravilló el contenido de la despensa: frascos y más frascos de conservas de col lombarda, remolacha y pepinillos, mermeladas, moras en almíbar, cubitos de caldo concentrado, salsas Polo y Worcestershire, cestas de cebollas, nabos y patatas, enormes vasijas de vinagre y latas con etiquetas de TÉ, PASAS y AZÚCAR. Y todavía había más, como pude ver a través de las puertas de cristal de las alacenas.

No pude resistirme a la cesta de manzanas: una cesta de una fanega, llena a rebosar. La mayoría de las manzanas estaban envueltas individualmente en papel de periódico, pero había unas pocas a la vista, redondas, brillantes y hermosas. Me sentí como Blancanieves o incluso como Eva, y todos mis propósitos de virtud y de gachas de cajón se evaporaron en cuanto vi las manzanas.

Cuando ya me estaba llevando una a los labios, sonó una voz femenina a mis espaldas.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

Sobresaltada, me volví de repente, dejando caer la mano y flexionando al mismo tiempo la muñeca para ocultar la manzana detrás de la cadera.

Meg estaba de pie junto a la puerta de la barra, con un grueso abrigo verde oliva y sombrero a juego. Llevaba una caja de cartón colgada del hombro con un cordel; se la quitó y la dejó en una silla, al lado de la puerta. La caja tenía una inscripción: MÁSCARA ANTIGÁS. Meg puso los brazos en jarras y me miró.

—¿Necesita algo?

—No, gracias. Estaba...

Tragué saliva y apreté con fuerza la manzana.

Sus ojos me recorrieron toda la longitud del brazo. Después me miró a la cara. Al cabo de una pausa que duró tres o cuatro latidos de mi corazón, se volvió y se quitó el abrigo, que dejó sobre el respaldo de la silla.

—Cuando tenga un minuto, Angus me ha pedido que le enseñe el refugio antiaéreo.

Se quitó el sombrero y se demoró un momento arreglándose las horquillas del pelo, de espaldas a mí. Me di cuenta de que me estaba dando tiempo para que me guardara la manzana en el bolsillo o la devolviera.

Me incliné hacia la despensa y la deposité con cuidado encima de las demás.

—¿Voy a buscar mi abrigo?

—Vaya, si quiere, pero yo no pienso llevar el mío. Será un minuto nada más —dijo—. Angus sólo quiere que le enseñe dónde está, para que pueda encontrarlo en la oscuridad. Ya sabe que durante el apagón no está permitido encender linternas ni siquiera para cruzar la calle. Aunque, a decir verdad, encender una linterna en medio de un ataque aéreo no sería muy buena idea.

Pese a la pastilla que me había tomado, el corazón me dio un vuelco.

El refugio antiaéreo estaba detrás de la casa, bastante alejado, al final de un gran huerto que, a excepción de unas pocas hileras de coles y acelgas, estaba cubierto de paja.

Parecía una gigantesca lata de conservas, medio sepultada y cubierta con una fina capa de hierba anémica. Tenía los lados revestidos de musgo y un gran trozo de tela de arpillera colgado sobre la puerta.

—Aquí está —dijo Meg, levantando la cortina de arpillera—. Puede entrar si quiere, pero no hay mucho que ver. Recuerde solamente que hay un par de peldaños en la entrada y dos literas al fondo. Tenemos linternas y ropa de cama, por si hay que pasar la noche aquí. Tenga siempre a mano el abrigo y los zapatos. Aunque aquí haya mantas, los necesitará. Yo tengo un traje para las alarmas antiaéreas. Si suena la sirena, me lo pongo por encima, cierro la cremallera y salgo. ¿Le queda algún cupón de ropa?

Negué con la cabeza, sin poder articular palabra.

—Bueno, no importa. Puedo conseguirle el patrón, si quiere hacerse el traje, pero el material tendrá que ponerlo usted.

Aunque eran apenas las cuatro pasadas, el cielo se había vuelto del azul del crepúsculo, y una repentina racha de viento me hizo estremecer.

—Bueno, ya está —dijo Meg—. Entremos.

Echó a andar delante de mí, de regreso a la posada. Caminaba tan rápido que tuve que trotar para alcanzarla.

—No deje de bajar a cenar esta noche —dijo—. Tenemos una pieza de carne espléndida.

—No puedo comer carne —respondí con profundo pesar—. No tengo cartilla de racionamiento.

—No hay ningún problema. Es venado.

—¿La carne de venado no está racionada?

La esperanza se elevó como un pájaro que hubiera levantado el vuelo.

—No pueden racionar lo que no conocen —dijo Meg—. Y Angus nunca permitirá que nadie pase hambre.

—¿Quieres decir que se dedica a la caza furtiva?

Me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mis labios.

—Yo no he dicho eso —replicó Meg con particular énfasis—. Pero, aunque lo hubiera dicho (y repito que no ha sido así), la caza de venados sería un robo justificado. Angus fue el guardabosques de Craig Gairbh, ¿sabe?

—¿Por qué lo dejó?

—Para alistarse en el ejército. Y, cuando regresó, el señor había cedido la casa y todo el terreno de la finca a los militares. Habían matado a su hijo en la guerra y el viejo pensó que era lo mínimo que podía hacer, ya que era demasiado mayor para combatir. Dicen que en sus tiempos fue un gran soldado. Así que, de momento, la finca no necesita guardabosques. En cualquier caso, la única diferencia entre la situación de antes y la de ahora es el nombre del empleo.

—¿Ya era guardabosques en el 34? —pregunté.

Meg arqueó una ceja y echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro.

—Así es.

Eso significaba que había sido testigo de la mala conducta del coronel, por lo que resultaba todavía más sorprendente que aún no nos hubiera puesto de patitas en la calle.

Llegamos al edificio y Meg abrió la puerta y la sostuvo para que yo pasara primero.

—No fue idea mía —dije con voz débil—. Me refiero a lo del apellido.

—Ah, sí —replicó ella asintiendo con la cabeza—. Por lo que he podido ver, su marido hace las cosas sin consultarla. ¿Querría ayudarme a colocar las cortinas del apagón? Se está haciendo de noche y todavía no he empezado a pelar las patatas y los nabos.

—Claro —dije. Aunque me sorprendió que me lo pidiera, no se me habría ocurrido decirle que no.

—Asegúrese de que todas las cortinas estén bien colocadas. Una rendija de luz es suficiente para que nos multen. O nos bombardeen.

Cuando vio mi cara, estalló en carcajadas.



—¡Sólo un poco de humor negro!

—Sí, claro —dije, dirigiéndome hacia la puerta.

—¡Espere un momento!

Fue hasta la despensa y volvió, me cogió una mano y depositó una manzana sobre la palma.

La observé casi sin palabras por la gratitud.

—Gracias.

Después me cogió la otra mano y me inspeccionó las uñas.

—Parece que haya estado recogiendo patatas. Se las arreglaré mañana. Ya sabe: «Tu deber es estar guapa». ¡Para mantener bien alta la moral de nuestros chicos! ¿Y qué esconde bajo el pañuelo?

—Nada bueno —dije, agarrando la manzana con tanta fuerza que le agujereé la piel—. ¿Quizá algún día podrías enseñarme a marcarme los rizos con tiras de tela, como haces tú?

—Claro que sí. Si soporta dormir con los rulos puestos, puedo prestarle los míos. —Me miró con expresión crítica y asintió—. Tiene la cabeza perfecta para unos buenos rizos Victoria. Pero ahora váyase. Tengo que terminar de preparar la cena y ponerme un poco presentable.

Me comí la manzana hasta no dejar más que el cabo y las semillas colgando del fibroso corazón, pero seguía hambrienta. Odiaba la idea de bajar sola a cenar, pero como Hank y Ellis no estaban, no tenía otra opción, así que bajé.

Las mesas y los bancos de la barra estaban ocupados por los mismos hombres que la noche anterior (con la notable excepción del viejo Donnie), pero esta vez ninguno me prestó atención cuando fui a reunirme con *Conall* junto al fuego. Al instante de sentarme, Meg me puso delante un plato enorme de comida.

El asado de venado estaba muy hecho, cocido hasta el centro y servido con mermelada de bayas de serbal y un generoso acompañamiento de puré de patatas y nabos.

La cabeza me daba vueltas por el placer anticipado de la comida. Miré a mi alrededor, para asegurarme de que nadie me estaba observando, y después comí. Resultó difícil comer a una velocidad civilizada.

El perro, que al principio estaba tumbado entre un extremo del sofá y el

fuego, me estuvo mirando con intenso interés, hasta que se convenció de que no iba a dejarle nada, y entonces suspiró decepcionado. Yo habría querido darle uno o dos trocitos de venado mientras comía, pero el señor Ross estaba detrás de la barra y de vez en cuando me echaba una ojeada. No me parecía el tipo de persona que mima en exceso a los perros, y yo estaba intentando pasar tan inadvertida como me fuera posible. No quería hacer nada que pudiera llevarlo a cambiar de idea acerca de mi estancia en la posada.

Cuando Meg vino a buscar mi plato, me trajo un vaso de cerveza que — según dijo— serviría «para espesarme la sangre». Yo nunca había bebido cerveza, ya que en nuestro medio se consideraba una bebida de clase baja, de modo que la probé con aprensión. No me resultó desagradable del todo y consiguió que me aumentara la cálida sensación de tener el estómago lleno.

Haber comido por fin era el único aspecto positivo de mi situación. Cada vez que se abría la puerta, no podía evitar volverme con la esperanza de que fueran Ellis y Hank, pero nunca eran ellos. Al cabo de un tiempo, empecé a asimilar que realmente me habían abandonado sin dejarme ni un céntimo, ni una cartilla de racionamiento, ni darme una explicación.

No era mi intención escuchar las conversaciones de los demás, pero como estaba sola, no podía evitar oír retazos sueltos de lo que decían.

Los jóvenes que ocupaban las mesas pertenecían a una unidad militar de leñadores, el Cuerpo Forestal Canadiense, desplegada en esa zona para atender la inagotable demanda de madera de las Fuerzas Armadas británicas, y Meg —que, en nombre del deber, lucía falda acampanada y labios rojo carmín y se había dibujado en las piernas la raya de las medias— trabajaba con ellos durante el día. Los hombres del valle eran todos mayores, y algunos presentaban evidentes cicatrices y heridas, presumiblemente de la Gran Guerra. Estaban sentados en los bancos de la barra, conversaban entre ellos y no prestaban atención a los leñadores canadienses, ni tampoco a mí.

A las nueve menos diez, Meg encendió la radio para que se calentaran las válvulas. Cuando las campanadas del Big Ben anunciaron la emisión nocturna, todos guardaron silencio.

El Ejército Rojo avanzaba por el sur de Polonia, pese a la encarnizada oposición del enemigo, y se encontraba a tan sólo cuarenta y cinco minutos de suelo alemán. En una sola batalla, los rusos habían causado más de tres mil

bajas alemanas y destruido cuarenta y un carros de combate enemigos. En Budapest, tras tres días de lucha, habían tomado trescientas sesenta manzanas de la ciudad y capturado cuatro mil setecientos prisioneros. En todos los frentes, habían sido destruidos un total de ciento cuarenta y siete carros de combate y sesenta aviones alemanes. Y cuatro días después asumiría el cargo Franklin D. Roosevelt, que por cuarta vez accedía a la presidencia de Estados Unidos.

A pesar de los indiscutibles progresos en el frente, mi saciada complacencia se vino abajo, convertida en insondable depresión.

En Filadelfia, la guerra parecía estar a millones de kilómetros de distancia. La gente hablaba al respecto e incluso discutía, pero era en esencia un ejercicio intelectual que practicábamos a la hora del cóctel o durante el almuerzo en el club. Era como si unos teóricos soldados estuvieran disputando una guerra teórica, y desde que Ellis había sido excluido del servicio militar, evitábamos cuidadosamente el tema para no herir sus sentimientos.

Después de sufrir el ataque de los submarinos en alta mar y de haber sido testigo de las terribles heridas de los hombres rescatados del mar en llamas, mi anterior sensación de desapego se había roto en mil pedazos, pero aún me costaba asimilar el concepto de tres mil muertos en una sola tarde, incluso tratándose de soldados enemigos. Había oído hablar de números de bajas igual de importantes en incontables ocasiones a lo largo del conflicto; pero sólo allí, sentada en una sala llena de jóvenes uniformados y veteranos de guerra, comprendí por primera vez la magnitud y el horror de la pérdida de vidas humanas.

En la cama, con los rulos de Meg en el pelo y la cara embadurnada de crema, sentí una repentina nostalgia de Ellis, lo que resultaba del todo absurdo, ya que él era el responsable directo de la situación crítica en que me encontraba. Entonces me di cuenta de que en realidad sentía nostalgia de mi casa, desencadenada tal vez por la mención del presidente Roosevelt en la radio.

Anhelaba estar en mi dormitorio de Filadelfia, antes de Nochevieja, antes de todo esto. Quería sentirme segura, aunque tuviera que aguantar muchísimos años más a Edith Stone Hyde.

No obstante, en lugar de eso, estaba sola en una posada llena de

desconocidos, en un país extranjero que, por si fuera poco, estaba en guerra. Si de pronto me esfumara, nadie lo notaría, y menos aún le importaría a nadie. En casa, mi suegra habría notado mi desaparición. Se habría alegrado, pero la habría notado.

Pensé en Violet y me pregunté si me odiaría, antes de darme cuenta de que sí. Seguro que me odiaba. Solamente podría ver que a mí me habían traído, mientras que a ella la habían dejado. Me preguntaba qué habría pensado si hubiera sabido que me cambiaría por ella sin dudarlo.

Enseguida caí en la cuenta de que, si Hank realmente no le había dicho nada de nuestra supuesta aventura a Violet, entonces la única persona en el mundo que conocía nuestro paradero era Freddie. Cuando los padres de Ellis al final se pusieran a investigar, averiguarían que Ellis había vaciado su cuenta bancaria y que habíamos dejado la mayor parte de nuestras pertenencias en depósito en el hotel, pero ahí se acabaría la pista. Si Hank y Ellis no regresaban, sería absolutamente cierto que no habría nadie para notar mi desaparición.

## 12

Anna estaba fregando el suelo cuando bajé la escalera a la mañana siguiente. Sin decir ni una palabra, apoyó la fregona contra la pared y entró en la cocina. Me sirvió el desayuno sin ceremonias: una rebanada de pan tostado, gris y harinoso, y un té hecho de hojas ya usadas.

Como no tenía nada más que hacer, me había bajado un libro para leer junto al fuego, una novela de detectives titulada *Más vale pájaro en mano que muerto en el desván*. El título me había parecido ocurrente mientras estaba haciendo la maleta para el viaje, pero Anna no era de la misma opinión, a juzgar por la manera en que lo miró.

Cuando me senté en el sillón, se puso a fregar el suelo a mi alrededor, haciendo chapotear ruidosamente el agua gris del cubo y retorciendo la fregona de cuerda como evidente sucedáneo de mi cuello. Finalmente, enrolló la alfombra para ponerse a limpiar justo delante de mí, sin molestarse en pedirme que levantara los pies.

Fue casi un alivio cuando puso los brazos en jarras y me espetó:

—¿Piensa quedarse otro día más mirando el techo?

Cerré el libro y esperé a que continuara.

—Meg y yo trabajamos por lo menos dieciséis horas al día, ella en el aserradero y yo en la granja, y después aquí, turnándonos para atender a los clientes, y en cambio usted se pasa el día entero apoltronada delante del fuego, esperando a que le sirvan la comida y a que le hagan la cama.

Moví la boca, pero no me salieron las palabras.

—¿Por qué no teje unos calcetines para los soldados, o al menos unos cuadrados para fabricar mantas? —preguntó en tono acusador.

—No puedo. No sé hacer punto ni ganchillo.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó con ironía.

Dejé el libro sobre la mesa.

—Anna, yo no sé qué esperáis de mí.

—Estamos en guerra pero, por lo visto, para ustedes todo es diversión.

Ni siquiera consigo entender qué demonios están haciendo aquí.

Yo tampoco.

Cuando empezó a fregar de nuevo, fui a buscar el abrigo.

Tras localizar la oficina de correos y soportar la mirada hostil del funcionario, cuyas pobladas y feroces cejas parecían orugas pegadas a la cara, envié el siguiente telegrama:

DR. ERNEST PENNYPACKER 56 FRONT STREET, FILADELFIA PA  
QUERIDO PADRE HE COMETIDO UN ESPANTOSO ERROR STOP ESTOY EN  
HIGHLANDS ESCOCIA STOP TENGO QUE SALIR DE AQUÍ STOP NO PODRÍA  
SOPORTAR TRAVESÍA MARÍTIMA STOP POR FAVOR MANDA AEROPLANO STOP TE  
NECESITO STOP TU HIJA QUE TE QUIERE

La hostilidad del funcionario de correos aumentó todavía más cuando me di cuenta de que no llevaba dinero encima y no podía pagarle.

En cuanto salí de la oficina, comencé a preguntarme si habría hecho bien. Esperaba que sí, porque ya no podía dar marcha atrás.

Cuando Ellis volviera, intentaría convencerme para que no me fuera; pero como Hank y él parecían decididos a dejarme sola de todos modos, no comprendía por qué no podía quedarme sola en la tranquilidad de mi casa, en Estados Unidos. Supuse que me habían traído simplemente porque Ellis no tenía suficiente dinero para dejarme en ningún otro sitio.

No podía volver a la posada hasta estar segura de que Anna se hubiera marchado, por lo que me puse a pasear por el pueblo con la idea de encontrar el lago.

El pueblo consistía básicamente en hileras de casas idénticas y unas pocas casas grandes con jardín, rodeadas de muros de piedra. Había solamente tres tiendas y lúgubres recordatorios de la guerra por todas partes. En la puerta del ayuntamiento había carteles que recomendaban Repara y remienda, y otros que aconsejaban cultivar hortalizas en el jardín de casa. La solitaria cabina telefónica de color rojo brillante, que parecía acabada de salir de una postal, estaba apuntalada con sacos de arena por tres de sus costados. Una cuadrilla de veloces y diminutos aeroplanos apareció de pronto en el

cielo, en perfecta formación, y me hizo soltar un grito y correr a esconderme en un portal. La única razón por la que supe que no nos estaban atacando fue que la gente del pueblo prestaba la misma atención a los aviones que a mí. Tampoco cruzaron una sola mirada conmigo. Me pregunté si sabrían que era la nuera del coronel.

Llegué a una escuela. Mientras contemplaba a los niños que jugaban en el patio, me di cuenta de que todos ellos, al igual que los adultos que veía por la calle, llevaban una caja de cartón colgada del hombro con un cordel, como la de Meg. Recordé lo que había dicho Anna acerca del gas mostaza y de repente me sentí desnuda.

Lo que más me impresionó fue el cementerio, donde se alineaban lápidas con nombres recién grabados de hombres jóvenes. Muchos de los apellidos se repetían, y también los nombres de pila. Conté tres Hector McKenzie y cuatro Donald Fraser, y me pregunté cuántos de estos últimos tendrían alguna relación con The Fraser Arms, la posada donde me alojaba. Probablemente todos, si uno se remontaba lo suficiente en la genealogía. De repente, la *vieja Filadelfia* me pareció mucho menos vieja.

Había una lápida bastante nueva que estuve mirando un buen rato. Era inusual, no sólo porque el hombre, su esposa y su bebé habían muerto con menos de dos meses de diferencia unos de otros, sino porque la fecha de la muerte del marido era imprecisa. Aparecían indicados solamente el mes y el año, con un espacio en blanco para el día. Los tres habían fallecido tres años antes, por lo que supuse que el hombre habría caído en combate y los detalles se habrían perdido en el caos de la guerra. Junto al nombre del bebé —una niña— había una sola fecha. Probablemente habría nacido muerta, o habría fallecido poco después de nacer. La madre había muerto seis semanas después, quizá porque no pudo resistir tanta desdicha. Me pregunté cómo sería amar hasta ese punto.

El cielo se había vuelto amenazador, por lo que no me sorprendió que empezara a lloviznar. Me marché del cementerio y seguí caminando por la carretera. Poco después, me asaltaron unos mareos tan intensos que tuve que apoyarme en una valla de madera, hasta que se me pasaron. Si no hubiera sabido que era completamente imposible, habría pensado que estaba embarazada.

Al otro lado de la valla había unos ponis blancos de largas crines que vinieron a saludarme y me apoyaron en la cara sus inquisitivos ollares, dándome peludos besos a cambio de nada. Busqué en el bolsillo, pero lo

único que llevaba era un pañuelo arrugado y cubierto de hollín.

Al final, seguí andando por el largo camino hasta llegar al comienzo de la calle donde se encontraba The Fraser Arms. Mientras merodeaba por el recodo, a la espera de que saliera Anna montada en su bicicleta, me di cuenta de que había recorrido todo el pueblo sin divisar siquiera el lago, aunque en el mapa, Drumnadrochit parecía estar prácticamente en la orilla.

Había salido con la esperanza de ver al monstruo en algún momento de la tarde. No llevaba encima una cámara fotográfica, ni hubiera tenido ninguna manera de demostrarlo, y en cierto sentido me alegraba de no haberlo avistado, porque mi deseo no era noble. Quería verlo antes que Hank y Ellis para que se arrepintieran de haberme dejado sola, y no solamente ese día y el día anterior.

Siempre eran ellos dos: Ellis y Hank, Hank y Ellis. Y así había sido mucho antes de que nuestro grupo incluyera a Freddie o a cualquiera de las chicas que suspiraban por Hank. Había empezado muchos años antes, desde que estudiaban juntos en Brooks y después en Harvard. Y había seguido después de nuestro matrimonio. A veces me hacían sentir como un añadido puramente eventual.

Necesitaba a alguien que me reconfortara y me hiciera sentir que estaba equivocada. Pero Ellis no estaba conmigo. No estaba conmigo.



## 13

Meg me acorraló en cuanto me vio y me arrastró hacia la cocina para hacerme la manicura.

—Ya me estaba preguntando dónde se habría metido. ¿Ha ido a dar un paseo? —comentó mientras llevaba dos sillas hasta el extremo de la mesa.

—Más o menos —dije—. No he conseguido dar con el lago. Pensaba que estaba aquí al lado.

—Y lo está, pero detrás del Monte —dijo.

—¿El Monte?

—El bosque de Urquhart. Pero por aquí nadie lo llama así. Cuando alguien pregunta por el bosque, sabemos que es forastero.

—A mí se me nota que soy forastera con sólo abrir la boca —repliqué.

Meg desplegó una toalla, puso sobre la mesa un frasco de laca roja, lo agitó y desenroscó el tapón. Mientras empezaba a trabajar en mi mano izquierda, me explicó que oficialmente no era posible comprar laca de uñas, pero que de todos modos la vendían en las droguerías como «corrector de carreras» de las medias. La idea de usar una sustancia de color rojo brillante para impedir que siguieran extendiéndose las carreras de las medias me pareció tan absurda que me eché a reír. Ella también se rio, y añadió que de todos modos ya nadie tenía medias, por lo que tampoco se preocupaba nadie por las carreras. Entonces me sentí culpable, porque en ese preciso instante yo llevaba puesto un par.

Meg miró furtivamente mi expresión, y después se fijó de nuevo en mis dedos de uñas recién pintadas.

—Este color combina a la perfección con su pintalabios.

—Siempre me ha gustado el rojo carmín.

—¡Bien! En estos días, el rojo es el color de los valientes —comentó—. Además, hace que destaquen sus ojos verdes.

Inclinó la cabeza a un lado y a otro para inspeccionar su trabajo.

Después suspiró.

—Estoy usando los últimos restos de pintalabios. A estas alturas, tengo que rascar el fondo de la barra con un mondadientes. En Drumnadrochit ya no queda pintalabios de ningún color. Tendré que ir a Inverness, pero sólo Dios sabe cuándo tendré tiempo... o dinero.

—Si quieres, yo tengo otra barra —le dije.

—Oh, no. No podría aceptarla —replicó ella, depositando cuidadosamente mi mano sobre la toalla.

—¡Insisto! ¿Acaso no estoy usando tus rulos?

—Bueno, si a usted le parece... Tiene suerte de poder dormir con los rulos puestos —dijo levantando la vista con rapidez—. Le ha quedado muy bien el peinado: unos auténticos rizos Victoria.

Decidí que, cuando mi padre me mandara buscar, le dejaría a Meg todas mis medias y mis cosméticos.

Para la cena había trucha, preparada de manera sencilla y servida con un copioso acompañamiento de col rizada y patatas. Meg me trajo, además, media pinta de ponche de oporto y gaseosa de jengibre.

Al igual que la víspera, dejé limpio el plato y, una vez más, el alto y delgado *Conall*, que según Meg era un lebrel escocés, me miró decepcionado. Había venido a tumbarse a mi lado desde que me había visto entrar, y yo le estaba agradecida.

Cuando el señor Ross encendió la radio para que se calentaran las válvulas antes de que empezaran las noticias, me di cuenta de lo tarde que era y que Ellis aún no había regresado. Lo que la noche anterior había sido un pensamiento fugaz retornó con más urgencia, junto con todo mi miedo y mi desconcierto. ¿Y si no volvía?

Antes de que se fuera a Inverness, nunca se me habría ocurrido que Ellis pudiera dejarme, pero cuanto más lo pensaba, más posible me parecía: su madre presionaría con más vigor para que el coronel le mantuviera la asignación y lo aceptara una vez más en el seno de la familia. Un divorcio era un escándalo, pero los escándalos siempre se podían barrer debajo de la alfombra. A mí me reemplazarían por una esposa más adecuada, y el coronel y Edith Stone Hyde podrían tener nietos que fueran completamente de buena familia, y no sólo en sus tres cuartas partes. Tras pararme a pensarlo más, caí en la cuenta de que todo el propósito del viaje —que a Ellis le fuese restituido

su honor— había sido discutible desde el mismo segundo en que se puso de manifiesto que había mentido, y de que quizá no quisiera volver a dejarse ver en Drumnadrochit. Pero ¿abandonarme así?

Desaparecer sin decir palabra era una forma muy cobarde de dejar a una mujer. Más que cobarde, dado que él no sabía si me habían echado de la posada esa mañana.

Las palabras «bombas voladoras», en boca del locutor, vinieron a interrumpir mis tristes pensamientos. Las V1 de los alemanes habían arrasado cientos de viviendas en el este de Londres y habían segado ciento cuarenta y tres vidas. Los supervivientes estaban revolviendo con palos los escombros, tratando de recuperar lo que podían de sus efectos personales, y más de cuatro mil quinientas personas se veían obligadas a dormir en las estaciones del metro.

Los leñadores canadienses y los veteranos del valle, algunos vestidos con sus uniformes de la Gran Guerra, miraban la radio con silenciosa y solidaria determinación.

Poco después de finalizada la emisión, Ellis y Hank entraron precipitadamente por la puerta, riendo entre dientes, junto con una ráfaga de viento y de nieve. Sentí una rabia enorme.

—¡Querida! —exclamó Ellis, que me vio enseguida y vino a darme un beso.

Yo aparté la cara, de modo que sus labios aterrizaron en mi oreja. Su aliento caliente y alcohólico me pasó por delante de la nariz.

—¿Qué manera de recibirme es ésta? —preguntó mientras luchaba para quitarse el abrigo y a continuación lo arrojaba sobre el apoyabrazos del sofá. Se dejó caer a mi lado y echó una mirada a mi plato—. ¡Dios santo, Maddie! ¿Qué has hecho con ese plato? ¿Lo has lamido?

Hank hizo chasquear los dedos en el aire y exclamó:

—¡Tres whiskies! ¡Y que sean dobles!

El señor Ross ni siquiera lo miró. Meg arqueó las cejas y sacó tres vasos de detrás de la barra.

—Para mí no, gracias —dije enseñando mi vaso con el ponche—. Todavía no me he bebido esto.

Hank dejó su abrigo encima del de Ellis y se sentó en el sillón, frente a

nosotros.

—¿Dónde estabais? —le pregunté a Ellis.

—En Inverness. ¿No te lo dijo la chica?

—Se llama Anna. Y, sí, me lo dijo.

—Entonces ¿por qué estás tan enfadada? Y ¿dónde están esos whiskies?  
—preguntó levantando la voz y mirando a su alrededor.

Meg apareció con los vasos y los depositó sobre la mesa con un gesto brusco.

Hank cogió el suyo y dio un trago.

—¿Qué hay en el menú? —preguntó—. Me comería un buey.

Meg se cruzó de brazos.

—Puedo prepararle un sándwich de remolacha —propuso.

—¿Qué ha cenado ella? —preguntó Ellis, inclinando la cabeza hacia mi plato.

Meg levantó la barbilla desafiante.

—*Ella* ha cenado trucha. La última trucha.

—Tenemos las cartillas de racionamiento —dijo Ellis mirando a Hank como para animarlo a seguir insistiendo.

—¡Sí! ¡Claro que sí! —confirmó Hank mientras se agachaba para revolver en una de las mochilas.

Al cabo de un momento, extrajo las cartillas de la bolsa y las enseñó, abriéndolas en abanico, como si fueran naipes.

—¿Qué hay ahora en el menú? —preguntó con una sonrisa.

Meg le arrebató las cartillas de la mano y repitió:

—Sándwiches de remolacha.

La expresión de Ellis se volvió pétrea.

—¿Qué es esto? ¿Una broma?

—Le aseguro que no —contestó Meg.

—En el hotel de Inverness había croquetas de carne. ¡Y electricidad! —dijo Ellis.

—Entonces les sugiero que vuelvan al hotel de Inverness —replicó ella antes de girar sobre sus talones y marcharse.

—¡Muy bien! ¡Tomaremos esos sándwiches! —le gritó Ellis a sus espaldas.

Después se dejó caer sobre el respaldo del sofá y se bebió todo el whisky de un trago, sin apartar ni un momento el vaso de los labios. Cuando lo hubo vaciado, lo dejó sobre la mesa.

Entonces le echó un vistazo a mi plato.

—No es propio de ti comer en exceso. Espero que no lo conviertas en un hábito.

Estaba demasiado aturdida para responder.

Hank meneó la cabeza.

—Querida niña, no le hagas caso. Está un poco bebido. Ten, coge un pitillo...

Me tendió el estuche a través de la mesa, para invitarme.

Intenté apartarlo, pero tanto mi mano como la suya estaban en movimiento y, sin querer, le di un manotazo al estuche. Los cigarrillos saltaron por el aire y éste fue a golpear a Hank en el pecho.

El resto de la sala estaba en silencio. Todas las cabezas se habían vuelto hacia nosotros.

—¡Ay! —gimió Hank, tocándose el pecho. Se sacudió las hebras de tabaco del jersey y se puso a recoger los cigarrillos—. Mira lo que has hecho, Maddie. Has roto dos.

El propietario del establecimiento atravesó la sala a grandes zancadas y se detuvo delante de nosotros con las manos apoyadas en la cintura. Se quedó un buen rato mirando a Ellis, después a mí y finalmente a Hank.

—¿Todo bien?

—Debería preguntárselo a ella —intervino Ellis—. Es la que está lanzando misiles.

—Todo en orden —dije yo en voz baja, con la vista fija en las pesadas botas negras de nuestro anfitrión. No podía mirarlo a la cara.

—¿Está segura?

—Sí —contesté—. Gracias, señor Ross.

—¿Perdón? ¿Qué ha dicho?

—Gracias —repetí, completamente humillada—. Todo está bien.

Al cabo de una breve pausa, replicó:

—Me alegro mucho.

Cuando se marchó, Ellis se inclinó hacia mí y me dijo:

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué mosca te ha picado? ¡No puedes ir por ahí lanzando objetos contra la gente en público!

—No ha sido mi intención lanzarle nada a nadie —repliqué mirando a Hank con desesperación—. Ha sido un accidente. Lo siento mucho.

Hank asintió y le restó importancia al asunto con un movimiento de la mano.

—Tranquila. No ha pasado nada.

—Yo no me creo que haya sido un accidente —dijo Ellis—. Te has estado comportando como una auténtica perra desde que entramos por esa puerta.

Aguanté la respiración. Nunca nadie se había dirigido a mí de ese modo. Incluso mi suegra, durante su explosión del día de Año Nuevo, se había referido a mí en tercera persona. Y todo el mundo en la sala nos estaba observando, lo habían oído todo.

—¡Ellis! —exclamó Hank, que de pronto parecía sobrio—. ¡Contrólate!

Me puse de pie, atravesé la sala y salí por el hueco de la escalera, plenamente consciente, a cada paso, de que todos me estaban mirando excepto mi marido.

Ésa no fue, ni mucho menos, la primera vez que Ellis bebía y se comportaba de manera escandalosa. En una fiesta, había derribado de un manotazo una bandeja llena de copas porque le pareció que el camarero las estaba sirviendo en el orden equivocado. La frecuencia de sus salidas de tono no había hecho más que aumentar desde que le habían diagnosticado el daltonismo, pero hasta esa noche nunca había dirigido su rabia contra mí. Yo siempre había sido la persona capaz de tranquilizarlo y de persuadirlo para regresar a casa cuando llegaba el momento.

Me convencí doblemente de que había hecho lo correcto recurriendo a mi padre, y sólo esperaba que no me defraudara. También esperaba que Ellis encontrara al monstruo durante mi ausencia y que el descubrimiento tuviera el efecto curativo que él suponía, porque, de lo contrario, no podía evitar la sensación de que acababa de vislumbrar cómo sería nuestro futuro.

A las diez del día siguiente llamé a la puerta de Ellis con la esperanza de hablar con él a solas. No estaba.

Cuando bajé la escalera, vi que Anna le estaba quitando el polvo a un pesado candelabro de plata que había sobre la chimenea, con cara de haberse comido un limón.

Me pregunté si se habría enterado de la escena de la noche anterior. Y pensé también que me costaría mucho volver a mirar a la cara a los otros clientes de la posada, por no hablar del señor Ross.

Hank y Ellis estaban sentados a la mesa, con varias capas de lana gruesa y botas de clavos. A su lado se apilaban mochilas y bolsas, junto con sus abrigos, sombreros y guantes. No me lo podía creer. ¡Iban a marcharse otra vez!

Pasé por su lado sin mirarlos y fui a sentarme junto a la ventana.

Ellis vino enseguida a reunirse conmigo.

—Querida, ¿por qué estás tan enfadada?

Incliné la cabeza hacia la pila de bolsas a los pies de Hank.

—¿Por lo menos esta vez pensabais dejarme una nota? —dije, intentando contenerme.

—¿Sobre qué? —Se volvió para mirar y me miró de nuevo, sorprendido—. ¿Lo dices por eso? Es nuestro material de trabajo. Estábamos esperando a que te levantas. Pero por tu pregunta supongo que estás disgustada porque fuimos a Inverness.

—*Sin mí* —añadí, susurrando con insistencia—. ¿Y si el dueño de la posada me hubiera puesto de patitas en la calle?

El plumero de Anna planeaba sobre la repisa de la chimenea, todavía moviéndose. Estaba claro que podía escuchar todas y cada una de las palabras.

—Yo sabía que Barbanegra no te iba a echar.

—¿Cómo lo sabías? —exigí, ya sin preocuparme de bajar la voz.

—Porque se lo pregunté, obviamente.

Anna depositó con brusquedad el plumero sobre el mostrador y se dirigió hacia la cocina taconeando con fuerza.

—Pero podíais haberme dejado una nota —dije.

Ellis se inclinó hacia mí y me cogió las manos.

—Querida, se suponía que esa chica tenía que decírtelo. Y no es que mi intención fuera ocultarte nada. Fue sólo que, durante el desayuno, Hank y yo nos dimos cuenta de que necesitábamos cartillas de racionamiento y máscaras antigás cuanto antes, para no morirnos de hambre o algo mucho peor. No se nos ocurrió que tal vez quisieras venir con nosotros. Tuvimos que suplicar que nos llevaran en una furgoneta de reparto de queroseno. Olía a rayos y fuimos todo el camino acurrucados en el suelo. Lo habrías pasado muy mal. —Ladeó la cabeza, para tratar de captar mi mirada—. ¿Te preocupa algo más, cielo? Todavía parece disgustada.

—Por supuesto que lo parezco. Porque lo estoy.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

Me miró con cara inexpresiva.

—Maddie, no tengo ni la más remota idea.

—No se acuerda de nada —intervino Hank desde la otra mesa—. Me temo que las libaciones fueron excesivas.

—Anoche me llamaste una cosa muy fea —dije—. Muy fea. En público. Frunció el ceño.

—Yo nunca haría algo así. Debiste de oír mal.

—Oyó bien —terció Hank—. Y estoy bastante seguro de que todos los presentes también. ¿Queréis que vaya a sentarme con vosotros, o preferís que siga interviniendo a gritos desde la otra punta de la sala?

—¿Qué dije? —preguntó Ellis.

—No me importa repetirlo —respondí.

Ellis me apretó las manos.

—Maddie, lo siento. Si es cierto, es evidente que bebí más de la cuenta. Yo jamás te insultaría. Te adoro.

Desvié la mirada hacia el fuego de la chimenea, detrás de él, pero Ellis me cogió suavemente por la barbilla y me levantó la cara para que lo mirara. Cuando vi que arqueaba las cejas con expresión interrogativa y casi suplicante, sentí que me derretía por dentro.

Al cabo de unos segundos, suspiré y puse los ojos en blanco.



—Ésta es mi chica —dijo él con una gran sonrisa.

—Si todo ha vuelto a la normalidad, ¿qué os parece si nos ponemos en marcha? Ha salido el sol y el tiempo no se detiene —propuso Hank—. Maddie, niña querida, estás absolutamente deslumbrante, pero este modelo no es el más indicado para andar entre matorrales. ¿No has traído nada un poco más...? —Movi6 una mano en el aire mientras buscaba la mejor imagen—. ¿Un poco más del estilo de Rosie *la Remachadora*, la chica obrera que aparece en ese cartel tan famoso?

—Así estás bastante mejor —dijo Ellis cuando me vio bajar la escalera.

Hank había ido al muelle, a ver si podíamos alquilar una embarcación, y Anna había vuelto con tiempo suficiente para dejar caer sobre la mesa las gachas de cajón.

Eché una mirada a mi mono de granjero, mi chaqueta sahariana y mis botas de trabajo, y me dije que ojalá Anna no saliera de la cocina antes de que nos marcháramos, porque me sentía ridícula.

—Toma —dijo Ellis, mientras me entregaba un estuche rojo de cuero con correa ajustable y reluciente hebilla de latón—. ¿Qué te parece? No está mal, ¿verdad?

—Es de un color muy alegre —admití—. ¿Qué es?

—Tu máscara antigás. Hemos pedido cajas impermeabilizadas, porque aquí siempre está lloviendo o nevando —me explicó mientras daba unos golpecitos a su estuche, que era marrón oscuro.

Extraje la máscara para examinarla. Estaba hecha de caucho negro de olor penetrante, con una ventana de plástico transparente en lo alto y una lata de aspecto extraño rematada con un disco verde brillante en el extremo. Tres tiras de tela blanca salían de los lados y de la parte superior, y se unían por detrás con una hebilla.

Acababa de ponérmela y estaba tratando de ajustar las tiras cuando apareció Hank por la puerta. Se paró en seco, adoptando una expresión de la más absoluta sorpresa.

—¡Ellis! ¡Me habías prometido no encontrar a *Nessie* sin mí!

Me quité la máscara y volví a guardarla en el estuche.

—Muy gracioso, Hank.

—Ya lo creo que ha sido gracioso —dijo Hank—. Aquí nadie aprecia

mis bromas. Pero empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? Hagamos como que acabo de entrar. Volveos hacia otro lado y después miradme.

Ellis y yo lo obedecemos y entonces Hank dio un paso al frente y levantó los brazos.

—¡Estamos en posesión de una fantástica nave marítima, que será nuestra durante toda nuestra estancia! —anunció con ampulosa grandilocuencia—. Bueno, puede que no sea tan fantástica y quizá sea más apropiado decir que no es marítima, sino lacustre, pero al menos he podido comprobar que no hace agua. La he sacado a dar una pequeña vuelta de prueba. —Aplaudió un par de veces—. ¡Bueno, mis queridísimos amargados! ¡Estamos desperdiciando unas valiosas horas de luz! ¡Que comience la aventura!

Anduvimos unos cientos de metros hacia el norte, hasta el minúsculo embarcadero de Temple Pier, y nos adentramos por el lago en una destartalada barca de remos. El plan era encontrar un terreno accesible cerca del castillo de Urquhart y empezar a investigar desde allí.

Cuando vi por primera vez la barca que nos esperaba y la escala por la que era preciso bajar, estuve a punto de echarme atrás. Hank y Ellis debieron de notar mi aprensión porque, antes de que pudiera reaccionar, me bajaron a la embarcación y empujaron con los remos para alejarnos del muelle. Y, en lugar de irse a proa con Hank, Ellis vino a sentarse conmigo a popa. Como consecuencia, el peso quedó mal repartido; por eso, cuando Hank empezó a remar, yo intenté situarme tan al centro como pude, mientras agarraba la máscara antigás con una mano y me aferraba al borde del banco con la otra.

El agua era de un color negro sobrecogedor, y parecía contradecirse a sí misma, con las capas más superficiales moviéndose en contra de las más profundas. El tercio inferior de los remos desaparecía con cada palada, y me sorprendí preguntándome si algo nos estaría acechando desde las profundidades, por lo que decidí concentrarme en la costa. Era muy boscosa, e incluso pantanosa, y estaba casi al mismo nivel que el agua. Como íbamos hacia el sur, me dije que aquello debía de ser el Monte, y que el pueblo tenía que estar justo detrás.

—Ahí está el bosque de Urquhart —dijo Ellis, señalándolo—. Drumnadrochit está un poco más allá, aunque nadie lo diría.

La costa se volvió mucho más abrupta en cuanto dejamos atrás el Monte, y siguió así: más de un metro de altura, con una densa vegetación de arbustos que llegaban hasta la orilla y árboles que parecían surgir directamente del agua. Pasamos junto a dos ovejas que habían quedado varadas a orillas del lago y balaban desesperadamente, intentando mantenerse en pie. Su lana era espesa, con un montón de hojas y ramitas enredadas. Las enclenques patitas negras se doblaban en ángulos extraños, mientras los animales se debatían

para no caer. Sus balidos eran quejumbrosos, y sonaban exactamente como una imitación jocosa de un par de ovejas.

—¿Cómo demonios habrán acabado ahí? —pregunté.

Hank les echó una mirada y se encogió de hombros.

—No son animales famosos por su inteligencia.

—¿Vamos a dejarlas ahí? —intervine yo, mientras Hank seguía remando—. ¿Ellis?

—No podemos hacer nada al respecto, cariño —respondió él, separando una de mis manos del banco para colocársela sobre el muslo—. Además, las ovejas saben nadar. La lana les sirve de flotador.

Hank siguió remando vigorosamente y, al poco tiempo, las ovejas no fueron más que manchas diminutas en la orilla. Yo me retorcí en mi asiento, sin dejar de mirarlas ni de preocuparme. Aunque consiguieran trepar por la empinada orilla, ¿cómo harían para abrirse paso entre los arbustos espinosos? No podía imaginar cómo habían logrado atravesarlos en el camino hacia el lago.

—¡Mira! —gritó Ellis, que primero me tocó el brazo para llamar mi atención y después señaló.

Me volví y sofoqué una exclamación.

El castillo se erguía sobre un promontorio, justo delante de nosotros, espectacular, gigantesco y en ruinas. Había una sola torre que había perdido el tejado y gran parte de la fachada. Los muros exteriores y las almenas estaban medio derruidos, parecían una boca desdentada, y las piedras estaban cubiertas de musgo y líquenes.

Ellis se volvió hacia mí y me contempló con una sonrisa traviesa.

—Bueno, ilumínanos. Cuéntanos todo lo que sabes.

Me puse roja. No había leído ninguno de los libros que me había pedido.

—Ni siquiera los has abierto, ¿verdad?

—No, lo siento —respondí—; pero los leeré. Empezaré esta misma noche.

Él rio y me dio unas palmaditas en la rodilla.

—No te preocupes por esta cabecita tuya. Los traje solamente para que te entretuvieras durante la travesía, aunque no puede decirse que haya tenido mucho éxito.

Hank resopló.

—Afortunadamente, tengo toda la información digna de ser impresa almacenada aquí dentro —prosiguió Ellis con un dedo apoyado en la sien—.

Leí todo lo que había en la biblioteca de mi padre antes de la gran purga. —Se quedó unos segundos pensativo, tamborileando con los dedos sobre los labios—. Veamos..., ¿por dónde empiezo...? Bueno, la parte que veis desde aquí fue construida entre los siglos XIII y XVI, y cambió de manos en numerosas ocasiones. Fue utilizada por última vez por las fuerzas leales a la Corona en 1689 y, cuando éstas se vieron obligadas a retirarse, volaron la caseta del centinela... —Imitó el ruido de una explosión y levantó los brazos en el aire, haciendo que la barca se balanceara—. No querían que los jacobistas volvieran a utilizar el castillo nunca más. Todavía quedan grandes trozos tirados cerca de la entrada.

—Deja de moverte o harás volcar la barca, profesor Sabelotodo —dijo Hank—. Justo por esta zona, el lago alcanza más de doscientos metros de profundidad.

Miré rápidamente a mi alrededor en busca de salvavidas y, al no ver ninguno, volví a aferrarme con fuerza al borde del banco.

—Lo más interesante, desde nuestro punto de vista —prosiguió Ellis—, es que el castillo fue construido en la ubicación de un antiguo fortín de los pictos, relacionado con el primer avistamiento del monstruo de que se tiene noticia. Cuando san Columba estuvo por aquí en el año 565, varios testigos aseguraron que lo habían visto salvar a un hombre de las fauces de un monstruo simplemente con la señal de la cruz.

Yo me alejé todavía más del agua.

—¿El monstruo se come a la gente? ¿Por qué no me lo había dicho nadie? Ellis se echó a reír.

—No tienes nada que temer, cielo. Lo peor que ha hecho desde entonces, según se cuenta, es atacar a un par de ovejas.

Como sabía que el primo de Anna había quedado demasiado traumatizado para volver a navegar por el lago o hablar de su experiencia, no me tranquilicé del todo.

—Hemos llegado —dijo Hank, utilizando un solo remo para hacer virar el bote en dirección a un pequeño embarcadero junto al castillo.

Mantuvo la barca estable mientras Ellis se quitaba las botas y los calcetines y se remangaba los pantalones.

A continuación, Ellis le hizo un gesto a Hank, que abrió la boca, lanzó un grito de resonancias primigenias, clavó los dos remos en el agua y se puso a remar con tanta fuerza hacia la orilla que se le hincharon las venas de las sienes. Con vigor y determinación, nos llevó hacia tierra firme y, cuando

topamos con la costa, casi me caí del banco. La proa se levantó, la popa se hundió un poco más y yo gemí de horror.

Ellis cogió una cuerda y saltó de la barca. El agua le llegaba por encima de las rodillas, por lo que se le mojaron los pantalones hasta la mitad de los muslos.

—¡Mierda! —gritó—. ¡Está fría!

Hank soltó una risotada mientras Ellis salía chapoteando del agua.

—Unos cuatro grados, diría yo. La próxima vez, siéntate en la proa y estarás más cerca. O, mejor aún, la próxima vez rema tú, señor Selección de Remo de Harvard.

—¡Claro que voy a remar! —replicó Ellis—. Empezaré hoy mismo, cuando regresemos.

Cogió el bote por la proa y la atrajo hacia sí. Yo sentía y oía las piedras del lago contra el fondo de la embarcación.

—Por mí, perfecto —respondió Hank—. Al otro lado hay un embarcadero.

—¡Ja, ja! Te crees muy listo, ¿verdad? —dijo Ellis.

—Porque lo soy —replicó Hank—. Siempre te lo digo.

Cuando la embarcación estuvo firmemente encallada, Ellis se secó las manos en los pantalones.

—Ya está. Todo el mundo abajo.

Hank cogió el trípode y un par de bolsas y saltó por uno de los costados.

Ellis se puso las botas y después me ayudó a bajar de la barca.

—Al menos, los calcetines están secos —dijo mirándose los pantalones empapados.

Sonreía con expresión radiante. Parecía como si hubiéramos retrocedido en el tiempo.

Era como estar viendo al Ellis que había conocido en Bar Harbor, antes de la guerra, antes de su diagnóstico, antes de mi diagnóstico y del desencuentro con su padre. El ícubo encantador y optimista con el que me había casado todavía estaba ahí, aparentemente tan cerca de la superficie como el Ellis que había sido tan desagradable la noche anterior.

En ese mismo instante, decidí enviarle a mi padre un segundo telegrama que anulara el anterior. Tenía que hacerlo, aunque suponía que se pondría furioso, porque sabía que Hank había estado en lo cierto desde el principio: Ellis necesitaba lo que estábamos haciendo y yo quería estar a su lado cuando encontráramos al monstruo para ver su gran momento con mis propios ojos. Y

había algo más, igualmente importante: no deseaba que Hank fuera la única persona vinculada al recuerdo de ese día glorioso.

Hank instaló el trípode y enroscó la cámara, mientras Ellis desplegaba una manta y sacaba de la mochila una diversidad de objetos: vasos de precipitados, prismáticos, una brújula, un termómetro, mapas y libretas. Aunque yo no había ido a la universidad, todo ello me pareció tremendamente científico.

Me acomodé sobre la manta y me puse a contemplar la superficie brillante del lago. Si los datos de Hank eran correctos, no era fácil imaginar una profundidad tan enorme. ¿Sería tan profundo como altas eran las colinas? Un lago tan hondo y oscuro parecía tan impenetrable como un día había sido la fortaleza que había a nuestro lado.

Ellis empezó a repasar el plan.

—En primer lugar, mediremos la temperatura del agua; después, tomaremos una muestra para ver cuánta turba flota en la superficie. La presencia de turba afecta la visibilidad, y además permite calcular la fuerza de las corrientes profundas. A continuación, anotaremos las condiciones superficiales y climáticas, la velocidad del viento y su dirección, y repetiremos todo el proceso cada hora.

—¿Y mientras? —pregunté.

Hank tomó el relevo.

—Y mientras tanto vigilaremos la superficie del agua, prestando atención a las turbulencias. Si ves algo, grita: «¡Monstruo!». Lo localizaremos con la brújula y empezaremos a filmar. Vosotros dos no lo perdáis de vista en ningún momento, por si yo lo pierdo en el visor de la cámara.

Se suponía que debíamos tener tres pares de prismáticos y tres brújulas, pero una de estas últimas había desaparecido. Ellis me dio una de las que quedaban, insistiendo en que él podía compartir la suya con Hank.

Cuando finalmente reconocí que no sabía usar una brújula, supuse que harían un comentario irónico o, como mínimo, un gesto de superioridad. Pero, en lugar de eso, me enseñaron a usarla.

—Es fácil —dijo Ellis, guiándome las manos—. Gírala así, hasta que la flecha apunte al norte. Ahora imagina una línea recta, que vaya desde los grados marcados alrededor hasta el objeto que estás mirando, y fíjate en el

número. Realmente, no hay nada más.

Conseguí determinar sin problemas la localización de una mancha en la orilla opuesta, que escogimos como límite de mi campo visual. Mi tarea consistía en empezar por ahí y mover la vista hacia la izquierda, lentamente y con mucha atención, para después volver atrás y llegar otra vez al punto de partida e incluso superarlo un poco, para que mi parte del lago se superpusiera ligeramente a la de Ellis. Hank no tenía límites, lo cual me pareció hilarante. Pero como ellos no se habían reído de mi falta de conocimientos técnicos, me abstuve de hacer bromas.

Unos minutos después de empezar, creí ver algo y retrocedí rápidamente con los prismáticos. Un objeto redondo sobresalía del agua y avanzaba con movimiento uniforme, dejando tras de sí una serie de uves dibujadas en la superficie.

—¡Monstruo! —grité—. ¡Monstruo!

—¿Dónde, Maddie? ¿Dónde? —dijo Ellis.

Me puse de pie de un salto mientras señalaba enérgicamente.

—¡Allí! ¡Por allí! ¿No lo veis?

—¡Usa la brújula! —gritó Ellis.

—¡No lo pierdas de vista! —me ordenó Hank, antes de dejar caer los prismáticos para ir a situarse tras la cámara.

Se inclinó y se puso a mirar por el visor, haciéndose pantalla con una mano.

—¡No puedo hacer las dos cosas! —repliqué con desesperación—. ¿Qué hago?

—¡No importa! ¡Ya lo veo! —gritó Ellis—. Maddie, no le quites los ojos de encima. ¡Por todos los demonios! ¡Me parece que lo tenemos!

Se puso de pie y sostuvo la brújula junto a la cámara para que Hank pudiera echarle un vistazo de vez en cuando mientras intentaba filmar.

—Está a setenta grados —dijo Ellis, dirigiendo a Hank—. Todavía a setenta. Ahora, a un poco más de setenta. Sigue moviéndose. Pon que está a setenta y un cuarto.

—Ya lo tengo —dijo Hank, al tiempo que hacía girar a toda velocidad la manivela de la cámara, al menos a dos rotaciones por segundo.

Yo seguía sin quitarle la vista de encima al objeto que se movía por el agua, que de pronto se giró panza arriba y reveló un hocico negro y unos bigotes.

—Santo Dios —murmuré, sintiendo que el ánimo se me enfriaba—. Lo



siento.

—¿Por qué? —preguntó Hank sin dejar de girar la manivela.

—Es una nutria.

—¿Ellis? —dijo Hank, filmando aún.

Él volvió a mirar por los prismáticos. Al cabo de una breve pausa, los bajó y declaró:

—Maddie tiene razón. Es una nutria.

Hank soltó la manivela e irguió la espalda. Haciéndose pantalla con la mano sobre los ojos, se puso a escudriñar el agua.

—No importa —dijo mientras se sentaba—. Al menos hemos confirmado que Maddie tiene una vista excelente.

Ellis registró el incidente en la libreta, Hank encendió un cigarrillo y me pasaron una petaca, que yo rechacé.

—Lo siento —dije después de dar la alarma por un pato.

—No importa —respondió Ellis con fingido entusiasmo—. Mejor un centenar de falsas alarmas que no ver al monstruo cuando aparezca.

Registró debidamente el nuevo incidente, volvió a tomar los datos del agua y seguimos vigilando.

—Perdón —dije después de confundir un tronco flotante con el monstruo.

—No te preocupes —repuso Ellis—. Visto de lejos, podía parecer el lomo de un animal.

Cuando me disculpé por un pez que saltó del agua, Hank dijo:

—Ellis, ¿no crees que deberías echar un vistazo a las cosas que señala Maddie antes de dar de forma oficial la alarma?

—No creo que sea buena idea —replicó claramente desanimado—, porque si de verdad se trata del monstruo, la demora le daría tiempo a sumergirse. Precisamente por eso, mi padre sólo pudo tomar tres fotos.

Yo me quedé un momento con la vista fija en su espalda.

Era cierto que creía en su padre. No estábamos allí solamente para

ayudar a Ellis a superar sus problemas, sino también para reivindicar al coronel. ¿Cómo podía haber estado tan ciega respecto a mi propio marido? Me senté a su lado sobre la manta, tan cerca que nuestros hombros se tocaron.

Hank se acomodó a escasa distancia y encendió un cigarrillo.

—No pasa nada, mientras no nos quedemos sin película para filmar —murmuró—. Pásame la petaca, anda.

Cuatro horas y media más tarde, Hank había fumado once cigarrillos, se había acabado la tercera petaca con la ayuda de Ellis, y yo había visto una rama, unos patos peleando y un segundo pez saltarín.

## 16

Cuando el sol empezó a ponerse a nuestras espaldas, Hank declaró finalizada la jornada. Aunque intentaron disimularlo, los dos estaban hartos de mí y de mis falsas alarmas, y me sentí fatal por decepcionarles. Prácticamente no hablamos mientras Ellis remaba de regreso a la posada.

Yo también estaba nerviosa ante la perspectiva de tener que mirar a la cara a la gente de la noche anterior, pero no veía la manera de evitarlo. Ni siquiera podía escabullirme sin ser vista, por culpa de mi llamativo atuendo de chica exploradora y de mis guantes de color rojo brillante, a juego con el estuche de la máscara antigás.

Pero el caso es que no tenía por qué preocuparme. Percibí olor a perfume y oí un concierto de risitas nada más abrir la puerta. Cuando entramos, nadie nos prestó la menor atención. La estancia estaba llena a rebosar y, por primera vez, había un buen número de mujeres jóvenes.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —dijo Hank, recorriendo la sala con la vista.

Estaba a punto de empezar un baile en el salón del ayuntamiento, y la expectación era palpable.

Meg y las otras chicas habían sacado sillas para sentarse juntas, y se estaban acabando sus bebidas, mientras se alababan mutuamente el calzado, el peinado y los accesorios, y posaban subrepticamente para los leñadores, que hablaban entre sí, haciendo como que no miraban.

Una de las chicas estaba contando cómo había desmontado un vestido que a su madre le quedaba demasiado estrecho y lo había transformado en un modelo de última moda gracias a un patrón publicado en el último número de la revista *Repara y remienda*. Otra llevaba un par de medias auténticas, que acaparaban el interés de sus amigas. Extendió una pierna para que las otras jóvenes la admiraran, aunque su gesto despertó bastante más admiración entre las filas de los leñadores.

—Son preciosas —suspiró Meg con envidia—. ¡Mira qué brillo tienen!

¿Son de seda o de nailon?

—De nailon —respondió la dueña de las medias mientras apuntaba con el pie en diferentes direcciones.

—¿Cómo has podido conseguirlas?

—Mi George me envió tres pares de Londres. Dice que las chicas las están robando a diestro y siniestro, a plena luz del día. Los dueños de las tiendas tienen que esconderlas debajo del mostrador.

—¡Y nosotras aquí, sin un solo par que robar! —suspiró Meg, y se volvió hacia un rubicundo leñador sentado en la mesa contigua. Era el hombre que había visto saliendo de su habitación—. Rory —le dijo—, ¿podrías conseguirme un par de medias de verdad la próxima vez que tengas un permiso?

—¿Y arriesgarme a que una horda de chicas ladronas me descuartice vivo para robármelas? Pero sí, por ti haría cualquier cosa.

Meg torció la pierna para mirarse la línea que se había trazado en la pantorrilla.

—Supongo que no está del todo mal, teniendo en cuenta que la he hecho con lápiz y colorante alimentario del que uso para la salsa. Pero, si llueve, tendré a los perros persiguiéndome otra vez para lamerme las piernas.

—Yo ahuyentaré a los perros y a los que no sean perros —dijo Rory con un guiño—. Pedid otra copa, chicas. Invito yo.

—¡Qué malo eres! —exclamó Meg, agitando el dedo índice—. No creas que no sé lo que te propones. Sabemos muy bien de qué pie cojeáis todos vosotros.

Había risas a nuestro alrededor, las otras chicas se ruborizaron, mientras cada una le lanzaba una tímida mirada a un leñador diferente. Unos minutos después, se fueron todos juntos, risueños y animados, y en la sala sólo quedaron tres hombres mayores, acomodados en los bancos de la barra.

Uno de ellos se giró para observar a los jóvenes, que salían en fila detrás de las chicas. Cuando la puerta se cerró, se volvió otra vez hacia el mostrador.

—Bueno, supongo que no hay mejor momento para portarte como una oveja que cuando eres un cordero —comentó con un suspiro.

—Así es —dijeron los otros, asintiendo con expresión sabia.

—Oye, tú no querrás ir, ¿no? —dijo Ellis en tono juguetón, dándome un codazo.

Intenté sonreír, pero no pude. Lo había sugerido en broma, pero yo habría dado cualquier cosa por formar parte de esa manada de mujeres jóvenes, en

marcha hacia un baile en el salón del ayuntamiento.

Nunca había tenido amigas. Mi mejor oportunidad —el internado— había sido un fiasco total. Lo que ocurrió con mi madre, me aseguró la condición de paria antes incluso de pisar el colegio. Mi siguiente oportunidad, el verano que me gradué, no fue mejor. Las otras chicas me dejaron perfectamente claro que sólo me soportaban porque yo les daba acceso a Hank, Ellis y Freddie. Cuando después me las arreglé para retirar del mercado a dos de ellos a la vez —casándome con uno y rompiéndole el corazón al otro—, la mayoría de las chicas me dieron la espalda. Las novias de Hank me toleraban solamente hasta que comprendían que Hank no iba a casarse con ellas, y después ninguna intentaba mantener el contacto. Violet era la primera que me había hecho sentir cierto optimismo, sobre todo porque todo parecía indicar que finalmente Hank iba a dejarse atrapar.

Volví a sentirme culpable por habernos marchado sin ella.

Oí que llamaban a la puerta cuando acababa de meterme en la cama y había apagado la vela.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo —respondió Ellis.

No sucedía a menudo, pero por su tono de voz, deduje lo que quería.

—Un minuto.

Busqué a tientas la cómoda, encontré la toalla y me limpié la crema de la cara. Después empecé a quitarme los rulos.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —quiso saber él.

—Nada —contesté—. Me estoy poniendo presentable.

—Me da igual que estés presentable.

No iba a poder deshacerme de los rulos en la oscuridad, de modo que me di por vencida y abrí la puerta.

Ellis entró, me cogió la cara entre las manos y apretó sus labios contra los míos.

Acababa de afeitarse y se había puesto colonia, una fragancia personalizada que usaba desde que yo lo conocía, y aunque sus labios permanecieron cerrados, noté el sabor del dentífrico. Llevaba un pijama de

seda.

—¡Oh! —exclamé, sorprendida. No solía haber preámbulos.

—¿Qué demonios...? —dijo palpándome las sienes y la nuca.

Como Lana siempre se había ocupado del mantenimiento de mi peinado en sus aspectos más complejos, lo único que Ellis había encontrado siempre en mi cabeza eran finísimas horquillas o delicadas redecillas.

—Son rulos —le expliqué—. De alguna manera tengo que arreglarme el pelo. Si me concedes diez minutos, enciendo una vela y me los quito.

—¡En un lugar remoto y sin electricidad, mi intrépida mujercita encuentra la manera de estar siempre deslumbrante! —exclamó—. Hank tiene razón, ¿sabes? Cuando te hicieron a ti, rompieron el molde.

Terminó de cerrar la puerta y me apoyó las manos en la cintura.

—Después de nuestro pequeño desencuentro, he pensado que tenemos que hacer las paces como es debido —ronroneó—. Además, hoy me has recordado que eres una gran amiga y compañera. No sabes cuánto significa tu apoyo para mí.

Me acorraló contra la cómoda y apretó sus caderas contra las mías. Ya no me quedaron dudas acerca de sus intenciones.

—¿Lo dices porque he ido con vosotros a buscar al monstruo? —pregunté.

—Sí.

—¿A pesar de las falsas alarmas?

—Son la prueba de que tienes una vista envidiable.

—Y ¿por aguantar a Hank? —pregunté—. ¿También soy buena compañera por eso?

—Una auténtica santa —dijo con un jadeo.

Me agarró por las caderas y empezó a frotarse contra mí. Yo eché hacia atrás la cabeza y le ofrecí el cuello. Nunca antes había hecho nada parecido, y cuando él no lo besó supuse que no lo habría visto porque estaba demasiado oscuro.

—Y ¿qué me dices de mi imaginación hiperactiva? ¿Y de mi poco elegante manera de comer?

—No hay absolutamente nada en ti que sea poco elegante —replicó—. ¿Encendemos una vela o intentamos encontrar la cama a oscuras? ¿Tus maletas siguen por el suelo?

—No, el camino está despejado.

—¿Eres más ordenada que yo o ha venido alguien a arreglar la

habitación?

—Creo que soy más ordenada que tú.

—Ordenada, guapa, lista...

Empezamos a movernos, con él caminando hacia delante y yo hacia atrás. Cuando caímos en la cama, me metí debajo de las mantas y me apoyé sobre las almohadas.

Ellis vino reptando hacia mí por debajo de las sábanas, me levantó el camisón y se me subió encima. Me separó las piernas con una rodilla, hizo equilibrio sobre una mano el tiempo suficiente para bajarse los pantalones del pijama y me penetró. Después de un par de empujones, se derrumbó jadeando contra una de mis orejas. Al cabo de un minuto, se dejó caer rodando a un costado.

—¡Oh, Maddie, mi dulce y querida Maddie! —dijo acariciándome el hombro.

Habría querido decirle que no podíamos haber terminado ya, y que el hombro no era precisamente la parte de mi cuerpo que necesitaba más atención en ese momento, pero no encontré las palabras. Nunca le había dicho nada, y pensé que quizá nunca se lo diría, porque no sabía exactamente qué necesitaba que hiciera.

Estuve despierta un buen rato en la oscuridad, mucho después de que se hubiera ido de mi cama para volver a la suya.

Durante los años de mi adolescencia, cuando pensaba en esas cosas, imaginaba que la parte física del matrimonio sería muy diferente de lo que había resultado ser. Quizá fuera porque las novelas prohibidas que circulaban por los dormitorios del internado de la señorita Porter me habían hecho albergar expectativas muy altas. O tal vez por los rumores que corrían sobre chicas que *habían llegado hasta el final* (y cualquiera que no volviera después de unas vacaciones era sospechosa). O quizá por haber visto que los románticos protagonistas de las películas convertían a sus damiselas en temblorosos flanes con la simple autoridad de un beso.

Esperaba mucho de mi noche de bodas, pero fue un completo desastre, con Ellis maldiciendo y empujando blandamente, mientras su madre sollozaba con teatralidad en una habitación del otro extremo del pasillo. Yo era demasiado inocente para notar la diferencia, pero creo que ni siquiera

llegamos a consumir el matrimonio.

Puede que en nuestra noche de bodas hubiera circunstancias atenuantes, pero en los meses siguientes, cuando ya no había ninguna, yo seguí perpleja y decepcionada. O todo acababa enseguida, o Ellis no podía terminar y entonces se quedaba de muy mal humor. Yo no perdía las esperanzas de que todo evolucionara hacia algo más complejo, que me incluyera a mí, pero nunca pasó nada de eso.

Él también debía de sentirse decepcionado, porque la frecuencia cayó en picado en cuanto tuvo la excusa de mi diagnóstico, y yo nunca intenté empezar nada. No era normal que no tuviéramos un bebé.



El segundo día de la búsqueda del monstruo fue más o menos como el primero, con la única diferencia de que estaba nevando.

Yo me moría por escaparme un momento a la oficina de correos, pero no se me ocurrió ninguna excusa para escabullirme. Hasta donde yo sabía, un aeroplano seguía en camino para recogerme.

No dejaba de ver turbulencias en el agua, pero cada vez me costaba más anunciarlo. Hank no ocultaba su desagrado por tener que desperdiciar película, y yo no podía soportar la mirada de decepción de Ellis.

El tercer día fue sombrío y oscuro, y el aire estaba cargado con la amenaza de lluvia. Todos teníamos frío y estábamos irritados, y yo me sentía más consternada que nunca por no haber enviado el segundo telegrama.

Unas horas después de instalarnos, Ellis se dio cuenta de que yo no señalaba avistamientos y me acusó de no estar prestando atención.

Poco después vi una gran turbulencia muy cerca de la orilla opuesta y di la voz de alarma. Resultó ser un venado que iba nadando por el lago. Al cabo de un momento, salió del agua y se sacudió, justo en el punto que yo había tomado como referencia con la brújula para señalar su localización.

—¡Maravilloso! ¡Fantástico! —gritó Hank levantando las manos en el aire—. Tenemos veinte segundos de imágenes de un jodido ciervo. Y se ha acabado el rollo.

Entonces se puso a luchar con la cámara hasta desenroscarla del trípode, extrajo la película y la tiró al agua.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exclamó Ellis—. ¿Y si hubiésemos filmado al monstruo accidentalmente?

Hank revolvió un momento en la mochila. Al final sacó otro rollo y otro frasco.

—Hemos filmado un montón de monstruos: todos los *monstruos* de Maddie, para ser exactos —añadió, marcando las comillas con los dedos de ambas manos.

Enseguida desgarró la cartulina de la caja amarilla de la película, en su prisa por abrirla.

—¡Por el amor de Dios, contrólate! —dijo Ellis—. Necesitamos las cajas originales para enviar la película a revelar a Eastman Kodak.

—Yo no me preocuparía. Por lo visto, vamos a tener montones de cajas vacías —replicó Hank mientras cargaba el rollo en la cámara e intentaba cerrarla sin éxito. Al final, la aporreó un par de veces con la base de la mano.

—Si rompes la maldita cámara, no tendremos nada de nada —ladró Ellis—. Deja de portarte como un idiota y trae aquí el jodido aparato. No está bien alineado.

Hank se volvió para mirarlo. Tenía los ojos muy abiertos y su expresión era asesina. Pensé que arrojaría la cámara al suelo o quizá incluso contra Ellis. En cualquier caso, estaba absolutamente segura de que iban a pelear.

Se quedaron así un buen rato, con los ojos encendidos y la respiración agitada. Después, sin razón aparente, Hank pareció desconectarse de la situación. Volvió a colocar el panel lateral de la cámara, la enroscó otra vez sobre el trípode y se sentó en su sitio.

Ellis recogió la petaca y bebió un largo sorbo. Se la tendió a Hank, pero la retiró justo cuando él iba a cogerla y bebió varios tragos más. Cuando finalmente volvió a ofrecérsela, Hank lo miró encolerizado durante unos segundos antes de arrebatársela de la mano.

Yo estaba desconcertada. En cuatro años y medio, nunca había visto que Hank y Ellis se enfrentaran. Siempre estaban discutiendo y criticándose mutuamente, sobre todo cuando uno de los dos hacía un comentario que al otro podía parecerle ofensivo, pero esta vez había sido del todo diferente. Habían estado a punto de llegar a las manos, y probablemente lo habrían hecho si yo no hubiera estado presente.

Estaba demasiado alterada para seguir escudriñando la superficie del lago en busca de perturbaciones, sobre todo porque mi avistamiento del venado había causado el estallido. Aun así, acabé con los prismáticos pegados a la cara, porque Ellis notó que yo había dejado de mirar. A partir de ese instante, dedicó más tiempo a asegurarse de que mis prismáticos se movieran que a mirar por los suyos.

No podía creer que todo su plan consistiera en quedarnos sentados en la orilla con la cámara lista pero, al margen del instrumental científico y la meticulosa medición de las condiciones del agua, no parecía que tuvieran en mente nada más. Eso y beber, y también criticarme a mí por hacer lo que

supuestamente tenía que hacer.

Al final, aparté los prismáticos y propuse:

—¿Por qué no intentamos algo diferente?

—¿Como qué? —farfulló Ellis con absoluta falta de interés.

—Podríamos ponerle un señuelo...

Hank y él bajaron los binoculares y se volvieron para mirarse entre sí. Al cabo de unos segundos de silencio, dijeron exactamente a la vez:

—¿Un señuelo?

Entonces estallaron en carcajadas histéricas. Hank estiró una mano, agarró a Ellis por el muslo y le dio una buena sacudida, antes de caer de espaldas y ponerse a agitar las piernas en el aire, como si fuera en bicicleta. Ellis también se tumbó de espaldas, agarrándose la barriga a causa de la risa y golpeando el suelo con los pies.

—¡Sí, claro! —dijo finalmente Ellis mientras se enjugaba las lágrimas. Parecía un lunático—. Ataremos unas cuantas ovejas a un sedal y las lanzaremos al agua, ¿te parece bien? ¿O crees que le gustarán más los niños? ¡Estoy casi seguro de haber visto una escuela en el pueblo!

—Mejor todavía, ¿qué os parece si le silbamos para que venga? —intervino Hank, riendo como un enajenado—. ¡Quizá hasta aprenda unos cuantos trucos si le ofrecemos golosinas!

—¡Silbarle! —exclamó Ellis—. ¡Por supuesto! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

Los dos se pusieron a aullar de risa al unísono y a aporrear la manta con los puños, con la cara morada.

Yo apreté los labios y me di la vuelta. De repente me di cuenta de lo que estaba pasando. Aunque aún era mediodía, estaban completamente borrachos.

Una hora más tarde, cuando la llovizna se transformó en perdigonada y la histeria de Ellis y de Hank se había convertido en una obsesiva concentración beoda, no pude resistirlo más.

—Me vuelvo a la posada —dije.

—No podemos marcharnos ahora —replicó Hank—. Todavía quedan varias horas de luz.

—Volveré andando —insistí mientras me ponía de pie. Tenía las piernas entumecidas y dolidas por haberlas tenido mucho rato dobladas debajo del

cuerpo—. ¿Dónde está la carretera?

—Ahí arriba —respondió Hank, señalando por encima del hombro—. Tienes que girar a la derecha. No son más de dos kilómetros.

Me agaché para recoger mi máscara antigás. Ellis me estaba mirando.

—Hank, tenemos que llevarla.

—¿Por qué?

—Porque está lloviendo.

—También estará lloviendo en la barca —contestó Hank.

—¿Y si no encuentra la posada?

—Por supuesto que la encontrará. Es muy lista.

—No os preocupéis —dije yo—. Encontraré la posada.

—Muy bien, entonces —respondió Hank—. Si estás segura...

Ellis seguía mirándome.

—No te preocupes, de verdad. No está lejos —insistí.

—¡Qué grande eres, Maddie! —exclamó Ellis con expresión de alivio—. Eres la mejor. Cuando te fabricaron a ti, rompieron el molde.

—Es lo que me dice todo el mundo.

Empecé a subir lentamente la cuesta, y apenas podía doblar las rodillas.

—Es fabulosa, Ellis —dijo Hank—. ¡Qué suerte tuviste con aquella moneda! No has ganado mejor apuesta en tu vida. Y ahora supongo que yo tendré que apechugar con Violet...

—No te quejes. Está varios kilómetros por encima de cualquiera de las borregas quejosas y estiradas que mi madre tenía alineadas para mí —dijo Ellis.

Me detuve y me volví lentamente. Estaban sentados uno al lado del otro, sobre la manta, escudriñando el lago con los binoculares, sin sospechar que yo seguía ahí, detrás de ellos.

Recorrí el camino de vuelta al pueblo con el sombrero puesto, el cuello levantado y las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, sin apartar la vista de la carretera, donde las gotas de lluvia caían y se unían a las demás, formando riachuelos que se escurrían hacia los arceles.

Intenté analizar de varias maneras lo que acababa de oír, retorciendo las palabras en diferentes direcciones, con la esperanza de haberlas interpretado mal, pero al final llegué a la conclusión de que lo había entendido

perfectamente: se habían jugado a cara o cruz cuál de los dos se casaba conmigo.

Aunque parecía indignante, también tenía sentido, si me detenía a repasar nuestra historia.

Nos habíamos conocido el verano en que salí del internado de la señorita Porter, cuando aún esperaba cursar estudios superiores. Muchas de mis anteriores compañeras ya estaban matriculadas en el Sarah Lawrence College o el Bryn Mawr, y aunque yo habría querido ir con ellas, no sabía qué hacer para conseguirlo. Sabía que no podía esperar ninguna ayuda de mi padre, que ni siquiera había intentado colarme en el baile de las debutantes y hasta parecía haber olvidado que yo volvía a casa, porque unos días antes de mi regreso se había marchado a Cuba para pasar todo el verano dedicado a la pesca submarina.

Abandonada a mi suerte, hice las maletas y me marché a Bar Harbor, confundida con la marea de habitantes de Filadelfia que se trasladaban a sus residencias estivales. Mi padre no había vuelto a abrir la nuestra desde el *grand scandale* de mi madre, y pasar el verano allí, sobre todo sola, me producía alborozo y nerviosismo a partes iguales. Yo había vivido esencialmente recluida desde los doce años, y ésa era mi primera ocasión de relacionarme con compañeros de mi ciudad. Esperaba que me aceptaran, con independencia de lo que pudieran murmurar sus padres acerca de mí. Desde luego, las chicas del colegio de la señorita Porter no me habían aceptado.

Pero mis preocupaciones resultaron infundadas, porque Hank, Ellis y Freddie me acogieron de inmediato bajo las alas colectivas de su amistad. A ellos les daba igual la accidentada historia de mi familia. De hecho, Ellis y Hank también tenían claroscuros en sus respectivas historias. Aunque los tres decían ser de Harvard, sólo Freddie había salido de la institución con un título en la mano. Ellis era lo que eufemísticamente se llamaba *un graduado navideño*, porque había abandonado los estudios al final del primer semestre. Hank había sido expulsado poco después por tratar de hacer pasar como propio un trabajo escrito por John Maynard Keynes. Y, además, tenía aquella historia con la pinche de cocina.

Hank era claramente el cabecilla. Parecía el hermano gemelo de Clark Gable y tenía un punto canalla que las chicas encontraban irresistible. Ni la acusación de plagio ni los rumores sobre la sirvienta desanimaban a las esperanzadas debutantes ni a sus padres, ya que Hank era el único heredero de un tío soltero, un Wanamaker que ejercía de presidente del selecto Pot and

Kettle Club.

Si Hank era Clark Gable, Ellis era un Errol Flynn rubio y perfectamente afeitado. Había remado con el equipo de Harvard y su físico lo reflejaba. Su pecho parecía de mármol cincelado. También tenía un sentido del humor un poco estrafalario que a mí me parecía hilarante, algo que él, a su vez, encontraba adorable.

Y Freddie..., ¡pobre Freddie! Aunque los hombres de su familia solamente se habían casado con mujeres bellísimas, Freddie era la prueba de que la planificación no siempre garantiza los resultados. Sus facciones eran asimétricas hasta el punto de resultar desagradables y, a pesar de su juventud, ya tenía una calva incipiente en la coronilla. No podía permanecer al sol sin quemarse y, como era asmático, estaba todo el tiempo succionando un inhalador. No sé muy bien cómo había acabado siendo tan amigo de Hank y de Ellis, pero era muy amable y estaba loco por mí.

Enseguida me convertí en la confidente, la hermana pequeña y la cómplice del grupo, aunque ya me daba cuenta de que la mayor parte de mi atractivo residía en mi novedad. Yo era la única chica que tenían cerca que los mayores no habían hecho desfilar delante de las narices de los chicos en cotillones, meriendas y fiestas campestres durante los últimos diez años, y los tres estaban de acuerdo en que yo era refrescante y moderna, precisamente porque nadie había arruinado mi naturalidad tratando de aleccionarme para mi presentación en sociedad. Brindaban por mi padre, por haber descuidado mi educación y por tener la amabilidad de haberse marchado a Cuba durante todo el verano.

Pasábamos el tiempo jugando al tenis, navegando y preparando bromas pesadas, cada vez más escandalosas. Por la noche íbamos de fiesta, encendíamos hogueras y nos emborrachábamos hasta quedar medio tontos.

En una de aquellas fiestas en la playa, mientras mirábamos los fuegos de artificio tumbados en la arena, Freddie me hizo de repente la pregunta. Me pilló del todo por sorpresa. Nunca había visto en él ninguna posibilidad romántica, de modo que lo tomé a broma. Cuando me reí, me di cuenta de lo que había hecho e intenté disculparme, pero ya era tarde.

Cuando aún no había pasado una semana, Ellis me pidió que me casara con él. Dijo que la propuesta de Freddie le había hecho comprender lo mucho que me quería, y aunque no deseaba sonar apresurado, no podía correr el riesgo de que se le escapara. Yo no había notado que estuviéramos enamorados, pero me pareció muy razonable. Nunca me había sentido tan

cómoda con nadie en toda mi vida. Con él podía hablar de cualquier cosa. Además, su amor por mí explicaba su indiferencia hacia las otras chicas.

En cuanto acepté, Hank nos llevó rápidamente en su coche a Elkton, Maryland, la capital de las bodas rápidas de la Costa Este. Recientemente habían instaurado un breve período de espera, de modo que la madre de Ellis pudo localizarnos a tiempo. Se presentó en la capilla vestida de luto y llorando como una histérica y, cuando por fin se dio cuenta de que no podía detener la ceremonia, se quitó inexplicablemente la tiara de diamantes que llevaba en el pelo y me la puso en la mano, obligándome a cerrar los dedos para cogerla.

Mientras se desarrollaba ese drama, Hank se reía entre dientes y Ellis ponía los ojos en blanco. Iban vestidos con idénticos fracs. ¡Hasta las rosas que llevaban en la solapa eran indistinguibles! Recuerdo haber pensado que cualquiera de los dos podría haber sido el novio. Cuánta razón tenía...

Se habían jugado a cara o cruz quién se casaba conmigo. Nadie se había batido en duelo, ningún barco había zarpado, ni nadie había recogido el guante. Por mí no había habido declaraciones apasionadas, ni desafíos, ni demostraciones de fuerza, sólo tiraron una moneda.

No era de extrañar que la parte física de nuestro matrimonio fuera prácticamente inexistente, ni tampoco que Hank estuviera siempre con nosotros. Cuando ambos comprendieron que en el mundo había Freddiees que podían albergar intenciones serias hacia mí, decidieron que uno de los dos tenía que casarse conmigo para retirarme del mercado y conseguir que todo siguiera igual.

¡A cara o cruz! ¡Por el amor de Dios!

Cuando llegué a The Fraser Arms, estaba empapada y temblaba violentamente.

Encontré a Anna sentada a la mesa delante de una fila de lámparas de queroseno, limpiando los globos de cristal con un paño.

Cerré la puerta y me dirigí de inmediato al fuego. Me castañeteaban los dientes. Se me habían helado hasta los huesos.

—¿Sola? —preguntó levantando la vista.

—Sí.

Como era consciente de que Anna me estaba observando, me preparé

para lo peor. Era la primera vez que estaba a solas con ella desde que Ellis y Hank habían regresado de Inverness, y pensé que iba a caerme otra lluvia de críticas. Sin embargo, en lugar de eso, vino hasta la chimenea y arrojó al fuego uno de los misteriosos troncos.

—Acérquese un poco más —me sugirió—. Las rodillas le están entrechocando. Iré a buscarle una taza de té.

No me había dado cuenta de que tenía los dedos prácticamente congelados hasta que los tendí hacia las llamas y empezaron a recuperar la sensibilidad. Fue como si me estuvieran clavando un millar de agujas.

Anna trajo una taza de té bien cargado, con un poco de leche. La cogí, pero enseguida me percaté de que la mano me temblaba demasiado para sostenerla sin derramarlo, y la dejé sobre la mesa.

Anna se me quedó mirando un rato y después pasó detrás de la barra y volvió con un vaso pequeño de whisky.

—Bébaselo —dijo.

—Gracias —respondí antes de beber un sorbo.

Enseguida sentí la calidez del licor.

Permanecimos en silencio algo así como un minuto, antes de que ella hablara de nuevo.

—Han dejado que volviera sola, ¿no?

Asentí. Hizo chasquear la lengua en señal de desaprobación.

—No es asunto mío y no me gustan las habladurías, pero hay algo que me está pesando por dentro y tengo que decirlo. Cuando su marido y ese tipo, Boyd, se fueron a Inverness, nunca le preguntaron a Angus si usted podía quedarse. No iba a contárselo, pero cuando vi que su marido le mentía a la cara, me dije que no podía callármelo.

Me quedé sentada en silencio, asimilando lo que acababa de oír. Habían apostado que el señor Ross no me echaría si me dejaban sola, y así fue, aunque no precisamente gracias a ellos. Yo no era solamente su juguete y su guapa esposa falsa. Era, sin saberlo, un peón para su juego.

No habría un segundo telegrama.



Después de mi avistamiento del venado, caímos en una rutina tan invariable como embrutecedora. Ellis y Hank salían todos los días con su equipo, presumiblemente para dirigirse remando hacia diferentes miradores desde donde observar el lago, mientras yo me quedaba en la posada sin hacer nada, pero cada vez más deprimida por la guerra y esperando que mi padre fuera a recogerme. El tiempo era tan inclemente que ni siquiera tenía ganas de salir a caminar.

Hank y Ellis regresaban todas las noches obscenamente borrachos y discutían sin cesar sobre quién tenía la culpa de no haber encontrado al monstruo. Era como ver una serpiente que se mordía empecinadamente la cola. Una noche en concreto, volvieron tan alcoholizados que costaba creer que pudieran mantenerse en pie. Me sorprendió que hubieran sido capaces de regresar remando, y no imaginaba cómo habían podido bajar todo el equipo de la barca.

Ellis estaba convencido de haber visto al monstruo, pero Hank ni siquiera había intentado filmarlo, porque estaba seguro de que debía de ser otra nutria y, en cualquier caso, algo demasiado pequeño para tratarse del monstruo. Ellis replicó que quizá había más de un monstruo y que tal vez el de esa tarde fuera un ejemplar joven, que sin embargo podría haber servido igual de bien para sus propósitos. Hank repuso que no iba a gastar película en otra nutria, y Ellis insistió en que era un monstruo. ¡Una nutria! ¡Un monstruo! ¡Una nutria! ¡Un monstruo! Y así hasta el hartazgo.

A la mañana siguiente, bajé y me los encontré a los dos tumbados juntos en el sofá. Hank ni siquiera se había vestido, sino que se había limitado a ponerse una bata por encima del pijama y a calzarse unas pantuflas. Iba sin afeitarse y tenía el pelo de punta, con los mechones despeinados en diferentes direcciones.

Ellis estaba todavía peor. Daba la impresión de que ni siquiera había subido a su cuarto la noche anterior, porque llevaba puesta la misma ropa, con

la camisa por fuera de los pantalones y el cuello desabrochado. Le faltaban el cinturón y los zapatos.

Hank abrió a medias un ojo cuando me acerqué.

—Buenos días, rayito de sol —dijo con voz ronca.

—Buenos días —respondí yo.

Ellis gruñó.

—Te lo digo desde ya: hoy no pienso remar —anunció Hank—. Ni siquiera estoy seguro de poder caminar.

—Yo tampoco —replicó Ellis, tapándose la cara con un brazo.

Permanecieron en silencio unos minutos y ni siquiera se movieron cuando Anna les puso delante dos tazas de té aguado.

La muchacha se quedó un momento observándolos; después meneó la cabeza y me miró.

—Ahora vuelvo con su té —dijo—. Se está haciendo.

Cuando se marchó, Ellis dijo:

—He estado pensando que quizá hayamos agotado las posibilidades de ese lugar y deberíamos cambiar de mirador.

No se molestó en levantar la cabeza, ni en abrir los ojos para hablar.

—Sí —respondió Hank—. Es muy posible.

—Quizá deberíamos tomarnos el día libre para reorganizarnos.

—Muy acertado —repuso Hank.

—Entonces ¿qué te parece si nos reunimos más tarde?

—Perfecto —dijo Hank.

Se puso de pie, estuvo unos segundos tambaleándose y finalmente se dirigió hacia la escalera.

Ellis lo siguió.

—Oye, ¿no dicen que lo mejor para la resaca es el whisky?

—Podemos probarlo —replicó Hank.

Anna me trajo una taza de té dulce y, en cuanto volvió a la cocina, me lo bebí rápidamente, recogí mis cosas y me encaminé hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó Anna reapareciendo tras de mí—. Estaba a punto de prepararle el desayuno.

—Lo siento. Necesito... no estar aquí... —dije.

—Han subido, ¿no?

Asentí, y ella chasqueó la lengua.

—¡Qué tontos son los hombres! ¿Adónde pensaba ir ahora?

—Se me ha ocurrido que podría ir a Craig Gairbh y echar un vistazo a la

Casa Grande.

—¡No puede ir ahí!

Me quedé helada por su tono de voz.

—Solamente pensaba acercarme un poco y mirarla de lejos —repliqué.

—No puede acercarse, a menos que quiera que le peguen un tiro. Ahora es un campamento del ejército y los soldados practican con munición real. Muchas veces, por la mañana, cuando salgo a ordeñar la vaca, veo balas que surcan el cielo.

—Ah. No lo sabía —dije—. En ese caso, simplemente daré un paseo.

Me miró. Ya no parecía enfadada.

—Pero espere un momento. No salga corriendo.

Unos minutos después, estaba de vuelta. Me dio un paraguas y me puso en la mano un paquete envuelto en papel.

—Es un sándwich de jamón enlatado. Le he puesto un poco de manteca al pan, porque necesita engordar. Y recuerde lo que le dije de la Casa Grande. Si no se ven muchas boinas verdes por el pueblo, es por una razón. Ni siquiera los hombres hacen el camino entre la finca y el pueblo, excepto Angus, claro, pero él conoce el terreno como la palma de su mano.

Me sentía tan perdida fuera como dentro de la posada, pero necesitaba interponer cierta distancia física entre mi marido y yo.

Antes de nuestro viaje no habíamos sido precisamente abstemios, pero ahora los dos estaban bebiendo cantidades escandalosas de alcohol —cantidades peligrosas—, y yo volvía a preguntarme qué pasaría si al final no encontraban el monstruo.

Para Hank no cambiaría nada, por supuesto, pero Ellis ya lo había perdido todo. Incluso en el caso de que lograra redimirse socialmente de algún modo, yo no estaba segura de querer seguir formando parte de esa vida, sobre todo desde que sabía que todo mi matrimonio —que para mí siempre había sido mi salvación— no era más que un fantástico fraude.

Fantástico, desde luego. Gracias a ese fraude, vivía en casas fabulosas, montaba en modernos automóviles y bebía solamente el mejor champán francés. Tenía un vestidor lleno de trajes de alta costura y abrigos de pieles. Mi vida consistía en despertarme a mediodía, reunirme con Hank y Ellis, pasar del aperitivo al licor de media tarde y del cóctel a la copa de después

de la cena, y estar toda la noche en bailes y fiestas, antes de empezar de nuevo al día siguiente. Todo el fraude estaba sembrado de lujosas trampas y baratijas deslumbrantes, cuyo brillo me había impedido ver que nada era real.

Después de una infancia como la mía, ¿cómo no había podido ver que todo era pose y afectación?

La historia de amor entre la sociedad de Filadelfia y mi frágil y martirizada progenitora terminó abruptamente poco después de mi decimotercer cumpleaños, cuando mi madre dejó una nota sobre el escritorio de mi padre, debajo de un pisapapeles, para informarlo de que se marchaba con un hombre llamado Arthur.

Siete semanas más tarde, cuando el ostracismo social y un par de enérgicas vueltas del tornillo financiero convencieron a Arthur de que debía regresar con su esposa, mi madre también volvió a casa. No tenía otra opción. Aunque el dinero venía de su familia, mi abuelo no le había dejado el control de su fortuna.

Mi padre se retiró de manera casi permanente a su estudio, donde incluso tomaba las comidas, por lo que yo era la única que me ocupaba de mi madre, que pasaba el día entero en la cama.

Sus llantos se me hicieron insoportables. Estaba convencida de que la agraviada era ella, y su indignación era enorme. La falta de caballerosidad y cobardía de Arthur le parecían incomprensibles. Ella estaba dispuesta a vivir con él en una cueva —tan grande era su amor—, pero él simplemente la había dejado tirada.

Cuando descubrió que las largas cartas que enviaba diariamente eran devueltas por el cartero y mi padre las quemaba sin abrir, se puso como un basilisco.

Estaba furiosa con Arthur, porque ni siquiera se había molestado en leer las líneas que ella le había escrito con tanto dolor. Pero también estaba indignada con mi padre, por su absoluta falta de comprensión e, increíblemente, por no haber leído las cartas, que en su opinión habrían hecho que cualquier ser humano con un mínimo de sensibilidad la perdonara. Y sobre todo estaba furiosa con June, la mujer de Arthur, por permitir que las anteriores amigas de mi madre la rodearan y la consolaran.

Al ver que su furia no conducía a ninguna parte, empezó a escribirle a

June para advertirle de que Arthur era un irresponsable incapaz de la menor lealtad. Él la había engatusado y era el único culpable de su ruina. Las dos habían sido víctimas de la misma traición. ¿Acaso no veía June que la situación de ambas era casi idéntica? Pero también esas cartas fueron devueltas sin abrir.

De un día para otro, mi madre había dejado de ser la preferida de la buena sociedad para convertirse en paria. El cambio era irrevocable, pero ella se negaba a aceptarlo. Solía aparecer en público, presumiblemente con la esperanza de convencer a la gente de que seguía siendo la valiente, estoica y trágica Vivian, pero ninguna mujer quería hablar con ella, y los hombres no tenían permiso para acercársele.

La injusticia de la situación, sobre todo tras enterarse de que Arthur había vuelto a ser aceptado en sociedad, la ponía fuera de sí. Le deseaba la muerte a mi padre y maldecía a su propia familia por haberle arrebatado el control de una fortuna que era suya. Maldecía a los sirvientes y llegó a despedir al ama de llaves, de quien sospechaba que era una espía de mi padre, pero él no tardó en readmitirla. También me maldecía a mí, y me decía que, si de todos modos iba a arruinarle la figura y a mantenerla presa en un matrimonio sin amor, al menos podría haber sido un chico.

Se convirtió esencialmente en una reclusa, y yo, en su involuntaria confidente. Necesitaba constantemente que la tranquilizara y la consolara. ¿Estaba perdiendo su belleza? ¿Se le había empezado a aflojar la piel del cuello? Porque, de ser así, se había enterado de que existía una operación, un tipo de cirugía plástica, que hacía retroceder el tiempo. ¿La necesitaría ella? Le contesté que no, pero se fue de todos modos a Nueva York y se la hizo. Volvió con la cara estirada y, lo que es peor, con un montón de ideas para mejorarme.

Era una desgracia que no hubiera heredado su nariz, pero la cirugía podía remediarlo. Yo era obstinada y siempre estaba rumiando algo, pero también había cirugía para eso, algo muy sencillo, un simple ajuste en la parte frontal del cerebro. Entraría y saldría del quirófano en menos de una hora, y me sentiría mucho más feliz. Las mejores familias lo estaban haciendo. Y, si por alguna causa la operación no funcionaba, en Francia estaban probando un nuevo tratamiento con electricidad. Me lo decía solamente porque no le gustaba verme tan desdichada, habiendo una solución disponible.

No me arreglaba el pelo como debía, pero eso podía solucionarse con una permanente. Tampoco estaba lo suficientemente delgada, y para eso, por

desgracia, no había ningún remedio rápido. Cuando comía, no debía coger nunca con el tenedor más del equivalente a tres guisantes o a una rodajita pequeña de zanahoria. Debía dejar las dos terceras partes de la comida en el plato y no comer nunca en público.

Me pesaba periódicamente y me abrazaba si veía que había adelgazado. Esos fugaces momentos de afecto fueron suficientes para que yo aceptara tomar por la mañana mi *tónico* de vinagre de manzana y para que siguiera comiendo lo menos posible, aunque a veces estaba tan famélica que me colaba subrepticamente en la cocina por la noche y devoraba una hogaza entera de pan. Una vez me comí un cuarto de kilo de queso cheddar de pie junto al fregadero.

Pese al ocasional atracón, durante los dos años siguientes crecí diez centímetros y adelgacé tres kilos. Me sobresalían las vértebras y los huesos de las caderas, y no había en toda Filadelfia —según mi madre— un cuello más elegante que el mío.

Estaba desesperada por huir. Todas las chicas de mi edad estaban en un internado, pero mi madre insistía en que no podía separarse de mí, ni siquiera por un día, sin tener en cuenta que no la había visto ni un minuto durante toda su larga fuga con Arthur. No tenía amigas. Mi padre ni siquiera me miraba, y mi madre no dejaba de mirarme.

Un día, abrí las páginas amarillas y busqué la dirección de un orfanato. Considerándolo en retrospectiva, puedo decir que bajarme de un taxi vestida con ropa cara y anunciarle a la madre superiora que era una niña huérfana no fue quizá el mejor de los planes. Me mandaron de vuelta en el acto y, a partir de entonces, estuve literalmente presa en casa. Los sirvientes tenían instrucciones estrictas de no dejarme salir y de informar a mi madre si lo intentaba. Pero no había razón para que se preocupara, porque yo no tenía adonde ir.

Poco después de mi intento de fuga, me encontré con mi padre en el vestíbulo y, en lugar de gruñir y pasar de largo, se detuvo. Su mirada me recorrió desde la coronilla hasta los pies y de vuelta a la coronilla, demorándose durante unos incómodos segundos en mis caderas y mi pecho. Frunció el ceño.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—El mes que viene cumpliré quince —le dije.

—¡Pareces un maldito chico! ¿Dónde está tu madre?

—En el gabinete, creo.

Me apartó para pasar y se alejó gritando:

—¡Vivian! ¿Dónde estás? ¡Vivian!

Cerró la puerta del gabinete con tanta fuerza que las paredes temblaron, y entonces me di cuenta de que algo extraordinario estaba a punto de suceder. Me acerqué sin hacer ruido, ansiosa por oír lo que decían. Nuestra ama de llaves, la señora Huffman, estaba un poco más allá en el pasillo, con los ojos muy abiertos y la mano sobre la boca. Intercambiamos una mirada y, sin decir palabra, nos pusimos de acuerdo en tratar de escuchar la conversación. Se me acercó y se situó detrás de mí.

No salió a relucir ninguna de las habituales armas de guerra: ningún preámbulo frío y sarcástico, ninguna pulla cuidadosamente preparada, ni tampoco ningún silencio devastador. Mi padre abrió la conversación con un rugido y mi madre le respondió con un llanto histérico.

Supuse que ella saldría corriendo en cualquier momento, con un pañuelo apretado contra la boca pero, en lugar de eso, sus gemidos se convirtieron en gritos de furia, jalonados por el estruendo de objetos que se estrellaban contra el suelo. Tras el más estridente de los alaridos resonó el golpe más atronador, como si una mesa de billar hubiera salido despedida por el techo. La señora Huffman y yo nos miramos horrorizadas, pero como la batalla continuó, dedujimos que ninguno de los dos había sido asesinado.

Los argumentos de mi padre: ¿no le parecía suficiente haber destruido su reputación fugándose con otro hombre? ¿Era tan profundo su odio hacia él que no le importaba arruinar la salud de su única hija?

Los de mi madre: sólo miraba por mi interés, porque él no se ocupaba en lo más mínimo de mí. Yo le importaba tan poco como ella. Nunca la había querido, sólo ambicionaba su fortuna. ¿Era culpa de ella que él fuera un inútil como marido? ¿Era tan malo desear que alguien la amara?

Los de mi padre otra vez: ¿qué fortuna? Si ella creía que los beneficios eran suficientes para aguantar sus payasadas, entonces tenía una idea ridículamente halagadora de sí misma. Ni siquiera el capital valía el tormento de estar casado con ella.

A continuación hubo un interludio de cacofonía ensordecedora, durante el cual los dos intentaron sin éxito gritar más fuerte que el otro. Finalmente, mi padre pidió a gritos silencio, en un tono tan estruendoso y aterrador que consiguió lo que deseaba.

Cuando volvió a hablar, su voz rezumaba determinación y furia contenida.

Puede que él estuviera condenado —dijo—, pero yo todavía no lo estaba

y, como todo parecía indicar que iba a ser su única hija, no pensaba quedarse de brazos cruzados mientras mi madre me mataba de hambre. Me enviaría a un colegio inmediatamente, al día siguiente si era posible.

La puerta se abrió tan bruscamente que la señora Huffman y yo tuvimos que aplastarnos contra la pared para esquivar a mi madre, que pasó como una exhalación, con la cara roja y la expresión demudada, apretando un pañuelo en una mano.

Mi padre apareció una fracción de segundo más tarde, con los ojos desorbitados y la frente perlada de sudor. Se detuvo en seco cuando me vio y, durante un momento espantoso, pensé que iba a pegarme.

Entonces se volvió hacia la señora Huffman.

—Prepare las maletas de Madeline —le ordenó—. Guarde todas sus cosas.

Después giró sobre sus talones y se marchó hacia su estudio con paso decidido. Cuando cerró de un portazo, otra puerta en el piso de arriba se cerró con más estruendo todavía.

La señora Huffman y yo asomamos la cabeza para ver cómo había quedado el gabinete.

Parecía un campo de batalla. Todos los jarrones estaban hechos añicos y todas las fotografías yacían esparcidas por el suelo, desgarradas. La mesita de los *bibelots* estaba volcada y le faltaba una pata y, más impresionante aún, el reloj de péndulo había caído de cara y la caja había saltado en mil pedazos, esparciendo astillas, trozos de vidrio, muelles, tornillos y engranajes por todo el lugar.

Mientras contemplaba los daños, una exaltación inconmensurable creció en mi interior. Era lo más parecido al éxtasis que había experimentado en toda mi vida. Si nadie ponía remedio al conflicto, era muy posible que pudiera salir de allí con la nariz y el lóbulo frontal intactos. Por primera vez desde que tenía memoria, decidí no correr al piso de arriba para calmar a mi madre, y recé —literalmente recé— para que ninguno de mis progenitores diera marcha atrás.

Conseguí salir de allí como quería, cuatro días después. Pero antes encontré a mi madre sumergida en la bañera, como una nueva Ofelia, con el pelo flotando a su alrededor y un frasco vacío de pastillas para los nervios en la mano tendida.

Al final me había arrepentido y había subido al piso de arriba menos de una hora después de la gran discusión, pero mi madre se lo había jugado todo



a que subiría un poco antes.

Una escuadrilla de aeroplanos pasó en formación por el cielo y me sacó de mi ensoñación. Meg me había dicho que «los nuestros» hacían maniobras todo el tiempo y que no había nada que temer, a menos que sonaran las sirenas. Aun así, su paso destrozó la poca calma que me quedaba.

Fui hasta el campo de los ponis blancos, que una vez más se acercaron a la valla para ver si les había llevado algo. Desenvolví el sándwich y les ofrecí unos trocitos de corteza, pero apartaron disgustados los belfos. Al darme cuenta de que había intentado darles parte de un sándwich de carne, murmuré unas desamparadas disculpas y me comí las cortezas. Un momento después, devoré todo el sándwich.

Cuando pasé por el cementerio, un cuervo solitario apareció en el cielo y se puso a volar en círculos graznando en tono lastimoso, como si tuviera quejas personales. Era como si me estuviera siguiendo. De hecho, aún estaba sobre mí cuando llegué a la entrada del Monte y agaché la cabeza para adentrarme por el sendero arbolado, solamente para despistarlo. No había caminado mucho tiempo cuando advertí que mi reacción había sido ridícula y me detuve para orientarme.

Los árboles y la vegetación eran densos, y el suelo húmedo cedía bajo mis pies. Por todas partes me rodeaba el ruido del agua corriente, y aunque las ramas estaban desnudas, todo a mi alrededor era de un verde iridiscente, brillante incluso, con el musgo que se aferraba al suelo y a los troncos caídos y colgaba de los árboles en enmarañado encaje.

El suelo del bosque estaba sembrado de unas setas preciosas, diminutas y en forma de copa que, si bien por fuera eran de un color pardo poco llamativo, por dentro eran de un espectacular tono escarlata. Recogí algunas y me las guardé en el bolsillo y, al hacerlo, encontré la brújula. Tuve que esforzarme para no arrojarla contra los árboles.

Al cabo de un rato me topé con un río de aguas impetuosas y me puse a seguir su curso. En un punto donde se desviaba abruptamente hacia la derecha, me di cuenta de que, si bajaba la cabeza y me agachaba, podía distinguir el lago entre los árboles.

Para acercarme un poco más, habría tenido que cruzar un brazo del río que alimentaba el lago. Había piedras convenientemente espaciadas, pero

empecé a imaginar qué pasaría si me caía, me rompía un tobillo y nadie me encontraba durante días, lo cual era completamente posible si la resaca de Ellis y Hank duraba más de veinticuatro horas, o si el whisky que pensaban beber para superarla se convertía en el primero de una larga serie de copas.

El temor a que nadie me encontrara creció y se transformó en pánico cuando, al cabo de unos cuarenta minutos intentando salir del bosque, me percaté de que estaba andando en círculos.

Cambié de sentido, seguí diferentes caminos, volví hasta el lago y utilicé la brújula para tratar de determinar la dirección en que se encontraba el pueblo, pero los senderos se entrecruzaban de manera desesperante y no había un solo río, sino varios. Yo era Gretel, sola en el bosque, y era tarde para marcar el camino con trocitos de pan, porque ya me había comido el sándwich.

Quizá el señor Ross o Meg se percataran de mi ausencia durante la cena, o tal vez supusieran que estaba durmiendo la mona, como Ellis y Hank. Pero aunque notaran mi desaparición, no sabrían dónde buscarme.

¿Qué clase de idiota se adentra alegremente en un bosque desconocido?

Estaba a punto de sentarme en un tronco a llorar cuando distinguí a través de las ramas la imagen de una mujer arrodillada, al otro lado del río. Estaba lavando una camisa que parecía cubierta de manchas de óxido, frotándola contra una piedra grande y más o menos vertical. Llevaba el pelo recogido dentro de un pañuelo y su ropa era anticuada: larga falda verde de tela basta, delantal y botas marrones gastadas que le llegaban hasta más arriba de los tobillos.

—¡Eh, hola! ¡Disculpe! —grité, avanzando a trompicones.

Dejó de frotar y me miró. Tenía los ojos brillantes de llanto y, cuando parpadeó, una lágrima solitaria cayó al río. Los labios entreabiertos revelaron unos dientes separados. El efecto general me sobresaltó, e hizo que me detuviera fugazmente, pero enseguida eché a correr otra vez por el sinuoso sendero, agarrándome a los troncos para no caer en mi intento por acercarme un poco más a ella.

—Perdone, siento importunarla, pero ¿podría decirme, por favor...?

Mi voz se apagó de pronto, cuando doblé un recodo que debería haberme conducido directamente hasta donde estaba la mujer, pero no la vi. Ya no estaba.

Recorrí con rapidez la orilla con la mirada, y la roca de aspecto extraño me permitió comprobar que me encontraba en el lugar donde la había visto.

Miré a mi alrededor con desesperación, aguzando el oído para distinguir algún ruido de pasos o de ramas quebradas, pero no percibí el menor rastro de la mujer. No conseguía imaginar por dónde había podido marcharse, ni qué había hecho yo para ahuyentarla. Era como si se hubiera esfumado sin más.

—¡Por favor, vuelva! —grité, pero la única respuesta fue el sonido del agua corriente y el graznido del cuervo, que aún seguía volando sobre mi cabeza.

»¡Me he perdido! ¡Por favor! —grité por última vez antes de caer de rodillas y romper a llorar.

Permanecí así durante unos diez minutos, sollozando como una niña pequeña.

Al final, me sobrepuse. Me levanté, me sequé la cara con el dorso de los guantes y me sacudí con las manos el abrigo, que se había embarrado al arrodillarme. Después me ajusté la bufanda y empecé a caminar con el paraguas a modo de bastón.

## 19

Cuando por fin encontré el camino para salir del Monte, la visión del cielo abierto y de las escarpadas colinas me hizo llorar de nuevo, pero esta vez de alegría, invadida por un inesperado torrente de agradecimiento hacia la divinidad.

Aunque nominalmente era protestante, hacía muchos años que había dejado de rezar. La última vez, mis oraciones habían sido escuchadas, pero al parecer el cumplimiento de mi deseo de asistir al colegio requería la muerte de mi madre.

Pese a mis ambiguas relaciones con Dios, estaba tan agradecida de haber encontrado la salida del Monte que decidí entrar en la iglesia y expresarle mi reconocimiento, pero sólo si seguía pareciéndome buena idea cuando pasara por allí, y únicamente si no pedía nada en concreto, y a condición de que no hubiera nadie más rezando.

Estaba subiendo los peldaños de la entrada cuando vi al señor Ross junto a la tumba que me había parecido tan trágica unos días antes: el sepulcro de la joven familia cuyos miembros habían muerto con muy poca diferencia entre sí. El dueño de la posada estaba de espaldas, pero lo reconocí por los hombros anchos y el pelo revuelto.

Al cabo de un momento, se arrodilló y apoyó la mano sobre la lápida de granito. Incluyó la cabeza y estuvo varios minutos quieto. Después depositó algo en el suelo, se levantó y se dirigió hacia la verja, donde *Conall* lo estaba esperando. Siguió por el camino en dirección a la posada, con el perro a su lado, sin notar mi presencia.

Bajé la escalera y me acerqué a la tumba. Había dejado un ramillete de campanillas de invierno.

—Willie el cartero ha traído varias cartas para ustedes. Las he dejado

junto a la caja registradora —dijo Meg cuando entré.

Estaba detrás de la barra, levantando los vasos a contraluz para limpiarlos después con un paño.

Colgué el abrigo y recogí las cartas. Había varias dirigidas a Hank y a Ellis, que dejé sobre el mostrador, y una para mí, enviada por correo aéreo. De inmediato reconocí la letra. Fue tan grande mi alivio que casi se me cae la carta de las manos.

Me senté junto al fuego y desgarré el papel del sobre.

*18 de enero de 1945*

*Querida Madeline:*

*Me sorprendió mucho recibir tu telegrama. No sé cómo puedes creermelo capaz de enviarte un aeroplano para salvarte de tu espantoso error, ni cómo imaginas que puedo estar dispuesto a hacerlo. ¿Tienes idea de lo que supondría algo así? Es evidente que no. Y en parte la culpa es mía, por haberte mantenido al margen de las crudas realidades de la vida tanto como he podido. Te embarcaste en la más alocada y peligrosa de las aventuras sin concederme al menos la gentileza de una conversación, privándome así de la oportunidad de salvarte de ti misma, tal como hiciste cuando decidiste casarte a mis espaldas y sin mi permiso.*

*Tuve que enterarme de tu última chiquillada por comentarios de segunda o tercera mano en el entorno de Frederick Stillman, entre rumores de negocios inicuos y hasta rayanos en la traición, si me permites que te lo diga. Hasta la recepción de tu telegrama, no he tenido ni siquiera el menor indicio de que hubieras sobrevivido a la travesía. Me he tomado la libertad de informar a los Hyde y a los Boyd de que sus hijos también han sobrevivido, puesto que no indicas lo contrario en tu telegrama.*

*Ojalá hubieras acudido a mí, querida hija, pero como no fue así, no puedo hacer nada por ti. No pienso ir a la bancarrota para rescatarte de una situación que tú misma te has buscado y que ninguna persona en su sano juicio habría escogido para sí. Aunque no fuera tu intención, has vuelto a complicarme enormemente la vida.*

*Con cariño,*

*P. D. Quizá deberías saber que tus suegros están furiosos y que tu amigo Freddie tiene otros asuntos de que ocuparse.*

*P. D. 2. Estoy de acuerdo en que debes evitar las travesías marítimas. De hecho, creo que deberías permanecer donde estás hasta el final de la guerra. Te deseo buena suerte.*

Me quedé mirando la carta después de terminar de leerla. Mi padre la había escrito y franqueado el mismo día que había recibido el telegrama. Sabía que sería difícil y costoso organizar un vuelo, pero me negaba a creer que fuera imposible. Los alemanes no controlaban el espacio aéreo, y muchos oficiales del mando militar iban y venían constantemente en avión. Sin embargo, por lo visto, mi padre había decidido que no merecía la pena salvarme, sin concederse ni siquiera una noche de reflexión.

Volví a meter la carta en el sobre y la arrojé al fuego. En unos segundos estuvo envuelta en llamas. Pasó del blanco al naranja y al rojo, y finalmente fue un rectángulo negro, confundido con el resto de troncos carbonizados.

Noté que Meg me estaba mirando.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—No, a decir verdad, no.

Siguió mirándome un rato, pero yo no pude pensar en nada más que decir.

Me quedé junto al fuego el resto de la tarde y parte de la noche, mientras la gente del pueblo llenaba el local y los leñadores iban llegando en grupos. Yo casi no los veía. Casi no contesté cuando *Connall* se me acercó y se dejó caer a mis pies.

—Lleva horas en ese sofá sin moverse —dijo Meg mientras me servía una copa de jerez—. ¿Necesita alguna cosa? ¿Quiere que le traiga algo?

—No, pero gracias por preguntar —respondí.

—Aquí vienen —dijo ella endureciendo el gesto.

Me volví y vi que Hank y Ellis salían del hueco de la escalera. Aunque se habían afeitado y cambiado, seguían igual de lúgubres que por la mañana.

Meg se acercó enseguida a ellos para entregarles la correspondencia y un abrecartas.

—Dos whiskies —dijo Hank mientras recibía las cartas—. Que sean

dobles. Y, cuando veas que se acaban, sirve más.

Las cartas eran respuestas a los anuncios que habían publicado en el *Inverness Courier*, de personas que habían visto al monstruo y estaban dispuestas a contarlo. El entusiasmo de la noticia —junto con el whisky— pareció devolverlos a la vida. Consultaron sus relojes y decidieron que no era demasiado tarde para ponerse en contacto con los remitentes. Hank llamó con un gesto al señor Ross.

—Necesitamos el teléfono —le dijo.

—Está al final de la calle —replicó el posadero, acariciándose la barba.

—¿Qué quiere decir con eso de que está al final de la calle? —preguntó Ellis.

—Quiero decir que está al final de la calle —repitió el señor Ross mientras cruzaba los brazos delante del jersey verde de lana gruesa.

—Hay una cabina en esta calle, un poco más arriba —intervine yo, no tanto para añadir información como para aliviar un poco la tensión—. No está lejos. Creo que funciona con monedas.

—Así es —asintió el señor Ross—. ¿Necesitan cambio?

—¿No hay teléfono aquí? ¿No tiene electricidad, ni tampoco teléfono? —preguntó Ellis.

—Ellis, déjalo ya —replicó Hank—. Me estás dando dolor de cabeza.

El señor Ross se fue detrás de la barra. Nuestras miradas se cruzaron un par de veces, pero después tuve cuidado y no volví a mirar.

Me preguntaba si siempre habría llevado barba y qué aspecto tendría si se la quitaba. Me habría gustado saber por qué no estaba casado, ya que no parecía tener ningún defecto que un poco de atención femenina no pudiera remediar. Me preguntaba cómo sería estar casada con él.

Me preguntaba cómo sería estar casada con cualquiera que no fuera Ellis. Si la moneda hubiera caído del otro lado, ¿me habría dejado convencer de que estaba enamorada de Hank y me habría casado con él? Probablemente. En cualquier caso, habría acabado atrapada en un matrimonio tan real como las huellas del monstruo que Marmaduke Wetherell había estampado en la orilla del lago con aquella pata de hipopótamo.

Seguía perdida en mis pensamientos cuando llegó el policía, y únicamente lo noté porque Hank y Ellis guardaron silencio. Era un hombre de

cincuenta y tantos años, de aspecto cansado, que se detuvo nada más franquear la puerta.

—¡Bob! —gritó Meg desde el otro extremo de la sala—. ¡Bob el policía! ¡Hace siglos que no sabemos nada de ti! ¿Has tenido noticias de tu Alec?

—Algunas. Hemos recibido varias cartas. No puede contarnos dónde está, pero dice que está pilotando un Spitfire.

—Bueno, eso ya es algo, ¿no? —dijo Meg—. Supongo que querrás una copa...

—Me temo que no —respondió el hombre con expresión contrita—. Joanie me ha hecho prometerle que no beberé. Además, vengo en misión oficial.

—¿Ah, sí? —se extrañó Meg.

El policía se aclaró la garganta y bajó la voz.

—Angus, ¿tendrías un momento?

—Claro que sí —respondió el señor Ross, rodeando el mostrador para ir a reunirse con el agente delante de la puerta.

Hank, que estaba de espaldas a ellos, se llevó un dedo a los labios. Ellis compuso una sonrisa de superioridad y ambos se situaron en mejor posición para escuchar.

—Es acerca del... *incidente* —dijo el policía, bajando la voz hasta convertirla en un susurro en la última palabra—. Ya sabes que normalmente no te molestaría con estas cosas, pero me temo que arrojaste al agua al inspector de permisos de pesca.

—Eso hice, sí. Y volvería a hacerlo. Se lo merecía por darse ínfulas, como si fuera el dueño del lago.

—No lo dudo, te lo aseguro —replicó el agente, meneando la cabeza con expresión comprensiva—. Pero ha puesto una denuncia formal en Inverness y estoy obligado a decir algo. Y ya está. Ya he dicho algo.

—Muy bien, Bob —dijo el señor Ross—. Te entiendo.

—¿Podrías hacer un esfuerzo y controlarte solamente un poquito más la próxima vez? —El policía subrayó sus palabras enseñando el pulgar y el índice casi en contacto para expresar que era muy poco lo que le pedía—. ¿No podrías meterlo solamente un poco en el agua, en lugar de tirarlo al lago?

—Por supuesto. La próxima vez solamente le meteré las punteras de los zapatos. Ni siquiera se mojará los calcetines.

El policía se echó a reír y le dio una palmada en el hombro al señor Ross.



—Bien dicho, Angus. Sabes que no intervendría si no hubiera de por medio una denuncia formal. Todos apreciamos lo que haces. —Volvió a bajar la voz y añadió—: Mi madre te agradece mucho el salmón del otro día.

—Bah —replicó el señor Ross, quitándole importancia—. Cualquiera podría habérselo dejado en la puerta.

—Pero todos sabemos quién fue.

El dueño de la posada hizo otro gesto para restarle relevancia al asunto y dijo:

—Si ya has terminado y has cumplido con Inverness, puedes quedarte a tomar una copa. Invita la casa.

—Pero Joanie me ha hecho prometerle...

—Una muy pequeña. Ya sabes lo que dicen: «Lleva siempre contigo un botellón de whisky por si te muerde una serpiente y, si te hace falta, lleva también una serpiente».

—No lo había oído nunca —repuso el agente—. ¿Quién lo dice?

—Un tipo que sale en las películas americanas, uno con nariz de patata y cachetes caídos.

—Me parece muy buena idea. Pero ¿qué tiene de malo una nariz de patata?

—Nada en absoluto. Y, si Joanie se entera, te conseguiré una serpiente. O te arrojaré al río. Lo que te parezca mejor como excusa para beber un trago —dijo el señor Ross, cogiendo al hombre por el brazo para llevarlo hasta la barra.

—Bueno, no creo que una copita pueda hacerme ningún daño —comentó el policía con expresión de alivio.

Los hombres del pueblo que estaban acodados en la barra lo rodearon y le dieron la bienvenida.

—Pesca furtiva —dijo Ellis mirando a Hank—. La sanción es bastante severa, si no me equivoco.

Cuando sonó la sirena, supe de inmediato por qué. Con el corazón desbocado, encontré a tientas en la oscuridad la silla donde había dejado el abrigo y los zapatos. Me los estaba poniendo cuando mi puerta se abrió y alguien me iluminó la cara con una linterna.

—¿Está lista? —gritó Meg por encima del estruendo.

Ya se había puesto el traje para la alarma antiaérea, confeccionado con tela escocesa roja y negra.

—Sí —respondí, acercándome a la puerta a saltitos, mientras trataba de meter el talón en un zapato recalcitrante.

La sirena seguía emitiendo su ondulante aullido ensordecedor. Hank y Ellis salieron al pasillo trastabillando, descalzos y en pijama. Hank sólo llevaba puestos los pantalones.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó, protegiéndose los ojos de la luz de la linterna.

—Un ataque aéreo. ¡Vamos! ¡Tenemos que salir! —dijo Meg.

—¿Adónde? —quiso saber Ellis, frotándose los ojos con cara de desconcierto.

—¡Al refugio!

Meg y yo los apartamos y bajamos corriendo la escalera. Después oí que los dos venían detrás de nosotras y trataban de orientarse en la oscuridad entre maldiciones.

El señor Ross apareció al pie de la escalera con otra linterna.

—¡Vamos! —exclamó, indicándonos con urgencia que pasáramos a la cocina.

Cuando estuvimos todos reunidos junto a la puerta trasera, Meg y el dueño de la posada apagaron las linternas.

Meg fue la primera en salir. Yo apenas veía nada y me costaba seguirla. Tras unos pocos pasos, tropecé y caí de rodillas sobre la tierra helada. Alguien que de inmediato reconocí como el señor Ross me recogió del suelo y

me animó a seguir adelante, agarrándome por el codo con la mano izquierda y apoyando firmemente la mano derecha sobre mi cintura.

Meg había levantado la cortina de arpillera y ya estaba dentro. Sujetándome por las axilas, el señor Ross me ayudó a bajar al refugio y me dejó en manos de Meg.

—Cuidado con la cabeza. Al fondo hay unas literas —dijo mientras me guiaba—. Hay dos, una arriba y otra abajo, así que tenga cuidado con la cabeza también ahí. Cuando todos hayamos entrado, Angus encenderá la luz.

Se sentó a mi lado y yo me acurruqué junto a ella. Nos quedamos sentadas una junto a otra, con las manos entrelazadas. El aire olía a tierra y a humedad, y hacía un frío terrible.

Fuera, los hombres estaban gritando. Hank y Ellis decían que nunca habían visto el refugio a la luz del día y que, por tanto, nadie podía esperar que supieran cómo entrar, y le pedían al señor Ross que encendiera la linterna aunque sólo fuera un momento. El posadero respondió que le importaba muy poco lo que supieran o dejaran de saber, y los conminó a entrar de una puta vez.

Mi voz sonó como un chillido medio afónico:

—¡Ellis! ¡Hank! ¡Entrad! Hay que bajar dos peldaños. ¡Entrad de espaldas si no veis bien, pero entrad ya! ¡Deprisa!

—¡Entren, *amadain!* —aulló el señor Ross—. ¡Entren en el puñetero refugio!

—Yo entraría, si solamente encontrara el puto..., ¡ay!

Se oyó un poco de jaleo en la parte delantera, seguido de un golpe seco y una serie de exabruptos y maldiciones proferidos por Hank. A continuación, se oyó otro golpe y después oí que alguien venía hacia nosotros.

—¡Estamos aquí, al fondo! —grité tendiendo los brazos en la oscuridad.

Encontré con las manos la cabeza de Ellis y después los hombros. Venía a gatas.

—Aquí hay unas literas —dije.

—*Conall, thig a seo!* —gritó el señor Ross, y poco después encendió la linterna.

La cubierta de arpillera estaba cerrada. Estábamos todos dentro. Nuestro aliento se condensaba en volutas que parecían de humo al salirnos por la boca, y la expresión del señor Ross era tan feroz que, aunque sabía que sus ojos eran azules, por un momento podría haber jurado que eran negros.

Cuando Ellis vio que las camas estaban hechas, cogió una de las mantas

con ambas manos y nos la quitó de debajo del cuerpo, con un tirón que casi nos manda al suelo a Meg y a mí.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Era necesario que hicieras eso?

—Se me están helando los putos huesos —contestó mientras se envolvía en la manta.

—Consígueme una de éstas —dijo Hank, descalzo y acuclillado contra la rugosa pared—. Se me está condensando el jodido aliento.

—Cógela tú mismo —replicó Ellis—. Yo llevo tan poca ropa encima como tú.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Meg.

Entre las dos sacamos otra manta de las literas, y esta vez fue Ellis quien estuvo a punto de rodar por el suelo. Meg hizo una bola con la manta y se la lanzó a Hank, que se la echó por los hombros y vino hasta el fondo del refugio para subirse a la litera de arriba, sobre nuestras cabezas.

El aullido de la sirena continuaba.

—¿No se han acordado de traer las máscaras antigás? —preguntó el señor Ross.

Eché una rápida mirada y vi que Meg tenía la suya.

—No —repliqué—, lo siento muchísimo.

Entonces el señor Ross me arrojó su máscara sobre el regazo.

No fue fácil ponérmela, porque me temblaban mucho las manos. El olor a caucho era sofocante, mi campo visual quedaba muy limitado y no conseguía atarme las correas porque tenía la cabeza llena de rulos. Meg se colocó su máscara en un solo movimiento fluido y se volvió hacia mí para ayudarme.

—Quédese quieta —dijo en voz baja—. Solamente tengo que pasar las correas por... Una ya está... Ahora la otra... Espere un momento, ya casi... ¡Ya está! Bien atada y cerrada.

La combinación de la atronadora sirena y la sensación de tener la cabeza encerrada me hizo caer en una espiral de pánico. Era como estar de vuelta a bordo del *SS Mallory*, durante el ataque de los submarinos. Sentía que no podía respirar, aunque era evidente que sí podía, porque el interior de la máscara se estaba empañando y no me dejaba ver nada. Cuando intenté limpiar los cristales por fuera, Meg me apartó las manos de la cara y las mantuvo entre las suyas, sobre su regazo.

—Cuesta un poco acostumbrarse. Respire normalmente y verá que al cabo de un tiempo el cristal se despeja solo.

Cerré los ojos y me puse a hacer inspiraciones profundas.

—Muy bien —dijo ella—. Coja el aire por la nariz y suéltelo por la boca. Adentro y afuera. Ya está un poco mejor, ¿verdad?

Cuando abrí los ojos, la ventana de mi máscara comenzaba a despejarse.

—Y ¿yo qué? No tengo máscara —dijo Hank, sentado en la litera de arriba.

—¿Qué quiere? ¿Quitarle la máscara a una mujer? —le contestó el señor Ross de malos modos.

Hank guardó silencio un momento y después, en un tono que podía interpretarse como escarmentado, resignado o ambos a la vez, añadió:

—Supongo que no habrá whisky en esta chabola, ¿no?

El señor Ross le echó una mirada disgustada y apagó la linterna. Pudimos ver brevemente el cielo estrellado cuando apartó un momento la cortina para pasar. Al cabo de un instante, regresó y volvió a encender la luz. Había traído un fusil y estaba agachado con el arma junto a la salida. Entonces recordé que le faltaban dos falanges del dedo índice de la mano derecha y noté que cogía el fusil con la izquierda.

—¿Cuánto tiempo durará esto? —preguntó Ellis, envuelto en su manta y hecho un ovillo en una esquina de la litera—. Creo que preferiría correr el riesgo de quedarme en la casa.

El señor Ross levantó la mano para pedir silencio, mientras aguzaba el oído y se concentraba.

A lo lejos, por encima del aullido de la sirena, pudimos percibir el «bum-bum-bum» de unos potentes motores.

—Mierda —murmuró, poniéndose de pie, mientras preparaba el fusil para disparar.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Ellis.

—¡Un maldito Heinkel!

Volvió a apagar la luz y salió con un gruñido imposible de transcribir. El ruido de motores se fue acercando cada vez más, hasta que de pronto estuvo justo encima de nosotros y el señor Ross se puso a gritarle... y a dispararle.

—*Thall is cac, Mhic and Diabhail!*

Tras el segundo disparo, el estruendo del aeroplano dejó de ser un repiqueteo continuado para convertirse en sucesivas series de tres «bum» separadas por una pausa. El aparato siguió volando de esa manera defectuosa y se perdió en la distancia.

El señor Ross se metió de nuevo en el refugio y volvió a encender la linterna.

—¿Eso lo has hecho tú? —le preguntó Meg.

El posadero se encogió de hombros.

—¿Le ha alcanzado un motor? —inquirió Hank.

—Y ¿qué, si lo he hecho? Tiene otros tres.

—¿Con un fusil?

—El cabrón estaba justo encima de nuestras cabezas. Si hubiera saltado, casi podría haber tocado el...

Lo interrumpió una gran explosión a lo lejos, seguida inmediatamente de otra más cercana, un sonido terrible que reverberó a través del agua y retumbó por todo el valle. Grité dentro de mi máscara y me agarré a Meg, que se abrazó a mí con idéntica fuerza.

Al cabo de unos veinte minutos, que me parecieron veinte años, la sirena subió hasta su tono más agudo y lo mantuvo un momento antes de sumirse en el silencio.

—¿Qué es eso? ¿Qué significa? —preguntó Hank desde la litera de arriba.

—Es la señal de que ha pasado el peligro —respondió Meg, quitándose la máscara. Estaba pálida—. ¡Madre de Dios! Me pregunto dónde habrá caído la bomba.

El señor Ross apoyó el fusil en el suelo y se limitó a menear la cabeza.

—¡Dios quiera que no haya hecho ningún daño! —exclamó Meg, apoyando las yemas de los dedos contra las sienes.

—Ojalá —dijo el señor Ross, asintiendo lentamente.

Intenté quitarme la máscara y, al no conseguirlo, tiré con más fuerza aún. Tuvo que ayudarme Meg, porque yo había olvidado que había tenido que pasarme las correas por dentro de los rulos.

Sin decir una palabra, el señor Ross apagó la linterna y salió del refugio, dejando la cortina abierta.

—Vamos —dijo Meg.

Nos dirigimos juntas a la salida y subimos la escalera. Desde mi posición, veía la espalda del señor Ross, que se alejaba andando pesadamente a través del huerto, hacia la posada, con *Conall* a su lado. No miró atrás ni una sola vez.

Meg y yo entrelazamos nuestros brazos e hicimos juntas el camino por el terreno helado, tratando de no pisar las valiosas hortalizas invernales. Hank y Ellis nos seguían.

Cuando apenas llevaba un momento en mi habitación, oí que alguien llamaba a la puerta.

—¿Maddie? ¿Cariño? —preguntó Ellis.

—Me estoy preparando para acostarme.

—¡Maddie, por favor! Necesito una píldora.

Le dejé entrar.

—Están en el cajón de arriba —le indiqué.

Ellis lo abrió de un tirón y estuvo revolviendo un rato hasta que encontró el frasco. Por el ruido, me di cuenta de que cogía más de una pastilla, aunque se aseguró de darme la espalda hasta que se las echó a la boca.

—¿Quieres una? —preguntó después de tragarlas con la ayuda del agua de la jarra, que se le derramó un poco por la delantera del pijama—. Mierda —dijo mientras se secaba la boca con el dorso de la mano.

—No, gracias —respondí.

—Debes de estar muy alterada. Ten, toma un par.

Se echó dos pastillas en la mano y me las tendió.

—Déjalas sobre la cómoda —repliqué.

Me quité el abrigo, lo doblé por la mitad y lo colgué del respaldo de la silla. Después coloqué los zapatos en el suelo, alineados con el borde del asiento, para no tropezar con ellos.

Ellis me miraba con los ojos entornados, como forzando la vista.

—Te los habían puesto allí, ¿verdad?

En lugar de responder, sacudí un poco el abrigo para quitarle la escarcha.

—Lo tenías todo preparado, ¿no? —insistió—. Por eso pudiste encontrar el abrigo y los zapatos y ponértelos tan rápidamente.

Eché un vistazo al cajón de la cómoda que había dejado abierto y a toda la ropa que había estado pulcramente doblada hasta que él se había puesto a revolverla. Atravesó la habitación y abrió mi armario, dejando al descubierto vestidos y otras prendas colgados de las perchas.

—¡A ti sí te han deshecho las maletas! —exclamó indignado—. ¡Deberías ver el estado en que se encuentra mi habitación! ¡Parece como si se negaran a ordenarla por principios!

—Las maletas las deshice yo.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Qué has dicho?

—Que fui yo.

Parpadeó un par de veces, con cara de escepticismo.

—Cariño, nunca me lo habría esperado de ti. ¿Por qué lo has hecho? ¿En qué estabas pensando?

Entonces inició un largo discurso sobre los peligros de darle excusas al servicio y la resbaladiza pendiente que desde allí conducía a la familiaridad y el exceso de confianza. Una vez allí, nadie sabía cómo acabarían las cosas, pero lo único seguro era que no podían acabar bien. Si la pinche de cocina de Hank no era suficiente prueba para mí, entonces no sabía qué demostración necesitaba. La señora Boyd casi había tenido que meterse en pleitos con la justicia para solucionar el asunto. Mantener las distancias era fundamental, y él confiaba en que yo, ciertamente...

Yo lo miraba fascinada, concentrada en el movimiento ondulante de su lengua detrás de los dientes. En un momento dado, un hilo de saliva le quedó tendido entre los labios y permaneció vibrando el tiempo de dos o tres palabras antes de romperse. Unos surcos profundos se le formaron entre los ojos y, cuando inclinó la barbilla para mirarme por encima de la nariz, habría jurado que estaba viendo la cabeza de su madre injertada en su cuerpo, como si aquel horrendo plato medieval del *cockentrice* —combinación de cabeza de cerdo y cuerpo de capón— hubiera escupido la manzana y abandonado la bandeja para venir a sermonearme sobre mi dificultad para establecer unas fronteras bien definidas, dificultad que no sólo fomentaba la pereza entre las clases bajas, sino que amenazaba la estructura social misma donde se sustentaba todo nuestro mundo.

De pronto me di cuenta de que había dejado de hablar.

—¿Maddie? —dijo estudiándome atentamente—. ¿Te sientes bien?

—Sí, estoy bien —respondí mientras trataba de apartar aquella imagen de mi pensamiento—. Pero ha sido una noche muy larga y me gustaría acostarme.

Se le suavizó la expresión.

—Lo siento, cielo. A veces se me olvida lo frágil que eres. No debería haberte regañado, sobre todo después de... —Dejó la frase inacabada, quizá porque pensó que recordar la ofensiva aérea me habría provocado un ataque de nervios—. ¿Podrás perdonarme?

Avanzó un paso hacia mí y yo, instintivamente, levanté una mano. Se detuvo, aunque noté que mi gesto lo había herido.

Me apoyé en el respaldo de la silla y fijé la vista en la reja de la chimenea. No tenía sentido decirle que su comportamiento en el refugio había sido impropio de un caballero. No buscaba pelea.



—Ahora soy yo la que debe pedirte disculpas —dije, dirigiéndome a él—. No he querido ser desagradable. Solamente necesito dormir.

—Sí, por supuesto —replicó él, convertido de repente en el paradigma de la caballerosidad—. Pero si necesitas algo, cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme. Y no olvides tomar tus píldoras. Aunque no estés sufriendo un episodio de tu enfermedad, te ayudarán a dormir.

En cuanto se marchó, fui hasta la puerta y la cerré con el pestillo. Y con el pasador.

Cuando volví a meter en el frasco las dos pastillas que Ellis había sacado para mí, me alarmó ver que quedaban muy pocas.

Veinte minutos después, oí que llamaban de nuevo a la puerta.

Me volví de espaldas y me tapé la cara con la almohada. Si no le hacía caso, probablemente pensaría que me había dormido y me dejaría en paz.

—¿Señora Hyde? —dijo Meg.

Al cabo de un par de segundos, ya estaba en la puerta.

—¿Pasa algo, Meg?

—No, todo está bien —susurró—. Pero tengo los pies helados y supuse que a usted le pasaría lo mismo, así que le he traído un cerdito.

Me puso entre los brazos una botella de agua caliente hecha de tierra cocida que, en efecto, tenía forma de cerdo, con hocico y todo.

—Gracias —le dije mientras abrazaba el recipiente.

Aunque no tenía ningún sentido, el calor de la botella me hizo estremecerme todavía más.

—Ahora cierre la puerta. He traído solamente dos cerditos y no pienso bajar a preparar ninguno más. Para ellos no, desde luego. Tengo que estar en pie antes de cuatro horas.

—Honestamente, no entiendo cómo lo haces —le dije, meneando la cabeza en la oscuridad.

Dejó escapar una leve risita.

—Yo tampoco. Supongo que lo hago porque no tengo más remedio.

Cuando, a la mañana siguiente, conseguí levantarme y bajar la escalera, encontré a Ellis y a Hank mucho más animados que de costumbre. Pero no estaban de buen humor a pesar de haber tenido que levantarse en mitad de la noche, sino precisamente por eso.

Mientras repasaban el ataque aéreo sentados a la mesa del desayuno, los detalles del relato fueron evolucionando. Según la última versión, Ellis se había asegurado de que todos estuviéramos a salvo antes de entrar en el refugio, y Hank se había situado en la litera superior, por encima de Meg y de mí, para protegernos de las bombas con su propio cuerpo, si era necesario. El señor Ross, en cambio, prácticamente no figuraba en el relato.

La expresión de Anna se fue endureciendo cada vez más a medida que servía el desayuno y levantaba la mesa.

Hank decidió escribirle de inmediato a Violet, convencido de que quizá suavizara sus estrictas reglas prematrimoniales si se enteraba de que él había estado en peligro mortal.

—¿De modo que ahora vuestra relación es prematrimonial? —preguntó Ellis.

—Bueno, al menos es pre-prematrimonial —respondió Hank—. Aun así, creo que debería dejarme probar el género. ¿Qué pasará si espero hasta la noche de bodas y sólo entonces me entero de que la mercancía está tarada pero tengo que quedármela «hasta que la muerte nos separe»?

—¡Hank! —exclamé.

—¿Qué?

—Por si no te has dado cuenta —añadí en voz baja—, no estáis solos.

—Querida niña, ¿cuándo te has vuelto tan mojigata?

—No hablo solamente por mí —repliqué, señalando con la mirada a Anna.

—Oh —dijo él, frunciendo el ceño.

Cambió de tema y se puso a hablar de la búsqueda del monstruo, pero

antes me echó una mirada extraña. Era evidente que ni siquiera se había planteado que Anna fuera alguien.

Se abrió la puerta principal y entró un hombre pelirrojo bastante apuesto, con ropa vieja y raída. Asintió en dirección a Hank y Ellis, apoyó en el suelo las dos cestas que traía y se puso a estudiar la puerta hasta identificar el punto donde chirriaba más. Tenía edad para estar combatiendo, por lo que supuse que debía de haber alguna razón para que no estuviera en el frente. Aunque yo me negaba a juzgar ese tipo de cosas, sí era sensible a ellas.

—¡Mira! ¿Qué te parece? —le dijo Hank a Ellis—. Es George, el de la furgoneta. Quizá quiera llevarnos otra vez.

—Hola, George —lo saludó Anna, que acababa de aparecer detrás de la barra—. ¿Cómo va todo?

—Bastante bien, aunque hace un día horrendo —contestó mientras cerraba la puerta y llevaba las cestas hasta la barra.

No pude evitar fijarme en él. Caminaba balanceándose mucho de un lado a otro, como un pingüino, moviendo la pierna derecha en bloque desde la cadera. La pierna era ortopédica.

—¿Qué me has traído hoy? —preguntó Anna.

—Queroseno, naturalmente. Y, además, un paquete de la lavandería y algunas cosas del carnicero.

—Bueno, veamos.

—Hay un par de piernas de cordero y unas salchichas muy buenas —dijo George, colocándolo todo sobre la barra.

La carne no estaba envuelta y tenía el precio escrito directamente encima.

Anna se inclinó para olfatearla. Cuando volvió a levantarse, puso los brazos en jarras.

—Supongo que nuestras sábanas también olerán a queroseno, ¿no? —dijo en tono acusador.

—Lo traigo todo junto para ahorrar gasolina —replicó George—. Se les quitará el olor si las oreas. Ponlas en la fresquera.

—¿Me estás diciendo que guarde las sábanas en la fresquera con la carne? —dijo Anna con un largo suspiro.

Por lo visto, era una pregunta retórica, porque se volvió sin esperar respuesta y se llevó la carne a la cocina.

—¿Quieres que engrase las bisagras de la puerta? —le gritó él—. Chirría como si le estuvieran tirando de la cola al gato.

El hombre alargó el cuello para asomarse por la puerta, a la espera de una respuesta que no llegó. Al final, se dio por vencido.

—Bueno, entonces me voy —nos dijo a los tres—. Díganle a Anna que volveré para arreglarle la puerta.

—Oye, tú no irás para el lado de la Herradura, ¿no? —dijo Hank.

—No, pero podría ir.

—¿En las mismas condiciones que la otra vez? ¿Quizá un poco más, por la molestia?

—Sería un tonto si dijera que no —contestó George—. ¿Están listos para salir ahora o prefieren que vuelva cuando haya terminado mis recados?

Hank apuró su té y levantó su mochila del suelo.

—Si tú estás listo, nosotros también. ¿Por qué no nos dejas junto a la cabina de teléfono y pasas a recogernos cuando termines el recorrido? Tenemos que hacer unas cuantas llamadas.

Ellis me besó en la mejilla antes de irse.

Anna volvió de la cocina y se puso a cortar los cordeles de los paquetes de sábanas. Abrió algunas de las que estaban plegadas y olfateó los pliegues.

—¡Puaj! —exclamó, llevándose una mano a la nariz—. Las tendería en el patio si no fuera por la nieve. Puede que deje las mantas fuera y abra las ventanas unas horas... Y supongo que para la cena tendré que hacer pastel de queroseno... —Me miró de soslayo—. Hace más de una semana que no sale con ellos.

—¿Puede culparme por ello?

—En absoluto —respondió—. Seguramente estará mejor encerrada aquí dentro que vagando ahí fuera, bajo la lluvia y la nieve, con esos dos. Son capaces de dejarla abandonada en una cuneta cuando menos se lo espere.

—Anna —dije al cabo de un momento—, ¿podrías enseñarme a hacer punto?

Estaba plegando otra vez las sábanas, pero congeló el movimiento.

—¿Qué ha dicho?

—Una vez me preguntaste si sabía hacer punto y yo te dije que no. Pero ahora quiero aprender. Quiero tejer calcetines para los soldados.

—No es tan fácil —replicó, mirándome de una manera extraña—. Es complicado tejer un buen talón. ¡Si hasta se hacen concursos!

—Y ¿qué me dices de hacer cuadrados de ganchillo? Seguramente podría aprender a tejer un cuadrado. ¿También son para los soldados?

—Señora Hyde... —dijo ella.

—Maddie. Llámame Maddie, por favor. Y puedes tutearme.

—Lo siento, pero no tengo tiempo de enseñarte nada.

—Entonces ¿puedo ayudarte con las tareas domésticas?

Anna negó con fuerza con la cabeza.

—¡No, claro que no! No tendría ningún sentido.

—¿Por qué no? —insistí—. Cuando llegamos, me acusaste de pasarme el rato delante del fuego, y era cierto. Es lo que hago durante todo el día, día tras día, y me estoy volviendo loca. Estoy varada aquí hasta que mi marido encuentre al monstruo o se dé por vencido. Por favor. Tú estarás menos cargada de trabajo y yo estaré feliz de tener algo que hacer.

Anna frunció el ceño.

—Imposible. Tu marido no lo aprobaría, y supongo que Angus tampoco.

—No tienen por qué saberlo. No se lo diré a nadie. Volveré a ser la persona ociosa de siempre en cuanto alguien entre por la puerta.

Dejó quietas las manos y noté que lo estaba pensando.

—¿Alguna vez has hecho una cama? —preguntó al final.

—Sí —respondí—. Bueno, una vez.

Ella me miró de nuevo.

—Supongo que, si cambio las sábanas, tú sólo tendrías que poner las mantas. Y Mhàthair me ha pedido que compre un par de cosas en el pueblo esta tarde...

—Puedo hacer algo más que poner las mantas en las camas. Puedo deshacer las maletas y ordenar las habitaciones.

Anna soltó una carcajada.

—¡Bueno, eso sí que sería un progreso! Casi había perdido las esperanzas...

—Ellos también —dije solemnemente.

Abrió mucho los ojos.

—¿Perdón?

Se me quedó mirando, esperando a que yo lo negara, pero en lugar de eso asentí.

—¡No, no puede ser! —exclamó indignada—. ¿De verdad esperaban que

nosotras...?

—Sí, desde luego que lo esperaban —dije yo, arqueando las cejas para subrayar el efecto—: Y todavía lo esperan.

Se le encendieron los ojos.

—Bueno, en ese caso, pondré las sábanas y te dejaré el resto a ti. Porque, si no lo haces tú, ya veo que no lo hará nadie, y si no lo hace nadie, nunca más podré sacudir las alfombras de esas habitaciones.

Recogió las sábanas que había sobre el mostrador y echó a andar, con el pecho hendiendo el aire como la proa de un barco vikingo.

No sé muy bien si estaba más sorprendida de haber convencido a Anna o de haber tenido la idea.

Mientras Anna cambiaba las sábanas eché un vistazo al periódico para ver si traía alguna noticia sobre el bombardeo y el lugar donde habían caído las bombas. No había nada, como era lógico, ya que el ataque se había producido muy tarde, cuando el periódico ya debía de estar en la imprenta. Pero había otras noticias y, mientras las leía, mi incipiente optimismo respecto a haber encontrado algo que hacer se convirtió poco a poco en depresión.

El colosal ejército ruso estaba a tan sólo doscientos sesenta kilómetros de Berlín, y el mariscal Stalin había anunciado que sus fuerzas habían causado sesenta mil bajas entre los alemanes y habían tomado más de veinte mil prisioneros, solamente durante el avance hacia Silesia. Era una victoria para nuestro bando, pero la noticia me causó una intensa desazón.

¡Tantos muertos! Sólo dos semanas atrás, la idea de tres mil hombres caídos en una sola tarde me había parecido casi imposible de asimilar, y ahora la vastedad de sesenta mil muertes me resultaba todavía más desconcertante. Me parecía prácticamente imposible olvidar que cada uno de esos caídos había sido un individuo, con esperanzas, amores y sueños que habían quedado destrozados.

No entendía cómo era posible que la guerra continuara. El mundo iba a quedarse sin hombres.

Cuando Anna bajó otra vez la escalera, yo estaba sentada con el periódico en el regazo, mirando a la pared.

—No habrás cambiado de idea, ¿no? —me preguntó.

—Nada de eso —respondí, esforzándome para sonreír. Dejé el periódico y me puse en pie—. Entonces, además de ordenar y poner las mantas en las camas, ¿qué más tengo que hacer? ¿Rellenar las jarras de agua?

Me miró sorprendida.

—No, no hace falta. Ya lo haré yo cuando vuelva de comprar.

—No te preocupes, Anna —la tranquilicé—. Hasta una torpe como yo puede llenar unas jarras de agua, y podrás comprobar si lo he hecho bien cuando regreses.

Chasqueó la lengua.

—No, eso no me preocupa. Bueno, sí, quizá un poco. Tal vez eche un vistazo cuando termines, pero sólo los primeros días.

Sacó una llave de su delantal y me la dio.

—Aquí tienes la llave maestra.

Eché mano de ella, pero Anna tardó unos segundos en soltarla.

Empecé por la habitación de Meg, que no me dio ningún trabajo porque estaba muy ordenada. Después seguí por el pasillo.

El cuarto de Hank estaba más o menos como esperaba, con la mayor parte de la ropa fuera de las maletas y desparramada por el suelo; el resto, con aspecto de querer escapar cuanto antes. Lo apilé todo provisionalmente sobre la cama y empecé a arrastrar sus baúles y maletas hacia el armario.

Uno de los baúles parecía estar lleno de medias y cigarrillos, pero cuando vi que no se movía, hundí las manos por debajo de las capas superiores y encontré varias docenas de botellas de licor, rodeadas de paja y de cartón para que resistieran la travesía. Aun así, me pareció sorprendente que hubieran llegado enteras. La reserva de «moneda de cambio internacional» que había traído Hank era tan pesada que tuve que ponerme a cuatro patas y empujar con un pie contra la cama para moverla, pero al final conseguí meterla en el armario.

Estaba sin aliento y, aunque la ventana estaba abierta, la blusa se me había pegado a la espalda por el sudor, ¡y ni siquiera había empezado a ordenar el resto del caos!

Me resultó extrañamente íntimo tocar cosas suyas, como sus calcetines y sus pijamas, por no hablar de sus calzoncillos, pero pronto cogí el ritmo de la tarea. Al menos Hank había amontonado toda su ropa sucia en un mismo sitio, por lo que no tuve que inspeccionar nada de cerca.

Justo cuando creía haberlo guardado todo, me pareció ver algo que sobresalía debajo de la cama. Era un montón de tarjetas postales. Cuando las recogí, me sorprendí observando con desconcierto la fotografía de una mujer desnuda. Estaba reclinada en una *chaise longue*, con las piernas separadas, y no llevaba nada encima, excepto un largo collar de perlas y una tiara.

Contemplé fascinada el resto de las postales. Nunca había visto ningún cuerpo completamente desnudo, excepto el mío —Ellis iba siempre directo al grano, a oscuras y con el menor desplazamiento posible de ropa—, y me sorprendió que pudieran ser tan diferentes. Una de las mujeres estaba tumbada de espaldas sobre el lomo de un caballo blanco, con una pierna colgando para que la cámara pudiera concentrarse en el área oscura del pubis. Otra estaba a cuatro patas en el suelo, sobre un mantel de pícnic, y le sonreía al fotógrafo por encima del hombro. La separación de las piernas era suficiente para que, entre una y otra, se vieran sus pechos colgantes, tan grandes que casi parecían lastrados. Los míos eran diminutos en comparación.

Cuando llegué a la última y vi que también había un hombre desnudo, que se pegaba por detrás al cuerpo de la mujer y le agarraba los pechos, me sentí repentinamente cohibida y quise deshacerme cuanto antes de todo el montón. Abrí el cajón de la mesilla de noche y, al hacerlo, vi un paquete pequeño con el logotipo de una marca y la palabra «preservativos» en letras de imprenta. Pensé que se trataría de algún producto para conservar alimentos, pero después leí «profilaxis contra las enfermedades venéreas» y comprendí que tenía que ser otra cosa. Dejé caer las postales dentro del cajón y lo cerré. No quería saber nada más de Hank, y me alegré de haber terminado de ordenar su habitación.

Reuní fuerzas para la siguiente, temerosa de lo que podía averiguar acerca de Ellis.

Aunque creía estar preparada para todo, me equivocaba. Cuando abrí la puerta de su habitación, me paré en seco, absolutamente atónita. Parecía como si hubiera estallado una bomba. Ropa de todo tipo, incluidos sus calzoncillos, aparecía sembrada por todas partes, colgada de los pilares de la cama, del respaldo de la silla e incluso de las rejas de la chimenea. Había pilas en los rincones, debajo de la cama y en el suelo, en medio de la habitación. Sus



zapatos, artículos de higiene y otros objetos estaban dispersos en todas direcciones, y lo único que encontré en un cajón de la cómoda fue una zapatilla.

No podía imaginar cómo se las había arreglado para crear un caos semejante. Entonces, con una oleada de náusea, lo comprendí. Lo había hecho adrede.

Podía verlo claramente: cada vez que entraba y veía que nadie había deshecho su equipaje y ordenado sus cosas, rebuscaba en las maletas y arrojaba por el aire todo lo que encontraba, como para subir la apuesta. ¿De qué otro modo podría haber explicado el cepillo de dientes que sobresalía del interior de un zapato, o el peine y la brillantina tirados al pie de la ventana? Su reacción era brutal, infantil y destructiva, y me daba miedo.

Empecé por el rincón más alejado y fui avanzando en dirección a la puerta. No podía imaginar otra manera de abordar un caos que me resultaba abrumador.

Cuando abrí el primer cajón de la cómoda, empezando por arriba, encontré una fotografía suya con Hank, en la playa de Bar Harbor, mutuamente cogidos por los hombros y sonriendo al sol. Debajo había otra fotografía de Hank solo, de pie en la cubierta de un velero, con el torso descubierto y las manos apoyadas en las caderas. Su pecho brillaba al sol, sus brazos y sus hombros se notaban musculosos, y su sonrisa traviesa iba dirigida a quien fuera que estuviera detrás de la cámara. No había ninguna fotografía mía, aunque yo debía de estar cerca.

En el segundo cajón encontré varios pañuelos con su monograma bordado, plegados en forma de pequeños paquetes. Los abrí y conté más de un centenar de mis pastillas. Volví a plegarlos y los dejé donde estaban. No quería que Ellis pensara que Anna o Meg se las habían llevado.

Hasta ese momento había cerrado mi puerta con llave solamente por la noche, pero decidí que empezaría a hacerlo también durante el día. Quería saber cuánto tiempo tardaría Ellis en tomarse todas esas pastillas.

Me preguntaba si alguien más, aparte de Anna, había visto el estado en que se encontraban las habitaciones de Hank y de Ellis. Esperaba que no. Se me hacía difícil imaginar lo que pensaría Anna de ellos y, por extensión, de mí.

Cuando los dos regresaran, verían que sus habitaciones estaban ordenadas y no se preocuparían en lo más mínimo por lo que la persona que lo hubiera hecho pudiera haber visto. Ni siquiera se pararían a pensar un momento en ella, excepto quizá para sentirse victoriosos.

Aunque yo había tardado solamente un par de días en deshacer mi equipaje, me avergonzaba lo poco que siempre había valorado ciertas cosas. Habría querido saber cómo estaba Emily y transmitirle mi agradecimiento por todo lo que había hecho por mí a lo largo de los años. Sabía que no podía ser fácil ser la doncella de Edith Stone Hyde en ese preciso momento.

Cuando todas las habitaciones estuvieron ordenadas y terminé de poner las mantas, cerrar las ventanas y colocar las cortinas del apagón, deslicé unos pocos pares de medias de seda de mi reserva en el cajón más alto de la cómoda de Meg.

Cuando volví a la cocina, Anna me miró sorprendida.

—No puedes haber terminado —dijo.

—Sí, ya estoy.

—Y ¿también has recogido sus cosas?

—Así es.

—Bueno, eso se merece una buena taza de té. Siéntate delante del fuego, te la llevaré enseguida. Me parece que nos hemos ganado una merienda, ¿no crees?

—¿Siguen oliendo a queroseno las sábanas? —me preguntó Anna, bebiendo delicadamente de una taza con dibujos de florecitas y borde de oro.

Había traído tortitas de avena y mermelada para tomar con el té, que era el más cargado de los que había saboreado hasta ese momento y además estaba servido en porcelana fina. Anna incluso había cubierto la bandeja con un tapete.

—No me pareció que olieran —dije.

—Bien. Porque no me gusta nada hacer la colada. Hay quien no da la ropa a lavar por miedo a que vuelva con piojos, pero yo, personalmente, le tengo más miedo a George y a lo que pueda poner junto a las sábanas en esa furgoneta suya.

—¿Por qué debería volver con piojos?

—Porque en el mismo sitio lavan la ropa de la Casa Grande y del campamento de los leñadores. Las personas mayores son las más reacias, y también los fieles de la Iglesia Libre de Escocia, que son muy estrictos; pero yo creo que el verdadero problema es que les parece un lujo enviar la ropa a la lavandería. Por fortuna, Mhàthair no es de esa opinión, aunque poca gente puede ser más estricta que ella, porque es mayor y además pertenece a la

Iglesia Libre.

El tronco que ardía en la chimenea resbaló hacia delante, soltando una cascada de chispas. Anna se levantó y volvió a colocarlo en su sitio con el atizador.

—¡Quédate ahí! —exclamó, y lo estuvo vigilando unos segundos antes de volver al sofá.

—Ahora me explico que una mujer mayor estuviera lavando la ropa en el río el otro día —comenté—, aunque me pareció un lugar muy extraño para hacerlo.

Anna apoyó la taza en la mesa.

—¿Qué has dicho?

—Me adentré en el Monte y me perdí, porque me perseguía un cuervo. Bueno, tuve la sensación de que me estaba persiguiendo.

De repente, noté que la atmósfera había cambiado. Levanté la vista y vi que Anna se había puesto pálida. Me puse a repasar mentalmente lo que había dicho, para tratar de identificar la parte que podía haberla ofendido.

—Lo siento —dije, terriblemente preocupada—. En realidad no creo que me estuviera persiguiendo.

Anna me miraba fijamente.

Apoyé la taza sobre la mesa, por miedo a que se me derramara el té.

—Por favor, olvida lo que te he dicho. Tengo una imaginación demasiado activa.

—¿A quién viste lavando y dónde? —preguntó secamente.

—A una señora mayor, que estaba lavando una camisa en el río. No respondió cuando le pedí ayuda. Después, cuando traté de acercarme, no la encontré. Fue como si se hubiera... Anna, ¿qué pasa?

Se había llevado una mano a la boca.

—Anna, ¿qué sucede? Por favor, dime qué he hecho.

—La Caonaig —dijo con voz ronca—. Has visto a la Caonaig.

Negué con la cabeza, desconcertada.

—¿Qué es la Caonaig? No entiendo.

—Va a morir alguien —dijo Anna.

—No, claro que no. No era más que una anciana que...

—¿Vestida de verde?

Dudé un momento.

—Sí.

—¿Le sobresalía un diente?

Dudé todavía más.

—Sí.

—¿Estaba llorando?

Esta vez no dije nada, pero por lo visto mis ojos respondieron por mí.

Anna dejó escapar un grito y se fue a la cocina, como movida por un resorte. La llamé y corrí tras ella, pero se había marchado, dejando solamente el vaivén de la puerta tras de sí. Retrocedí a toda prisa hacia la puerta delantera, pero cuando llegué a la calle, vi que Anna ya se perdía en la distancia, montada en su bicicleta.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Ross.

Me volví sobresaltada. *Conall* y él habían salido a la calle detrás de mí.

—Cree que he visto a la Caonaig —respondí, sintiéndome indefensa.

—¿Por qué lo cree?

—Porque vi a una anciana que estaba lavando una camisa en el río.

Hizo una inspiración profunda y el aire produjo un silbido entre sus dientes.

—¿Cómo puede significar que alguien va a morir? —dije con desesperación—. No era más que una anciana. ¡No lo entiendo!

—Anna todavía tiene dos hermanos en el frente —respondió.

«¿Todavía?»

Me volví para mirar la calle por donde se había marchado.

Subí a mi habitación para esconderme, pero aproximadamente una hora antes del habitual regreso de Meg del aserradero, empecé a sentir pánico. Anna aún no había vuelto, y a esa hora siempre empezaba a preparar la cena, que Meg terminaba y servía a los clientes. Al cabo de un tiempo, bajé de mi cuarto, pensando que al menos debía advertir al señor Ross de que no habría comida preparada para la cena. Sin embargo, tampoco lo encontré a él.

No sabía qué hacer, pero como yo había causado el problema sin saber muy bien cómo y me sentía responsable, me dirigí a la despensa y me puse a buscar algo con que preparar la cena.

Casi de inmediato me di cuenta de que no podía hacer nada, no sólo porque era incapaz de encontrar la carne que había visto entregar esa misma mañana, sino porque, aun cuando la hubiera hallado, no tenía ni la más remota idea de cómo se elaboraba. Ni siquiera sabía qué hacer con las patatas, y en

cuestión de una hora empezarían a llegar más de veinte hombres, cada uno de ellos ansioso por sentarse a la mesa y cenar.

Cuando Meg entró por la puerta trasera, me encontró inclinada sobre la tabla de picar, con la cabeza apoyada sobre las manos. Rápidamente evaluó la situación y no tardó en reparar en la encimera vacía.

—Anna se ha marchado antes de tiempo —dije.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Dije algo que la puso muy nerviosa.

—¿Qué le dijo?

—No lo sé exactamente —respondí, sintiéndome muy mal—. Pero te aseguro que no fue mi intención preocuparla.

Esperaba que se pusiera a gritarme, pero en lugar de eso se limitó a colgar el abrigo y la máscara antigás del respaldo de la silla y me dijo:

—¿Sabe preparar las patatas?

Parpadeé un par de veces.

—Sí, creo que sí.

—¿Lo cree o lo sabe hacer?

—Lo creo.

La verdad es que ni siquiera sabía cortar el pan. Durante mis incursiones en la cocina, cuando era una adolescente, solía arrancar trozos de pan, en lugar de cortarlo. Empezaba por comerme la miga blanda y después mordisqueaba la corteza encima del fregadero, para abrir el grifo y dejar que el agua arrastrara las huellas de mis correrías.

Meg me indicó que llenara de agua la olla más grande, que echara sal y cuarenta patatas, y lo pusiera todo a hervir. Ella misma encendió el fuego y me aconsejó que me diera prisa para que mi marido no me encontrara donde no me correspondía cuando regresara, porque tenía la impresión de que no le sentaría bien.

Después se fue a la despensa, a buscar una especie de carne enlatada, por cuya existencia dio gracias a Dios, ya que podía servirse fría.

Esa noche el bar hervía con las noticias del bombardeo, por lo que nadie prestó mucha atención a las patatas, que sabían como si las hubiera cocido en agua de mar. Además, yo no sabía que había que pelarlas y quitarles los ojos, ni que el cuchillo tenía que hundirse fácilmente en la pulpa cuando estuvieran

hechas. Todo eso me lo explicó Meg después. Vi a más de un hombre levantar el tenedor, examinar con escepticismo el puré y devolverlo al plato. ¡Pobre Meg! Aunque ninguno de los comensales tuvo la valentía de quejarse, todos la consideraron culpable del estropicio.

En cambio, *Conall*, que se había reunido conmigo junto al fuego en cuanto llegaron Hank y Ellis, parecía encontrar muy apetecibles mis patatas. Yo estaba convencida de que había venido conmigo porque sabía que necesitaba apoyo moral; por eso, para agradecérselo, le tendía de vez en cuando un poco de puré de patata con el dedo índice, que él lamía con expresión grave. En cierto momento, me pareció notar que el señor Ross nos estaba mirando, mientras yo le ofrecía a *Conall* el dedo embadurnado en puré. Por lo visto, el perro tuvo la misma sensación que yo, porque desvió la mirada y no le hizo el menor caso a mi dedo hasta que su amo concentró la atención en otro sitio. Sólo entonces volvió la cabeza hacia mí y dejó que le sobresaliera la lengua por un costado de la boca.

Como el bombardeo no había salido en los periódicos, todos iban añadiendo pequeños fragmentos de información a la historia colectiva. Hank y Ellis escuchaban con gran interés.

Los bombarderos habían bajado por el valle del Gran Glen procedentes de Noruega para atacar la planta británica de aluminio de Foyers, una localidad situada a varios kilómetros de distancia, al otro lado del lago Ness. Un guardia nocturno había muerto cuando la onda expansiva de una explosión lo había arrojado al interior de una turbina y otro había fallecido de un ataque cardíaco.

Cuando alguien anunció que uno de los dos aviones Heinkel se había precipitado al lago Ness casi inmediatamente después, yo sofiqué una exclamación y me volví para mirar al señor Ross. Pero él terminó de servir una pinta de cerveza y se la tendió a uno de los parroquianos a través de la barra, actuando como si no hubiera oído nada.

—Bueno, ¿qué te parece? —dijo Hank, en un tono que no dejaba de delatar cierto respeto—. El tipo derribó un bombardero con un rifle de mierda. Lo que no entiendo es por qué no está luchando en el frente.

—Muy buena pregunta —replicó Ellis, que se volvió sin levantarse del asiento y dijo—: ¡Eh, camarero! Mi amigo tiene una pregunta para usted.

—¡No! ¡No se lo preguntes! —susurré yo, totalmente paralizada.

—¿Por qué no? —dijo él.

—Porque no es asunto nuestro —siseé—. ¡Y, además, es el dueño del

establecimiento y no el camarero! ¡Por el amor de Dios! ¿No podéis comportaros con un poco de respeto?

Pero era tarde.

—¿Cuál es la pregunta? —dijo el señor Ross.

—Hemos visto que sabe manejar un arma —prosiguió Hank—. ¿Por qué no está luchando en el frente?

En la barra se hizo un silencio. El señor Ross se quedó mirando fijamente a Hank.

Al final, Rory habló:

—Es curioso —dijo enunciando lentamente las palabras—. Nosotros nos estábamos preguntando lo mismo de usted.

—No apto por causas médicas —explicó Hank en tono ligero, casi como si estuviera haciendo una broma.

—Yo lo veo bastante sano.

—Padezco un trastorno llamado *pes planus* —dijo Hank.

—¿Ah, sí? —replicó Rory—. Y ¿eso qué es? ¿«Cobardía» en latín?

Hank se puso en pie de un salto. El leñador también se levantó, pero más lentamente. Era evidente que Hank no era rival para él.

—Siéntate, Hank, por favor —le supliqué.

—¿Y permitirle que me llame cobarde?

—La verdad ofende —dijo Rory.

—Ellis, ¿vas a quedarte ahí sentado mientras este tipo nos llama cobardes? —preguntó Hank, irritado.

—A mí no me ha dicho nada —masculló Ellis.

—De hecho, sí que se lo he dicho —prosiguió Rory—. ¿También usted tiene un diagnóstico en latín para ser un gallina? ¿*Gallinus americanus*, quizá?

—Padezco protanopía —dijo Ellis—, una forma grave de daltonismo. No distingo los colores. Y, para su información, intenté alistarme dos veces.

—Deberíais ocuparos de vuestros asuntos y dejar en paz a los demás —dijo Meg, que acababa de aparecer por detrás de la barra.

—El asunto es mío. ¡Me ha llamado cobarde! —protestó Hank.

Meg le echó una mirada exasperada, lo dejó por imposible y se volvió hacia el leñador.

—No puedes pelear con él, Rory. Ya has oído lo que ha dicho: tiene un trastorno. No puedes pegarle a un inválido.

Hank abrió la boca para objetar, pero Ellis le asestó un fuerte puntapié en la corva.



—A mí no me parecen enfermos —dijo Rory.

—Las enfermedades no siempre se notan a simple vista. George, el conserje, parecía perfectamente sano hasta que un día cayó fulminado de un ataque al corazón. No puedes pelear con un hombre con *pes planus*. Podrías matarlo.

Rory se quedó mirando a Hank un buen rato, y finalmente volvió a su asiento.

—Supongo que tienes razón —dijo con un suspiro—. Sería como pegarle una patada a un cachorro, ¿no?

—Claro que tengo razón, grandísimo tonto —dijo Meg mientras le daba un golpe en un brazo.

Él le respondió con una palmada en el trasero y entonces ella se volvió y le señaló la cara con el índice. El leñador estalló en carcajadas y le lanzó un beso. Al final, Meg le dirigió una mirada entre severa y divertida y volvió a su puesto detrás de la barra.

Mientras el resto de los hombres reanudaban sus conversaciones, Hank y Ellis permanecían en silencio, pálidos y cabizbajos.

Anna apareció a la mañana siguiente y sirvió el desayuno como si nada hubiera pasado. Me pregunté si estaría pensando que las muertes en Foyers permitían dar por cumplida la lúgubre profecía de la Caonaig.

Me dediqué a mirarla de soslayo, con la esperanza de que el frágil entendimiento que había surgido entre nosotras no hubiera cambiado y aún me dejara ayudarla a arreglar las habitaciones, aunque no tenía manera de averiguar si realmente sería así, porque Hank y Ellis todavía estaban ahí.

Ellos no hicieron ningún comentario por haber encontrado perfectamente ordenadas sus habitaciones; en lugar de eso, se pusieron a despotricar contra todo el mundo por juzgarlos solamente a ellos, cuando estaba claro que Barbanegra era apto para combatir, excepto por las falanges faltantes, que sin embargo no le impedían disparar un arma, como había quedado demostrado. Dijeron todo eso delante de Anna, como si no existiera, mientras yo me retorcí de vergüenza. Anna estaba en el otro extremo de la habitación, limpiando la chimenea con una escoba. Parecía ajena a los comentarios de Ellis y Hank, pero yo sabía que los estaba oyendo.

Cuando ya casi había perdido toda esperanza de que se fueran, apareció George, el de la furgoneta.

—He engrasado la puerta —dijo, mirando tímidamente a Anna, mientras hacía bascular la hoja de la puerta para demostrárselo—. Lo hice ayer por la tarde, cuando regresé.

—Eres muy amable —replicó ella, sin mirarlo.

Él la observó unos instantes, y por su expresión atormentada, me di cuenta de que estaba enamorado de ella.

—Bueno, estaré ahí fuera, esperando —dijo él, dirigiéndose a Ellis y a Hank.

—Vamos enseguida. A propósito, ¿todavía tienes una de las brújulas? —me preguntó Ellis—. Nos falta una.

—Está en el bolsillo derecho de mi abrigo, que está colgado junto a la

puerta —respondí.

Fue hacia allá y rebuscó en los bolsillos.

—¿Desde cuándo te dedicas a la botánica? —preguntó, mirándose la palma de la mano.

Volvió y dejó caer un puñado de setas rojas y marrones sobre la mesa.

—Tíralas. Parecen venenosas.

Hubo un revuelo de actividad, mientras se ponían los abrigos y los sombreros, y recogían su equipo. Cuando finalmente la puerta se cerró tras ellos, el único sonido que persistió fue el de los rítmicos escobazos de Anna sobre las baldosas del suelo.

Yo habría querido iniciar una conversación para saber cómo habían quedado las cosas, pero aunque Ellis y Hank se habían marchado, su presencia permanecía en el aire como una nube de hollín.

Al cabo de un rato, Anna levantó la vista.

—Esas setas que tienes ahí son copas escarlatas —declaró—. No son venenosas, pero tampoco tienen buen sabor. Si quieres guardarlas, ponlas en un cuenco en tu habitación. Se secan sin perder el color.

—Gracias. Eso haré —dije.

—Oye..., ¿qué enfermedad tienen esos dos? —preguntó ella finalmente.

No tuve que preguntar a qué se refería.

—Hank tiene los pies planos y Ellis no distingue los colores.

Anna arqueó las cejas.

—Ya veo.

—¡Es verdad! No distingue el rojo del verde; para él, todo es gris. No lo sabía hasta que trató de alistarse. No puede hacer nada para remediarlo, pero la gente no le cree, piensa que es una invención suya. Por eso hemos venido. Está convencido de que, si encuentra al monstruo, todos reconocerán que no es un cobarde.

—¿Eso cree? —preguntó ella, volviendo a su trabajo con la escoba.

Por un momento, no se me ocurrió nada que decir. Me di cuenta de que no quería seguir poniendo excusas para ninguno de los dos.

—Me figuro que escuchaste lo que le dijeron ayer por la noche al señor Ross.

—¿A quién?

—Al señor Ross. A Angus.

Se echó a reír.

—Angus se apellida Grant. ¿De dónde has sacado que se llamaba Ross?

—Por el cartel —dije—. «A. W. Ross.» Además, el día que llegamos me dijiste que Angus era el jefe, y yo...

—Angus es el jefe, sí, pero el propietario es Alisdair. Angus solamente cuida sus intereses hasta que vuelva del frente. —Apoyó la escoba contra la pared y se llevó las manos a la cintura—. ¿Pensabas que era el dueño?

En ese momento, alguien llamó a la puerta con golpes lentos y solemnes. Anna frunció el ceño.

—No me gusta nada cómo suena eso. Nada.

Se secó las manos en el delantal y fue a abrir. Willie el cartero estaba en el umbral, con la gorra en las manos y la expresión demudada.

—¿Por qué llamas a la puerta, Willie? —preguntó Anna en un tono feroz que no bastó para ocultar el miedo que sentía—. ¿No ves que está abierta? Entra de una vez, si es lo que quieres. Yo estoy muy ocupada.

—Lo siento mucho, Anna —dijo él sin moverse—. Tienes que irte a casa.

—¿A qué has venido? ¿Qué noticia traes? No veo que traigas nada en las manos, excepto la gorra.

—Tienes que irte a casa —repitió el cartero en voz baja—. Acabo de llevar un telegrama.

Noté que a Anna le cedían las rodillas. Tuvo que agarrarse al marco de la puerta.

Me levanté, corrí hacia ella y le pasé un brazo por la cintura.

—Tus padres te necesitan —dijo Willie—. Ve con ellos.

Ella lo agarró por la muñeca, con tanta fuerza que los nudillos se le volvieron blancos.

—¿Cuál de los dos? —dijo con desesperada urgencia—. Al menos dime eso.

—Anna, yo...

—¿Hugh o Robbie? ¡Dímelo!

Willie abrió la boca, pero tardó unos segundos en hablar.

—Hugh —dijo finalmente mientras bajaba la vista.

Anna le soltó la muñeca y se retorció para liberarse de mi abrazo. Dio un paso atrás, negando y mirándonos con los ojos muy abiertos.

—Es un error. ¡No puede ser verdad! ¡Pasará lo mismo que con Angus! ¡Ya lo verás!

Willie meneó lentamente la cabeza con expresión desamparada.

—Anna...

Ella lo empujó para apartarlo de la puerta y salió corriendo. Cuando

intenté seguirla, Willie me agarró de un brazo.

—Déjela —me dijo.

Tenía razón. No debía inmiscuirme. Cuando Willie notó que ya no oponía resistencia, me soltó.

Asomé la cabeza por el marco de la puerta y vi que Anna se alejaba pedaleando furiosamente. La bicicleta se inclinaba a un lado y al otro por efecto del enérgico pedaleo y el pelo de la chica flotaba al viento.

Se lo había dejado todo olvidado: el abrigo, el sombrero, la bufanda y la máscara antigás. Si hubiese sabido dónde estaba la granja, habría cogido sus cosas y se las habría dejado en la puerta, pero solamente sabía que estaba en algún lugar entre la posada y el castillo.

Decidí buscar la llave maestra, que finalmente encontré colgada de un gancho bajo la barra y ordené las habitaciones, pasando de una tarea a la siguiente como un robot. Cuando terminé, volví a empezar.

Alineé los artículos de aseo a intervalos regulares sobre los tocadores. Limpié los espejos hasta hacerlos relucir. Retiré la cera de los candeleros y alisé la superficie de las colchas. Y, cuando ya no hubo nada más que estirar, lustrar o limpiar, me fui a la cama.

Me quedé en mi cuarto hasta la noche, pese a la insistencia de Ellis, que quería que bajara a cenar con él. Su tono me dijo que se hallaba de pésimo humor, y cuando dejé de contestar, sus súplicas se transformaron en acusaciones de inestabilidad mental. Al final me amenazó con llamar a un médico si no salía.

No salí y no apareció ningún médico.

Varias horas después de que todos se fueran a dormir, yo seguía dando vueltas, retorciendo las mantas a mis pies y ahuecando la almohada, tratando de encontrar una postura que finalmente me permitiera descansar, pero todo fue en vano, porque no era mi cuerpo el que se negaba a encontrar el reposo.

Tenía un nudo en la garganta que casi me impedía tragar y los ojos llenos de lágrimas. Sabía con absoluta certeza que, si hubiera subido enseguida aquella tarde, mi madre aún seguiría con vida. Pero si no hubiera ido al Monte y no hubiera visto a la Caonaig, ¿viviría aún Hugh?

Bajé la escalera y me senté junto al fuego, que aún ardía bajo una capa de ceniza.

Cuando el señor Grant me encontró, estaba sentada en el suelo, delante de la reja, con las rodillas recogidas contra el pecho. No lo oí aproximarse y ni siquiera advertí la luz de la vela.

—¿Todo bien? —me preguntó.

Sobresaltada, me estiré el camisón para taparme los tobillos e intentar que no me viera los pies descalzos. Las lágrimas me surcaban las mejillas.

—¿Qué ha pasado?

Acercó la vela para verme mejor.

Sentí que el nudo en mi garganta había crecido todavía más. Me costaba hablar. Cuando lo conseguí, se me estranguló la voz:

—Fui yo, ¿verdad? Fue culpa mía.

—¿Culpa de qué, muchacha? —Dejó la vela sobre la mesa baja y se arrodilló a mi lado para interrogar mis ojos con los suyos—. ¿Qué ha hecho?

—He matado al hermano de Anna.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Vi a la Caonaig. Yo no quería verla, pero la vi, y después se lo conté a Anna. Ella supo enseguida lo que significaba. Supuse que sería una simple superstición, pero al final resultó que estaba en lo cierto. Si no me hubiera adentrado por el Monte, si no le hubiera hecho caso a ese estúpido cuervo, ahora su hermano estaría vivo.

—Oh —dijo él, dejando que la exclamación se prolongara en un largo aliento. Su expresión adquirió un intenso matiz de piedad y tristeza—. No. No, muchacha. No estaría vivo.

—Pero vi a la Caonaig.

—No fue culpa suya. Es esta maldita guerra.

—Pero Anna ya ha perdido al menos otro hermano. ¿Cuántas pérdidas puede soportar la gente?

Angus meneó la cabeza.

—Me temo que no lo sé. No hay nada que no pueda arrebatarnos la vida sin previo aviso, por muy bueno o puro que sea. Y, al final, nos lo arrebatará todo.

Me volví para mirarlo a la cara.

—Si es así, ¿qué sentido tiene vivir?

—Ojalá lo supiera —respondió él con una media sonrisa—. Hace tiempo que lucho con ese misterio.

Lo seguí mirando unos segundos más y después estallé en un llanto desesperado, que me agitó todo el cuerpo.

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, Angus me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia sí. Notando su aliento en mi pelo, me levanté hasta ponerme de rodillas y lo abracé también, mientras apretaba la boca abierta y llorosa contra el pulso que palpitaba con fuerza en su cuello.

Había sido un abrazo inocente. Me lo repetía una y mil veces con la esperanza de llegar a creerlo. Después de volver a mi habitación la noche anterior, me había quedado despierta en la oscuridad durante horas, deseando que él estuviera conmigo. Quería que me abrazara, quería quedarme dormida entre sus brazos. Y me daba cuenta de que también quería algo más.

Pese a haber pasado en vela la mayor parte de la noche, me levanté temprano y esperé junto a mi puerta a que Hank y Ellis estuvieran en el pasillo, y entonces me reuní con ellos para bajar juntos al comedor. Me sentía incapaz de enfrentarme a Angus —ya no podía pensar en él en términos formales— a solas. Incluso la idea de verlo acompañada de otras personas hacía que me diera vueltas la cabeza.

Cuando bajamos los tres la escalera, encontramos a Angus delante de la puerta principal, hablando con una anciana en una lengua que me sonó a la vez gutural y chispeante. Me miró y sentí que se me ablandaban las rodillas.

No podía mirarlo, por miedo a traicionar mis sentimientos.

El aire estaba tan cargado de electricidad que estaba segura de que Hank y Ellis lo notarían, por lo que tampoco podía mirarlos a ellos. Sólo quedaba la anciana, que me devolvió la mirada como si pudiera explorar con sus ojos los rincones más profundos de mi mente para desenterrar las verdades más terribles.

—Ésta es Rhona —dijo Angus—. Trabajaré aquí hasta que vuelva Anna. No habla inglés.

Y, dicho eso, se marchó.

—¡Siguen brindándonos un servicio de primera! —dijo Ellis, abriendo la marcha hacia nuestra mesa habitual—. ¿Qué podemos hacer? ¿Aprender gaélico? ¿Jugar a las charadas?

—¿Por qué no? —repuso Hank—. De todos modos, siempre nos dan gachas. Y de eso me sé las señas.

Se llevó las manos a la garganta e hizo como que se ahogaba.



—No me irás a decir que te estás acostumbrando a esto —señaló Ellis.  
Hank se encogió de hombros.

—Al menos, mi habitación ya parece medio decente.

Ellis gruñó.

—Cuando empiecen a plancharme el periódico, hablamos.

Rhona nos sirvió el desayuno en medio de un grave silencio; por lo demás, nos ignoró por completo. Me pregunté si sería la esposa del hombre que había descubierto nuestra verdadera identidad el primer día. Aunque no lo fuera, era evidente que nos despreciaba tanto como él.

Era viejísima, encorvada, y tenía las piernas arqueadas. Tenía el pelo blanco, la ropa negra y la piel gris. Olía a lana mojada y a vinagre, y hasta donde había podido observar, tenía la cara crispada en una mueca perpetua de amargura. Se le notaba una sombra de bigote, en la barbilla le crecían algunos pelos y, en la cara castigada por la intemperie, sus ojos parecían meras ranuras bajo el peso de los párpados. Aun así, de tanto en tanto yo captaba un ocasional destello de azul penetrante, sobre todo cuando intentaba combatir el recuerdo del abrazo de Angus o volvía a padecer por los hermanos de Anna, preguntándome cómo era posible que pensamientos tan dispares convivieran en mi cerebro.

—¿Maddie?

Ellis me estaba observando. Tenía el ceño fruncido y, cuando lo miré, me di cuenta de que había dicho mi nombre por lo menos dos veces, aunque yo lo había oído a lo lejos, como en la otra punta de un túnel.

—¿Cariño? ¿Te encuentras bien? Pareces... no sé, desconcertada, o distraída, o algo por el estilo. ¿Estás a punto de padecer un episodio de tu enfermedad?

—No, no, nada de eso. Es sólo que no he dormido bien.

—¿Por qué no?

—No dejaba de pensar en la familia de Anna. Cuando recibió la noticia de su hermano, yo estaba aquí con ella.

—¿Qué le ha pasado a su hermano?

—Ha muerto en combate —expliqué—. Y es por lo menos el segundo hermano que pierde.

—Ah —dijo con una sonrisa triste—. Ahora entiendo que no quisieras bajar a cenar anoche. Pero me temo que esas cosas pasan, cariño. *C'est la guerre*. ¿Cómo te sientes ahora? Quizá debiera haber enviado a alguien a buscar a un médico, después de todo.

Sólo pude negar con la cabeza.

Me dio unas palmaditas en la mano y volvió a prestarle atención a Hank.

Yo me quedé un buen rato mirándolo. Si Ellis quería poner fin a su búsqueda del monstruo, sólo tenía que encontrar un espejo.

Recogí mis cosas y me escapé en cuanto Hank y Ellis salieron con George, a quien aparentemente habían contratado a tiempo completo, a pesar del racionamiento de la gasolina. Me habría gustado saber cuánto dinero le quedaba a Ellis. Tal vez Hank nos estuviera manteniendo ya.

Cuando salí, no tuve que soportar por más tiempo la mirada penetrante de Rhona, pero volví a encontrarme sin rumbo, ni meta, ni nada que hacer en un día en que necesitaba desesperadamente estar ocupada. Sin embargo, aunque las dos hubiéramos tenido un idioma común, yo no habría encontrado el coraje para pedirle a Rhona que me dejara hacer las habitaciones. Era evidente que me despreciaba. Ella, como los demás, me metía en el mismo saco que a Hank y a Ellis.

Me sentía febril y abrumada. Habían sucedido demasiadas cosas, con demasiada rapidez. La Caonaig, la muerte del hermano de Anna, mi abrazo con Angus, con independencia de que finalmente me hubiese percatado de la falta de sensibilidad de mi marido...

A pesar de que me había arrastrado hasta un país en guerra, y aunque yo sabía que todo nuestro matrimonio era una farsa y que había huido de la cubierta del *SS Mallory* para no ver a los heridos, nunca lo había considerado tan frío e insensible como acababa de revelarse. Siempre había creído que su empeño en eludir todo lo relacionado con la guerra era una manifestación de su sentimiento de culpa por no poder alistarse, pero acababa de comprender que en realidad era simple indiferencia.

Era evidente que ni siquiera consideraba a Anna como una persona. Pero ¿nunca se había preguntado por el destino de la pierna de George? Por lo visto, no, ya que interpretaba mi aflicción como un signo de fragilidad.

Pensé en el momento en que Angus me había abrazado con fuerza y no como si fuera a romperme, aunque estuviera sollozando contra su cuello. Nos habíamos estrechado mutuamente como si la vida dependiera de ello, y quizá fuera así.

Levanté la vista, sofocando una exclamación.

«¡Pasaré lo mismo que con Angus!», había dicho Anna con la cara arrasada por el dolor, menos de un minuto después de reírse de mí por haberme equivocado con su apellido.

¿Sería posible?

Seguí andando por la calle, con la cabeza gacha, sobre todo cuando noté que los visillos de una de las ventanas se descorrían el ancho de un dedo, como lo hacían casi todas.

Si el rojo era el color de los valientes, yo era sin duda un faro de valentía, con mis estúpidos guantes rojos y mi estúpido estuche rojo para la máscara antigás. Me metí las manos en los bolsillos y encontré las últimas copas escarlatas, que arrojé a la cuneta, por el delito de ser de color rojo. Rojo, por todas partes rojo. Yo quería ser gris.

De repente me encontré otra vez delante de la lápida, contemplando el granito labrado como si pudiera obligarlo a revelar sus secretos.

AGNES MÀIRI GRANT,  
HIJA DE ANGUS Y MÀIRI GRANT  
14 DE ENERO DE 1942

CAPITÁN ANGUS DUNCAN GRANT  
ESPOSO AMADO DE MÀIRI  
2 DE ABRIL DE 1909 - ENERO DE 1942

MÀIRI JOAN GRANT  
ESPOSA AMADA DE ANGUS  
26 DE JULIO DE 1919 - 28 DE FEBRERO DE 1942

Sabía que muchos hombres del pueblo tenían los mismos nombres. Yo misma lo había visto en las otras lápidas, y sabía que a Willie lo llamaban siempre Willie el cartero para diferenciarlo de Willie el carpintero y de Willie el ferroviario porque los tres se llamaban Willie MacDonald, pero no podía borrar de la memoria la imagen de Angus depositando un ramillete de campanillas sobre la tumba.

«No hay nada que no pueda arrebatarnos la vida sin previo aviso, por muy bueno o puro que sea», me había dicho, y no había nada más puro que un recién nacido. ¿Sería posible que hubiera regresado de la guerra y se hubiera encontrado que todo lo que amaba le había sido arrebatado por un destino cruel?

Me retrotraje a la noche que llegamos a Escocia, y cuando fui consciente de que era el tercer aniversario de la muerte de la niña, temí que el corazón se me partiera en pedazos.

Tenía miedo de tomarme una pastilla, si volvía a la posada, de modo que me dirigí a la A82 y eché a andar, segura de que en algún sitio entre el pueblo y el castillo estaba la granja de los McKenzie.

Numerosas casitas jalonaban el camino y yo me detuve delante de cada una de ellas, preguntándome si Anna y sus padres estarían dentro. Al final llegué al castillo y supe que había dejado la casa atrás.

Las almenas derruidas mostraban un aspecto muy diferente del que presentaban desde el lago. Había un ancho foso en torno al castillo, lleno de maleza y arbustos espinosos. Me levanté el abrigo, bajé, lo atravesé y volví a subir por el otro lado, sin prestar atención a las espinas que me desgarraban el bajo de la falda.

Justo al lado de la entrada, había una piedra enorme, o quizá debería decir piedras, porque eran varios bloques unidos con argamasa, que aún conservaban los ángulos rectos. Era como si alguien hubiera arrancado la esquina de una casa de pan de jengibre rancio y la hubiera arrojado al suelo sin miramientos.

Me detuve delante del arco de la entrada, donde había estado el puente levadizo, e imaginé a todas las personas que habrían entrado y salido por esa puerta a lo largo de los siglos, todas ellas caracterizadas por una combinación particular de deseo, esperanza, celos, aflicción, dolor, amor y todas las otras emociones humanas, una combinación que hacía que cada una fuera tan única como un copo de nieve y, aun así, vinculada inextricablemente a todos los otros seres humanos que han existido y existirán, desde el principio de los tiempos hasta el final.

Franqué la entrada y me encaminé directamente hacia la torre. En su lúgubre interior, encontré una escalera de caracol y empecé a subir los gastados peldaños con mucho cuidado. Eran tan estrechos que tenía que agarrarme a los lados con las dos manos.

Me detuve en el segundo piso para asomarme y mirar, pero enseguida retrocedí.

Angus estaba de pie, delante de un arco que conducía hacia el agua. Se

quedó allí un buen rato, contemplando el lago, cuya superficie estaba tan lisa que parecía planchada. Después se agachó, recogió el fusil y un par de conejos, y se volvió. Retrocedí todavía más para confundirme con las sombras, pero no hizo falta, porque él pasó de largo y se dirigió hacia la puerta principal, sin levantar ni una sola vez la vista.

La ligera nevada se volvió más densa y, antes de que pudiera darme cuenta, se había convertido en tormenta. No tuve más opción que volver a la posada porque, de quedarme en la torre, habría muerto de frío.

Rhona no estaba en el piso de arriba, ni tampoco en el salón principal, y aunque apenas unas horas antes yo había estado ansiosa por huir de ella, mi necesidad de beber algo caliente me hizo buscarla con el mismo afán. Esperaba ser capaz de comunicarle por señas lo que quería y que ella tuviera la perspicacia de entenderme. Hice una inspiración profunda y entré en la cocina.

Cuando reparé en el par de conejos recién despellejados que yacían sobre la mesa grande, me detuve en seco.

Angus estaba delante del fregadero con el torso desnudo, de espaldas a mí.

Yo sabía que debía marcharme, pero no pude. Me quedé clavada en el suelo, observando el movimiento rítmico y alternado de sus omóplatos, mientras recogía agua primero con una mano y después con la otra para echársela en los brazos hasta más arriba de los codos y aclararse así la espuma de jabón.

No sé cómo notó mi presencia, pero volvió la cabeza y vio que lo observaba.

Aunque sentía el corazón en la garganta, seguí sin poder desviar la mirada. Al cabo de unos segundos, enderezó la espalda y, sin interrumpir el contacto visual, se volvió de manera lenta y deliberada hasta quedar completamente de cara.

Su pecho y su abdomen eran una red de gruesas cicatrices rojas, rosadas, moradas e incluso blancas. No eran heridas perforantes. Era como si alguien le hubiera aserrado la carne una y otra vez con una afilada hoja dentada.

Me quedé mirando, intentando comprender.

—Oh, Angus —dije cubriéndome la boca con una mano.

Di unos pasos precipitados hacia él, pero enseguida me detuve.

Sonrió tristemente y me enseñó las palmas. Después de unos segundos, se volvió otra vez hacia el fregadero.

Tendí una mano como para tocarlo, aunque aún nos separaban más de cuatro metros. Pero mantuve la ilusión y dejé que mis dedos temblorosos y extendidos rozaran sus hombros. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, subí corriendo a mi cuarto.

Saqué el frasco de las pastillas y volví a guardarlo por lo menos tres veces. No sabía qué hacer con mi vida, y acabé yendo y viniendo entre la cama y la ventana, girando sobre los talones con precisión militar.

¿Era la respuesta a la sospecha que me había inspirado la lápida? ¿Lo habían dado por muerto pero había sobrevivido? Y, de ser así, ¿qué le había pasado? No quería imaginarlo, pero no podía dejar de hacerlo.

Ellis llamó a mi puerta en cuanto Hank y él regresaron. Quería que bajara a tomar una copa con ellos. Intenté pretextar dolor de estómago, pero volvió a amenazarme con llamar al médico, y añadió que esta vez lo decía en serio.

Mientras íbamos andando hacia la escalera, Ellis se desvió y fue a rebotar contra una pared. Estaba borracho como una cuba.

Nos acomodamos donde acostumbrábamos a hacerlo, junto al fuego. El entusiasmo inicial que tanto él como Hank habían demostrado ante las entrevistas de los testigos se había diluido en apenas tres días, y se veía claramente superado por la irritación de no haber podido visitar el lugar del bombardeo, pese a haber pasado el día entero bordeando el lago en coche para llegar hasta allí.

Ellis se dedicó a revivir la experiencia desde la comodidad del sofá, murmurando que había sido «un abuso de poder», que «rodarían cabezas» y otras tonterías por el estilo. Al cabo de un rato, Ellis dejó de pedir venganza y empezó a despotricar contra los entrevistados y las diferentes versiones que ofrecían. Abrió la libreta y se puso a señalar distintos pasajes con el índice.

—Dos jorobas..., tres..., cuatro..., ninguna... Cabeza de caballo..., de serpiente... Forma de ballena... Cola enrollada... ¡Una maldita melena blanca, por el amor de Dios! —Levantó los brazos para expresar su frustración—. Escamas... Ojos de serpiente... Ojos al final de unas antenas... Sin ojos... ¡Éste lo vio cruzando la carretera mientras devoraba una puta oveja! El color puede ser gris, verde, negro, plata... Aleta dorsal... Aletas laterales... Patas de lagarto... Sin patas... Colmillos... ¡Dios santo! ¡Dice que tiene colmillos!

Hizo una breve pausa y me miró, como si yo hubiera dicho algo ofensivo. Cuando vio que no decía nada, se volvió hacia Hank.

—Ondulación vertical... Ollares ensanchados... Nutrias... Venados... Esturión en celo... Calamar gigante... Troncos podridos que estallan en las profundidades del lago... Lo único que no nos han dicho aún es que escupe fuego y tiene alas.

—Seguramente nos lo dirán —replicó Hank.

Estaba echado hacia atrás, con las piernas cruzadas, exhalando anillos de humo.

—¿Cómo puedes tomártelo con tanta calma? ¿Cómo demonios vamos a distinguir lo que es verdad, cuando es evidente que la mayoría nos están mintiendo?

—Dejando de pagar a los testigos —sentenció Hank, mientras hacía pasar un anillo pequeño de humo por el interior de otro más grande. Se inclinó hacia delante y me tocó con un dedo la rodilla—. ¡Maddie! ¿Has visto eso?

—Lo he visto, sí —dije yo.

Angus, que observaba tras la barra, también lo había visto.

—Si aprendieras a fumar, podría enseñarte todo tipo de trucos —prosiguió Hank—. Mira esto...

Exhaló un anillo vertical y volvió a absorberlo por la boca.

—¡Hank, por el amor de Dios! —exclamó Ellis—. No te desvíes del tema. Si no les pagamos, no querrán hablar con nosotros.

—Y, si les pagamos, mentirán. Si encontramos testigos dispuestos a venir a hablar con nosotros solamente para contarnos su historia, es mucho más probable que nos digan la verdad. —Hank se volvió hacia mí—. ¿Tú qué crees, querida niña?

—En realidad, no lo sé —repliqué—. Supongo que veo argumentos en los dos sentidos.

—¿Qué has dicho? —intervino Ellis, volviéndose hacia mí—. ¿Puedes repetirlo?

—He dicho que en realidad no lo sé.

—Exacto. No lo sabes —dijo él—, pero siempre tienes que dar tu opinión.

Decidí no prestar atención a la ofensa y me concentré en lo que quedaba del pastel. Me puse a buscar trozos de conejo, porque los de seta no me hacían mucha gracia. Por desgracia, eran del mismo color que la carne.

Entonces, de repente, vi algo con claridad, un *coup de foudre*. Dejé el cuchillo en el plato y miré a Ellis, percatándome de que abría mucho los ojos.

Ellis había dictaminado a primera vista que las copas escarlatas eran venenosas, cuando lo único que podía hacer pensar que fueran tóxicas era su interior de color rojo.

—Cierra la boca de una vez, o te entrarán moscas —espetó Ellis.

—¡Ellis! —exclamó Hank—. ¿Se puede saber qué demonios te pasa? Te



estás dirigiendo así a Maddie.

—Si me disculpáis... —dije mientras dejaba mi servilleta junto al plato y me ponía de pie.

Ellis frunció el ceño y meneó la cabeza.

—¿Quieres que te acompañe arriba? —replicó Hank, levantándose al instante.

—No, gracias. Puedo ir sola.

—Sí, por supuesto —dijo, pero rodeó la mesa y me apoyó una mano en el codo—. Maddie, no lo dice en serio. Sólo se está comportando como un tonto. Son los nervios.

—Los nervios —dije yo—. Sí, claro.

Traté de hacerme una idea de lo que sospechaba. Si era cierto, no sólo quedaría demostrada la inmoralidad de Ellis en un nivel diferente, sino que además nuestra estúpida y arrogante aventura perdería todo sentido. Encontrar al monstruo no serviría para restaurar su honor, porque Ellis no tenía ningún honor que restaurar.

En el transcurso de la noche, me convencí.

No había estrellado infinidad de coches por su incapacidad de distinguir entre la luz verde y la roja de los semáforos, sino porque iba borracho.

Del mismo modo que no era ninguna coincidencia que los vestidos y las joyas que me regalaba fuesen casi exclusivamente rojos. Sabía que ese color hacía destacar mis ojos verdes. Y la única razón por la que podía haberme comprado un estuche rojo para la máscara antigás era que combinaba con mis guantes.

Lo que más me repugnaba era que hubiera convertido en un gran espectáculo su segundo intento de alistamiento y fingiese desolación cuando volvieron a rechazarlo. Toda la farsa estaba pensada para suscitar una compasión que, increíblemente, parecía creer que merecía. Era un montaje digno de mi madre.

Al día siguiente me aseguré de ser la primera en bajar, con el abrigo, la máscara antigás y los guantes. Dejé los guantes sobre la mesa y esperé. Como solía ser la última en llegar abajo, no sabía quién vendría primero.

Para mi alivio, fue Ellis.

—Buenos días, cariño —me dijo, dándome un beso en la mejilla—. Has madrugado. ¿Tienes grandes planes?

Por un momento, su jovialidad me desconcertó. Me pregunté si recordaría la noche anterior.

—Sólo pienso dar un paseo por el campo —respondí, procurando sonar también animada—. ¡Ojalá tuviera mis acuarelas!

—La lluvia emborronaría todos tus cuadros.

Sacó una libreta de la mochila y la abrió. Mientras tanto, yo jugueteaba con mis guantes rojos, aplastando cuidadosamente los pulgares contra las palmas.

—Sí, supongo que sí —convine—. Por cierto, tengo que agradecerte que me hayas comprado un estuche impermeable para la máscara antigás, porque a estas alturas una caja de cartón ya se habría disuelto.

—¡Siempre lo mejor para mi mujercita! —respondió él.

—Lo que no entiendo es por qué elegiste este color...

—Porque combina con tus guantes, ¿por qué otra cosa iba a ser? Oye, ¿tienes idea de qué hay que hacer aquí para que te sirvan el desayuno?

Estiró el cuello, buscando a Rhona.

—Pero mis guantes son verdes —objeté.

—No. Son rojos.

—No —lo contradije yo con deliberada lentitud—. Son verdes.

Se fijó en los guantes y después levantó la mirada hasta encontrar mis ojos.

—Bueno —dijo tan lentamente como yo—; me habías dicho que eran rojos.

—¿Ah, sí? —repuse, aún jugando con los guantes—. Debí de referirme a otro par. Éstos son verdes, y la combinación de colores resulta un poco extraña. Me siento como una guirnalda navideña.

Levanté la vista. No parpadeaba, y su expresión era granítica.

—En cualquier caso —proseguí—, si vuelves a Inverness, me gustaría que me compraras otro par. Éstos tienen manchas de agua por todas partes. Y, esta vez, quiero que sean rojos. ¿No has oído decir que el rojo es el color de los valientes?

Hank apareció entonces a mi lado.

—¿Qué tal, chicos?

—¿De qué color son estos guantes? —le preguntó Ellis.

—¿Qué? —dijo Hank.

—Los guantes de Maddie. ¿De qué color son?

—Rojos —respondió Hank.

Ellis se levantó tan bruscamente que las patas de la silla rechinaron contra las baldosas del suelo. Metió la libreta en la mochila, que después apoyó sobre la silla, y comenzó a tironear de la basta cremallera con tanta fuerza que tuvo que intentarlo tres veces antes de cerrarla. Después me fulminó con una última mirada y salió a la calle como si se lo llevaran los demonios.

Al cabo de un par de segundos, Hank dijo:

—¡Dios santo! No os estaréis distanciando vosotros dos, ¿no?

En lugar de contestar, clavé la vista en el regazo.

Hank sacó una silla y se sentó.

—¿Es por lo de anoche? Fue simplemente una tontería por su parte. Está soportando mucha tensión. Si el coronel no lo perdona, no volverá a ver ni un céntimo hasta que encontremos al monstruo. E incluso cuando lo encontremos, todavía tendrá que perdonarlo.

—Subestimas el poder de Edith Stone Hyde.

—Espero que sí, porque ayer por la mañana le envió una carta. Por eso anoche pilló esa cogorza.

Levanté la vista perpleja.

—¿Una carta? ¿Qué le decía?

—No sé, no me la enseñó, pero supongo que se pondría a su merced y le suplicaría su intercesión divina ante el coronel.

—No tenía ni idea de que fuera a escribirle.

—Supongo que no quiso preocuparte.

—¿Porque soy muy delicada?

—Porque quiere protegerte.

—Tiene una manera muy curiosa de demostrarlo.

Hank suspiró.

—Si te refieres a lo de anoche, no son más que palabras, Maddie. Y sabes bien que no lo decía en serio.

—Mira, yo ya no sé nada. Ni siquiera estoy segura de que lo recuerde. Se está tomando mis pastillas y las mezcla con alcohol.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes.

En la mirada de Hank creí ver algo parecido a la comprensión.

—¿Cuándo empezó?

—Antes cogía una de vez en cuando; pero desde que estamos aquí, toma muchas más.

—No tenía idea. —Hank miró a la nada, y después de lo que pareció una eternidad, hizo una inspiración profunda y se dio sendas palmadas en los muslos—. Muy bien. No te preocupes, querida niña. Lo pondré en el buen camino, ya lo verás.

—Es tarde —repliqué.

—Haré que rectifique —dijo Hank con firmeza.

Cuando salió y oí que la puerta se cerraba tras él con un chasquido, repetí en un susurro:

—Es demasiado tarde.

Esa noche, Ellis volvió sobrio a la posada y estuvo cortés hasta la exageración. Su tranquila fachada y su plácida expresión eran demasiado tranquilas, demasiado plácidas, y me pregunté si estaría disimulando un terrible sentimiento de humillación o un terrible sentimiento de rabia.

Empecé a dudar de mis sospechas.

Si realmente padecía daltonismo y yo lo había acusado de farsante, había sido tan ruin como todos los que lo habían criticado.

Pero si estaba fingiendo y sabía que yo lo había descubierto, yo sería como una espada de Damocles. Si el coronel llegara a enterarse de que Ellis había mentado para eludir el cumplimiento de su deber, lo desheredaría de manera fulminante y definitiva, y ni Edith Stone Hyde ni ninguna otra persona podrían hacer nada al respecto.

En uno u otro caso, yo había cometido un error y tenía que remediarlo.

La expresión de Ellis cuando me puso los ojos encima a la mañana siguiente confirmó lo importante que era que yo lograra que todo volviera a la normalidad. En cuanto me vio, apretó las mandíbulas y bajó la mirada para concentrarse en su libreta.

Yo detestaba lo que tenía que hacer y aborrecía aún más el hecho de saber hacerlo, porque iba a inspirarme directamente en el repertorio de mi madre.

—Buenos días, cielo —dije sentándome a su lado—. ¿Dónde está Hank?

Se mojó ampulosamente el dedo para pasar la página.

—Dime, por favor, qué he hecho, cariño —dije con tristeza—. Ayer te fuiste corriendo y durante la cena casi no me dirigiste la palabra. Sé que debo de haber hecho algo que te ha molestado, pero no sé qué puede ser.

Siguió mirando la libreta, fingiendo que yo no estaba presente.

—En realidad, sí lo sé —aseguré con desconsuelo—. Conozco el motivo de tu enfado. Es por mi penoso intento de ser graciosa, ¿verdad? Ellis, por favor, mírame.

Levantó la cara. Su expresión era glacial; sus ojos, duros.

—Es por la broma que te hice sobre los guantes, ¿no? —proseguí—. Me pareció divertido, ¡pero no creas que me estaba riendo de ti! En cualquier caso, no debería haber bromeado con tu trastorno. Fue un error y me arrepiento.

No reaccionó. Simplemente se me quedó mirando, con los labios apretados en una línea sombría.

No tuve más remedio que seguir adelante, porque no tenía ningún otro plan.

—Pensé que, si te decía que mis guantes eran verdes, creerías que Hank te había tomado el pelo, eligiendo un estuche para la máscara antigás del color equivocado. Debería haber parado en cuanto vi la cara que ponías, pero había llegado tan lejos que no pude echarme atrás. Fue una estupidez. Es verdad que necesito guantes nuevos, y solamente intenté encontrar una manera divertida de pedírtelos. Fue la artista de vodevil que hay en mí, que pretendió manifestarse. Pero como no soy ninguna estrella, sino apenas una actriz secundaria, puedes quedarte tranquilo, porque mi actuación de ayer marcó el comienzo y el final de mi carrera de bromista.

Por fin, habló:

—¿Vodevil, dices? Más bien, *burlesque*, ¿no? Teatro de revista.

Se me encendieron las mejillas.

—Sí, claro. Es que normalmente no lo llamamos así.

—Mi madre siempre dice que la sangre acaba manifestándose. Ojalá le hubiera hecho caso.

Abrí y cerré la boca un par de veces, antes de poder responder.

—Supongo que me merecía esa respuesta, después de lo que te he dicho.

Soltó una breve y áspera carcajada.

Ninguno de ellos dos volvió a la posada esa noche, ni la siguiente, por lo que no pude saber si Ellis se había creído mi historia de los guantes. No dejaron ninguna nota, ni ninguna otra indicación de su paradero.

Anna regresó finalmente, al cabo de cinco días. Aceptó mis condolencias por la muerte de Hugh y, por lo demás, simplemente siguió adelante, aunque noté una pesadez en su forma de andar que antes no tenía. Me permitió que volviera a hacer las habitaciones y yo se lo agradecí, porque me había estado volviendo loca al tratar de salir del medio para no molestar a Rhona, y no sabía qué le diría a Angus si me sorprendía a solas con él.

Por lo visto, la anciana compartía el punto de vista de Anna sobre recoger lo que otros habían tirado, porque los calzoncillos y los calcetines sucios de Ellis seguían en el mismo lugar donde se los había quitado tres noches antes, y su pijama yacía en un montón arrugado en el suelo. Por lo menos Hank había dejado su ropa sobre una silla.

Del centenar de pastillas que me encontré en la habitación de Ellis, sólo quedaban treinta y seis.

Hank y Ellis regresaron esa noche. Cuando los vi entrar por la puerta, hice una inspiración profunda y me armé de valor.

—¡Cariño! —exclamó Ellis, inclinándose para besarme la mejilla antes de sentarse a mi lado en el sofá.

Apeataba a queroseno, pero no a alcohol.

—¿Me has echado de menos? —preguntó.

—Por supuesto —dije yo, tratando de interpretar la expresión de su cara.

Hank se dejó caer en una de las butacas de enfrente.

—Nunca adivinarías dónde hemos estado.

—A ella no le importan esas cosas —intervino Ellis, frotándose las manos—. ¡Rápido! ¡Dale su regalo!

Hank se puso a buscar en una de las mochilas y le pasó a Ellis una caja fina y alargada, envuelta con esmero, que él me tendió solemnemente,

sosteniéndola sobre las palmas de ambas manos.

Yo deshice el lazo de satén y levanté la tapa. Dentro encontré un par de guantes rojos de piel de becerro, sobre un fondo de papel tisú con motas de oro.

Me sentí palidecer.

—¿Qué te parece? ¿Te gustan? —preguntó.

—Son preciosos.

—Y, lo más importante de todo, ¿de qué color son?

—Rojos —respondí casi en un susurro.

—Muy bien —dijo Ellis con una amplia sonrisa—. Es lo que me ha dicho Hank, pero nunca se sabe, con dos bromistas como vosotros. —Levantó una mano por encima de la cabeza e hizo chasquear los dedos—. ¡Camarero! Dos whiskies. O, mejor, la botella entera.

Angus lo miró con el ceño fruncido, pero puso dos vasos encima de la barra. Meg los recogió y se puso la botella bajo el brazo. Su expresión transmitía todas las palabras que se estaba callando.

Estaba claro que los guantes eran un mensaje, pero ¿qué significaban? ¿Había logrado yo convencer a Ellis de que aún creía en su daltonismo? ¿O había interpretado mi desesperado soliloquio como una promesa de guardar su secreto? ¿O tal vez era realmente daltónico?

A lo largo de la velada, Ellis bebió casi una botella entera de whisky pero conservó la jovialidad, al menos superficialmente.

Mantuvo todo el tiempo una mano apoyada sobre uno de mis hombros o de mis muslos, como para expresar que yo le pertenecía. Necesité una gran fuerza de voluntad para no apartarme. De vez en cuando cruzaba una mirada fugaz con Angus, cuya expresión era imposible de interpretar.

Yo había estado dos veces más en el cementerio desde que había descubierto sus cicatrices y prácticamente me había convencido de que era el Angus de la lápida, el que lo había perdido todo en el espacio de seis semanas.

Pensaba a menudo en nuestro abrazo junto al fuego y me preguntaba si él también lo recordaría.



No me contaron dónde habían estado, y tampoco yo lo pregunté. Pese a la promesa de Hank de llevar a Ellis por el buen camino, volvieron a las andadas: regresaban a la posada borrachos y seguían bebiendo hasta caer inconscientes. A juzgar por las reservas en rápido retroceso, también era evidente que Ellis estaba tomando mis pastillas a puñados. Según mis cálculos, ingería entre ocho y diez cada día.

La noche que supe que se le habían agotado, llamó a la puerta de mi habitación para pedirme una. Tras metérsela en la boca, se echó algunas más en la mano, que a continuación se guardó en el bolsillo. Teniendo en cuenta las que quedaban, supuse que se había llevado unas cincuenta, que le durarían de cinco a seis días.

Fingíamos una frágil apariencia de normalidad. Ellis daba la impresión de haber olvidado por completo el incidente de los guantes, y si bien siempre estaba borracho, nunca se ponía como una fiera.

Día tras día, esperaba una carta de su madre, que no llegaba nunca.

De vez en cuando declaraba que le daba lo mismo, que no la necesitaba y que estaba más seguro que nunca de encontrar al monstruo. Limpiaría su nombre y el de su padre, y el coronel lo recibiría con los brazos abiertos y el talonario preparado.

Encontrar al monstruo del lago Ness era lo único que le importaba, y parecía completamente indiferente al otro monstruo que estaba atormentando al resto del mundo.

Empecé a planchar el periódico, con la esperanza de que Hank o él lo leyeran algún día. Pero no tuve éxito.

Aunque no me cabía duda de que cerrar los ojos para no ver el caos y el horror de la guerra era un acto de cobardía y de egoísmo, había momentos en que casi los comprendía.

A finales de enero, el Ejército Rojo liberó una red de campos de exterminio en la localidad polaca de Auschwitz, y los detalles que se dieron a conocer a lo largo de los días y las semanas siguientes fueron tan atroces que muchas veces habría preferido la ignorancia.

Cientos de miles de seres humanos —quizá muchísimos más, ya que los

informes eran contradictorios— habían sido internados y asesinados, la mayoría por el simple hecho de ser judíos. Los reunían y los transportaban en vagones de ganado y, nada más bajar de los trenes, decidían si los mandaban a la muerte o a un campo de trabajo. Los mataban en cámaras de gas, y tanto las cámaras como los crematorios funcionaban sin descanso, día y noche. Muchos de los que eludían una muerte inmediata morían de todas formas de hambre, enfermedad, torturas o agotamiento. Había rumores sobre un médico demente que llevaba a cabo experimentos de inimaginable crueldad.

Ante el avance del Ejército Rojo y su inminente llegada, las SS intentaron destruir las pruebas. Volaron las cámaras de gas y los crematorios e incendiaron otros edificios antes de emprender la retirada a pie, obligando a decenas de miles de prisioneros desnutridos —a todos aquellos que aún eran capaces de andar— a adentrarse en territorio nazi, en dirección a otros campos de exterminio. Solamente dejaban atrás a los que estaban agonizando, y durante la retirada disparaban al azar a los moribundos.

Ni siquiera los soldados más curtidos del ejército ruso estaban preparados para lo que encontraron: seiscientos cuarenta y ocho cadáveres, abandonados en el lugar donde habían caído, y más de siete mil supervivientes, en un estado tan terrible que continuaron muriendo pese al esfuerzo inmediato de rescate.

Los soldados descubrieron que las SS habían quemado la enfermería con todos sus ocupantes dentro: doscientas treinta y nueve almas en total. Uno de los seis almacenes que las SS no habían tenido tiempo de destruir estaba lleno de toneladas —literalmente *toneladas*— de pelo femenino, además de dientes humanos a los que habían extraído los empastes de oro, y decenas de miles de trajes infantiles.

Yo veía cada vez más negro el futuro de la humanidad. Aunque los aliados avanzaban, pensé que quizá era demasiado tarde. Quizá el mal ya había ganado.

Con Anna agobiada por el dolor y mis jornadas tan ociosas como siempre, decidí ampliar mis responsabilidades domésticas, aunque siempre en el piso de arriba, para que nadie me viera.

Empecé por barrer las alfombras del dormitorio con una escoba que parecía de bruja y que resultó estar hecha de paja de brezo. Y, ya que estaba con la escoba en la mano, barrí el pasillo hasta la escalera. Menos de una semana después del regreso de Anna, ya barría sola toda la escalera, sacaba brillo a las manillas, recortaba la mecha de las lámparas y las llenaba de queroseno, recogía la ropa sucia, cambiaba las sábanas e incluso limpiaba el lavabo, la bañera y el inodoro con polvos Vim. Meg me hacía la manicura cada vez que lo necesitaba, de tal modo que, aunque llevaba las uñas más cortas, las seguía luciendo igual de arregladas, por lo que Ellis no notó nada.

Me fui volviendo más audaz, y un día decidí seguir barriendo hasta el pie de la escalera, donde acababa la alfombra. Cuando ya era demasiado tarde, oí el ruido de las uñas de *Conall* sobre el suelo y, un segundo después, me encontré cara a cara con Angus. Yo estaba de pie en el peldaño más bajo, en delantal y con la escoba en la mano. Me quedé congelada como un venado en medio de la carretera.

Un repentino ensanchamiento de los ojos de Angus delató su sorpresa.

—Buenas tardes —dije al cabo de unos segundos de silencio, intentando actuar como si ya nos hubiéramos encontrado muchas veces en esa situación.

Angus frunció el ceño.

—¿Desde cuándo está pasando esto?

—Desde hace un tiempo —respondí, sintiendo que se me encendían las mejillas—. Anna no tiene la culpa. La idea fue mía. Solamente quería ayudar.

Se le crisparon las comisuras de la boca y se formó un surco entre sus ojos. Después dejó escapar una carcajada antes de continuar su camino, seguido de un *Conall* visiblemente confuso.

Yo me derrumbé en mi peldaño, aturdida por la sensación de alivio.

Había restringido mis esfuerzos al piso de arriba por miedo a que me descubrieran, pero como Angus no pareció molestarse, empecé a ayudar también en la cocina. Siempre llevaba conmigo el abrigo, los guantes y la máscara antigás; de ese modo, si Hank y Ellis regresaban antes de lo previsto, podía salir por la puerta del fondo y entrar por la de delante, como si volviera de un paseo. La idea había sido de Meg. Anna, en cambio, se había opuesto con vehemencia, porque estaba convencida de que salir y entrar en una casa por diferentes puertas era augurio seguro de mala suerte.

Aunque al principio mi ayuda fue prácticamente nula, fui una alumna atenta, y las dos tuvieron mucha paciencia conmigo. Pronto aprendí a rascar la piel de patatas y zanahorias, en lugar de pelarlas, y a cortar los nabos en dados. Después de mi primer desastre con las patatas cocidas, aprendí a salar adecuadamente el agua para hervir. Y no sólo aprendí a cortar el pan, sino a cortarlo en tiempos de guerra. De hecho, estaba prohibido vender cualquier clase de pan que no estuviera lo suficientemente duro para que pudiera cortarse en rodajas finísimas. Anna me confesó sus sospechas de que el pan oficial del racionamiento no estaba hecho de harina, sino de pienso para animales molido. Probablemente tenía razón. Era una forma de explicar la textura densa y harinosa de un pan que muchos consideraban «el arma secreta de Hitler». También se rumoreaba que era afrodisíaco, aunque se decía que el propio gobierno había iniciado el rumor para convencer a la gente de que se lo comiera.

Me enteré de que sólo disponíamos de té en hebras, y de que Anna lo servía más o menos cargado, según la opinión que le mereciera cada huésped. Para entonces, Hank y Ellis estaban bebiendo agua caliente con una gota de leche.

Descubrí que, además de las muchas supersticiones de Anna —no podía ver cuervos por la ventana sin salir corriendo a contar cuántos había y analizar después lo que significaba la cantidad—, había todo tipo de signos de mala suerte universalmente aceptados. Uno de ellos me hizo comprender por qué no había encontrado la carne la vez que Anna había salido huyendo antes de preparar la cena, cuando creyó que yo había visto a la Caonaig. Se consideraba de mala suerte conservar carne dentro de la casa, y por eso la guardaban fuera, en una fresquera. También me enteré de que Angus era el responsable del contenido de muchas de esas fresqueras.

En la colina, justo detrás del refugio antiaéreo, había una cueva bien ventilada, donde colgaba la carne de venado, urogallo, faisán y otras piezas

que cazaba, para que madurara. Anna y Meg cogían lo necesario para la posada y el restaurante, y envolvían el resto en periódicos, para que Angus lo dejara en el umbral de las familias más necesitadas. Lo hacía por la noche, para que nadie se sintiera en deuda con él.

Yo ya me había dado cuenta de que Angus practicaba la caza furtiva. ¿De qué otro modo podría haber explicado la visita de Bob el policía o la abundancia de carne en su mesa? Pero su quebrantamiento de la ley no me parecía tan escandaloso como me lo habría parecido antes de viajar a Escocia. La educación que me impartieron Anna y Meg incluyó suficiente historia para que pudiera entender la renuencia del policía a aplicar la ley, que además era un reflejo de la actitud generalizada en la sociedad escocesa.

Todo empezó el día en que le pregunté a Anna por qué llamaban *croft* a sus granjas, y cuál era la diferencia entre un *croft* y una granja.

—Un *croft* es una granja, desde luego que sí —me respondió ella, no sin cierta indignación—, pero tan pequeña que no basta para mantener a una familia. Es una granja pero no alcanza para vivir. ¡Ésa es la definición de *croft*!

Meg me miró de soslayo, con una mirada que parecía decir: «Bueno, ahora que le has dado pie, tendremos que aguantarla hasta que se calle». Y tenía razón.

Aunque los hechos que describía habían sucedido casi doscientos años antes, Anna parecía tan indignada como si se hubieran producido la semana anterior.

Me contó que en 1746, tras la batalla de Culloden —la definitiva y brutal derrota de la sublevación jacobista—, los unionistas impusieron la abolición del sistema de clanes para que los jacobistas no pudieran rebelarse nunca más. Confiscaron sus tierras tradicionales y dispersaron a los miembros de los clanes, obligando a las familias a establecerse en fincas diminutas y esperando que pasaran a vivir de la agricultura de la noche a la mañana. Los antiguos terrenos de caza comunales fueron transformados en granjas de ganado ovino y en cotos de caza señoriales, y comenzó una feroz persecución de los que se atrevían a cazar en su interior. El derecho de los aristócratas a disponer de una buena reserva de animales para cazar se consideraba más importante que la supervivencia de un pueblo hambriento.

Pero eso no fue todo. Además del desplazamiento forzoso y del final abrupto e impuesto del sistema de clanes, los vencedores emprendieron el exterminio sistemático de la cultura escocesa. Hablar gaélico fue declarado

delito, y se obligó a los hijos primogénitos de los jefes de los clanes a asistir a colegios de la aristocracia británica, para que volvieran hablando inglés con el mismo acento que mi suegro solía imitar en su época de mayor popularidad.

Imaginé al coronel pavoneándose por los alrededores con su traje de tweed y su descarada actitud de superioridad, y comprendí que el desprecio que Rhona y el viejo Donnie sentían por él —y por todos nosotros por asociación— se debía a algo mucho más profundo que cualquier cosa que hubiera podido hacer mi suegro personalmente.

—Por eso creemos que la caza de venados es un robo justificado —dijo Anna, terminando su exposición con un firme gesto de asentimiento.

Sin saberlo, había repetido las palabras que me había dicho Meg el día en que me enseñó el refugio antiaéreo. Y, finalmente, lo entendí.

Cazar venados era un robo justificado, porque vivían en una tierra expoliada.

A causa de la superposición de sus turnos de trabajo, yo pasaba la primera parte del día con Anna y el resto con Meg y, durante esas horas, nuestra charla se adentraba a veces en el terreno de las confidencias.

Por Meg me enteré de que Hugh, el hermano de Anna, había muerto al pisar una mina. Sus restos —los que había sido posible encontrar— habían sido sepultados en Holanda. Su otro hermano caído en combate era Hector, de veintiún años, alcanzado en el pecho por una granada durante los desembarcos en Normandía. Su cuerpo no había podido recuperarse, pero un compañero suyo se había detenido a su lado el tiempo suficiente para recoger su placa de identificación.

Anna me contó que Meg había perdido a toda su familia —a sus dos padres y a dos hermanas pequeñas— cuatro años antes, en el bombardeo de Clydebank. Quinientas veintiocho personas habían muerto, seiscientas diecisiete habían resultado heridas y treinta y cinco mil se habían quedado sin techo, durante dos noches de implacables incursiones aéreas que dejaron intactas tan sólo siete de cada doce casas. Meg se había salvado solamente porque ya se había alistado en el Cuerpo Forestal y se encontraba en Drumnadrochit.

Esperaba que una de las dos me proporcionara alguna información sobre el pasado de Angus, para confirmar o refutar mi teoría de la lápida, pero no

me dijeron nada al respecto. Y yo no podía preguntar, porque temía que mi interés me delatara. Era consciente de que mis deseos de saber no obedecían únicamente a una simple curiosidad.

Meg nos contó que las chicas del Cuerpo Forestal estaban tan entusiasmadas con el inminente baile del día de San Valentín que se habían ganado dos reprimendas por su falta de concentración junto a las enormes sierras mecánicas. Yo lo comprendía perfectamente. Varias de las trabajadoras del aserradero, entre ellas Meg, esperaban recibir un anillo durante el baile, para hacer oficial su compromiso.

A medida que se aproximaba el día, los comentarios de los leñadores fueron volviéndose cada vez más procaces. La noche previa al baile uno de ellos dijo algo tan subido de tono que Meg se convirtió en un basilisco pelirrojo. Se inclinó sobre Rory, empequeñecido en su silla, y lo regañó duramente, mientras él intentaba argumentar —con toda la razón— que no había dicho nada.

—Pero no impediste que lo dijeran los demás, ¿verdad? —dijo ella, agitando el dedo índice delante de su nariz.

Rory la miraba con el ceño fruncido, pero con los brazos colgando impotentes a los lados de la silla.

Cuando Meg se giró y volvió a la cocina con su mata de rizos rojos flotando detrás, los hombres mayores acodados en la barra hicieron visibles gestos de aprobación, mientras el resto de los leñadores, que se daban cuenta de que el rapapolvo iba dirigido a todos ellos, intentaban parecer serios y educados.

Hank se inclinó hacia Ellis e hizo pantalla con la mano delante de la boca para que nadie más lo oyera.

—¿Quién es el tipo duro ahora? —murmuró.

Ellis estaba demasiado abstraído para encontrar divertido el comentario. Menos de veinte minutos antes, se había excusado, había subido al piso de arriba y había regresado mucho más pálido que antes. Yo sabía lo que había ido a hacer. Había intentado abrir mi puerta y la había encontrado cerrada con llave.



Cuando arreglé las habitaciones esa mañana, me percaté de que sólo le quedaban cinco pastillas. Estaba convencida de que estaría desesperado por conseguir más, y me pregunté por qué no vendría a pedirme, como hacía siempre. Quizá no quisiera hacerlo delante de Hank, no lo sabía, pero fuera cual fuese el motivo se lo agradecí, ya que de todas formas no podría haberlo ayudado: había tirado las pastillas que quedaban por el retrete.

El día del baile, Meg, Anna y yo hicimos un esfuerzo especial para arreglar y adornar el salón principal, porque sabíamos que vendrían chicas. Pusimos manteles en las mesas y Anna elaboró lo que llamaba *flores de carbón*. Dijo que el mal tiempo y la guerra tenían la culpa de que no hubiera flores verdaderas; pero en lugar de resignarse, puso cuatro o cinco trozos de carbón en unas jarras de cristal, añadió agua, sal y amoníaco, y al final les echó por encima una mezcla de tinta violeta y azul. Para mí era un completo misterio cómo semejante alquimia daría como resultado algo parecido a unas flores, pero en menos de una hora ya estaban *floreciendo*.

No teníamos suficientes jarras para poner en cada mesa, así que decidimos que Meg condujera a las chicas a las mesas con flores, y a los hombres —que, de todos modos, no las apreciarían— a las otras. La tarea le correspondería necesariamente a Meg, puesto que para entonces Anna ya habría vuelto a casa y yo estaría sentada junto al fuego con Ellis y Hank.

Las flores de carbón no fueron nuestra única obra. Entre las tres habíamos conseguido apartar suficientes huevos y azúcar para preparar unos bizcochos glaseados que habíamos puesto a enfriar justo en el centro de la mesa de la cocina, fuera del alcance de *Conall*. El perro, por su parte, estaba echado sobre la cama de su amo y nos contemplaba con enorme interés. Era lo bastante alto para llegar a donde se propusiera si le dábamos la espalda un momento, pero no pensábamos hacerlo. Estábamos dispuestas a defender esos bizcochos con nuestras vidas.

Meg y yo habíamos renunciado a nuestras raciones de huevos y azúcar de la semana para hacer un bizcocho, pero el frenesí ponedor de las gallinas de la granja de Anna nos permitió preparar otro más. Como vivían en una granja, los McKenzie no tenían ración de huevos en su cartilla, sino de pienso para gallinas. Por eso a veces su suministro era muy escaso; pero en esa ocasión, las gallinas se portaron como auténticas campeonas. Todos y cada uno de los

asistentes al baile podrían comer un buen trozo de bizcocho, en lugar de probar un bocado.

Mientras Anna se preparaba para salir, horas más tarde que de costumbre, su buen humor se fue al traste.

—No recuerdo la última vez que comí bizcocho —comentó, mirándolos con nostalgia.

—No te preocupes —le dijo Meg—. Apartaremos para ti la primera porción, que además será la más gruesa y succulenta.

—Gracias —respondió Anna sin mucho ánimo—. Bueno, supongo que tendré que irme. Pasadlo muy bien. ¡Y recuerda que mañana querré enterarme de todos los detalles!

Los padres de Anna eran fieles de la Iglesia Libre de Escocia y no le permitían maquillarse ni asistir a bailes. Tenían prohibida la música, excepto los domingos y sólo para el culto. Y, aun así, debían cantar los himnos con sobriedad y sin excesivo acompañamiento instrumental. Los McKenzie eran tan estrictos que, cuando llegaba el domingo, encerraban al gallo en una jaula para que no tuviera trato carnal con las gallinas.

Yo comprendía la melancolía de Anna, porque a mí también me habría gustado ir al baile, aunque para ello habría hecho falta que me hubiera hallado en un universo paralelo en el que Ellis no existiese.

Al menos podría presenciar el prelude. Esperaba con particular ansiedad la reacción de la gente cuando viera los bizcochos, puesto que yo también había colaborado en su preparación. Aunque sólo había cascado los huevos y batido la mezcla, nunca me había sentido tan orgullosa de algo hecho por mí en toda mi vida.

Como no queríamos dejar a *Conall* solo con los bizcochos, me quedé en la cocina para no perderlos de vista mientras Meg subía a cambiarse.

Volvió convertida en un sueño del día de San Valentín, enfundada en un vestido ceñido con un dibujo de minúsculos corazones rojos, el pelo cuidadosamente recogido y los labios pintados de color rojo sangre, en forma de corazón. Los zapatos de tacón eran de ante rojo, con unos lazos preciosos en la parte delantera. Debían de ser recién estrenados, porque no imaginaba que el ante pudiera sobrevivir más de un día en ese clima.

Observé también que se había puesto medias y no pude reprimir una

sonrisa. Ella siguió mi mirada, se ruborizó y me sonrió a su vez.

—¿Qué te parece?

—Me parece que Rory se va a caer desmayado —dije—. Vas a ser la reina del baile.

—Bueno, al menos no tendré que preocuparme de que los perros vengan a lamerme la salsa de las piernas.

*Conall* movió lentamente la cola.

Ahora era yo la que tenía que subir a vestirse para la cena, pero vacilé un momento. Sabía que no tendría más oportunidad de hablar a solas con ella, y quería decir algo acerca de la inminente proposición de Rory, pero no encontré las palabras apropiadas, probablemente porque era la persona menos indicada para ofrecer consejos sobre el matrimonio. Al final, Meg habló y no tuve que decir nada.

—Ahora vete —me animó, señalando la puerta—. Ve a cambiarte. Esta noche más que nunca tenemos que estar guapas para levantar la moral de nuestros chicos. Aunque tus dos señores aburridos sentados junto al fuego ni siquiera se fijen, los otros lo notarán. ¡Ponte el vestido más elegante que tengas! ¡Y mejor si es rojo! ¡Sobre todo, esta noche! No olvides que el rojo es el color de los...

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —la interrumpí riendo—. ¡Me vestiré de rojo! ¡Y a ti te deseo buena suerte esta noche, aunque no creo que la necesites!

Salí corriendo, antes de que pudiera responder.

Me maquillé como si realmente fuera a ir de fiesta y elegí un vestido de tafetán rojo de falda amplísima, que no parecía caro porque no lo era. Me lo había comprado yo misma en una tienda corriente, antes de que Ellis se hiciera con el control de mi vestuario.

Por último, utilicé el delineador de ojos para trazarme con mano temblorosa en las pantorrillas la línea de las medias. No quería destacar, sino confundirme con el resto de las chicas, y esa noche en particular no quería robarle protagonismo a nadie.

Cuando Ellis y Hank entraron por la puerta principal, con las mejillas encendidas por las horas transcurridas a la intemperie y por alguna que otra

cosa más, el otro extremo del salón ya estaba lleno.

—Bueno, ¿qué me dices de esto? —exclamó Hank, parándose en seco.

El ambiente era electrizante. Las chicas, todas impecablemente vestidas, contemplaban con admiración los bizcochos, que estaban servidos pero sin cortar. Los leñadores también elogiaban los bizcochos, aunque en realidad estaban admirando a las muchachas. No podía evitar preguntarme cuáles estarían esperando un anillo esa noche.

Meg estaba de pie, junto a una mesa de compañeras suyas del Cuerpo Forestal. Se inclinó para señalar las flores de carbón y explicar toda su transformación desde que Anna había empezado a fabricarlas, pero yo sabía que en realidad se proponía mostrar otra cosa. Y enseguida logró su propósito.

—¡Un momento!... ¡Esas costuras son auténticas! —exclamó una de las chicas—. ¿De dónde has sacado esas medias?

Los leñadores fingieron sorpresa, como si no llevaran un buen rato mirándole las piernas a Meg. Pero, al tener una excusa, pudieron contemplárselas más abiertamente, con ojos codiciosos.

—Oh —replicó ella, encogiéndose de hombros con falsa modestia—. Aparecieron en un cajón, como por arte de magia.

Entonces giró el tobillo, para enseñar mejor la pantorrilla.

Hank y Ellis presenciaban la escena desde la puerta, sin moverse. Cuando finalmente Hank le dio un codazo a Ellis, los dos se dirigieron hacia nuestro lugar habitual junto al fuego.

Ellis tropezó con el borde de la alfombra y estuvo a punto de caer, pero se agarró al respaldo de uno de los sillones. Después lo rodeó, sin soltarlo ni un momento, y se arrojó sobre el cojín. Tenía los ojos inyectados en sangre y la frente perlada de sudor, y yo sentí una punzada de aprensión.

Hank estaba tan absorto mirando a Meg que fue a chocar directamente contra un lado del segundo sillón, antes de girar sobre sí mismo y desplomarse en él, con la cabeza sobre un apoyabrazos y las piernas colgando del otro. Al cabo de un instante de aturdida sorpresa, se incorporó y se sentó correctamente.

Ellis me miró de arriba abajo amusgando los ojos, en los labios una mueca de asco.

—¿Qué significa esto?

Yo sabía que se refería al vestido barato y la falta de medias, pero me hice la tonta.

—Van al baile —le expliqué—. Es el día de San Valentín.

—¿Qué? —dijo Hank con cara de sorpresa—. ¡Mierda! ¡Tendría que haberle enviado una tarjeta a Violet!

—Lo digo en serio... Levántate y déjame que te vea —dijo Ellis, señalándome con el dorso de la mano—. Pareces una combinación de sirvienta y puta callejera.

Me mordí los labios para no contestar. Era inútil explicarle por qué me había vestido de esa manera. Era inútil hacer nada, excepto quedarme callada y esperar a que pasara el mal momento.

—Pues yo creo que es un regalo para la vista —dijo Hank, que seguía sin apartar los ojos de Meg—. Si hubiera sabido que iba a emocionarse tanto con un par de medias, le habría dado una docena. De hecho, no creo que pudiera negarle nada a esa chica. Con esa cara y esa figura, podría llegar muy lejos, incluso en la buena sociedad. Lo mismo que tu madre, Maddie. —Desvió brevemente la mirada hacia mí—. Sin ánimo de ofender, querida niña.

—No te aconsejo mezclarte con gente de baja estofa, Hank —dijo Ellis, aún mirándome fijamente—. La sangre siempre acaba manifestándose. Siempre.

—¿Qué has dicho? —preguntó Hank distraído, la vista clavada de nuevo en las pantorrillas de Meg.

—Que aunque la mona se vista de seda... —dijo Ellis.

—En efecto, yo diría que son de seda. ¡Mira esas piernas! ¡Deben de medir más de un kilómetro! No merecen nada más que la seda más fina...

—¿Hank? —intervine yo, desesperada. Le hice una seña para intentar captar su atención—. ¡Hank!

Me echó una mirada rápida y dijo:

—Tú también estás muy guapa, Maddie. También te mereces toda la seda del mundo.

—A propósito, Maddie. Ese bolso tuyo de seda —dijo Ellis adrede—, ¿es verde o rojo?

Un torrente de adrenalina se propagó desde el centro de mi cuerpo hacia las extremidades.

—Perdona, ¿cómo dices? —repliqué.

—Que si es rojo o verde.

—Es un brocado fino, un auténtico banquete de color —dijo Hank, aún totalmente al margen de la conversación paralela que se estaba desarrollando a su lado.

—Maddie, no me has contestado —insistió Ellis.

Noté que una esquina de su ojo derecho se contraía rítmicamente.

—No, no te he contestado —dije bajando la vista a mi regazo.

—Y ¿se puede saber por qué?

—Porque tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo.

—¡Dilo!

—Muy bien, como quieras: aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Y las monas no sabemos nada de bolsos ni de colores.

Soltó una risita amarga.

—La sumisión es un color que te pega, querida mía. Deberías ponértelo más a menudo.

—Supongo que nadie mejor que tú para saberlo —contesté antes de volverme hacia la barra.

Meg estaba sirviendo porciones de bizcocho glaseado a un público entusiasta. Rory aún no había llegado y ella se mantenía sonriente, pero me daba cuenta de que por dentro se estaba derrumbando.

—Yo también quiero probar ese dulce bizcochito —dijo Hank, añadiendo un silbido de admiración. De repente, se giró hacia nosotros en su asiento—. ¡Eh, chicos! ¡Se me acaba de ocurrir una locura! ¿Qué os parece si vamos a la fiesta? ¡Será como el baile de los sirvientes que celebramos en casa todas las Navidades! Vosotros dos, tortolitos, podéis estar a lo vuestro, y yo... Bueno, quizá encuentre una tortolita... que me saque de apuros, por así decirlo.

Nos contempló expectante. Al ver que ninguno de los dos respondía, se le desdibujó la sonrisa. Empezó a mirarnos alternativamente a Ellis y a mí, con suspicacia.

—¡Oh, no! —gruñó, antes de levantar la vista al techo desesperado—. ¿Habéis vuelto a las andadas? Dejadme que lo adivine. Ellis ha dicho una completa estupidez y ahora tú no le diriges la palabra. ¡Diantre, ya veo que ni siquiera lo miras! ¿Son éstos los efectos que tiene el matrimonio sobre la gente? ¿Veis ahora por qué no quiero casarme? ¡Ya no sois divertidos!

Suspiró y se volvió en dirección a la barra.

—Pero allí veo a alguien que parece ofrecer un poco de diversión...

A las ocho en punto, dos gemelos de Halifax cayeron de rodillas para presentar a sus enamoradas dos anillos idénticos de compromiso. Cuando las ruborizadas jóvenes dijeron que sí, el resto de los leñadores se pusieron a entonar a voz en cuello el himno de Canadá, a modo de homenaje para las futuras esposas. En cuanto rompieron a cantar, el viejo Ian Mackintosh cruzó rápidamente la calle y regresó con su gaita, con la que acompañó la sentida interpretación de *Adiós, Nueva Escocia* que ofrecieron los jóvenes.

Mientras tanto, Ellis seguía bebiendo whisky y mirándome como si quisiera verme muerta.

A mitad de la *Balada de Nueva Escocia*, no pude soportarlo más. Subí corriendo a mi habitación y cerré con el pestillo.

Me apoyé contra la puerta, jadeando.

Cuando aún no habían pasado dos minutos y la gaita todavía atronaba en el piso de abajo, creí oír algo y apoyé el oído contra la puerta. Ellis estaba en el pasillo, trastabillando y despotricando entre dientes. Como era de esperar, vino directamente a mi habitación.

Al encontrar la puerta cerrada, empezó a aporrearla.

—¡Maddie! ¡Abre la jodida puerta!

—¡Vete!

Me tumbé en la cama, con las rodillas recogidas contra el pecho.

—¡Abre la maldita puerta! ¡Lo digo en serio!

Sabía que estaba golpeando con los puños, por el modo en que la puerta se sacudía. Me habría gustado prender una vela para ver si había peligro de que cediera, pero me temblaban demasiado las manos para encender una cerilla.

—¡Maddie! ¡Si no abres ahora mismo esta puerta del demonio, te juro por Dios que la echaré abajo! ¿Me oyes? —rugió, y enseguida volvió a aporrearla.

Me hice un ovillo, tapándome los oídos con las manos. No podía gritar

pidiendo ayuda —era imposible que alguien me oyera por encima del alboroto de la gaita—, pero ¿dónde demonios se había metido Hank? Tenía que haber notado que los dos habíamos desaparecido, y debía de ser consciente, aunque sólo fuera vagamente, del estado en que se encontraba Ellis.

Al cabo de un rato que me pareció un siglo, los golpes se fueron convirtiendo en un repiqueteo irregular y finalmente cesaron. Oí que Ellis se desplomaba contra la puerta y empezaba a sollozar.

—Maddie, ¿qué te ha pasado, Maddie? Eres mi esposa. Se supone que estás de mi parte. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué demonios voy a hacer ahora?

Sus uñas arañaron la puerta mientras se deslizaba hasta el suelo. Siguió llorando, pero también el llanto cesó al cabo de un tiempo. Unos minutos después, solamente se oía el ruido de mi respiración agitada.

Cuando comenzaba a pensar que Ellis había quedado fuera de combate para el resto de la noche, percibí el desplazamiento de un cuerpo sobre la alfombra y después una pausa.

Contuve la respiración.

Un grito estridente y desgarrador fue el prelude de un golpe colosal descargado contra la puerta, seguido de otro y de un tercero. Ellis estaba intentando derribarla embistiéndola con la fuerza de todo el cuerpo.

Cuando la madera empezó a resquebrajarse, salté de la cama y me puse a buscar a tientas la reja de la chimenea. Después me acurruqué detrás del sillón, llorando, con uno de los atizadores en la mano.

Resonó otro golpe tremendo contra la puerta, seguido del ruido de un cuerpo que caía y de un torrente de improperios.

Después oí a Hank.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¡Tengo que hablar con mi esposa!

—Levántate, imbécil —replicó Hank con voz serena.

—¡Tengo que... hablar... con mi...!

Ellis continuó jadeando y resoplando, aparentemente incapaz de articular la última palabra.

—Ni siquiera puedes tenerte en pie. Ven, vamos a la cama.

—Necesito hablar con ella —insistió Ellis, aunque parecía como si de pronto se hubiera quedado sin energías.

Emitió un gemido y empezó a llorar otra vez.

Me acerqué a la puerta con el atizador de hierro aún en la mano.

—¡Santo Dios! —murmuró Hank—. ¡Mira cómo te has puesto! Dame la



mano.

Ellis masculló algo ininteligible.

—No, no te has dislocado el hombro. Si te lo hubieras dislocado, no podrías hacer esto.

Se oyó un agudo aullido de dolor, seguido de más sollozos.

—¿Lo ves? Pero si te lo hubieras dislocado, te lo habrías merecido por ser tan rematadamente imbécil. Dame la mano. Muy bien, ¡arriba! Ya está, ahora dame tu llave y no te muevas.

Se oyó un golpe contra la pared, justo al lado de mi puerta.

—¡Por Dios! ¿No puedes *intentar* al menos no caerte mientras abro la puerta? ¿Crees que serás capaz?

Ellis respiraba pesadamente, entre sollozos. Lo sentía tan cerca que parecía como si estuviera dentro de la habitación, conmigo.

Se abrió la puerta de su cuarto y volví a oír la voz de Hank.

—Muy bien. Un pie después del otro.

Después de unos segundos de golpes y ruido de pasos que se arrastraban, oí el violento chirrido de los muelles de la cama. Sonó como si Hank hubiera empujado a Ellis a la habitación desde la puerta.

—Quédate ahí —dijo Hank—. Si no te quedas quieto, te juro por Dios que te ataré a la cama.

Se cerró la puerta y, al cabo de un momento, sonaron tres golpecitos suaves en la mía.

—¿Maddie?

Era Hank.

—¿Sí? —respondí yo, todavía acurrucada con el atizador en la mano.

—¿Estás sentada junto a la puerta?

—Sí.

—¿Estás bien?

No respondí. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que Hank podía oírlo. Todo el cuerpo me temblaba de manera incontrolable.

Después de una pausa, Hank dijo:

—Ya lo entiendo. Estás enfadada conmigo. Pero ¿qué querías que hiciera? ¿Que le arrancara la botella de las manos?

—Sí.

Suspiró y oí que se rascaba la cabeza.

—Sí, supongo que tienes razón. No volverá a pasar, te lo prometo. Por cierto, lo he encerrado. ¿Quieres la llave?

—No. Puedes quedártela.

—Duerme un poco —dijo—. Esta noche no volverá a molestarte. Y..., Maddie..., lo siento mucho, de verdad.

Esperó un momento antes de marcharse, quizá con la esperanza de que yo le dijera que no se preocupara, que todo estaba bien.

Pero no pude. Las cosas no estaban ni remotamente bien, y desde que a Ellis se le habían acabado las pastillas, sólo podían empeorar. ¿Por qué, ¡por qué!, las habría tirado?

Cuando finalmente dejó de sonar la gaita de Ian Mackintosh, la gente reunida en el piso de abajo estalló en aplausos. Vitorearon, gritaron y golpearon el suelo con los pies hasta hacer temblar el edificio.

Al cabo de diez minutos, los más jóvenes se habían encontrado en la calle para encaminarse hacia el salón del ayuntamiento, pero incluso después de su partida, los hombres que se quedaron en la posada —los más viejos, los del pueblo— continuaron riendo y hablando en voz alta, entusiasmados por su participación en la improvisada *cèilidh*, la tradicional fiesta escocesa.

Me acerqué a la ventana, todavía a oscuras, retiré el marco de madera y la abrí.

Oí música de acordeón y violín procedente del salón del ayuntamiento, junto con risas, canciones y conversaciones animadas, entre ellas algunas que parecían ser discusiones. Pese al aire gélido, me arrodillé junto a la ventana y apoyé la cabeza en el alféizar, aguzando el oído.

Sentí una terrible nostalgia. A menos de un kilómetro de distancia, un grupo de jóvenes —gente de mi edad, gente enamorada— planeaba un futuro juntos, un futuro que abarcaría todos los aspectos del amor verdadero: intimidad, pasión, hijos y compañerismo, aunque también hubiera obstáculos en el camino. Incluso era probable que algunas de las parejas estuvieran abocadas a un futuro de odio y recriminaciones, pero en ese momento concreto eran tan felices como todas las demás y, por muy mal que acabaran llevándose con el paso de los años, prácticamente podía garantizar que ninguna de ellas tendría un matrimonio como el mío.

Sonaron pasos en la calle, y oí voces de un hombre y una mujer. Se pararon justo enfrente de la posada y guardaron silencio. Supuse que se estarían intercambiando un beso de buenas noches. Él susurró algo y ella entró

en su casa, riendo entre dientes. Se cerró la puerta, el hombre esperó unos segundos y después se alejó calle abajo silbando.

Al final, volví a colocar el marco de la cortina y me fui a la cama.

—¡Mentirosa! ¡Ramera!

Los gritos indignados de un hombre me arrancaron del sueño, y al principio pensé que Ellis volvía a las andadas. Después oí el llanto de Meg y comprendí que el hombre que gritaba era Rory. Estaban en el pasillo.

Salté de la cama y encendí la vela de mi tocador. Después me quedé atenta, con la oreja pegada a la puerta.

—Te juro por lo más sagrado que te estoy diciendo la verdad...

Se oyó una bofetada, seguida de un grito agudo de Meg.

Empuñé el atizador de hierro, que seguía apoyado contra la puerta.

—¡Putra mentirosa! ¡Dime quién es! ¡Dímelo!

—No hay nadie más, te lo juro —replicó ella.

—Entonces ¿por qué no puedes decirme de dónde han salido esas medias?

—Te lo he dicho, Rory...

—¿Quieres que me crea que «aparecieron como por arte de magia»? ¿Qué clase de tonto crees que soy? —Otra bofetada y otro grito—. ¿Qué más te ha regalado? ¿O te lo has ganado? ¿Es eso? ¿Ahora cobras por tus servicios? ¿Qué precio tienes? ¿Qué le das a un hombre a cambio de un par de medias?

—Rory, por el amor de Dios...

—¿Es ese cabrón de los pies planos? Ya he visto cómo te mira. ¿Cuál es su habitación? Dímelo. ¡Dímelo ahora mismo!

Al oír los gritos de Meg, abrí la puerta y salí corriendo al pasillo. La única luz procedía de la llama de la vela a mis espaldas, pero fue suficiente para ver que él tomaba impulso y le daba un puñetazo en plena cara. Meg cayó de rodillas, sollozando. Estaba completamente desnuda. Él llevaba puestos los calzoncillos y una camisa abierta.

—¡Basta! —grité—. ¡Está diciendo la verdad!

Rory echó un vistazo por encima del hombro. Nuestras miradas se cruzaron. Después se volvió con deliberada lentitud hacia Meg, la agarró por el pelo y le asestó un fuerte puntapié en las costillas. El ruido fue un

espeluznante golpe sordo, seguido de un «¡uf!» emitido por Meg, al expulsar el aire contenido en los pulmones.

—¡Se las regalé yo! —grité.

Rory volvió a golpearla, sin soltarle el pelo, y después la arrojó a un lado. Ella se desplomó y no hizo ningún esfuerzo por levantarse, como una muñeca de porcelana despojada de sus vestidos y abandonada en el cuarto de los niños. Cuando el hombretón hizo ademán de propinarle otro puntapié, levanté el atizador y eché a correr por el pasillo.

Antes de llegar, Angus ya estaba subiendo por la escalera y, en un solo movimiento, cogió a Rory por el cuello y lo inmovilizó contra la pared, con los pies a varios centímetros del suelo. El leñador dio un par de manotazos en el aire y finalmente consiguió agarrar la mano que lo cogía por el cuello, pero no emitió ningún sonido. Angus mantenía el otro brazo colgando a un costado, con los dedos extendidos.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo Hank, que acababa de asomarse por la puerta de su habitación con una vela en la mano. Cuando vio lo que sucedía, volvió a meterse en su cuarto.

Yo dejé caer el atizador y corrí a atender a Meg. Estaba consciente, pero no le faltaba mucho para perder el sentido. La arrastré hasta su habitación, me agaché a su lado y la abracé para proteger su desnudez. Ella gimió y se tapó la cabeza con los brazos.

Al otro lado del pasillo resonaban unos golpes rítmicos. Levanté la vista, pensando que sería Angus asestando puñetazos, pero seguía manteniendo a Rory contra la pared con una sola mano. Los golpes eran los manotazos que daba Rory contra el muro. Tenía la lengua fuera y los ojos le sobresalían de las órbitas. Aunque la luz era tenue, noté que su cara no era del color normal y se iba oscureciendo por momentos. Los manotazos se volvieron más lentos y finalmente cesaron. Una mancha mojada apareció en la parte delantera de sus calzoncillos y un hilo de orina le bajó por una pierna, hasta llegar al pie y caer al suelo.

Después de lo que me pareció una eternidad, aunque probablemente fueron pocos segundos, Angus lo dejó caer. Rory se desplomó en el suelo, inmóvil. Yo habría jurado que estaba muerto, pero al cabo de un instante se sacudió con violencia y se agarró la garganta, esforzándose por llenarse de aire los pulmones. Fue un sonido horroroso, áspero y gutural.

Angus estaba a su lado con los brazos en jarras. Llevaba puestos los pantalones de un pijama azul de rayas, pero no la parte superior. Ninguno de

los presentes estábamos correctamente vestidos, y Meg menos que nadie, lo que de algún modo volvía más real el horror.

Angus empujó a Rory con la punta del pie.

—Supongo que no necesito advertirte lo que puede pasarte si alguna vez vuelves a aparecer por mi puerta —dijo.

Rory se retorció en el suelo, intentando aún recuperar la respiración, con las dos manos en el cuello.

—Consideraré que me has entendido —añadió Angus, mientras se agachaba para levantarlo por las axilas.

A continuación se volvió y lo arrojó escaleras abajo.

Contuve la respiración durante la serie de golpes que resonaron mientras Rory caía por la escalera. Estaba segura de haber presenciado un homicidio, pero unos minutos después, oí que la puerta principal se abría y volvía a cerrarse discretamente.

Angus me arrebató a Meg de los brazos y la levantó como si no pesara nada.

—Abra las sábanas —me ordenó, y yo corrí a obedecerlo.

—Y usted —le dijo a Hank, que acababa de reaparecer por la puerta con una vela en la mano—, traiga eso y encienda las demás.

Angus depositó a Meg sobre la cama y cubrió con las mantas su cuerpo desnudo y pálido. Ella se giró a la derecha, llorando en silencio. Tenía la mejilla izquierda ensangrentada y un ojo cada vez más hinchado. Le sangraba la nariz y tenía el labio partido.

—¿Dónde más te ha hecho daño, *m'eudail*? —dijo Angus en voz baja, sentado al borde de la cama, mientras le acariciaba la cabeza como si fuera una niña pequeña.

Ella no hacía más que llorar.

—Le dio una patada en las costillas —conté—. Con saña.

Angus se volvió hacia mí.

—Y ¿usted qué hacía ahí con un atizador? Podría haberle hecho daño también.

—Iba a matarlo.

Me sostuvo la mirada unos segundos.

—Voy a buscar al doctor McLean —dijo después, poniéndose de pie—. Hay un botiquín de primeros auxilios en la cocina. Está detrás del...

—Ya sé dónde está —respondí—. Ahora bajo.

Angus asintió y se volvió hacia Hank, que para entonces había encendido el resto de las velas.

—Vaya a buscar unos bloques de turba de la chimenea de abajo y prepare un fuego aquí arriba. Y encienda también las lámparas del pasillo. La noche será larga.

Bajé corriendo y busqué a tientas una linterna donde sabía que estaba. Localicé la caja blanca de metal con la cruz roja y, en mi precipitación por cogerla, volqué el recipiente del jabón en polvo. Mientras corría escalera

arriba, me crucé con Hank, que bajaba.

Me senté en la cama de Meg, abrí la tapa del botiquín y empapé un poco de algodón en tintura de yodo.

—Cuánto lo siento, Meg, pero esto te va a escocer —le dije mientras le aplicaba sobre la herida de la mejilla el algodón.

Ni siquiera se inmutó.

Durante mi breve ausencia el ojo izquierdo se le había cerrado por completo; la carne bajo la ceja se le había inflamado y le cubría por completo el globo ocular, como un segundo párpado grotesco. Un hilillo de sangre se extendía desde la comisura de la boca hasta la almohada. Con un nuevo impulso de horror, me pregunté si habría perdido algún diente.

Hank volvió cargado de bloques de turba.

—Iré a buscar unos paños para hacer compresas —le dije—. Se le está hinchando mucho el ojo.

Cogí dos cuencos metálicos de la cocina y salí al exterior, dejando la puerta abierta. Me arrodillé en el suelo helado y empecé a llenar el cuenco superior de nieve, aplastándola con fuerza hasta que comenzaron a formarse cristales de hielo que me hicieron daño en los nudillos. Cuando ya no pude compactar más la nieve, volví a entrar a toda prisa, deteniéndome solamente el tiempo necesario para cerrar la puerta con un pie descalzo. Paré en el fregadero para llenar de agua el segundo recipiente, lo puse sobre el primero y coloqué encima una pila de trapos limpios.

Cuando aparecí en la puerta con los cuencos apilados, Hank volvió la cabeza, pero por lo demás no se movió. Se las había arreglado para encender un pequeño fuego y se había quedado delante, sin saber qué hacer.

—Hank, las lámparas del pasillo —le indiqué, y él enseguida fue a encenderlas.

Deposité los cuencos sobre la mesilla de noche, escurrí uno de los paños y se lo puse a Meg sobre la frente. Plegué otro y se lo puse en la mejilla, justo debajo del ojo.

Después me senté a su lado, acariciándole el pelo enmarañado e intentando tranquilizarla, hasta que me di cuenta de que tenía los dedos pegajosos de sangre. Al fijarme, vi que le faltaba una cantidad considerable de pelo, que dejaba al descubierto parte de un cuero cabelludo rojo vivo.

Le limpié la sangre lo mejor que pude y cubrí la herida con otro paño frío. Meg no reaccionó a ninguna de mis manipulaciones.

Mientras esperaba a que Angus volviera con el médico, no podía hacer

nada, excepto quedarme sentada a su lado, cambiando los paños cuando dejaban de estar fríos y viendo cómo el agua se teñía de rosa. Nunca me había sentido tan inútil en toda mi vida.

El doctor McLean expulsó a todo el mundo de la habitación para examinar a Meg, por lo que nos fuimos al piso de abajo a esperar. Hasta donde yo sabía, Ellis ni siquiera se había enterado de nada. O estaba dormido, o estaba muerto, pero no se me ocurrió ninguna razón para ir a averiguarlo. Si estaba muerto, seguiría muerto por la mañana.

Hank y yo nos sentamos junto al fuego, que para entonces ardía mortecino. Angus encendió una lámpara y empezó a ir y venir por la sala. Antes de salir se había puesto un suéter, pero yo sabía que Hank ya le había visto las cicatrices. Era imposible no verlas.

Cuando por fin bajó el doctor McLean, me puse en pie de un salto.

—¿Cómo está?

El médico apoyó el maletín en el suelo y se ajustó las gafas.

—Le he administrado morfina, así que de momento está bien, pero ha recibido una paliza tremenda. ¿Saben por casualidad quién fue el salvaje que lo hizo?

—Así es —respondió Angus—. Y él también se ha llevado un par de golpes.

—¿Se pondrá bien? —pregunté.

—Tiene muchas contusiones. El hígado y el bazo han resultado afectados y hay por lo menos tres costillas rotas. Ha perdido los molares del cuadrante superior izquierdo y tiene flojos los premolares, aunque quizá los conserve.

—Tenemos que llamar a una ambulancia —dije yo—. Debería ir al hospital.

—En condiciones normales, estaría de acuerdo —replicó el doctor McLean—. Pero en estas circunstancias, si hay alguna posibilidad de que sea atendida aquí mismo, creo que sería preferible.

—¿Qué circunstancias? —quiso saber Angus.

—El hospital está en Inverness —explicó el médico—, donde escasea la gasolina y menudean las infecciones respiratorias. Una bronquitis es lo último que necesita esta pobre chica, con esas costillas rotas, por lo que recomendaría no exponerla al contagio. Sin embargo, si se queda aquí,



necesitará mucha atención.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunté.

Tras una pausa, me di cuenta de que todos me estaban mirando y me volví hacia Angus.

—Sé que usted tiene otras cosas que hacer durante el día pero, entre Anna y yo, estoy segura de que podremos arreglarnos. Quizá Rhona pueda volver unos días.

—Maddie —intervino Hank despacio—, ¿estás segura de que sabes lo que haces?

—Completamente segura. ¿Usted qué opina, Angus?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila delante de los demás. Me miró a los ojos.

—Maddie... —dijo Hank al fondo.

—Por favor —insistí, dirigiéndome a Angus—. El doctor ha dicho que aquí estará mejor y yo haré mi parte del trabajo. Lo prometo.

Angus asintió y se volvió hacia el doctor McLean.

—Se quedará aquí.

Hank se mantuvo en silencio mientras el médico impartía instrucciones para el cuidado de Meg.

Teníamos que prestar atención a los signos de choque hipovolémico: palidez, descenso de la temperatura y pulso débil o acelerado. En caso de notar cualquiera de esos signos, teníamos que llamar de inmediato a una ambulancia, porque era posible que Meg estuviera sufriendo una hemorragia interna. Además, a causa de la conmoción, teníamos que despertarla a cada hora, durante las doce horas siguientes, para comprobar su agudeza mental.

—Normalmente les diría que compararan también el tamaño de sus pupilas, pero me temo que no será posible, a causa de la inflamación. Sin embargo, cada vez que la despierten, pídanle que haga cinco o seis inspiraciones profundas, para prevenir la neumonía. Si puede toser un poco, mucho mejor. No querrá, pero es de vital importancia. He dejado morfina encima de la cómoda. Con su experiencia en ese sentido, supongo que sabrá administrarla, ¿no es así?

—Por supuesto —replicó Angus con expresión sombría.

—Muy bien. Bueno, a menos que tengan alguna pregunta, me marchó.

El doctor recogió su maletín y se dirigió a la puerta. Angus lo acompañó.

—¿Y el bárbaro que hizo esto...? ¿Dicen que ya se han ocupado de él?

—De momento, sí —respondió Angus—. Pero si lo llaman esta noche desde el campamento de los leñadores, le sugiero que se tome su tiempo... o que dé un buen rodeo antes de acudir.

—Desde luego —dijo el doctor—. Con el apagón obligatorio, es muy difícil encontrar el camino en la oscuridad. O incluso imposible, en noches como ésta. ¿Irá a hablar mañana con el oficial al mando?

—Así es —respondió Angus—. Y también puede que le haga una visita al tipo en cuestión.

El médico asintió.

—Dadas las circunstancias, no se me ocurre ninguna razón para tratar de disuadirlo. Buenas noches, capitán Grant.

Hank levantó la vista con curiosidad y yo sentí que se me aceleraba el corazón.

Tenía razón. Era él. Era el Angus de la lápida.

Aunque tenía el corazón desbocado tras haberme enterado de la verdad, el resto de mi cuerpo estaba muerto de agotamiento. Todos estábamos exhaustos. Subimos la escalera en fila, cabizbajos. Yo iba detrás de Angus, *Conall* venía detrás de mí y Hank cerraba la marcha.

Cuando vi a Meg, frené en seco. No esperaba que su aspecto hubiera empeorado aún más.

—Dios mío —murmuré mientras me acercaba a su cama.

El médico le había cosido el corte del labio, así como la herida que le atravesaba en vertical la mejilla. Lo peor era la herida: parecía una improvisada cremallera negra, con una costra de sangre, y todo hacía pensar que la cicatriz sería permanente. Me pregunté si la pérdida de las muelas le causaría un hundimiento de la mejilla izquierda, y le pedí a Dios que no perdiera los demás dientes. A pesar de todo daba la impresión de dormir profundamente.

Hank se aclaró la garganta. Se había detenido en el pasillo, un poco más allá de la habitación de Meg.

—Entonces ¿necesitan que traiga más leña o...?

Lo que en realidad estaba preguntando era si podía irse a la cama, y lo aborrecí por eso.

—Gracias, ya nos las arreglamos —contestó Angus.

Hank se demoró unos segundos y al final se marchó. Podía imaginar lo que le diría a Ellis por la mañana, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Cuando Angus bajó por más hielo, fui a buscar una manta a mi cuarto. Después empujé el sillón contra la pared para orientarlo hacia Meg y me instalé en él, con las piernas recogidas debajo del cuerpo.

—¿Por qué no se va a la cama? —dijo Angus cuando regresó—. Me quedaré toda la noche y Anna me relevará por la mañana.

—Preferiría quedarme, si no le importa.

—No, claro que no, pero a menos que consiga reorganizar un poco las cosas, probablemente esté usted sola con ella toda la tarde.

—No tiene importancia.

Avivó el fuego y después se acuclilló contra la pared. Le lanzó una mirada furtiva. Me estaba estudiando.

—¿Así que pensaba matarlo?

—Lo he dicho en serio, sí.

Dejó escapar una risita.

—Me sorprende, señora Hyde.

—Maddie, llámame Maddie. Anna y Meg me llaman por mi nombre de pila y me tutean desde hace semanas, excepto cuando mi marido anda cerca.

Se me quedó mirando durante un largo rato, y me pregunté cuántas cosas habría deducido.

—Me temo que ya es hora —anunció cuarenta minutos después.

Nos costó despertar a Meg, pero al final lo conseguimos, llamándola por su nombre y dándole suaves golpecitos en el dorso de las manos. Angus le preguntó si sabía la fecha y ella le respondió que era el día de San Valentín y se echó a llorar.

Murmurando entre los labios partidos, dijo que había sido culpa suya. Rory estaba borracho y ella no debería haberse hecho la interesante con las medias, y menos aún regañarlo la noche anterior. En el fondo era un buen hombre, de verdad que sí, y ella pensaba irse con él a Nueva Escocia cuando terminara la guerra. La semana anterior había visto el documental *Bienvenidos a Canadá*, con todas las otras chicas que pensaban casarse con uno de los leñadores del Cuerpo Forestal al final de la guerra.

—No digas nada y descansa, *m'eudail* —dijo Angus.

—¿Y si no vuelve?

Angus y yo cruzamos una mirada.

—Ahora tienes que hacer unas cuantas inspiraciones profundas —dijo él—. Solamente cinco, pero tienen que ser muy profundas.

—No puedo —replicó ella sollozando—. Vosotros no lo entendéis. Me duele.

—Tienes que esforzarte, Meg —intervine yo—. Órdenes del médico. No querrás enfermar de neumonía, ¿no?

Angus y yo la ayudamos a girarse boca arriba, le sujetamos una mano cada uno y nos pusimos a contar en voz alta, mientras ella llenaba y vaciaba los pulmones con gran valentía. Sus gemidos me destrozaban el corazón, pero cuando contamos hasta cinco, se puso de lado y se quedó dormida.

—Dios bendiga la morfina —dijo Angus—. Probablemente ni siquiera recordará que la hemos despertado.

—¿Cuánto falta para la siguiente dosis?

—Unas cuatro horas. Se la daré un poco antes, para adelantarnos al dolor. Mejor eso que tratar de atraparlo.

Mientras volvía a sentarse, me pregunté si hablaría por experiencia propia.

—¿Qué le pasará a Rory? —pregunté.

—No lo sé. Lo único que sé es que nunca volverá a ponerle la mano encima.

En sus brillantes ojos azules danzaban las llamas de la chimenea, y yo tuve la completa certeza de que Meg estaría a salvo de Rory para siempre, incluso contra su voluntad.

Con todo lo que había sucedido esa noche, me resultaba difícil hacerme a la idea de que Ellis siguiera encerrado en su habitación, posiblemente atado a la cama.

Quería deslizarme hasta el suelo para estar junto a Angus y contárselo todo. Quería preguntarle por su familia, sentir el calor de sus brazos en torno a mi cuerpo y envolverlo con los míos. Quería percibir la sangre pulsando en sus venas mientras juraba protegerme, porque lo creería.

Poco después de despertar a Meg por tercera vez, oímos a Anna en el piso de abajo.

Angus se puso de pie.

—Bueno, creo que debería contarle lo que ha pasado. Después tendré que salir un momento, porque hay un asunto que debo arreglar.

Unos minutos después, Anna subía corriendo la escalera y entraba en la habitación. Cuando vio a Meg, estalló en llanto, y yo corrí a abrazarla.

—Es un demonio, Maddie, no hay otra palabra —dijo llorando sobre mi hombro—. Es la maldad personificada. ¿Qué clase de monstruo haría algo semejante? ¿Quién podría hacer daño a nuestra pequeña y querida Meg? ¡A

Meg, que no tiene a nadie en el mundo!

—No lo sé —dije, sintiéndome indefensa—. Yo tampoco lo entiendo.

Cuando finalmente Anna se calmó lo suficiente para recordar las instrucciones del médico, me fui a mi habitación para dormir un poco.

Mientras iba por el pasillo hacia mi habitación, noté que la puerta estaba abierta. Yo había entrado y salido de forma precipitada cuando había ido en busca de la manta, pero la luz natural que la iluminaba me sorprendió. Recordaba perfectamente haber colocado la cortina del apagón obligatorio después de haber estado un rato en la ventana, tratando de ver y oír lo que pasaba en el baile.

Me acerqué hasta la puerta sin hacer ruido y le di un empujoncito.

Mi habitación era un caos. Los cajones de la cómoda estaban abiertos y vacíos, y el de más arriba yacía en el suelo. Todo lo que había guardado dentro —ropa interior, camisones, medias y libros— había sido arrojado de cualquier modo en todas direcciones. Mis vestidos, pantalones y jerséis habían sido arrancados de sus perchas, y las maletas y los baúles estaban abiertos y volcados. Mi maletín de cosméticos estaba vacío y había sido sacudido con tanta fuerza que las bisagras se habían soltado y las bandejas interiores le sobresalían como alas rotas.

Alguien me tocó un hombro. Me volví, aplastando la espalda contra la pared.

Era Ellis, por supuesto. Tenía la cara demacrada, la tez amarillenta y los ojos enrojecidos. Su expresión era vagamente conciliatoria e incluso atenta.

—¿Maddie? —dijo avanzando unos centímetros e inclinando la cabeza mientras se esforzaba por componer una sonrisa con los labios resquebrajados—. ¿Qué has hecho con las pastillas, Maddie?

Intenté pensar, pero comprendí que era imposible ocultar lo que había hecho. No podía conjurar mágicamente unas pastillas que no tenía.

—Las tiré por el retrete —admití.

Su fachada de amabilidad fue sustituida al instante por la furia.

—¿Que has hecho *qué*? ¿Cuándo?

—No lo sé. Hace unos días.

—¿Qué demonio te ha poseído para que hagas una estupidez semejante?  
¡Santo cielo!

—Tú —respondí.

Pareció desconcertado.

—Dios mío... —dijo en voz baja, como para sí.

Se pasó una mano temblorosa por el pelo respirando con dificultad, como si le faltara el aire.

Empecé a moverme de lado, palpando la pared e intentando dar con la puerta de mi habitación. Mi mano la encontró y mis dedos se curvaron sobre el marco.

De pronto, Ellis levantó la cabeza y me miró con ojos desconsolados.

—¿Qué diablos te ha pasado, Maddie? ¿Desde cuándo estás empeñada en destruirme?

Abrí y cerré la boca, pero no pude responder.

Se volvió y echó a andar por el pasillo, escorándose hacia los lados y golpeándose contra las paredes por no poder seguir una línea recta.

Me metí en mi habitación y cerré la puerta con pestillo. Después me dejé caer en la cama y me sumí de inmediato en un sopor profundo, sin sueños.

Cuando desperté y me di cuenta de que casi habían transcurrido nueve horas, corrí a la habitación de Meg. Ya había pasado la hora en que Anna solía regresar a la granja, y no faltaba mucho para que empezasen a llegar clientes hambrientos.

La encontré hecha un ovillo en el sillón, con mi manta sobre las piernas, como había estado yo unas horas antes. Me acerqué a la cama de Meg y contemplé su cara maltrecha.

—¿Cómo está? —susurré.

—Angus le ha dado un poco más de morfina hace un momento, y ha podido dormirse otra vez. Dice que ya no hace falta que la volvamos a despertar. Pero también que, cuando esté despierta, tendrá que hacer unas respiraciones profundas e intentar toser.

Me senté en el suelo junto al sillón, con las piernas extendidas y cruzadas a la altura de los tobillos.

—Siento haber dormido tanto tiempo. A partir de ahora, me ocuparé yo. ¿Alguien ha pensado en preparar la cena?

—No, pero no hace falta. Angus ha colgado un cartel de CERRADO POR ENFERMEDAD en la puerta. ¡Por el amor de Dios! ¡Enfermedad!

Sólo pude menear la cabeza tristemente.

Anna dejó escapar un suspiro.

—Si el doctor no le ha recetado aceite de ricino, es que debe de ser muy grave. Lo primero que hace, cuando te visita, es recetarte una dosis de aceite de ricino. Veo que tampoco le ha dejado un tónico. El doctor siempre receta un tónico. ¿Cómo va a recuperarse, si no toma ningún tónico?

Me miró como si yo debiera saberlo. Cuando levanté las manos para indicarle que no lo sabía, suspiró otra vez.

—Rhona le está preparando una sopa, y estoy segura de que Mhàthair estará mezclando todo tipo de hierbas en este mismo instante. Pero Angus ha dicho que no podemos darle nada hasta que el doctor McLean nos dé su permiso.

Se oyó desde la cama un gemido amortiguado y ambas nos pusimos en pie de un salto.

Meg se movía inquieta debajo de las sábanas. Anna escurrió un paño y le enjugó la frente, y después metió un dedo en un frasco y le aplicó una sustancia untuosa sobre los labios.

—Lanolina —me susurró—. Aquí nunca nos falta. Por desgracia, hace que huelas a oveja.

Meg se tranquilizó, y Anna y yo regresamos a nuestros puestos y volvimos a contemplar las llamas. Eran hipnóticas.

Finalmente, ella quebró el silencio.

—¿Tienes frío? ¿Quieres la manta?

—No, gracias. Aquí dentro no hace falta. Creo que no he estado en ningún sitio donde hiciera tanto calor desde que llegué a Escocia.

—Tu casa en América debe de ser muy cálida.

—Sí, pero sólo en lo que respecta a la temperatura —respondí.

Noté que Anna me miraba de soslayo.

—¿Tenéis problemas? No pude dejar de oír el alboroto de antes, cuando tu marido estuvo gritando y dando traspiés.

—Sí, así es —añadí—. Tenemos problemas.

Al cabo de casi un minuto de lanzarme miradas expectantes, finalmente se decidió a hablar.

—No quiero meterme donde no me llaman —dijo—, pero a veces es bueno sincerarse y hablar de lo que a una le preocupa.

Después volvió la vista hacia la cama de manera ostensible, quizá para facilitarme la confesión.



Yo dudé, pero no por mucho tiempo.

—Creo que voy a pedir el divorcio.

—¡Un divorcio! —Anna volvió la cara hacia mí, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¡Serás como Wallis Simpson!

—Espero que no. Solamente quiero divorciarme, si consigo averiguar cómo hacerlo.

Anna pareció reflexionar un momento y después volvió la vista otra vez hacia la cama, con la misma cara de absoluta sorpresa.

—No debería haberte contado nada —dije—. Te he escandalizado.

—No, no —replicó ella, negando con vehemencia.

Se hizo un largo silencio entre nosotras y me sentí caer en la desesperación. No podía soportar la idea de que Anna me diera la espalda.

—Te parezco horrible, ¿verdad? —le pregunté.

—¡No, no seas ridícula! —respondió—. Ya he visto lo mal que te trata. Pero nunca se me había ocurrido que fuera posible hacer algo al respecto.

Pensé en el gallo que pasaba todos los domingos encerrado, y me dije que quizá la gente del valle no se divorciaba nunca.

—Entonces ¿él no sabe nada? —preguntó Anna.

—No, y debe seguir en la ignorancia por el momento, porque necesito poder mudarme a otro sitio después de decírselo. Si es que encuentro otro lugar donde vivir...

—Ah, claro —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Imagino que sería bastante triste seguir viviendo bajo el mismo techo después de darle la noticia.

Miré la cara hinchada y ensangrentada de Meg, y recordé cómo crujía la madera de la puerta cuando mi marido la embestía, ciego de ira.

—Me temo que sería bastante peor que triste.

Anna nos miró alternativamente a Meg y a mí, y vi en sus ojos que me había entendido.

Cruzamos una mirada desolada y volvimos a centrar la vista en el fuego, cuyas largas sombras se extendían danzando por el techo para después caer abruptamente por la pared de enfrente, como si estuvieran siguiendo los pliegues de una hoja de papel.

Aunque había hablado poco, probablemente había dicho más de lo que debería. Me pregunté si sería el momento de buscar otras confidencias.

—Anna —dije—, ya sé que no es asunto mío, pero ¿podrías contarme lo que le sucedió a Angus? Sé que es el de la lápida, el que no había muerto, pero no sé nada más.

Se volvió para mirarme, frunciendo el ceño, y parpadeó un momento, escudriñándome, mientras sopesaba mi petición.

Sentí que me ardían las mejillas. Había cometido un error, había hecho preguntas que no tenía derecho a formular. Me volví hacia la pared opuesta, avergonzada.

Detrás de mí, Anna dejó escapar un prolongado suspiro.

—Bueno —dijo—, no oirás nada de su boca, porque él nunca habla de eso. Yo no soy muy dada al comadreo, pero como no es ningún secreto de Estado, supongo que no le importará que te lo cuente.

Yo había imaginado un millón de historias desde que la lápida había captado por primera vez mi atención, pero ninguna era tan trágica como la verdad. El único cuerpo que reposaba en la tumba era el de la niña.

—Mhàthair la ayudó a dar a luz en esta misma habitación —dijo Anna—. Debió de ser la última vez que se encendió un fuego en esta chimenea. La criatura (Dios la tenga en su gloria) vivió solamente unos minutos. Màiri también estuvo a punto de morir y, justo un mes después de aquel día, recibió un telegrama que le anunciaba la muerte de Angus. Yo estaba aquí cuando Willie se lo entregó. Aún sigue allá abajo, guardado en algún cajón. Llegó a sus manos precisamente el día de San Valentín.

—¿Cuándo os enterasteis de que había sido un error?

—Demasiado tarde para nuestra pobre Màiri.

La primera vez que vi la tumba, me había preguntado si la madre habría muerto de pena, con el corazón destrozado por la desdicha, y así había sido realmente. Dos semanas después de recibir la noticia de la muerte de Angus, se fue andando hasta el castillo, atravesó la esclusa, bajó la cuesta y se adentró en el lago. El desesperado pescador que presencié la escena no pudo remar con suficiente rapidez para llegar a tiempo. El cuerpo de la joven nunca fue hallado.

Cuando Anna me lo contó, se me encogió el corazón. Me di cuenta de que había visto a Angus en las dos tumbas.

—¿Llevaban mucho tiempo casados? —pregunté.

—Habían sido novios durante años, pero se casaron cuando estalló la guerra, poco después de que Angus se alistara. Muchos hicieron lo mismo.

—Dios mío, ni siquiera estuvieron casados dos años.

—Así es. La guerra ha acabado con muchas cosas.

Guardó silencio, y supe que estaría pensando en sus hermanos.

—¿Estuvieron juntos mucho tiempo antes de que Angus se embarcara? — pregunté.

—Por temporadas. Los combates no empezaron realmente hasta abril del cuarenta, y Angus no tardó mucho en caer herido por primera vez.

Mientras Anna me hablaba de lo sucedido, me impresionó no solamente la historia que me estaba contando, sino lo mucho que sabía al respecto. Entonces recordé lo pequeño que era el pueblo y lo grande que era esa tragedia, incluso en una era donde abundaba la tragedia.

Durante la batalla de Dunkerque, Angus había regresado a primera línea de fuego no una, ni dos, sino tres veces, para rescatar a otros compañeros de su unidad, pese a tener fragmentos de metralla alojados en el muslo. Su coraje atrajo la atención de sus superiores y, cuando se recuperó, le propusieron incorporarse a la Brigada de Servicios Especiales, que acababan de fundar.

Sólo los militares más curtidos podían formar parte de la brigada ideada por Winston Churchill, del selecto y mortífero grupo creado con el único propósito de «sembrar el terror en la costa enemiga». Sus miembros se entrenaban en el castillo de Achnacarry, conocido para entonces como el castillo Comando, bajo la dirección de lord Lovat, que basaba sus técnicas en las pequeñas unidades de comandos que tanto habían impresionado a su padre durante la guerra de los bóers, en Sudáfrica.

Angus y otros potenciales miembros de la brigada eran transportados a la estación de tren de Spean, situada a doce kilómetros, y allí, tras beber una taza de té, tenían que arreglárselas solos para llegar al castillo equipados para el combate, fueran cuales fuesen las condiciones climáticas. Si llegaban, les esperaban seis semanas extenuantes, durante las cuales entrenaban con munición real y llegaban más allá del extremo del agotamiento físico, además de aprender todas las maneras de matar a un hombre, incluso sin armas.

Una vez finalizado el entrenamiento, Angus fue enviado al frente, tras un permiso de pocos días que, sin embargo, fue suficiente para dejar a Màiri en estado. Nueve meses después, resultó gravemente herido durante un combate cuerpo a cuerpo en Francia. Con los intestinos colgando por fuera del abdomen, sólo se desplomó después de degollar a su adversario con el borde de su casco metálico.

A medida que Anna hablaba, yo lo veía todo mentalmente, desplegándose en mi cabeza de forma implacable. Había fantaseado con infinidad de

versiones de lo sucedido, pero la auténtica era peor que cualquiera de las imaginadas. Veía a Angus retorciéndose de dolor, luchando para mantenerse en pie, sujetándose con un brazo las entrañas y degollando con el otro al soldado enemigo. Lo vi desplomándose, convencido de que iba a morir, con los ojos abiertos fijos en el cielo azul, y los pensamientos con su esposa y el hijo que iba a nacer o quizá incluso ya había nacido.

Pero no murió. Lo rescataron unos miembros de la Resistencia francesa, aunque nadie lo supo durante mucho tiempo. Su placa de identificación se había perdido y yacía en algún lugar, entre los cuerpos en descomposición que tapizaban las calles empedradas. La lucha fue tan feroz que los cadáveres no pudieron recuperarse hasta pasada más de una semana, y para entonces estaban grotescamente hinchados e irreconocibles.

Angus se debatió durante mucho tiempo entre la vida y la muerte. Fue un milagro que sobreviviera pero, cinco meses después, contra todo pronóstico, volvió a pisar suelo británico.

—¡Dios mío! —exclamé cuando Anna hizo una pausa—. ¿Y entonces se enteró de que su mujer y su hija habían muerto?

—Así es —respondió Anna—. Nadie podría haber salvado a la pobre niña, pero hasta el día de hoy Angus sigue culpándose por la muerte de Màiri.

—No fue culpa suya —dije yo.

—Ya lo sé, pero él se siente responsable. Se reprocha no haber encontrado la manera de hacernos llegar la noticia de que aún vivía, aunque estaba inconsciente y medio despanzurrado, en un sótano de algún lugar perdido de Francia. Desde entonces, no ha vuelto a tocar las aguas del lago. Solamente pesca en los ríos. De hecho, ni siquiera ha vuelto a pisar la esclusa.

—Aparte de eso, ¿se ha recuperado? Físicamente, quiero decir...

—Es fuerte como un toro. Lo he visto bajar de las colinas con un venado al hombro. La única razón por la que no ha vuelto al frente es porque lo necesitan en la escuela de combate. Sólo un miembro de la brigada puede entrenar a los demás, y eso es lo que hace en la Casa Grande la mayor parte del tiempo. El resto, se ocupa de mantenernos a todos bien alimentados.

—¿Crees que volverá a ser guardabosques cuando acabe la guerra?

Anna negó con la cabeza.

—No. El viejo señor murió. En realidad, falleció hace unos meses, pero su muerte se veía venir desde hace tiempo. El pobre no se recuperó nunca de la muerte de su hijo.

Recordé la reconvención de Bob el policía con el corazón encogido. En

las tierras del señor, por razones obvias, no se organizaban cacerías; en consecuencia, la caza furtiva no privaba a ningún rico de sus trofeos. Además, con sus incursiones, Angus completaba la dieta de todas las familias del pueblo. El suyo era un caso de robo justificado, y esperaba que el nuevo señor cambiara de opinión. Después de todo lo que había sufrido Angus, parecía una crueldad increíble no readmitirlo, no permitir que recuperase su trabajo cuando acabase la guerra. Era evidente que conocía y amaba la tierra.

—Bueno —dijo Anna con voz cansada—, ahora que ya he parloteado hasta dejarte sorda, creo que tendré que ponerme en marcha. Pero antes te traeré una taza de té.

—Anna... —la llamé cuando se levantó.

—¿Sí?

—Gracias por contármelo todo —dije—, aunque no sea asunto mío.

—Ah, no sé. Empiezo a considerarte una de nosotros.

Se me formó un nudo en la garganta. Pensé que quizá fuese lo más bonito que me habían dicho nunca. Y era sincero.

Cuando Anna me trajo el té, también me dio el periódico.

—Como Meg no hace más que dormir, he pensado que querrías algo para pasar el rato.

Se marchó y enseguida fui a ver cómo estaba Meg. Le apoyé una mano en la frente y contemplé un momento el movimiento rítmico de su pecho. Excepto por la cara maltrecha y la sangre pegada a los rizos pelirrojos, parecía tan apacible como una niña dormida.

Me senté en el sillón y abrí el periódico.

—«Ya queda poco», «Se aproxima el desenlace», «Alemania al borde de la ruina», proclamaban los titulares, pero el cuerpo de los artículos revelaba una realidad mucho más sombría.

Había un reportaje de un corresponsal de guerra agregado a la unidad de los Seaforth Highlanders, destacados en el Frente Occidental, que describía «escenas de total devastación», con soldados que intentaban limpiar campos de minas bajo una lluvia torrencial, pueblos abandonados donde todos los edificios habían quedado destruidos y pilas de cadáveres amontonados a ambos lados de la carretera. En otro artículo que hablaba de las mismas operaciones, un flemático mariscal de campo afirmaba: «Todo avanza a pedir de boca, pero el barro no ayuda».

Había un reportaje sobre la epidemia de neumonía que estaba haciendo estragos en Inverness y otro sobre la escasez de combustible. La reciente racha de bajas temperaturas había incrementado hasta tal punto el consumo que la leña de las reservas municipales se había agotado. Pese a las voces que pedían utilizar las reservas bélicas para cubrir las necesidades de la población más afectada del norte del país, nadie hacía nada al respecto. Mientras tanto, sólo en un depósito gubernamental había más de setecientas toneladas de carbón y mil de leña, pero los enfermos y los ancianos de Inverness no tenían nada que echar al fuego.

En medio de noticias que afirmaban que el Ejército Rojo había matado a

más de 1.150.000 soldados alemanes en poco más de un mes, que Tokio había vuelto a ser bombardeado y que las incursiones aéreas de los aliados habían reducido a escombros la ciudad de Dresde, había anuncios del cine Palace de Huntly Street (con el estreno de dos nuevas cintas, *No se puede racionar el amor* y *La pandilla de Hitler*, que se proyectaban en tres pases diarios) y de pastillas de levadura y vitamina B, «porque la belleza depende de la salud». Un fabricante de sales de fruta proclamaba que su producto limpiaba suavemente los intestinos, barría las impurezas y purificaba la sangre, mientras que un circunspecto aviso sobre las enfermedades venéreas advertía que su aumento era «uno de los puntos negros» del esfuerzo bélico de la nación, pero no ofrecía ningún consejo para prevenirlas.

Quizá la yuxtaposición más absurda fuera la de un artículo donde el mariscal Montgomery aseguraba que la guerra se encontraba en sus fases finales, junto a un reportaje sobre un carro lechero que se había accidentado mientras el conductor estaba depositando una botella de leche en el umbral de una vivienda. El caballo se había desbocado y había huido al galope por Old Edinburgh Road, entre botellas que «volaban en todas direcciones». Al tratar de doblar la esquina de High Street, el caballo había ido a chocar, con carro y todo, contra el escaparate de Woolworth's. Pese a sufrir «un corte grave en un hombro», el caballo estaba bien, tras ser rescatado por un policía y varios soldados.

La variedad de la información, la profusión de detalles y la colocación aparentemente aleatoria de las noticias y los anuncios eran para mí la prueba de que el mundo se había vuelto loco, pero a la vez seguía siendo el mismo de siempre.

Las matanzas aparecían descritas junto a anuncios de laxantes. Caían bombas sobre las ciudades, los hombres se mataban entre sí metidos en el barro hasta las rodillas y los civiles saltaban en mil pedazos en los campos de minas, pero los caballos todavía se desbocaban, la gente seguía yendo al cine y las mujeres aún se preocupaban por el cutis. No conseguí decidir si todo eso me hacía entender mejor el mundo o si, por el contrario, me garantizaba que nunca lo entendería.

El doctor McLean volvió por la tarde y dijo que, aunque ya no le preocupaba la conmoción, Meg aún no estaba fuera de peligro. Nos dijo que

siguiéramos atentos a los signos de empeoramiento y que ya podíamos intentar empezar a alimentarla, aunque poco a poco. Cuando le dije que Rhona le había preparado una sopa, dio su aprobación.

Después de acompañarlo a la puerta, fui a la cocina. El médico había despertado a Meg para examinarla, pero enseguida le había puesto una inyección, y yo quería que comiera algo antes de que volviera a dormirse. En cuanto Rhona me vio, se apresuró a servir en un cuenco su succulenta y fragante sopa y a tendérmela con sus dedos retorcidos.

—Gracias —le dije.

Se volvió, tan encorvada que la cara le quedó casi paralela a la superficie del líquido humeante. Llevaba el pelo blanco recogido hacia atrás en un moño y peinado con una raya al medio que le dejaba al descubierto casi dos centímetros de rosado cuero cabelludo. Habría sido incapaz de adivinar su edad. Podía tener cualquier edad entre los setenta y los noventa años, o quizá más.

Conseguí que Meg tomara unas cucharadas de sopa, antes de que la morfina la apartase de mí.

Tres minutos antes de las nueve, Angus subió la escalera con una brazada de leña.

Yo ni siquiera lo había oído. Hasta ese momento, tenía toda la impresión de estar completamente sola. Me pregunté qué harían Ellis y Hank, porque, que yo supiese, no habían vuelto. Quizá se hubiesen ido a otra parte después de ver el cartel en la puerta.

Angus dejó la leña junto a la chimenea, se sacudió las manos y se acercó a Meg.

—¿Cómo está? —se interesó.

—Se encuentra un poco mejor —respondí, antes de contarle la visita del médico—. Ha tomado un poquito de sopa, y a lo largo de la última media hora ha estado un poco agitada. He intentado que bebiera unos sorbos de agua.

—¿A qué hora le puso el doctor McLean la inyección?

—Hacia las cinco.

—Entonces ya le toca otra dosis. Por eso está tan inquieta.

Me senté en el sillón, observando cómo se la administraba. Era la primera vez que veía a Angus desde que Anna me había contado su historia.



Practicó una incisión en el cuello de una de las ampollas de vidrio, rompió la parte superior y rellenoó la jeringuilla. Después, enrolló una tira de goma en el brazo de Meg, insertó la aguja y fue apretando el émbolo poco a poco. Cuando terminó, se quedó junto a la cama, contemplando a Meg.

—Deberías irte —dijo volviéndose hacia mí—. Descansa un poco mientras puedas.

—Eres tú el que necesita dormir. Has pasado toda la noche despierto.

—Si no recuerdo mal, no estaba solo.

—No, pero yo dormí nueve horas cuando vino Anna. Resistiré fácilmente hasta la mañana. Lo malo es que no sé ponerle la morfina. Pero si te vas a la cama ahora, al menos podrás dormir cuatro horas antes de ponerle la inyección, y después podrás volver a la cama enseguida.

Puso los brazos en jarras mientras consideraba lo que acababa de decirle.

—Por favor —dije—. Así es como tiene que ser.

Arqueó las cejas.

—Me lo estás ordenando, ¿no?

—Anoche prometí que resistiría, y está claro que ahora te toca dormir a ti —afirmé, casi balbuciendo en mis prisas por explicarme—. Es lo que quería decir.

—Me gustaba más que me lo ordenaras.

Lo miré: sonreía.

Levanté la barbilla e intenté imitar lo mejor que pude a la directora del colegio de la señorita Porter.

—En ese caso, me temo que tendré que ordenarte que vayas a descansar.

Dejó escapar una risita y respondió:

—Dicho así, veo que no me dejas opción.

Al final se fue a dormir, pero no sin antes cambiar el hielo, avivar el fuego y obligarme a prometer que lo llamaría si necesitaba cualquier otra cosa, o incluso si cambiaba de idea respecto a quedarme levantada toda la noche, y en ese caso me aseguró que regresaría antes de que pasaran cuatro horas.

Me acurruqué en el sillón, que era suficientemente ancho para que casi pudiera acostarme. Sólo cuando me envolví las piernas con la manta noté que

seguía descalza y que aún llevaba puesto el camisón de la noche anterior y, por consiguiente, llevaba todo el día paseando de ese modo por toda la casa, delante del doctor, de Rhona y de todos los demás. Sencillamente, no había pensado en vestirme. Aunque me sentía avergonzada, en ese instante también experimenté una sensación de alivio. Casi con toda seguridad, velar a Meg toda la noche resultaría más cómodo estando en camisón.

Al parecer resultó demasiado cómodo.

El fuego produjo un chasquido sonoro que me despertó sobresaltada. En la alfombra, delante de mí, había una brasa roja. Me levanté de un salto, eché mano del atizador y la retiré de donde estaba. Tras recorrer rápidamente la habitación con la mirada para asegurarme de que no se había prendido nada, mis ojos descansaron en la cama de Meg. La seguí observando con creciente temor e insistencia, porque no distinguía ningún movimiento bajo las mantas.

En un instante estuve junto a su cama, muda de terror. Tenía la cara gris y la boca desencajada. El ojo derecho, el más hinchado, estaba semiabierto y dejaba ver parte del blanco de la esclerótica. Le apoyé una mano sobre el tórax, tratando de notar algún movimiento, pero mi propio temblor me impidió discernir nada. Le puse tres dedos en un costado del cuello para buscarle el pulso, pero tampoco noté nada.

—¿Meg? —dije primero en voz baja, y después con más fuerza—: ¡Meg!

Cogí el espejo de mano que encontré en el tocador y se lo aproximé a la boca. El espejo me temblaba sobremanera pese a mis esfuerzos por mantenerlo firme, pero conseguí sostenerlo orientado hacia su cara por lo menos una parte del tiempo. Aun así, no observé ni rastro de condensación.

Unos segundos después, bajé precipitadamente la escalera, tratando de orientarme a tientas en la oscuridad y gritando:

—¡Angus, Angus!

Me topé con él en la puerta de la cocina y enseguida me cogió los brazos para que me calmara.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—¡Meg no respira!

Nada más oírlo, echó a correr y, antes de que yo tuviera tiempo de girarme, ya estaba subiendo la escalera.

Cuando llegué a la habitación, lo encontré sentado en la cama, tomándole el pulso en la muñeca.

Me acerqué respirando pesadamente, sin atreverme a preguntar.

Al cabo de un tiempo que se me hizo insoportablemente largo, depositó la

mano de Meg sobre la cama y le tocó la frente.

—El pulso es normal —dijo—. Tiene la temperatura un poco alta, probablemente por estar cerca del fuego. Pero una hemorragia interna tendría el efecto contrario.

Me llevé la mano a la boca para contener un grito de alivio.

—¡Gracias a Dios! Me había quedado dormida y, cuando desperté y vi que no se movía, pensé... —Aspiré el aire entre los dedos, que formaban un triángulo unido por las yemas, antes de acabar la frase en un susurro—: Pensé que la había dejado morir.

—Tranquila, muchacha. Todo está en orden.

Entonces mi campo visual se llenó de un enjambre de moscas luminosas y después todo se volvió negro.

Lo siguiente que supe fue que tenía la frente apoyada en las rodillas y me miraba los pliegues del camisón. Estaba en el suelo y Angus me estaba ayudando a incorporarme. Me había pasado un brazo por debajo de las piernas, para levantarme las rodillas, y con el otro me sostenía la espalda.

—Quédate así hasta que te vuelva la sangre —dijo cuando intenté levantar la cabeza.

—Lo siento —repuse—. No sé qué ha pasado.

—Ha pasado que te has desmayado —me explicó—. Te has dado un buen golpe. ¿Te has hecho daño?

—No creo. Perdóname.

—No lo sientas. No hay nada que perdonar.

Sentí que se me formaban gotas de sudor en la frente y el labio superior, y el zumbido en los oídos se volvió más intenso. Una oleada de náuseas me recorrió el cuerpo.

—¡Dios! Creo que voy a vomitar.

Angus cogió rápidamente los cuencos, que estaban apilados en la mesilla de noche, y los dejó en el suelo, a mi lado.

Me horrorizaba la idea de vomitar delante de él, pero durante un breve instante pareció inevitable. Por fortuna, al cabo de un rato, la sensación pasó.

—Estoy mejor —dije.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—No estoy segura —respondí—. Ayer, creo, aunque hace un rato me he tomado una taza de té.

—Bueno, entonces es eso. ¿Dónde has puesto el botiquín de primeros auxilios?

—Está debajo de la cama.

Un minuto después, me estaba comiendo la chocolatina de emergencia. En cuanto la terminé, doblé el envoltorio y dije:

—Creo que ya puedo caminar.

—Y yo creo que deberías esperar un minuto o dos más.

Cogió un paño, lo escurrió y me lo pasó por la frente. Después de un momento, se lo quité de la mano y me lo apliqué en el cuello y en la nuca.

—Me parece que ahora ya estoy bien —dije—. De verdad.

—Ahora vamos a llevarte a la cama.

Se incorporó y me ofreció las manos para ayudarme a levantarme. Al ponerme de pie, me desplomé, y Angus me cogió con ambos brazos y me sostuvo.

—Tranquila, tranquila. ¿Necesitas sentarte otra vez?

—No —susurré, apoyada contra él—. Estoy bien.

—Tómame tu tiempo y avísame cuando estés lista.

Cuando finalmente pude controlar las piernas, le dije:

—Ahora estoy bien. Esta vez sí, de verdad.

—Muy bien —dijo sin soltarme—. Un pie después del otro. No puedo ir a buscar una vela, pero conozco el camino y no dejaré que te caigas.

—Hay algo que debes saber —dije mientras me conducía en la oscuridad por el pasillo.

—¿Qué?

—Hay cosas tiradas por el suelo de mi cuarto.

—¿Qué clase de cosas?

—Sobre todo ropa. Mi esposo estuvo buscando algo esta mañana.

Angus me sostuvo en la completa oscuridad de mi habitación y me condujo a través del desorden.

—Bueno, ya estás aquí.

Me dejé caer en la cama y apoyé la cabeza sobre la almohada. Al cubrirme con las mantas, me rozó con las manos el empeine del pie, el cuello, la barbilla...

—Lo siento de veras, Angus —dije en cuanto me hubo envuelto como a una oruga.

—¿Por qué? No pudiste evitar desmayarte.

—Por quedarme dormida después de prometerte que cuidaría a Meg.

—No te atormentes.

—Pero ahora tú no podrás descansar.

—Descansé unas horas, y daré unas cuantas cabezadas más. Aunque debo insistir en una cosa.

—¿En qué?

—No vuelvas a saltarte ninguna comida. No puedo teneros a todas de baja al mismo tiempo. La posada no funciona sola, ¿sabes?

Sus palabras me hicieron sentir un nudo agrisado en la garganta, el segundo del día.

Aunque no veía nada, sabía exactamente dónde estaba él. Sentía su presencia, y por un momento pensé que tendería las manos hacia mí. Contuve el aliento y me quedé completamente inmóvil, esperando, deseando y al mismo tiempo temiendo que lo hiciera.

Cuando vi que no pasaba nada, dije con voz temblorosa:

—¿Angus?

—¿Sí?

Durante un breve instante, pensé que iba a ser capaz de decirle algo, aunque no tenía ni la más remota idea de lo que sería, pero el silencio se prolongó y me abrumó. Vasto y opresivo, me rodeó hasta dejarme atrapada en su interior.

—Gracias por ayudarme a volver a mi habitación —dije finalmente.

—Será mejor que vuelva con Meg —contestó—. Que duermas bien, Maddie.

Unos segundos más tarde, la puerta se cerró tras él con un chasquido y yo me quedé sola y sin aliento en la oscuridad.

Al día siguiente me entretuve lo bastante para coger algo de ropa del suelo y vestirme antes de dirigirme a la habitación de Meg. Cuando llegué, todavía estaba intentando alisarme las arrugas de la falda.

—Siento haberme levantado tan tarde —dije, sin dejar de aplastar la tela completamente arrugada—. Supongo que tendría mucho sueño atrasado, pero sin...

Levanté la vista, pensando que encontraría a Anna, pero en su lugar vi a una mujer mayor, de cabello entrecano, sentada en el sillón. Estaba haciendo punto a velocidad de vértigo: clac-clac-clac-clac, entonaban las agujas, alimentadas por una línea interminable de lana que salía serpenteando de una bolsa depositada en el suelo. Entre las agujas, un calcetín estaba cobrando forma.

La mujer me miró por encima de unas gafas de montura metálica.

—Tú debes de ser la americana que ha mencionado Anna. Maddie Hyde, ¿no?

—Sí, soy yo.

—Yo soy la señora McKenzie, la madre de Anna, pero todos me llaman Mhàthair. Tú también puedes llamarme así, si quieres. Al fin y al cabo, todos somos hijos de Dios.

Me acerqué un poco más a la cama.

—¿Cómo está Meg?

—Ha tomado un poco de sopa al despertarse y también unos sorbos de té.

—¿Del té de hierbas que tú le preparaste?

—Sí. Le he dejado a Rhona un poco más de la mezcla. Intenta que beba todo lo que pueda. Es bueno para los cardenales y la hinchazón, pero sólo le servirá los dos primeros días. Después le prepararé otro.

Las agujas de Mhàthair no paraban en ningún momento, ni siquiera cuando me miraba. Yo observaba fascinada el calcetín a medio hacer.

—¿Dónde está Anna?

—En la granja. Volverá luego. Angus dijo que habías pasado una mala noche, así que decidí quedarme un poco para que descansaras.

—Gracias.

—Y ahora baja a comer algo. No tienes nada de carne en los huesos. He visto gorriones más robustos que tú.

Parecía que Angus les había contado a todos lo de mi desmayo porque, a los pocos minutos de sentarme, Rhona salió de la cocina con un plato de huevos revueltos, una loncha grande de jamón y una montaña de patatas fritas. Me puso delante el plato, lo señaló y después me apuntó a mí.

Acababa de volver a la cocina cuando Hank y Ellis entraron, animados y sonrientes, por la puerta principal. Parecían recién afeitados y venían envueltos en una nube de colonia. Ellis tenía un aspecto sonrosado y saludable, que me resultó difícil de creer, dado su estado del día anterior.

Cuando lo vi venir hacia mí, se me desbocó el corazón. Me sentí como el canario de mi suegra, atrapado en una jaula cada vez más pequeña.

—Buenos días, niña querida —dijo Hank, mientras se dejaba caer en una silla—. ¿Nos has echado de menos?

—Buenos días, cariñito —dijo Ellis, dándome un beso en la mejilla.

La bilis me subió hasta la garganta. No me podía creer que pensara que podíamos fingir que no había pasado nada. Incluso Hank tendría que haberse dado cuenta de que las cosas habían ido demasiado lejos, pero continuó con el tonto juegucito al que estaba jugando.

—¿Sí o no? —preguntó Hank.

—¿Sí o no qué?

—Echarnos de menos. Ya sabes, porque nos quieres mucho y hemos pasado la noche en el Clansman. ¡No me digas que ni siquiera lo notaste! —Se me quedó mirando expectante y al final puso cara de ofendida sorpresa—. ¡Dios mío! ¡No te habías dado cuenta! ¡Ellis, tu mujer ni siquiera notó que habíamos desaparecido!

—Por supuesto que me di cuenta.

—Pero ¿no nos has echado de menos?

—Lo siento, pero estuve ocupada —aduje.

—Sí, ocupada durmiendo, por lo que nos han dicho —repuso Ellis con una sonrisa—. Pasamos a recogerte por la tarde, pero la chica..., la que está herida no, la otra, la lenta de la cocina, nos dijo que estabas echándote una siesta. Y, a juzgar por tu aspecto, es evidente que la necesitabas.

Claro que tenía mal aspecto. Llevaba dos días sin peinarme ni

maquillarme. Él, en cambio, parecía la imagen misma de la salud. ¿Cómo era posible? ¿Habría conocido a alguien en el Clansman que le había dado pastillas para los nervios? No me cabía ninguna duda: debía de haber pasado algo que le había devuelto la lozanía a mi marido.

—Tampoco te has perdido mucho —afirmó Hank, encendiéndose un cigarrillo—. La única ventaja de aquel hotel sobre esta choza es que el comedor estaba abierto y nosotros nos moríamos de hambre. Pero... espera un momento, ¿qué tenemos aquí? —Miró mi plato con los ojos muy abiertos por el asombro—. ¡Ellis, quizá deberíamos habernos quedado aquí después de todo! ¡Mira! No he visto un desayuno como éste desde antes de cruzar el charco.

—Tiene buena pinta —convino Ellis, estirando el brazo para coger unas patatas—. Sea como sea, cariño, sube a hacer la maleta y píntate un poco la cara. Nos vamos de excursión.

—¿Qué? —pregunté.

Hank también me robó unas patatas y se las metió en la boca.

—¡Oh! ¡Están muy buenas!

Se chupó los dedos y cogió algunas más.

—Como te decía —prosiguió Ellis—, nos vamos a Fort Augustus. Uno de los vejestorios con los que charlamos anoche en el Clansman nos dijo que la abadía conserva manuscritos donde aparecen detallados los primeros avistamientos del monstruo. Dicen que uno de los hombres de Cromwell lo vio en torno a 1650. Dejó consignado en su diario que había visto «islas flotantes», pero como en el lago no hay islas, lo único que pudo haber visto es el monstruo, o quizá incluso varios ejemplares, lo que resulta particularmente interesante por varias razones. También hay grabados de la bestia que se remontan a la época de los pictos que quizá puedan ofrecernos alguna pista más. Debe de haber alguna pauta que todavía no hemos descubierto. Podría ser algo tan sencillo como una migración estacional. Es un poco como descifrar una clave secreta: es muy complicado, pero nos estamos acercando. De hecho, estamos tan cerca que prácticamente lo estamos tocando.

Me lo quedé mirando, incapaz de creer que acabase de comparar sus actividades con el descifrado de claves secretas o con cualquier otro asunto relacionado con la guerra.

—No puedo ir con vosotros —respondí.

—¿Por qué no?

—Porque tengo que cuidar a Meg.



Ellis se retrepó en su asiento y suspiró.

—Cariño, no puedes cuidar a Meg. Pero si te sientes mejor, podemos contratar una enfermera.

—Pero se lo he prometido a Angus...

Un destello de furia le iluminó la cara.

—¿Angus? ¿Desde cuándo Barbanegra es *Angus* para ti? ¡Dios santo, Maddie! ¿Cuántas veces te he dicho que no puedes hacer amistad con el servicio?

—De acuerdo. Le he prometido al *capitán Grant* que cuidaría a Meg.

La expresión de Ellis pasó de la indignación al agravio. Desvió la mirada.

—Eso ha estado fuera de lugar.

—¿Por qué dices que ha estado fuera de lugar? —insistí—. Ese hombre es capitán. Eso significa que es un oficial del ejército aliado, y no alguien «del servicio».

—Sea cual sea su rango, es un cazador furtivo y un delincuente, y no entiendo por qué toda la gente de por aquí, incluida por lo que veo mi propia esposa, parece considerarlo un héroe.

—Porque es un héroe. Tú no sabes nada de él.

—Y ¿tú sí? —preguntó.

Fijé la vista en la pared opuesta, sin decir nada.

Ellis se inclinó hacia delante y entrecruzó los dedos, con las manos apoyadas sobre la mesa. Tenía la expresión insufrible que solía adoptar cuando se convencía de que mis opiniones eran el resultado de mi «fragilidad mental».

—Comprendo que estés preocupada por Meg y que quieras que se recupere —dijo con paciencia—, pero no hay ninguna razón para que la atiendas tú personalmente.

—Al contrario, sí la hay. Es mi amiga.

—No es tu amiga. Es una camarera.

—Que casualmente es amiga mía.

Ellis agachó la cabeza y suspiró. Al cabo de unos segundos, volvió a mirarme.

—Sé que te encuentras en un estado delicado, pero me gustaría que pudieras ver con claridad lo que está sucediendo.

—No me encuentro en un estado delicado. Estoy bien.

—No, cariño, no estás bien —dijo—. Has tirado tu medicación por el

retrete. Estás imaginando cosas que no son y estás olvidando tu posición social. No me malinterpretes. No te culpo de nada. Sé que no es culpa tuya. Simplemente son síntomas de tu trastorno. Pero si no hacemos nada, esta gente se aprovechará de ti, si no lo ha hecho ya. Y yo, como marido tuyo que soy, tengo el deber de protegerte. En Fort Augustus hay un hospital, bastante conocido, a decir verdad... Se me ocurrió que podrías ingresar un tiempo, sólo hasta que recuperes el equilibrio.

De repente me invadió el horror, pues comprendí que Ellis tenía pensado encerrarme. No sólo había dado con una solución para conseguir todas las pastillas que quisiera, sino que había encontrado la manera de lograr que se interpretase todo lo que yo dijera de su daltonismo —de su comportamiento en general— como una manifestación de mi imaginación enfermiza: además, de ese modo él parecería un marido leal, mártir, merecedor de piedad y respeto.

¡Pobrecito Ellis, obligado a cargar con la loca de Maddie! ¡Cuántas cosas debía soportar en silencio, sin una sola queja! Era una pena, porque el suyo había sido un matrimonio por amor, contra los deseos expresos de sus padres. Pero, al final, ella había resultado estar tan perturbada como su madre.

Todos menearían tristemente la cabeza, expresando un grado adecuado de compasión y sintiendo al mismo tiempo la emoción de haber acertado en sus pronósticos, porque todos habrían sabido desde el principio que lo sucedido era inevitable. Y entonces, una por una, las grandes señoras de la buena sociedad de Filadelfia harían su peregrinaje a la casa de Market Street para manifestar sus condolencias a Edith Stone Hyde, que aparecería ante ellas grave y contenida, pero alegre en el fondo por haber demostrado que estaba en lo cierto.

Me pregunté si, pensando en todo eso, Ellis me imaginaría encerrada en el desván, como la primera esposa demente del señor Rochester, pero sometida gracias a la acción de los fármacos.

Para guinda del pastel y mayor belleza de su plan, yo aún estaría viva, por lo que ni siquiera tendría que casarse de nuevo. Entonces le llegaría el turno a Hank de montar una farsa. ¡Pobre Violet! ¿Interpretaría el papel con tanta ingenuidad como yo o descubriría el engaño?

Pero la magistral solución que Ellis había concebido para mí tenía un fallo monumental: a menos que el coronel lo perdonara, él no estaría presente al lado de su madre para beneficiarse de la compasión. Sin la absolución del coronel, seguiría con las manos vacías. Por eso le interesaba más que nunca encontrar al monstruo.

Se oyó un grito en la calle. Alguien llamaba.

—Es George. Tenemos que irnos —dijo Hank mientras se ponía de pie.

—Por favor, ven con nosotros —dijo Ellis, mirándome a los ojos—. Te lo suplico.

Otro grito en la calle.

—Ellis, tenemos que irnos —dijo Hank.

—Querida, por favor, recapacita —insistió Ellis.

Negué con la cabeza.

Después de una pausa, se puso de pie.

—Detesto dejarte sola de este modo, aunque sólo sea por unos días. Pero si no quieres venir, no tenemos opción. De un modo u otro, tenemos que terminar con esto para poder volver a casa y empezar de nuevo.

—Tu plan no funcionará —aseguré en voz baja—. No me encerrarán, porque no estoy loca. Nunca lo he estado.

Él sonrió entristecido.

—Te veré dentro de unos días, querida. Cuídate.

Unos días. Sólo disponía de unos días para encontrar el modo de escapar del desastre, porque a pesar de mi bravuconería, no estaba completamente segura de que no pudiera hacer que me internasen. Y desde luego no permitiría que me divorciara de él: en el pleito saldrían a la luz toda clase de cosas, y él haría cualquier cosa por mantenerlas en secreto.

Por la tarde, durante un momento en que estuvo despierta, Meg nos pidió un espejo.

Anna y yo cruzamos una mirada.

—¿Por qué no esperas unos días? —sugirió Anna—. Dale tiempo al té de Mhàthair para que te haga efecto.

—Quiero verme —dijo Meg—. Ya sé que no me gustará.

Anna me miró consternada, y yo me encogí de hombros. No veía cómo podíamos decirle que no.

—Bueno —replicó ella—. En ese caso, deja que te arreglemos un poco.

Le quitó y limpió parte de las costras amarillentas que aún se le formaban alrededor de los cortes de la boca y el ojo. Fui a buscar mi cepillo para el pelo, que tenía las cerdas más suaves que el de Meg, y la peiné con cuidado, procurando no tocar las zonas más delicadas, mientras intentaba que se le

marcaran las ondas. Anna se limitó a observarme, mordisqueándose las uñas.

Cuando le di el espejo, Meg se miró y giró la cabeza a un lado y a otro. Después se llevó los dedos a la mejilla maltrecha y repasó el contorno de la herida suturada antes de palpar el hueco que habían dejado las muelas. Finalmente dejó el espejo en la cama y rompió a llorar.

Dos días después, el doctor McLean decidió sustituir la morfina de Meg por un tónico de color rojo brillante.

Mientras guardaba las jeringuillas en una caja junto con lo que quedaba de morfina, hizo una pausa y frunció el ceño. Enseguida se puso a mover con un dedo las ampollas de cristal, tanto las llenas como las vacías.

—¡Qué raro! —exclamó finalmente—. Habría jurado que había traído más. Deberían quedar cuatro. No le habrás dado una dosis doble por accidente, ¿no?

—Yo diría que no —replicó Angus, visiblemente ofendido.

—No, claro que no —dijo el médico, negando con la cabeza—. Debí de contar mal.

Se me hizo un nudo en el estómago. Yo sabía qué había sido de la morfina desaparecida, y a qué se debía el increíblemente saludable aspecto de Ellis.

Cuando Anna vio el tónico, asintió satisfecha. Para ella, era señal de que todo volvía a la normalidad.

Para Meg, en cambio, significaba que ya no podría eludir el dolor durmiendo. Además, el doctor McLean había insistido en que las inspiraciones profundas ya no eran suficientes. Era preciso que se levantara y tratara de recorrer todo el pasillo dos veces al día, para prevenir la formación de coágulos. Meg lo soportaba con valentía, pero era evidente que cada paso era una agonía para ella. Anna y yo nos poníamos a los lados, sosteniéndola por los codos, e intentábamos animarla. Cuando la llevábamos de vuelta a su habitación, la ayudábamos a sentarse en su sillón, donde permanecía con la espalda bien recta, hasta que reunía valor para irse de nuevo a la cama. No era fácil, porque para acostarse tenía que usar los músculos del abdomen y la espalda. Levantarse, reír, toser, respirar... Todo le producía dolor.

Rhona había sido una presencia constante desde la primera mañana, y desde el principio se había confabulado con Mhàthair para hacer continuos ajustes en la sopa que le dábamos. Nosotros también la tomábamos, y su naturaleza en constante transformación me resultaba fascinante y enigmática. Una vez vi una pila de hojitas verdes en una esquina de la mesa grande de la cocina. Las toqué sin pensar, creyendo que quizá fuese hierbabuena, pero resultaron ser los primeros brotes de una planta de ortiga, y tuve que pasar varias horas con las manos metidas en un cuenco lleno de nieve. Anna y Meg encontraron enormemente divertido el incidente, aunque al final Meg tuvo que rogarnos que dejáramos de mencionar el asunto, porque no podía soportar el dolor que le causaba la risa. De lo que no se percataron fue de que mis risas se habían tornado llanto.

No había manera de eludir el problema: unos días eran tres, cuatro a lo sumo. Mi período de gracia casi había expirado.

Los cuatro días pronto fueron cuatro, cinco, seis..., pero Hank y Ellis continuaban sin dar señales de vida. Casi me habría gustado que hubiesen regresado para acabar con aquello de una vez por todas, porque el terror me invadía cada vez que se abría la puerta principal.

Y por la noche la cosa empeoraba. No paraba de devanarme los sesos, privándome del sueño, y sin embargo todavía no había dado con una solución. No tenía nada de dinero, ni en un banco ni en mi persona, de modo que aunque hubiese sabido a quién era preciso sobornar para conseguir una plaza en otro carguero, tampoco podría haber pagado las sumas requeridas. Ni tenía adónde ir al final de la travesía.

Aunque ya no había ninguna necesidad, seguí durmiendo en la habitación de Meg. Tenía miedo de que Ellis volviera y fuese a buscarme a la mía.

El séptimo día, cuando Rhona empezó a preparar pasteles de carne, deduje que Angus iba a reabrir la posada.

No entendía cómo pensaba hacerlo. Aunque Rhona se ocupara de hacer la comida, aún pasarían varias semanas antes de que Meg pudiera cargar una bandeja, y Rhona era demasiado débil. Angus no podía servir, recoger las mesas y atender la barra.

Cuando bajé, vi que sostenía la puerta abierta y estaba retirando el cartel, sujetando entre los labios las tachuelas que iba quitando.

—¿Todo bien? —masculló, mirándome de reojo.

—Sí, no pasa nada. Pero quería preguntarte algo.

—Pregunta.

—Veo que piensas reabrir la posada, y me preguntaba si yo podría ayudar. Es demasiado trabajo para una persona, y Meg dice que puede quedarse sola un par de horas, si le dejas un libro para leer.

Angus escupió las tachuelas en la mano y cerró la puerta.

—Y ¿qué crees que pensará tu marido al respecto?

—No le hará ninguna gracia. A decir verdad, lo impediría, pero no está en el pueblo.

—Ya me había dado cuenta —respondió con una risotada breve—. Pero ¿por cuánto tiempo?

—No estoy segura, la verdad —respondí—. Esperaba que estuviera de vuelta hace un par de días.

—¿Y si vuelve y te encuentra atendiendo la barra?

—Montaría una escena, pero creo que ésa sería la menor de mis preocupaciones.

Angus dejó las tachuelas sobre la mesa más cercana y me miró.

—Maddie, ¿hay algo que yo deba saber? Porque si no lo sé, no podré ayudarte.

Quería contárselo, pero no había nada que pudiera hacer.

Se hizo un largo silencio mientras él seguía mirándome con los brazos en jarras, la expresión grave.

—Es complicado —repuse al cabo— y, pensándolo bien, no creo que nadie me pueda ayudar.

—¿Estás segura?

Asentí y contesté:

—Sí, pero por el momento procuro no pensar en ello. De modo que ¿qué dices? Podría distraerme ayudando a la hora de la cena.

—Agradecería mucho la ayuda —respondió él, la voz aún rezumando gravedad—. Y si cambias de parecer y me quieres contar lo que sucede, ya sabes dónde encontrarme.

Unos minutos antes de las seis, la hora en que me esperaban en el piso de abajo, me detuve un momento delante de la puerta de Meg. Antes la había

ayudado a instalarse en el sillón, donde había decidido ponerse a leer. Por lo visto, tener la espalda recta le resultaba más cómodo que estar recostada en la cama.

—Voy a bajar. ¿Quieres que antes te traiga algo? ¿Te sirvo más té? ¿Te ayudo a volver a la cama?

Miró por encima del lomo de *Más vale pájaro en mano que muerto en el desván* y después se apoyó el libro boca abajo en el regazo.

—¿Piensas ir así vestida?

—Así pensaba ir —respondí, bajando la vista para mirarme.

Llevaba un vestido azul marino en el que esperaba que no se notaran mucho las manchas, y zapatos de tacón bajo, para estar segura de no tropezar.

Meg chasqueó la lengua y frunció el ceño.

—Parece que has ido a un funeral, por amor de Dios. Se supone que tienes que levantarles el ánimo, no deprimirlos. Ve a ponerte algo más apropiado y después vuelve.

—¡Pero la gente comenzará a llegar en cualquier momento! —protesté.

—Angus puede empezar a servir cerveza mientras tú te pones presentable —dijo con firmeza—. Al menos te has peinado y maquillado —añadió entre dientes mientras volvía a centrarse en el libro.

Me situé delante del armario y consideré mis posibilidades. Elegí un vestido de rayón rosa con falda plisada y cinturón a juego, y un par de zapatos de tacón suficientemente alto para alargarme las pantorrillas sin poner en peligro mi equilibrio ni reducir mi velocidad, o al menos eso esperaba.

Un momento después, me planté delante de la puerta de Meg con las manos en las caderas.

—¿Así estoy bien? —dije.

La pregunta era retórica, pero ella me estudió con ojo crítico, desde el pelo hasta la punta de los pies y otra vez hacia arriba.

—Date la vuelta —dijo haciendo girar un dedo en el aire.

La obedecí, aunque oía que estaban llegando los primeros clientes.

—La línea de las medias está un poco torcida —señaló—, pero aparte de eso, harás muy buen papel.

Aunque imaginé que la porcelana se me caería al suelo y la cena iría a parar a los pantalones de los comensales, no fui un completo desastre.



Ciertamente sí fue raro al principio: a medida que iban llegando, los clientes se quedaban de una pieza al verme detrás de la barra. No estoy segura de que entendieran del todo lo que estaba sucediendo, hasta que vieron que Angus me enseñaba a tirar pintas de cerveza y a servir medidas de licor, y que yo aplicaba mis conocimientos. Entre pedido y pedido, no sabía qué hacer con las manos ni tampoco hacia dónde mirar. Me sentía como si me hubieran empujado desnuda a un escenario y se me hubieran olvidado todos mis parlamentos.

Cuando los más curiosos y maliciosos comenzaron a pedirme directamente las bebidas, se dirigían a mí llamándome señora Hyde, aunque estaban oyendo que Angus me llamaba abiertamente Maddie. Fue una noche extraña en lo que a nombres se refiere porque, cuando por fin empezó el lento goteo de los leñadores —que habitualmente llegaban en grupo bullicioso—, noté que su actitud era sumisa y que se dirigían a Angus llamándolo capitán Grant o señor. Pensé que estaban tanteando el terreno para ver si seguían siendo bienvenidos.

Willie el cartero fue el único en hacer un comentario directo. Se paró en seco nada más entrar, en cuanto me vio, y a continuación avanzó a grandes zancadas hacia la barra.

—¿Qué es esto? —dijo recorriéndome con la mirada de arriba abajo—. ¿Me engañan mis ojos?

—¿Qué te sirvo, Willie? —replicó Angus, como si no lo hubiera oído—. ¿Lo de siempre?

—Sí —respondió él sin dejar de contemplarme con suspicacia.

Al final conseguí tirar una pinta de cerveza sin que más de la mitad fuera espuma. En los momentos de calma, intentaba recordar lo que hacía Meg. Me aseguraba de llenar las jarras de agua, llevaba los vasos vacíos a la cocina y limpiaba la barra con la bayeta hasta que me dolían las muñecas, pero lo que no podía hacer era charlar con los clientes, coquetear y anticiparme a sus deseos.

No hubo un solo hombre del pueblo que no preguntara por Meg, aunque todos lo hicieron individualmente y de manera discreta. Era evidente que sabían lo sucedido, pero ninguno mencionó el nombre de Rory. Angus les respondía que estaba mejorando pero aún no se sentía bien, y que ya le

transmitiría sus buenos deseos. Todos ellos, por su parte, respondían con graves gestos afirmativos y expresión de muda rabia en la cara.

Los leñadores no preguntaron nada, y su incomodidad iba en aumento a medida que avanzaba la noche. Me pareció que estaban tratando de decidir si debían marcharse, y pensé que quizá habría sido lo mejor para ellos.

*Conall* estaba en su lugar habitual junto al fuego y, por sus ojos esperanzados, me di cuenta de que estaba aguardando a que fuera a sentarme a su lado. Me seguía a todas partes con la mirada pero, con el paso del tiempo, se convenció de que ya no iría a pasarle trocitos de mi cena de contrabando, y entonces perdió la fe y apoyó la cabeza en el suelo. Me costó mucho no llevarle cualquier golosina. Teníamos un pacto y me daba pena romperlo.

Cuando todas las mesas y sillas estuvieron ocupadas y me vi obligada a ir y venir corriendo entre el comedor y la cocina, las horas empezaron a pasar volando y, antes de que pudiera darme cuenta, todos habían cenado y yo había levantado las mesas, sin romper nada. En toda la noche derramé únicamente dos cervezas y sólo una le cayó encima a un cliente: el gaitero Ian Mackintosh, que reaccionó con gran amabilidad.

A las nueve, Angus sintonizó en la radio el noticiario nocturno y yo me detuve un momento delante de la puerta, para escuchar.

El Ejército Rojo estaba cada vez más cerca de Berlín y había cortado las líneas férreas y las carreteras que conducían a la ciudad. Tras reducir Dresde a escombros, los aliados seguían bombardeando Alemania «día y noche», según dijo el locutor. Las tropas británicas habían tomado Ramree, una isla en Birmania, y había comenzado una importante batalla en Iwo Jima, una isla cercana a las ciudades más importantes de Japón.

Volví a meterme en la cocina para no oír el recuento de bajas.

Rhona había apilado los platos junto al fregadero, y me situé a su lado dispuesta a ayudar. Parecía haberse encogido a lo largo de la noche, y se movía con más lentitud incluso que de costumbre. Si hubiésemos hablado el mismo idioma, le habría sugerido que descansara un poco y dejara que me ocupase yo de los platos.

*Conall* había aparecido detrás de nosotras y, cuando el último plato estuvo lavado, profirió un suspiro afligido y se dejó caer sobre la cama de Angus, como si mi crueldad lo hubiera privado incluso de la energía para subirse de un salto.

Si hubiera fregado los platos yo sola, le habría permitido que lamiera algunos.

Cuando todos se marcharon, serví un plato de la última versión de la sopa y se lo subí a Meg, con media pinta de cerveza.

—Toc, toc —dije, aunque la puerta estaba abierta—. Te he traído una cosita.

Meg había vuelto sola a la cama y estaba acostada de cara a la pared.

—A menos que sea morfina, no lo quiero.

Dejé el plato y el vaso sobre la mesilla de noche y me senté a su lado. Había perdido el poco color que tenía unas horas antes.

—¿Qué ha pasado? Pensaba que ya estabas mejor.

—Lo estaba —aseveró—. Creo que he abusado de mis fuerzas.

—Te he traído un poco de sopa. ¿Quieres volver al sillón?

—No, me parece que lo peor ha sido estar sentada en el sillón. —Se acodó, despacio, con aire vacilante. Sólo verla causaba dolor—. Ponme una almohada detrás. ¿Cómo ha ido todo allá abajo?

—Bien, creo —dije—. Sólo he bañado de cerveza a un cliente.

Le coloqué el plato bajo la barbilla y le di media cucharada de sopa. Hizo una mueca y comenzó a mover cautelosamente la mandíbula. Unas horas antes, Rhona había añadido a la olla trozos muy pequeños de apio, patata y otras verduras.

—¿Quieres que saque las verduras?

—No, gracias. Las puedo comer, sólo he de ir con cuidado.

—Bebe un sorbito de cerveza —dije mientras dejaba el plato de sopa y le ofrecía el vaso—. Una persona muy sabia me dijo una vez que espesa la sangre.

—Quizá no fuera tan sabia, después de todo —repuso Meg con una sonrisa irónica. Y bebió un trago y me lo dio—. Cuando te he preguntado cómo ha ido todo, lo que quería saber en realidad era...

Guardó silencio. Al cabo de unos segundos, se echó hacia atrás y cerró los ojos.

Por fin comprendí el verdadero significado de su breve mejoría y del colapso que había sufrido a continuación.

—No, no ha venido, y me parece que no vendrá. No creo que se atreva.

Asintió, y vi que parpadeaba. Tenía las pestañas mojadas por las lágrimas.

—Lo siento mucho, Meg.

—Sí —dijo ella, sorbiéndose la nariz—. Supongo que ya lo sabía y que será lo mejor. Pese a todo, ¡Dios me perdone!, todavía lo quiero. No es algo

que puedas apagar así, sin más.

Le cogí la mano.

—Entonces ¿estás segura de que no puedes arreglar las cosas con tu marido? —quiso saber.

Me invadió una gran desazón.

—¿Cómo dices?

—Anna me contó que te ibas a divorciar. Por favor, no te enfades, es sólo que no conoce a ninguna divorciada.

—¡Y todavía no conoce a ninguna! Y es probable que no la llegue a conocer, porque no me voy a divorciar.

—Te has enfadado —observó Meg, con un repentino sollozo—. No debería haber dicho nada.

—No, no, no, no llores —le supliqué—. No estoy enfadada, exactamente, pero sí un tanto asustada. ¿A quién más crees que se lo ha dicho?

—Puede que a Angus, pero lo dudo. Me hizo jurar que guardaría el secreto.

Angus. El corazón me dio un vuelco sólo de pensarlo.

—Da lo mismo, mañana le diré que has cambiado de opinión, y asunto zanjado. Entonces ¿sólo ha sido una mala racha?

—No —aseguré—. Es algo irreparable, estoy segura.

—Tal vez las cosas se calmen. Nunca se sabe. Seguro que hubo una época en que os queríais.

Sacudí la cabeza.

—Yo creía que sí, pero no, me temo que no. Su afecto siempre estuvo en otra parte.

Estaba acurrucada en el sillón cuando la sirena de la alarma antiaérea lanzó su gemido desgarrador. Empezó sin previo aviso y casi sin preámbulos. En cuestión de segundos, pasó del silencio a un aullido ensordecedor.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé mientras me ponía en pie de un salto y miraba desesperada a mi alrededor.

El mono que Meg había preparado para las alarmas antiaéreas estaba guardado debajo del sillón. Lo saqué y me quedé con él en las manos, a los pies de la cama. No sabía cómo hacer para ponérselo. Pero unos segundos después, antes de que pudiera intentarlo siquiera, Angus y *Conall* aparecieron en la puerta.

—Póntelo tú —me dijo Angus cuando encendió la linterna y vio que lo tenía en las manos—. Y coge las máscaras antigás.

—¡Id vosotros dos! —exclamó Meg—. Yo no puedo.

—¡Claro que puedes! —la contradijo Angus.

Me arrojó la linterna, levantó a Meg con todas sus sábanas y sus mantas, y salió con ella al pasillo.

Yo me puse el traje de Meg, recogí las máscaras antigás y bajé precipitadamente la escalera.

Un trozo de luna entre las nubes nos reveló la forma achaparrada del refugio, y yo corrí hacia él para sujetar la cortina mientras Angus entraba con Meg. Después entró *Conall* y yo lo seguí, dejando que la cortina se cerrara detrás de mí.

Encendí la linterna y la apoyé contra la pared. Angus se dirigió hacia las literas del fondo, encorvado porque era demasiado alto, y depositó a Meg en la más baja. Ella se volvió de costado, retorciéndose de dolor.

—Dame su máscara —dijo agachándose a su lado—. Y tú ponte la tuya.

Le puso a Meg la máscara sobre la cara maltrecha. Ella gimió y se acurrucó todavía más.

Angus buscó a tientas detrás de la litera y sacó un rollo de lona marrón.

Tenía un cartel que decía: PRIMEROS AUXILIOS. Lo desplegó, dejando al descubierto una variedad de instrumental quirúrgico y varios recipientes atados con correas. Un momento después, le estaba aplicando a Meg una inyección en el brazo.

—¿Qué es? —pregunté, arrodillándome a su lado—. ¿Morfina?

—Sí, en una jeringuilla preparada. Ha sufrido mucho en el camino hasta aquí y no veo ninguna razón para que no pase este mal trago durmiendo. — Volvió a mirarme—. Te he dicho que te pongas la máscara.

Estaba luchando con las correas cuando Angus giró sobre sus talones y me hizo algo en la cabeza, a mi espalda. Investigué con una mano. Me había asegurado las correas con un imperdible.

Varios aeroplanos empezaron a sobrevolarnos con estruendo, uno tras otro. Yo chillé y me cubrí la cabeza. Angus me rodeó con sus brazos y yo me agarré a él con todas mis fuerzas, hundiéndole contra el hombro el extremo de mi máscara antigás.

—Son cazas, solamente cazas. No hay nada que temer —dijo—. Sube a la litera de arriba. Todavía tengo que ir a buscar mi arma.

Me agarré al borde de la litera superior y él me ayudó a subir ofreciéndome las dos manos como peldaño, como si me ayudara a montar un caballo. Una vez arriba, me costó mucho encontrar la manera de arrojarme con las mantas, porque la máscara antigás me impedía ver lo que estaba haciendo.

—Volveré enseguida —dijo él mientras agachaba la cabeza para marcharse.

Yo le grité e incluso intenté agarrarlo, pero al cabo de un momento se había marchado. Mientras oía el vuelo de más aviones sobre nuestras cabezas, me puse a llorar dentro de la máscara antigás.

El fusil debía de estar en algún lugar del refugio, porque Angus regresó enseguida.

—No te preocupes —dijo agachado junto a la cortina—. Son más cazas.

La sirena era implacable y no dejaba de subir y bajar, subir y bajar... Al cabo de unas horas, ya ni siquiera la oía, sumida en una especie de estupor.

Me acosté de lado, observando todo el tiempo a Angus. Mantenía la cabeza ligeramente inclinada y se notaba que estaba aguzando el oído. Cada vez que rugían los motores de un aeroplano sobre nuestras cabezas, me gritaba de qué clase era. Yo no conocía la diferencia entre un Lockheed Lightning y un Bristol Blenheim, pero supuse que si Angus no estaba fuera disparándoles,

sería que no había peligro de que nos bombardearan. Me acostumbré tanto al aullido de la sirena que me sorprendió cuando por fin su sonido se volvió continuo, mantenido en la nota más aguda.

Cuando, por último, se tornó más grave y cesó, Angus guardó el fusil.

—Ya está —dijo mientras se ponía de pie.

Se acercó al fondo del refugio y salió de mi campo visual cuando fue a ver cómo estaba Meg.

Reapareció segundos después, colocó los antebrazos sobre el borde de la litera y apoyó la barbilla encima de las manos. Tenía la cara justo delante de la ventana de plástico transparente de mi máscara antigás, y entonces me di cuenta de que no se había puesto la suya. Ni siquiera la había traído. Había bajado demasiado cargado.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Empecé a mover los pies para quitarme la manta de encima.

—No te muevas —dijo—. Meg está dormida.

—¿Vamos a pasar la noche aquí? —pregunté, con la voz amortiguada por el caucho de la máscara antigás.

—Sí, lo que queda de la noche. Será más fácil hacer el camino de vuelta a la luz del día. No quiero zarandearla otra vez. —Golpeó con un dedo la ventana de mi máscara—. Ya te puedes quitar esto.

Cuando me la quité, la cogió y se inclinó para guardarla en su ridículo estuche rojo.

—¿Estás bien arropada? —dijo.

—Sí, pero ¿dónde dormirás tú?

—Entraré un momento a buscar una manta.

—¿No será mejor que yo baje a acostarme con Meg y tú te quedes en la litera de arriba?

—No. Está hecha un ovillo y tendríamos que despertarla para moverla. Nos quedaremos como estamos.

—Aquí arriba hay espacio para los dos —dije.

Levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Esta vez no había ninguna separación; no había ventanas de plástico, ni botes verdes de hojalata, ni caucho negro, ni ninguna otra cosa que pudiera disfrazar mis palabras, unas palabras que no entendía cómo habían podido salir de mi boca.

Sonrió y se le formó una red de pequeñas arrugas en torno a los ojos.

—Lo siento —dije, consciente de que tenía las mejillas encendidas.

Me apoyó dos dedos sobre los labios y después me deslizó la mano por

debajo de la mejilla.

Hice una inspiración y me volví, apoyando la cara contra su mano y cerrando los párpados. Cuando volví a abrirlos, me estaba contemplando. Sus ojos eran tan penetrantes y sorprendentes como la primera vez que los había visto.

—Tranquila, *m'eudail* —dijo—. No pasa nada.

Retiró la mano.

—¿Adónde vas? —exclamé.

—Vuelvo enseguida —aseguró, saliendo del refugio.

Dejó la luz encendida. *Conall* lo esperó sentado junto a la entrada, con la cabeza inclinada como una gárgola.

Al cabo de un rato, regresó envuelto en una manta. Se sentó en el suelo contra la pared de la entrada y apagó la luz.

—Buenas noches, *m'eudail*.

Me llevé la mano a la cara y repasé lentamente la parte de mi mejilla que él había tocado.



Al décimo día, empecé a preguntarme si les habría sucedido algo a Ellis y a Hank. Y, de ser así, si alguien sabría cómo localizarme.

Cuando pasaron once días, se me ocurrió que quizá hubieran decidido no volver. En un principio me pareció un milagro, pero no tardé en convencerme de que la idea no era tan descabellada: Ellis no tenía dinero, ni un hogar al que regresar, mientras que Hank tenía todo el dinero del mundo y seguiría teniéndolo, estuviera donde estuviese. Podían cambiar de identidad, viajar a una tierra exótica, encontrar un fumadero de opio junto al mar y desentenderse de todas las preocupaciones. Sabía que yo formaba parte de esas preocupaciones, pero si de verdad habían huido juntos y no pensaban volver jamás, ¿por qué les iba a importar lo que fuera de mí? Tal vez hubieran llegado a tenerme algún afecto, después de todo, y hubieran decidido liberarme.

Naturalmente, no sería libre de verdad hasta que consiguiera que todo el asunto fuese legal, pero la idea fue como ver un delgado rayo de luz bajo la puerta de una prisión. Estaba segura de que Angus me dejaría quedarme hasta el final de la guerra. Yo trabajaba tanto como cualquiera, pero era más que eso. Me sentía como en casa en la posada, sentía incluso que me habían acogido.

Me faltaba el valor para pensar en lo que sucedería cuando acabara la guerra y volviese el propietario.

También tenía una esperanza y un deseo más profundo, pero no me podía permitir pensar en ello, no empezara a concebir que era posible, puesto que sabía que no lo era.

A los doce días de ausencia de mi esposo, volví a mi habitación.

A media tarde, Anna y yo nos encontramos en la habitación de Meg. Nos

manteníamos apartadas de la cocina porque Rhona estaba preparando otra sopa, esta vez con pierna de cordero y cebada. Por lo visto, Rhona y Mhàthair habían urdido un minucioso plan para la recuperación de Meg, basado en la administración de sopas e infusiones. En ese momento había cuatro grandes cacerolas cociendo a fuego lento, impregnando el ambiente de un aroma irresistible.

Irresistible para todos, menos para Meg.

Las tres estábamos tumbadas en su cama, jugando a las cartas, cuando ella arrugó la nariz y preguntó qué era eso que olía tan mal. Le describí la nueva sopa.

—¡No, caldo escocés no! —exclamó—. ¡Hace dos semanas que no como comida de verdad!

Anna y yo cruzamos una mirada. Era la primera vez que Meg demostraba cierto interés, verdadero o no, por cualquier tipo de comida desde que había resultado herida.

—Ahora vuelvo —dijo Anna, entrando en acción.

Regresó al cabo de un momento con un plato de gachas y un huevo pasado por agua, ambos nadando en mantequilla.

—Espero que lo disfrutes —dijo dándole el huevo a Meg y colocando el otro plato sobre la mesa—, porque cuando Rhona se lo cuente a Mhàthair, ésta me mata.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque he puesto patas arriba todo su plan para el día y he arruinado su buena obra.

—¡Qué delicia! —dijo Meg con la boca llena de huevo—. ¿No habrá otro más?

—Me temo que no, pero a partir de ahora, te traeré un huevo todos los días.

—¿Y si las gallinas no cooperan? —pregunté.

—Entonces las agarraré y las estrujaré hasta que suelten los huevos —respondió Anna, haciendo con las manos ademán de estrangularlas—. Y, si no funciona, les recordaré lo que le pasó a *Jenny*.

—¿Quién es *Jenny*?

—La gallina que está en la sopa. Había dejado de poner. ¿Quieres que te diga cómo se llamaba la oveja que está en la otra?

—¡No! Prefiero no saberlo —respondí.

—*Elsie* —prosiguió Anna sin prestarme atención—. Fue una buena

oveja. También la hemos puesto en la conserva de carne, el pote escocés y el *haggis*. Así es... Seguiremos viendo a *Elsie* durante bastante tiempo todavía.

—¡Basta! —exclamé yo, tapándome los oídos con las manos—. ¡Nunca más podré comer aquí!

—¡Chica de ciudad...! —comentó Anna, meneando la cabeza—. ¡Si ni siquiera conociste a *Elsie*! Y, a propósito, si sostienes así las cartas, te las veo...

—¡Portaos bien! —exclamó Meg, procurando no reírse, en vano—. ¿No sabéis que me duelen las costillas cuando me río?

—Lo siento —dijo Anna con voz cantarina—. No es culpa mía si algunas personas no pueden...

De pronto oímos que llamaban a la puerta de abajo. Eran golpes solemnes, con un ritmo que conocíamos muy bien.

Las tres nos quedamos heladas.

Empecé a pensar a toda velocidad. Meg ya había perdido a toda su familia, Angus también...

—Robbie —dijo Anna, sofocando una exclamación.

Bajé corriendo tras ella, pero antes de darle alcance, ya estaba abriendo la puerta.

En el umbral estaba Willie el cartero, que sostenía en las manos la gorra y un telegrama.

Anna se deslizó lentamente hasta quedar sentada en el suelo. Yo me agaché a su lado y la rodeé con mis brazos.

—¡Anna! —exclamó Willie apresuradamente—. ¡No es para ti!

—¿Qué? —dijo ella, levantando la vista y mirándolo estupefacta.

—No es Robbie —aclaró Willie—. El telegrama no es para ti.

—Oh... —dijo ella.

—Señora Hyde —anunció el cartero—, me temo que es para usted.

Me puse de pie desconcertada.

—Mi más sentido pésame —añadió Willie mientras me entregaba el telegrama.

Anna se levantó y cerró la puerta, aunque el hombre aún no se había ido. Me dirigí hacia el sofá y me senté. Anna se sentó a mi lado.

El telegrama era de mi abogado. Mi padre había muerto sofocado catorce días antes, atragantado con un trozo de solomillo. El abogado sentía haber tardado tanto en notificármelo, pero le había costado mucho averiguar mi paradero. Me pedía que confirmara mi localización y que le indicara si

deseaba recibir todos los detalles en la misma dirección.

Apoyé la hoja de papel sobre mi regazo y me quedé un momento con la mirada perdida.

Mi padre había fallecido la misma noche en que Ellis había intentado derribar mi puerta y Rory había estado a punto de matar a Meg.

También era el aniversario de la recepción del telegrama que acabó siendo el principio del fin para Màiri.

—¿Maddie? —dijo Anna en voz baja.

Le di el telegrama.

—Oh, Maddie —dijo después de leerlo—, no sé qué decir. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Creo que necesito estar sola un momento.

—Desde luego. Lo que tú digas.

Mientras me ponía de pie, ella me apoyó una mano en el brazo.

—Murió el día de San Valentín —me dijo con los ojos abiertos por el asombro.

—Lo sé —aseguré—. Creo que ese día está maldito.

Fui andando lentamente hasta la A82, donde tuve que apartarme para dejar pasar una fila increíblemente larga de vehículos militares de color verde musgo, pesados y de careta cuadrada. La primera docena, más o menos, transportaba carga, y el resto, soldados. En cada vehículo que pasaba, varios hombres se asomaban por la abertura del compartimento de carga, sujetándose con un brazo, para silbar y aullar. Unos cuantos gritaban comentarios vulgares, pero yo no podía eludir su atención porque estaba acorralada a un costado de la carretera.

Me giré de cara a los camiones que venían hacia mí para no tener que ver las miradas lascivas de los hombres. Los conductores también me observaban, pero estaban detrás del cristal del parabrisas, de manera que no oía lo que decían. Al final, pasó toda la fila: un total de veintiocho vehículos. Me pregunté cuántos de aquellos jóvenes regresarían con vida del lugar al que los estaban enviando.

Seguí adelante.

Las nubes de un gris intenso se arremolinaban y se transformaban, y en algunos puntos parecían surgir de grietas abiertas en las propias colinas. Me

sorprendió la facilidad con que un mismo paisaje podía adquirir aspectos completamente diferentes. Las colinas, con sus bosques y sus prados, podían ser lúgubres, amenazadoras, tranquilas o majestuosas, según la calidad de la luz derramada desde el cielo. En ese instante, tenían un aspecto adecuadamente fúnebre.

A Anna debió de parecerle extraño que yo no llorara. Quizá supuso que mi reacción sería retardada. Yo misma también consideré esa posibilidad, pero la descarté prácticamente de inmediato.

Me preguntaba si mi padre estaría comiendo en su estudio cuando la carne se le quedó alojada en la tráquea, o si habría recuperado la costumbre de cenar en el comedor. ¿Habría hecho algún ruido al atragantarse? ¿O, por el contrario, habría sucedido todo en completo silencio? Quizá la piel de la cara se le hubiera puesto violácea y él hubiera dado unos cuantos pasos en busca de ayuda. Quizá simplemente había caído de cara sobre el suflé de espinacas. Imaginaba todas las posibilidades con morbosa curiosidad, pero sin pena ni dolor.

Aunque su carta había disipado cualquier duda, creo que siempre había sabido que mi padre no me quería, y al parecer su falta de afecto había suscitado esa misma ausencia en mí. La escasez de cariño se dejaba sentir por todas partes.

Mi madre, ciertamente, tampoco me había querido nunca, pese a sus protestas de amor materno. El poco afecto que me profesaba se vaporizó durante las siete semanas de su fuga con Arthur, y sólo renació con redoblada intensidad cuando se vio obligada a regresar con mi padre.

Ellis tampoco me había querido nunca, al menos no como un marido debe querer a su esposa, y de un tiempo a esta parte de ninguna manera.

Llegué al castillo. Aunque no lo había elegido conscientemente como destino, subí la cuesta sin vacilación, atravesé el foso y me adentré en sus terrenos. Me encontré al poco rato delante de la compuerta de la esclusa.

Bajé la pendiente, tan abrupta que tuve que acabar el descenso en un galope poco agraciado para no perder el equilibrio.

En la maleza que crecía junto al embarcadero había multitud de colillas. Se me encogió el corazón al pensar que Hank y Ellis se habían instalado en el mismo lugar donde Màiri había ido al encuentro de la muerte. Habían estado en esa orilla bebiendo, fumando, blasfemando, sin pensar en nadie más que en sí mismos y en su fama futura.

Di un paso al frente, como había hecho Màiri, hasta llegar al borde del

agua. Di un paso más, uno muy pequeño, y las suelas de los zapatos quedaron sumergidas. Vi cómo se me arremolinaba el agua alrededor de los pies y después levanté la vista para contemplar el lago, negro y agitado, insondablemente profundo.

¿Qué habría pensado Màiri mientras se adentraba en sus aguas? Cuando ya era tarde para echarse atrás, cuando el agua se cerró a su alrededor, ¿se habría arrepentido o habría sentido alivio, convencida de que estaba a punto de reunirse con su marido y su hija? Abrí la mente, tratando de servir de canal a su espíritu. Quería saber qué se sentía al experimentar un amor tan profundo que la vida sin él se volvía imposible.

Entonces la sentí. Sentí a Màiri y las profundidades cavernosas de su dolor, su apremiante necesidad de seguir andando e internarse en el lago. Su angustia era abrumadora y su dolor no conocía límites. Sentí que me ahogaba en su dolor. Las dos nos ahogábamos.

Cerré los ojos, levanté los brazos y me dejé caer.

Hubo un rumor grave que agitó el agua, como si algo estuviera subiendo, y después un estruendoso chapoteo, como si un cuerpo atravesara la superficie. Abrí los ojos, sin recuperar el equilibrio —para entonces era imposible detener mi caída—, y vi dos ondas de agua a ambos lados del surco abierto en el lago. ¿Por qué se movía el agua? Estaba claro que algo recorría la superficie, pero no pude ver nada más. Sin darme tiempo a comprender, la cosa me embistió en el vientre, me empujó hacia atrás y me derribó.

Caí lejos de la orilla, golpeándome la cabeza de tal modo que la visión periférica se me llenó de estrellitas centelleantes. Aunque me quedé sin aliento, me levanté como pude. La superficie del lago estaba en calma; las piedras de la orilla, secas. Ni siquiera pude distinguir una estela en el lago.

Subí por la pendiente, agarrándome a los arbustos con las manos para acelerar el ascenso. Sólo cuando llegué a la cima me detuve para respirar. Me apoyé en el antiguo arco y seguí volviéndome cada poco tiempo para mirar el lago, tratando de tranquilizarme sin éxito.

Si Willie el cartero se sorprendió por mi aspecto desgreado cuando entré en la oficina de correos para preguntarle si podía poner una conferencia con el otro lado del Atlántico, lo disimuló muy bien. Después de todo, hacía solamente unas horas que me había traído la noticia de la muerte de mi padre.

Me explicó que las llamadas al extranjero se hacían solamente por radio y que el equipo se encontraba en la Casa Grande.

—Gracias —le dije mientras volvía a ponerme los guantes.

—¿Adónde piensa ir?, si se puede saber —dijo con ferocidad, enarcando las cejas.

—A la Casa Grande —le contesté.

Levantó una mano para detenerme.

—Lo siento, pero es imposible. Todos los equipos de la Casa Grande son estrictamente de uso militar, sin excepciones. Aquello no es una cabina telefónica, ¿entiende? Y, de todas formas, no puede ir a pasearse por el terreno de una escuela de combate.

—No, claro que no. No lo había pensado.

—¿Quiere enviar un telegrama?

Le lancé una mirada aturdida.

—Lo haría si pudiera, pero me temo que mi situación no ha cambiado desde la última vez que estuve aquí.

—Ah, ya veo —asintió—. Dadas las circunstancias, podemos omitir el pago.

—Gracias —repuse—. Es usted muy amable. Haré lo posible para que sea breve, pero me temo que acabará siendo bastante largo.

—La entiendo perfectamente —contestó él mientras se disponía a tomar mi dictado.

Y de verdad me entendía, aunque quizá no tanto cuando llegué a la parte donde le pedía al abogado que me informara sobre los trámites de divorcio, le preguntaba si podía solicitarlo desde Escocia y le rogaba que me contestara

por telegrama o por correo aéreo, ya que quería resolver los dos asuntos cuanto antes.

Willie también entendió esa parte, aunque de una manera distinta, que no suavizaba la compasión. Su expresión se endureció considerablemente.

A pesar de las advertencias, no pude contenerme. Tenía que ver a Craig Gairbh.

En ningún momento me hice ilusiones de entrar en la Casa Grande. Solamente quería echar un vistazo. Era el lugar donde Angus había vivido antes de la guerra y donde aún pasaba el día. Era el sitio donde *encontraba* el pescado y la caza con que muchos de los habitantes del pueblo complementaban el racionamiento. Era la finca donde muchos años antes el coronel se había comportado de manera indigna, causando un escándalo internacional que acabó motivando la decisión de Ellis y Hank de viajar a Escocia para encontrar al monstruo. La Casa Grande era el epicentro de todo.

En el camino no encontré señales para orientarme, aunque se veían los postes donde habían estado dichas señales antes de la guerra, de manera que tuve que rodear el pueblo, hasta encontrar un camino de tierra que se adentraba en el bosque. Tras mi experiencia en el Monte, me tomé un momento para ver dónde estaba el sol y fijarme en la posición relativa de las colinas antes de enfilarlo.

Viejos rododendros flanqueaban el camino, las puntas de las hojas orientadas hacia el suelo por el peso de la nieve, pero cargados de brotes por la inminente primavera. En un claro, una constelación de moradas flores de azafrán asomaban desafiantes a través de la costra de hielo.

Al cabo de un kilómetro, más o menos, empecé a vislumbrar la casa. Solamente veía retazos, porque el camino serpenteaba y muchos de los árboles que se interponían entre la casa y yo eran grandes coníferas con ramas bajas. Así y todo, enseguida me hice una idea de sus dimensiones.

Apreté el paso para llegar cuanto antes al recodo y ver un poco más. El camino se ensanchaba y la maleza a los costados desaparecía, convertido de repente en un acceso formal, con una larga hilera de robles centenarios. Me quedé a unos cuantos pasos de esa frontera, sin salir de las sombras.

Yo había visto muchas casas grandes, pero aquella era enorme. Contando ventanas, vi que el cuerpo principal tenía por lo menos cuatro pisos y que



había todavía más en los torreones. Ni siquiera pude contar las chimeneas: empecé por un extremo y perdí la cuenta cuando iba por dieciséis, antes incluso de llegar al centro de la fachada. Escalinatas semicirculares con balaustradas de piedra llegaban a la puerta principal desde ambos lados, y otra hilera de balaustradas remataba el parapeto del tejado.

Aquello no era una casa; era un castillo.

Todo el parque delantero —o lo que había sido el parque delantero de la casa— estaba rodeado de vallas de alambre de espino y ocupado por filas interminables de casetas de chapa ondulada, semejantes a los refugios antiaéreos, sólo que mucho más grandes. En el centro se erguía una enorme fuente de piedra, que, como era de esperar, estaba seca. Parecía barroca, con tres o cuatro figuras humanas arrodilladas bajo una enorme taza.

Me acerqué sigilosamente para esconderme detrás de un frondoso tejo con el objeto de poder ver mejor, pero tropecé con una raíz y caí hacia delante, agarrándome al rugoso tronco del árbol. Sólo entonces vi el cartel que había clavado en él, justo encima de mi mano. Era un triángulo rojo vivo, con una calavera blanca y un par de tibias cruzadas, y dos palabras escritas en la parte inferior:

#### CAMPO MINADO

Me quedé helada. Aún tenía el pie derecho parcialmente apoyado sobre la raíz, debido a lo cual mi equilibrio era precario. Con la mano todavía apoyada firmemente en el tronco, bajé la vista y me puse a observar con atención mis pies y el terreno a su alrededor, preguntándome si habría alguna manera de distinguir la localización de las minas enterradas.

A lo lejos oí una ráfaga de ametralladora y, a continuación, gritos masculinos que me parecieron rugidos primitivos y feroces.

Permanecí inmóvil, con la mano contra el tronco, hasta que resonó otra ráfaga, que tuvo como respuesta otra, procedente de un lugar mucho más cercano.

Entonces creo que grité. No estoy segura. Lo que sí sé es que mi anterior indiferencia hacia la munición real había sido reemplazada por el pánico. Las balas trazadoras eran una cosa, y los campos minados y las ametralladoras, otra muy distinta.

Llevaba encima la máscara antigás y los guantes rojos, por lo que estaba segura de ser lo suficientemente visible para que nadie me disparara por accidente, pero también para convertirme en blanco fácil.

Por puro instinto, di media vuelta y me dirigí hacia la carretera con largas zancadas. Tres veces apoyé los pies en el suelo cubierto de hojarasca y, en las tres ocasiones, tuve el convencimiento de que iba a saltar por los aires destrozada.

Cuando volví a sentirme a salvo en el camino, me quedé inmóvil. Me preguntaba dónde empezaría el campo minado y qué demonios iba a hacer para salir de allí.

Mientras los disparos continuaban resonando en el bosque a mi alrededor, distinguí las huellas de unos neumáticos. Salté para caer sobre una de las rodadas y procuré mantenerme dentro, colocando un pie directamente delante del otro. Cuando dejé atrás el último de los viejos rododendros, eché a correr a toda velocidad, con el estuche de la máscara antigás dando botes detrás de mí y golpeándome en la espalda a cada zancada.

Salí del bosque y seguí corriendo por la carretera como si me vinieran persiguiendo. Corrí en línea recta hasta un bordillo pintado de blanco y me di contra el muro de piedra bajo que había al otro lado. Me apoyé en él y me doblé por la cintura, tratando de recuperar el aliento, mientras una vaca de largo pelaje rojizo y cuernos todavía más largos me contemplaba con expresión plácida, sin dejar de rumiar.

Meg se hallaba de pie en un extremo de la barra cuando entré en tromba y cerré de un portazo.

—¡Maddie! ¿Qué ocurre?

Me temblaban tanto las manos que se me cayeron los guantes al quitármelos. Cuando me incliné para recogerlos, el estuche de la máscara antigás se me resbaló del hombro y fue a dar al suelo con un golpe seco.

—Deja eso —dijo Meg—. Ven a sentarte.

Lo dejé todo tal como estaba y me dirigí hacia el sofá con paso tembloroso. Me senté en el borde del asiento y comprobé con una mano el estado de mi pelo, que se me había pegado a la frente y el cuello.

Meg miró la puerta con nerviosismo.

—¿Por qué corrías? ¿Te perseguía alguien?

Agité vigorosamente una mano, aún sin aliento.

—¡No! No es nada de eso. No te preocupes.

Meg miró a la puerta una vez más y después se sentó junto a mí, con

cuidado porque aún estaba dolorida.

—Entonces ¿qué ha sido?

—Nada —dije.

—Es evidente que ha pasado algo. Estás muy exaltada. Espera un momento... Voy a buscarte un vaso de agua.

—No, por favor, no te levantes —dije—. Y, a propósito, ¿por qué estabas aquí abajo? Se supone que no debes cansarte.

—Y no me estoy cansando, pero necesitaba cambiar de aires, así que bajé los crucigramas que me diste. No te muevas de ahí. Iré a buscarte un vaso de agua y no se hable más.

Me bebí toda el agua de una vez, ruidosamente, en cuanto me la dio, sin bajar el vaso ni siquiera cuando tuve que hacer una pausa para respirar. Una vez vacío, lo apoyé sobre la mesa y me sequé la boca con el dorso de la mano.

—Gracias —dije, mirándola abochornada. Vi que Meg me observaba con una mezcla de compasión y tristeza.

—Anna me ha contado lo de tu padre —dijo en voz queda—. Te acompaño en el sentimiento. Es normal que estés alterada. Uno nunca sabe cómo va a reaccionar cuando recibe una noticia así.

—No es por mi padre —admití—. Mi padre me trae sin cuidado.

Me estuvo observando durante casi un minuto entero. Era consciente de lo mal que sonaba lo que acababa de decir, y me pregunté si pensaría que era despiadada.

—Entonces, ¿por qué es? —preguntó al fin con cautela.

Dejé escapar una risa nerviosa y desesperada.

—No sé si debo contártelo.

—Tranquila. No te juzgaré —dijo—. No estoy en condiciones de arrojar la primera piedra.

—Vas a pensar que estoy loca.

—Si no me lo dices, no puedo saber lo que pensaré.

Me acerqué un poco más.

—He sido atacada por el monstruo.

—¿Qué?! —exclamó Meg, abriendo los ojos como platos.

Me retrepé en el sofá.

—¿Lo ves? Ya sabía que me creerías loca. Antes de venir aquí, no creía en ninguna de esas cosas sobrenaturales. Pero después vi a la Caonaig, que venía por Hugh. Anna no dudó ni un momento que había venido por su hermano, y tenía razón. También vi ese cuervo detestable, señal de tristeza,

que me persiguió hasta el Monte. Y hoy, el monstruo salió del agua ¡y me atacó!

Meg me miró fijamente unos segundos y se puso de pie.

—Creo que a las dos nos hará bien algo un poco más fuerte.

Sirvió dos vasitos de whisky y los llevó al sofá.

—*Slàinte* —dijo.

—*Slàinte* —dije yo a mi vez, haciendo entrechocar mi vaso con el suyo.

—Muy bien —prosiguió—. ¿Qué te parece si me lo cuentas todo desde el principio?

No sabía desde dónde quería que se lo contara, de modo que empecé realmente por el principio. Se lo conté todo, casi sin respirar. Le conté que no me entristecía la muerte de mi padre porque él siempre me había tratado con la más absoluta indiferencia; que mi madre me había matado de hambre durante años y que tenía planes de arreglarme la nariz y de operarme el lóbulo frontal; que yo debería haber frustrado su intento de suicidio pero no llegué a tiempo; que Hank y Ellis se habían jugado a cara o cruz quién se casaría conmigo y ahora me habían abandonado; que al final me había decantado por creer que Ellis no era realmente daltónico; que me había dado cuenta de que estaba locamente enamorada de Angus; que había tenido una experiencia alarmante al pie de la esclusa; que había enviado un telegrama a mi abogado para preguntarle cómo lo podía hacer para conseguir el divorcio y, finalmente, que me había internado en un campo minado porque, por alguna razón, la Casa Grande ejercía sobre mí una atracción a la que no podía resistirme.

En el silencio mortal que siguió, me di cuenta de lo que acababa de hacer.

—Dios mío —dije llevándome las manos a la boca.

—Si lo dices por Angus, has de saber que difícilmente es una sorpresa —comentó Meg—. Ya he visto cómo lo miras.

Aparté la cara, sintiendo mi propia respiración entre los dedos.

—También he visto cómo te mira él a ti.

El corazón me dio un vuelco.

Bajé las manos y me volví hacia ella. Me estaba mirando a los ojos.

—Vuelve un poco atrás, a lo que me has contado antes. Dime qué sucedió exactamente a orillas del agua.

Se lo volví a contar.

—Y entonces, cuando estaba a punto de caer al agua, fue como si una roca de aire saliera de la superficie y me tirara hacia atrás. Sé que parece una locura, pero es la pura verdad, te lo juro por Dios, aunque no pueda

explicarlo.

Meg asintió, con expresión de solemne sabiduría.

—Tú no puedes. Pero yo sí. No fue el monstruo, Maddie. Si hubiera sido el monstruo, no te habría empujado hacia la orilla, sino que te habría arrastrado al agua.

Negué con la cabeza.

—Pero entonces...

—Fue Màiri —prosiguió ella—. Murió hace tres años en ese lugar exacto. Entró en tu corazón y en tu cabeza para saber si tu amor por Angus era verdadero, y cuando vio que sí lo era, te empujó hacia un lugar seguro. Màiri te ha dado su bendición, Maddie.

En el transcurso de un día había pasado de pensar que nadie en el mundo me había querido a pensar que el hombre del que estaba perdidamente enamorada quizá sintiera lo mismo por mí. Pero era más que eso: la espectral intervención me hizo albergar la esperanza de que tal vez el destino nos uniera. Después de la Caonaig, ya no me sentía predispuesta a desoír semejante mensaje.

Meg deseaba volver a trabajar esa misma noche, para echar una mano, pero Angus no quiso ni oír hablar al respecto, y yo no pude evitar darle la razón: le acababan de retirar los puntos de sutura, y yo aún la sorprendía haciendo muecas de dolor cuando pensaba que nadie la veía. Así y todo, sentí que no fuera a estar, porque andaba necesitada de apoyo moral.

Minutos antes de las seis, cuando ocupé mi lugar tras la barra, Angus se situó a mi lado y apoyó una mano en la mía.

—Me han contado lo de tu padre. Lamento mucho tu pérdida.

—Gracias —contesté, mirándolo a la cara—. Y yo la tuya.

Asintió despacio, eso fue todo. Sabía que yo lo sabía todo.

En el transcurso de la velada, no dejé de observar la cara de Angus, ansiosa por descubrir alguna señal de que las afirmaciones de Meg eran ciertas. Pero Angus estaba preocupado, y su expresión era impenetrable.

Era evidente que los hombres del pueblo también recordaban la fecha, porque hacían sus pedidos de manera solemne y con cierta timidez. Las charlas más animadas habían quedado restringidas a las mesas de los leñadores, algunos de los cuales iban acompañados de sus respectivas prometidas.

En un momento, mientras me dirigía a la cocina a toda velocidad cargada con una pila de platos vacíos, me di de bruces con Angus. Me cogió por los codos para estabilizarme.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —respondí en un intento patético por parecer frívola—. Pero no

puedo decir lo mismo de mi vestido.

Bajó la vista y me contempló con una mirada intensa, sin parpadear. Permanecimos inmóviles durante mucho tiempo.

Cuando por fin se separó de mí, me rodeó y volvió al comedor, dejó la pila de platos sobre la mesa y me apoyé en ella.

Aguardé a que la puerta se abriera y se cerrara por última vez, y a que Meg se fuera a la cama, para bajar sigilosamente la escalera, como un gato.

Me había preparado como una novia. Me cepillé el pelo para suavizarlo, me froté con crema perfumada las manos y los codos y me puse un recatado camión blanco, largo hasta el suelo, pero con encaje en el cuello y en los bordes de las mangas.

Del fuego sólo quedaban las ascuas, que proyectaban un tenue fulgor bajo las cenizas. Sentía las frías baldosas del suelo bajo los pies y en un momento estuve a punto de perder los nervios. Tuve que agarrarme a la barra con las dos manos para no derrumbarme.

Podía echarme atrás, y entonces sería como si nunca hubiera pasado nada, o seguir adelante, hacia la enormidad de lo desconocido.

*Maddie, ella te dio su bendición.*

Me deslicé a través de la cocina y me orienté a tientas, siguiendo la pared, hasta encontrar una de las puertas correderas de madera que cerraban su cama. Como estaba oscuro, no notaba si las puertas estaban abiertas o cerradas, por lo que dejé que mis dedos palparan la madera hasta llegar al extremo.

Las puertas estaban abiertas. Me encontraba de pie, justo delante de él.

Me sorprendí dentro de un haz de luz cegadora, y retrocedí sobresaltada. Cuando vio que era yo, Angus apoyó la linterna contra la pared, para orientar la luz hacia el techo, y después giró las piernas. Llevaba puestos los mismos pantalones de pijama azules de rayas y la misma camiseta sin mangas que la noche de nuestra llegada.

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien? —dijo frotándose los ojos.

—Sí, no pasa nada —afirmé, parpadeando deprisa, pues debido a la deslumbrante luz de la linterna sólo veía dos puntos blancos.

—Entonces ¿qué es?

Bajé la mirada al suelo y me mordí el labio. Dejé pasar casi un minuto, la

ceguera temporal casi había desaparecido por completo, y sólo entonces me obligué a levantar la vista. Su expresión se había suavizado y me estaba mirando con manifiesto interés.

—¿Qué has venido a decirme, *m'eudail*? —me preguntó con amabilidad.

Saqué fuerzas de la flaqueza y repliqué:

—Angus, hay algo que quiero... No, hay algo que necesito contarte. Algo importante. —Tragué saliva ruidosamente y lo miré a los ojos—. Sé que la situación es poco común y que de ser otras las circunstancias nada de esto tendría sentido, pero no hay nada de normal en estas circunstancias, y me he dado cuenta de que... de que... de que yo... —Me llevé las dos manos a la boca para sofocar un grito—. ¡Dios mío, cuánto lo siento! No me he sentido más estúpida en toda mi vida.

En un abrir y cerrar de ojos Angus se levantó y me rodeó con los brazos.

—Tranquila, *m'eudail*, no es preciso que digas nada. Ya lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo, si ni siquiera soy capaz de decírtelo? —dije entre sollozos.

—Porque lo sé —insistió, su corazón palpitando a centímetros de mi oído.

Al final, se apartó de mí, con las manos aún apoyadas sobre mis hombros. Me miró a los ojos y me sostuvo la mirada, hasta que en el mundo desapareció todo excepto su cara. Cuando me cogió las mejillas entre sus manos y me atrajo hacia sí, mis piernas estuvieron a punto de ceder. Cerré los ojos y le ofrecí los labios, pero él me dio un beso en la frente.

—*M'eudail*, estás sufriendo —dijo suavemente—. Eres demasiado vulnerable. Ahora no es momento para estas cosas.

No sé cómo lo hice para subir la escalera. Seguramente a toda prisa, y seguramente con muy poca elegancia. Y cuando al final llegué a mi cama, me puse a llorar a lágrima viva, sin el menor recato, con la cara hundida en la almohada.

Se oyeron unos golpes discretos en la puerta. Aunque para entonces mis sollozos se habían transformado en llanto silencioso, mi ignominiosa retirada había sido lo bastante ruidosa para despertar a Meg.

—Está abierto —dije.

La puerta se abrió, y la luz de una vela proyectó sombras alargadas en el



extremo más alejado de la habitación. A juzgar por la silueta, la silla casi llegaba al techo.

Yo estaba de cara a la ventana, con las rodillas recogidas contra el pecho y la cara empapada en lágrimas sobre la almohada.

—Siento haberte despertado —mascullé.

—Yo no —respondió Angus.

Levanté bruscamente la cabeza de la almohada y me volví para mirarlo. Estaba de pie junto a la puerta, con la vela en la mano.

—¿Puedo pasar?

Me senté sobre el colchón y me deslicé hacia atrás, hasta apoyar la espalda contra la cabecera. Me sorbí la nariz y me sequé la cara con manos temblorosas.

Él apoyó la vela sobre la cómoda y se acercó.

—Perdóname —dijo.

Lo miré, temblando. Las lágrimas volvían a correrme por las mejillas.

Se sentó al borde de la cama y me acarició una mejilla con el pulgar. Yo contuve el aliento y cerré los ojos.

—Perdóname —volvió a decir.

Cuando abrí los ojos, me lo encontré mirándome directamente.

—Estaba equivocado, *mo run*: éste es el momento perfecto.

Se inclinó hacia delante y comenzó a besarme las lágrimas en las mejillas en un baile lento, delicado, que pasaba de un lado de mi cara al otro. Finalmente, cuando creía que no podría aguantar más, sus labios encontraron los míos. Eran cálidos y carnosos y estaban entreabiertos, y sentí la prontitud de su aliento tras ellos. Me besó una y otra vez, su barba rozándome el mentón. Deslizó su mano por mi cuello y la introdujo en el camisón.

Dejé escapar un grito ahogado, y él se detuvo.

Con su mano envolviendo mi pecho, escrutó mi rostro en busca de una señal. Fue un momento de dulzura insoportable, de éxtasis atormentador, de exquisita necesidad. Fue insoportable.

Yo me incliné hacia él y comencé a tirarle de la camiseta, y él se levantó y se la quitó por la cabeza. Mientras, me arrodillé en la cama, levantándome los bordes del camisón.

—Espera —dijo él, y esta vez fui yo quien se detuvo.

Me quitó el camisón lentamente, casi con reverencia. Nunca me había sentido tan expuesta, pero tampoco tenía ningún deseo de cubrirme. La luz de la vela parpadeaba a sus espaldas y su respiración se fue volviendo más

pesada incluso, sus ojos recorriéndome el cuerpo, demorándose sin ninguna vergüenza sobre mi pecho y mis caderas.

—*Mo run geal og* —dijo—. ¡Qué preciosa eres!

Desató el lazo de sus pantalones de pijama y los dejó caer al suelo. Yo contuve el aliento. Conocía la anatomía masculina, desde luego, pero aparte de estatuas, nunca había visto un hombre desnudo, ni menos aún en estado de excitación. Angus pareció notarlo, e hizo una pausa, concediéndome la oportunidad de que lo mirara.

Por último, se arrodilló en la cama y me puso una mano en la nuca para sostenerme la cabeza mientras me guiaba hacia atrás.

Un momento después, cuando ya estaba encima de mí, me miró intensamente a los ojos y me preguntó:

—¿Estás segura, *mo chridhe*? Porque cuando lo hayamos hecho, ya no podremos deshacerlo.

—Sí —susurré—. Estoy total y absolutamente segura.

Cuando se hundió en mí, me perdí tanto en él que mi cuerpo comenzó a agitarse y me abracé a él y lo envolví con las piernas como si de ello dependiera mi vida.

A la mañana siguiente me llevó un rato comprender que no estaba soñando. La vela se había consumido hacía mucho tiempo, por lo que abrí los ojos en la oscuridad más absoluta. Estábamos juntos, con nuestros cuerpos desnudos unidos. Angus había pasado un brazo por debajo de mi almohada y tenía el otro encima de mí, con una mano apoyada entre mis pechos. Yo estaba quieta, con las manos sobre su antebrazo. Cuando noté que se movía, le agarré la mano y me la llevé al corazón antes de recorrerle el brazo con los dedos, maravillada con las texturas de ambos, tan diferentes. Aunque seguía dormido, lo sentí crecer y palpar a mi espalda, hasta notarlo contra mí en toda su magnitud.

Me di la vuelta y bajé las sábanas para besarle el pecho y repasar sus cicatrices con los dedos y los labios. Cuando finalmente recorrí el camino de vuelta hasta su boca, él me cogió la cara entre las manos y apretó sus labios contra los míos, separándolos hasta hacernos compartir el mismo aliento. Un instante después me levantó como si no pesara nada para colocarme encima de él, con una rodilla a cada lado de su cuerpo. Yo le puse las dos manos sobre el

vientre para no perder el equilibrio, desconcertada por encontrarme acaballada sobre él.

Angus tendió las manos y me pasó los pulgares por los pezones. Estuve a punto de quedarme sin respiración.

—Maddie, *mo chridhe* —dijo.

—Angus... Dios mío... —respondí yo con la voz quebrada—. No sé qué hacer.

—Pues claro que lo sabes. Déjate caer hacia mí.

Bajé lentamente las caderas y dejé de respirar cuando sentí la presión de su virilidad sobre mí.

—Angus...

—Tranquila —dijo, acariciándome la cara—. *Na stad*. Estoy aquí contigo.

Se sostuvo mientras yo me movía para tenerlo cada vez más dentro, lenta, muy lentamente, hasta que lo sentí tan enterrado en mi interior que nuestras caderas se tocaron. Entonces volví a levantarme y me separé de él hasta que temí perderlo, y después caí nuevamente hacia él y nos unimos una vez más. A continuación, me incliné hacia delante y coloqué una mano a cada lado de su cabeza, jadeando contra la almohada, junto a su cara.

Él me agarraba por la cintura y sus caderas se levantaban un poco más alto cada vez que yo caía sobre él, para entrar todavía más profundamente y permanecer más tiempo en mi interior. Sentía palpitar su sangre, como si nuestras terminaciones nerviosas se hubieran fusionado.

Las piernas me temblaban con violencia y, justo cuando pensé que estaba a punto de perder por completo el control, él entrelazó sus manos con las mías y me pidió que me dejara ir.

Las contracciones me sorprendieron y me abrumaron, con una intensidad que me hizo gritar. Entonces él me cogió la cara y me tapó la boca con la suya mientras seguía empujando con fuerza creciente y de manera cada vez más apremiante. Cuando noté que también perdía el control, sentí un éxtasis tan intenso que por un momento pensé que se me iba a parar el corazón.

Después, mientras yacíamos abrazados, se puso a acariciarme el pelo y la espalda. Yo tenía la cara contra su cuello, y cada bocanada de aire que inspiraba estaba impregnada de su fragancia.

—Bueno —dijo mientras me besaba—, aunque me encantaría quedarme aquí para siempre, el deber me llama.

Lo cogí por la muñeca.

—Te quiero, Angus Grant. Te quiero con todo mi corazón.  
Él se volvió hacia mí y me dio un larguísimo beso.  
—Y yo a ti, *mo chridhe*.

Meg adivinó lo sucedido en cuanto me vio. No dijo nada, pero lo noté por el modo en que sonrió. Tampoco ayudó mucho que yo me sonrojara y bajara la vista, ni que llevara un turbante porque no había dormido con los rulos puestos.

Terminé las tareas del piso de arriba más o menos al mismo tiempo que Anna las de abajo, y las tres nos reunimos en torno a la mesa de la cocina para charlar un poco y tomar un té.

Por lo visto, Anna había pasado las últimas tardes limpiando de piedras los campos de patatas de la granja, y tenía la espalda dolorida, agarrotada.

—Lo peor es cargar los cubos con las piedras —me explicó—. Pesan bastante más que los cubos de leche y hay que estar todo el tiempo levantándolos y dejándolos en el suelo. Y lo de encorvarse para recoger las piedras... Te destroza la espalda, os lo puedo asegurar. Dentro de poco, estaré como Rhona.

—¡Claro que no! —exclamé, aunque mis palabras no sonaron tan convincentes como habría deseado.

La vida en una granja escocesa parecía una lucha constante.

—Ven, ponte de pie y apóyate en la mesa —le dijo Meg—. Te dejaré como nueva.

Enseguida se situó detrás de Anna y empezó a masajearle la espalda, hundiéndole los pulgares en la zona lumbar.

—Si quieres, puedo ayudarte con las piedras —le ofreció—. Cuando hay muchas manos, el trabajo es más ligero.

—Nada de eso —respondió Anna con justificada indignación—. El doctor McLean aún no ha dado su autorización para que hagas ningún tipo de trabajo, y menos todavía para acarrear piedras.

—Entonces ¿no puedo hacer nada? —dijo Meg—. Estoy hasta la coronilla de los crucigramas de Maddie y la complicada ortografía americana. En cualquier caso, el doctor McLean me dará permiso para trabajar un día de

éstos, lo que probablemente signifique que ya estoy en perfectas condiciones de hacerlo.

—Quizá te pueda ayudar yo a recoger piedras —tercié.

Las dos me miraron por un momento con gesto inexpresivo y segundos después estallaron en carcajadas.

—¿Y ensuciarte las manos? —graznó prácticamente Meg.

—¡Me ensucio las manos todo el tiempo!

—Pues no vi yo que te ofrecieras a limpiar la cocina esta mañana —apuntó Anna.

—No me lo preguntaste —respondí—. Y, para tu información, estaba arriba, fregando el retrete. Tampoco vi yo que te ofrecieras tú a ayudarme a limpiarlo.

—Venga, mujer —dijo Anna—. Si sólo nos estamos divirtiendo un poco.

—Lo sé —admití entre risas—. No seas boba.

Anna entrecerró los ojos y me miró de arriba abajo.

—Estás de muy buen humor esta mañana...

Oímos que se abría la puerta principal y que volvía a cerrarse al cabo de unos segundos. Anna miró el reloj.

—Debe de ser Willie con la correspondencia —supuso, presa del pánico—. Y yo aquí, cubierta de hollín del horno.

—Coge una toalla y ve a asearte. Yo lo distraeré —se ofreció Meg.

Todos esperaban que Willie se le declarara a Anna en cualquier momento, porque ya le había pedido permiso a su padre. Yo no entendía la atracción que pudieran sentir; entendía perfectamente que Willie se sintiera atraído por Anna, pero ¿qué veía ella en Willie exactamente? El cartero siempre me había parecido una especie de gnomo pelirrojo malhumorado, que juzgaba a los demás con excesiva facilidad y que además le llevaba a Anna por lo menos veinte años. Pero por lo visto ella estaba loca por él. Supongo que la mala puntería de Cupido podía explicarlo todo. Aunque lo sentía por el pobre lisiado George.

En cualquier caso, Anna corrió a la pila y empezó a frotarse la cara con la toalla humedecida. Yo fui tras ella, para vigilar que no se dejara ninguna mancha sin limpiar.

A los pocos segundos volvió Meg, con la cara pálida como una muñeca de cera.

—No era Willie —dijo.

—¿Quién, entonces? —pregunté yo.

La expresión abatida de Meg me lo reveló.

—Dios Todopoderoso —dije.

Meg dio un paso adelante y me apretó las manos.

—Todavía no ha preguntado por ti. Cuando lo haga, le diré que has salido —propuso.

—No —respondí en voz baja—. Saldré. No servirá de nada aplazar lo inevitable.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó Meg.

—No tengo ni idea —reconocí.

—Por lo menos espera hasta que haya vuelto Angus.

Sacudí la cabeza.

Meg me observó un instante y asintió.

—De acuerdo, pero me quedaré aquí con la cacerola más pesada que tenemos, por si te vieras necesitada de ayuda.

Me quité el delantal por la cabeza y lo colgué de un gancho. Después salí, las piernas moviéndose por su propia cuenta, al parecer.

Ellis y Hank se habían instalado junto al fuego, en sus respectivos sitios, como si no se hubiesen ido nunca: Ellis en el sofá, de espaldas, y Hank en uno de los sillones de orejas. Cuando me vio, se levantó.

—¡Maddie, querida niña! —dijo, recibíendome con los brazos abiertos. Al ver que no respondía, dejó caer los brazos y frunció el ceño—. ¿Qué te pasa? Da la impresión de que hayas visto un fantasma.

—Esa sensación tengo, en efecto. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Ellis se volvió para mirarme, apoyando un brazo en el respaldo del sofá.

—Es una extraña pregunta, teniendo en cuenta que nos hospedamos aquí.

—Pues a decir verdad no lo parece.

—Sabías que nos íbamos —apuntó Ellis.

—Dijisteis que estaríais fuera unos días. Y han pasado dos semanas.

—Trece días, para ser exactos —dijo Hank—. Pero ¿quién pierde el tiempo contando los días?

—Yo —respondí—. Pensé que no regresaríais.

—¡Cariño! No habrás creído otra vez que te había abandonado, ¿no? —repuso Ellis, y enarcó una ceja y se volvió hacia Hank, añadiendo—: Mi mujercita tiene mucha imaginación.

Sentí que se me aflojaban las rodillas. Un segundo después, Hank y Ellis me estaban conduciendo hacia el sofá.

—¿Qué pasa? ¿Te está dando uno de tus ataques? —preguntó Ellis.

—Ve a buscarle un vaso de agua —dijo Hank.

—No puedo —contestó Ellis—. No hay nadie atendiendo la barra.

—¡Entonces coge un vaso y ve a buscar un grifo!

—¿En la cocina? ¿Y si está la vieja bruja?

—¡Entonces ve al baño, por el amor de Dios!

Ellis miró a Hank con expresión herida y después se fue a buscar un vaso detrás de la barra.

Tras un momento de duda en la puerta de la cocina, cambió de idea y subió al piso de arriba.

Hank se encaramó a la mesita baja que tenía delante y se inclinó hacia mí, descansando los antebrazos en los muslos.

—Querida niña. ¿Qué pasa? Háblame.

—Nada, no pasa nada —respondí, aunque el tono de voz me traicionó.

—Es obvio que pasa algo. Y, si no me dices qué es, Ellis pensará que es uno de tus ataques.

No pude evitar echarme a reír.

—Él siempre cree que me está dando uno de mis ataques. Me da igual, que piense lo que quiera.

—No lo dices en serio —replicó Hank.

—Por supuesto que sí.

—Mierda —dijo Hank entre dientes. Después echó un vistazo rápido en dirección a la escalera—: Mira, creo que deberías saber que Ellis ha estado haciendo averiguaciones. De hecho, más que averiguaciones. Preparativos.

—Conque va a intentar internarme en serio, ¿es eso?

—No, se va a ocupar de que recibas tratamiento.

Guardé silencio un instante, debido a la impresión.

—¿Tratamiento? —pregunté con un hilo de voz, aunque, naturalmente, ya lo sabía.

—Dada la gravedad de los síntomas que presentas, el médico con el que habló dijo que una cura permanente podría ser la mejor solución. Ni siquiera tendrías que quedarte en el hospital.

«Serás mucho más feliz —había dicho mi madre—. Es muy fácil. Entrarás y saldrás del quirófano en menos de una hora.»

—Y, dime, ¿qué le dijo Ellis al médico para que pensara así?



—Bueno, para empezar, que tiraste la medicación...

—Tiré las pastillas porque Ellis se las estaba tomando a puñados. En toda mi vida me he tomado una pastilla. *Una pastilla*. Ha sido él quien se las ha estado tomando, Hank, y lo sabes.

—Has perdido la noción de la estructura social, das muestras de estar paranoica...

—¿Paranoica? ¿Lo dices en serio, Hank?

—... Y has empezado a delirar.

Clavé la vista en él y empecé a asentir.

—Así que se trata de esto en realidad.

—¿De qué?

—Como si no lo supieras. Voy a enviarle un telegrama al coronel ahora mismo.

—Y ¿qué vas a decirle? —preguntó Hank.

—Que Ellis no es daltónico. Que mintió para librarse del servicio.

Hank se quedó boquiabierto.

—¡Dios mío, Maddie! ¡No es cierto que mintiera! ¿Cómo puedes decir algo tan terrible?

—¡Por favor! —exclamé—. ¿Me tomas por idiota? Es evidente que lo planeasteis juntos y que los dos os inventasteis enfermedades convenientemente invisibles para no tener que ir a la guerra.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Pies planos? ¡Por favor!

Hank farfulló fuera de sí.

—¡Claro que tengo los pies planos! ¡Uso calzado especial desde que tengo memoria!

—Los dos sois iguales. Estoy harta de vosotros —le dije, echando a andar.

—Maddie, espera...

Lo dijo con tanta convicción que me detuve.

—No lo hagas —pidió.

—¿Por qué? Cuando todo el mundo sepa la verdad, ya no tendrá sentido que sea sometida a tratamiento.

—Porque ésa no es la verdad, y éste es exactamente el tipo de comportamiento imprudente que preocupa a Ellis. Se te mete algo en la cabeza y actúas conforme a esa idea sin tomar en consideración las consecuencias, sin que te importe a quién causas daño. Si le envías un telegrama al coronel, Ellis

te obligará a someterte al tratamiento, y cuanto antes: está todo organizado, sólo ha de hacer una llamada, y después, por si acaso, probablemente mande a la cárcel a Barbanegra.

—¿A Angus? ¿Por qué?

—Exactamente por esto, por esta familiaridad inapropiada. Ellis está seguro de que se ha estado aprovechando de ti, así que se tomó el trabajo de pasar por los tribunales para preguntar por la sanción por caza furtiva. Son dos años de cárcel por cada infracción, por si te interesa.

Lentamente, volví al sofá.

—Pero si Ellis no tiene más que hacer una llamada y yo no puedo hacer nada para impedirlo, ¿para qué me lo cuentas? —le pregunté.

Hank lanzó un suspiro.

—No lo sé. Supongo que porque no tiene más que hacer una llamada. Para que estés advertida, me figuro, y no le hagas perder los nervios. En un principio yo estaba en contra de la idea, pero si quieres que te sea sincero, Maddie, me estás asustando. ¿Eres consciente de lo que me acabas de acusar? ¿De lo que acabas de acusar a Ellis? Es como si te hubieses inventado conscientemente la acusación que más daño podría hacernos. Tú no eres así. La Maddie que yo conozco no haría eso.

Ellis bajó ruidosamente la escalera.

—Aquí tienes —dijo, poniéndome un vaso de agua en las manos.

Lo rechacé, haciendo que se le derramara un poco de agua en los pantalones.

Él dejó el vaso sobre la mesa y me observó con exagerado interés.

—Cariño, pareces muy alterada. ¿Quieres una pastilla? En estos días he conseguido más pastillas. Encontré un médico excelente, uno de los mejores de su especialidad.

Entonces comprendí que era cierto. Vi con claridad lo que pensaba, sus pensamientos desfilaron ante mí como la cinta de un teletipo: su falsa preocupación egoísta, que con el tiempo él mismo tomaría por sincera; su enorme y creciente satisfacción, al ver que yo realmente presentaba reacciones histéricas, y su afán por reescribir la historia para dejar claro que todo lo hacía por mi bien, porque nada le interesaba tanto como mi bienestar.

Era como si hablara por boca de mi madre. Caí en la cuenta de lo mucho que estaba en juego en función de mi comportamiento, e hice cuanto pude por emular yo también a mi progenitora.

—No, sólo es una indigestión —contesté—. Llevo todo el día con el

estómago revuelto. Si me disculpáis, creo que me hará bien echarme un poco en la cama.

—¿Quieres que suba contigo? —preguntó Ellis, en el mismo tono untuoso.

—No, estoy segura de que estaré bien —respondí.

—Maddie —dijo—, ¿estabas en la cocina hace un momento, cuando llegamos?

—Sí —admití, esbozando una breve sonrisa forzada—. Fui a buscar algo que me asentara el estómago.

—Ah —asintió—. Claro.

—Bajaré a las siete, ¿te parece?

—Sólo si te encuentras bien —contestó—. Ve a descansar, cariño.

Me puse de pie con tanta dignidad como pude y subí la escalera a duras penas.

Escasos minutos después subió Meg. La dejé pasar y me derrumbé en la cama.

—¿Qué ocurre? —preguntó, cerrando la puerta—. Deberías haber hablado más alto. No oímos absolutamente nada.

—Con el pestillo, por favor —le dije.

Deslizó el pasador y se sentó a mi lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Le dijiste que pensabas poner fin a vuestro matrimonio?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo —aseveré desconsolada—. Tengo que reconciliarme con Ellis, o al menos fingir que lo hago.

Meg se levantó de la cama de un salto y se volvió hacia mí con la indignación pintada en la cara.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves? ¿Tienes idea de cómo se lo tomará Angus? ¿Significa tan poco para ti?

—¡No, lo significa todo para mí! —exclamé sin dejar de susurrar—. Pero si tengo alguna oportunidad de compartir un futuro con él, ¡quiero conservar el cerebro intacto!

Meg se me quedó mirando un momento y después volvió a sentarse.

—No te entiendo —dijo.

—¿Recuerdas cuando te conté que mi madre quería someterme a una lobotomía?

—Sí —dijo sin mucho convencimiento.

—¿Sabes qué es una lobotomía?

—No, no exactamente.

—Te meten una pequeña espátula por el hueco del ojo, hasta tocar la parte delantera del cerebro, y entonces la retuercen. Eso es lo que mi marido dispondrá que me hagan la próxima vez que haga algo que lo disguste.

Abrió la boca, horrorizada.

—Pero ¡no puede obligarte!

—Por lo visto, sí puede, ya que lo tiene todo organizado. Hace unos años me diagnosticaron un trastorno nervioso y mi madre estaba completamente loca. Ellis le vendió la idea al médico sin que ese hombre me hubiera visto en su vida. Todo lo que tiene que hacer Ellis es una llamada telefónica para que vengan y se me lleven.

—¡Cielo santo! —exclamó Meg. Se levantó y se dirigió con rigidez al sillón.

—Y no le dijiste que pensabas pedir el divorcio, ¿no?

—No, gracias a Dios. De haberlo hecho, la ambulancia ya estaría en camino.

—Y no sabe nada de lo de Angus y tú...

—Se huele algo, pero sin duda desconoce la magnitud del asunto.

Meg dio sendas manotadas en los brazos del asiento, sobresaltándome.

—Entonces ¿por qué?

—Por dinero, está claro —respondí—. Y lo más absurdo de todo es que he sido yo misma la causante de todo.

—No —negó ella, frunciendo la frente—. ¿Cómo vas a haber sido tú la causante?

—Fui lo bastante estúpida para hacerle saber que no creo que sea daltónico. Si se lo cuento a su padre, Ellis no volverá a ver un centavo, así que ha ideado un plan que le permite achacar cualquier cosa que yo diga a mi locura. Y, para colmo, si fuese lo bastante tonta como para abrir la boca, él haría esa llamada de teléfono y se ocuparía del problema. Lo único que puedo hacer es procurar no molestarlo hasta que se me ocurra algo.

—No, lo que haremos es esto —dijo Meg con firmeza—: te sacaremos de aquí. La familia de Anna te acogerá, estoy segura. Angus podría llevarte más

tarde sin que nadie se dé cuenta.

—No serviría de nada. Mi marido me encontraría.

—Procuraremos que no pueda encontrarte.

—Daré conmigo y os enviaré a todos a la cárcel, por secuestro. Y a mí, por supuesto, me meterá en una ambulancia y me mandará a un hospital, del que regresaré babeando. Babeando pero más obediente que nunca.

—¡Pero no puedes quedarte sentada, esperando a que eso suceda! —dijo con tanta desesperación que parecía enfadada—. No tiene ningún sentido.

—Tú no lo entiendes. Me buscará y me encontrará. Hay demasiado dinero en juego: la fortuna de su familia es abultada, pero antes o después averiguará que mi padre ha muerto, y de ahí podría sacar una grandísima tajada.

Meg guardó silencio durante tanto tiempo que al final me volví y la miré. Me estaba taladrando con la mirada de sus ojos claros. Después, suspiró y fijó la vista en la chimenea vacía. Estaba claro que sabía que había algo más, pero ¿qué le podía decir? ¿Que nadie podía hacer nada para salvarme que no entrañase que Angus acabase encerrado en una prisión de por vida? ¿Que su destino se hallaba en manos de mi inestable e indolente marido y en lo que yo hiciese por apaciguarlo?

Al cabo de más de un minuto, Meg empezó a darse golpecitos con un dedo en la barbilla.

—Bueno, es posible que haya otra solución —dijo.

Me incorporé en la cama, por primera vez desde que me había dejado caer en ella.

—¿Qué? ¿Cuál?

—El estofado de brotes de helecho es un manjar muy delicado y sabroso de esta tierra, sobre todo con unas gotas de vinagre de malta. Pero, claro, hay que tener mucho cuidado porque, si se prepara hacia el final de la temporada, hay cierto riesgo de intoxicación...

Me miró de soslayo, para ver si estaba siguiendo su razonamiento.

—Sin embargo, supongo que si los brotes de helecho fueran sólo un poco dudosos, tal vez una o dos semanas más viejos que los utilizados normalmente, una cocinera inexperta podría pensar que son buenos para comer. Después alguien podría verlos en la olla y, como ya no es temporada de cocinar brotes de helecho, podría suponer que la otra persona estaba preparando una remesa de insecticida para el huerto y, para ayudar, quizá añadiría unas cuantas hojas de ruibarbo.

Parpadeé un par de veces.

—No creo que pueda hacer eso —dije por fin.

—¿Hacer qué?

—Matarlo —susurré.

—¡Dios santo, no! —replicó Meg con gravedad—. Sería un desafortunado caso de fallo renal, un trágico malentendido.

—Aunque cometiéramos ese... error —dije con un hilo de voz—, Angus pensaría que lo había traicionado. Al menos hasta que se me ocurriese algo.

—No veo cómo vamos a poder evitar eso, puesto que te niegas a que te saquemos de aquí. Si no piensas dejar que haga nada para protegerte, está claro que no podemos contárselo. Si pensara por un momento que te encuentras amenazada, se tomaría la justicia por su mano, y entonces tendríamos un cadáver que habría muerto por algo mucho más brutal que un fallo renal. Lo cierto es que no te puedo garantizar que no vaya a hacer ninguna locura.

—¿Y si mientras tanto deja de quererme?

—Por eso no creo que debas preocuparte —replicó Meg—. Pero tampoco tienes otra opción, dado que no quieres oír hablar de pasar a la acción. Verte con tu esposo le partirá el corazón, de eso sí estoy segura.

Casi no podía respirar cuando bajé la escalera esa noche y, mientras recorría la pequeña distancia hasta el rincón junto al fuego, sentí como si estuviera subiendo a la plataforma de la guillotina. Me pregunté si Hank le habría contado a Ellis la conversación que habíamos mantenido junto al fuego y las desacertadas acusaciones que había lanzado contra ellos. Traté de convencerme de que no diría nada, pues sabía lo que estaba en juego. No era posible que me odiase tanto, aun cuando fuese verdad que tenía los pies planos. Intenté averiguar lo que pensaba Hank mientras me aproximaba al sofá, pero su expresión no me reveló nada. Ellis dio unas palmaditas en el cojín que tenía a su lado.

—Ven a sentarte, cariño. Empezaba a preguntarme si bajarías.

—Perdona lo de antes —dije, dedicándole una sonrisa rápida, forzada antes de sentarme—. Estoy segura de que no ha sido la bienvenida que esperabas.

—No seas tonta —replicó—. Debí enviarte un recado de que estaríamos fuera más días de los que pensábamos. ¿Te sientes mejor del estómago?

—Un poco, sí.

Quizá mi intento de parecer normal habría sido más convincente si le hubiera preguntado por el viaje y lo que habían descubierto acerca del monstruo; pero como sabía mucho de lo que habían estado haciendo aparte de eso, la conversación habría requerido un grado de fingimiento que no me veía capaz de mantener. Al menos de momento, tenía que dejar que pensara que mi falta de curiosidad se debía a que me encontraba mal del estómago.

Angus nos observaba con atención a los tres, su rostro era una máscara inescrutable. Yo no lo podía mirar directamente, puesto que no quería dar ningún motivo a Ellis para que reparase en él, pero por el rabillo del ojo notaba la brusquedad con que apoyaba los vasos sobre la barra y la manera lúgubre con que se ocupaba de sus asuntos.

No me imaginaba en qué estaría pensando. Debía de saber que aquello no

era lo que parecía, pero seguro que también se preguntaba por qué no le contaba lo que estaba pasando. Yo quería hacerlo, desesperadamente, pero me hallaba en un callejón sin salida: o acababa encerrado durante el resto de sus días o mataba a Ellis y lo ahorcaban por ello.

Todos los hombres del pueblo sin excepción estaban tan perplejos y sin habla como Angus y, cuando Willie el cartero llegó, se dirigió a su asiento sin lanzar siquiera una mirada en nuestra dirección. Era como si Hank y Ellis no se hubieran ausentado nunca, como si los últimos trece días no hubieran existido. Procuré evitar el contacto visual con los leñadores, que estaban atónitos al verme encarnando de nuevo mi viejo papel de la señora Hyde, y recé en silencio para que ninguno revelara que había estado trabajando detrás de la barra. Sabía con absoluta certeza que, si algo podía impulsar a Ellis a correr a una cabina telefónica, ese algo era eso.

Por fortuna, los leñadores le prestaban mucha más atención a Meg que a nuestro rincón junto al fuego. Esa misma tarde el doctor McLean había dado su autorización para que reanudase su trabajo en la posada, aunque todavía no podía volver al aserradero. Estaba dolorosamente delgada y se movía con cautela, pero se había maquillado y se había puesto un vestido de colores alegres, dispuesta a que todo siguiera como siempre. Vista por la derecha, estaba tan guapa y perfecta como antes. Vista por la izquierda... en fin, vista por la izquierda daba ganas de llorar.

—Es una pena lo de su cara —comentó Hank mientras encendía un cigarrillo—. Era una auténtica belleza.

—¿Ah, sí? No me había fijado —dijo Ellis—. Pero desde luego ahora está hecha una pena.

Me pregunté si alguna vez pensaría en la noche en que había intentado derribar mi puerta, o si tenía idea de lo que había pretendido hacer en caso de lograrlo.

Cuando Meg nos puso delante los platos, Ellis preguntó:

—¿Es ternera?

—Venado —replicó ella

Ellis le lanzó a Hank una mirada triunfante.

Lo odié por eso. ¡Dios mío, cuánto lo odiaba! El odio bullía en mi vientre como una serpiente que no paraba de retorcerse.



Un cuarto de hora después, un viejo vestido con uniforme andrajoso entró tambaleándose y anunció con extravagancia de borracho que acababa de ver al monstruo.

Willie resopló.

—¡Ya estamos otra vez! —dijo.

—¿Dudas de mi palabra? —le preguntó el hombre con expresión incrédula.

—¡Cielos, no! ¿Qué razón podríamos tener para dudar de tu palabra? —dijo Ian MacKintosh. Una oleada de risas y comentarios se extendió a lo largo de la barra.

—Bueno, si van a tratarme así, me iré a gastar mi dinero a otra parte.

—¡Claro! Caminarás cuatro kilómetros hasta el Clansman, ¿no? —dijo otro.

—¡Desde luego que sí! ¡No pienso quedarme donde me insultan!

Willie arqueó las anaranjadas cejas.

—A juzgar por tu estado, tendrás suerte si llegas entero a casa.

El anciano carraspeó y dio media vuelta para marcharse, haciendo eses hacia la puerta.

En ese momento, Ellis y Hank se miraron, y Ellis se puso en pie de un salto y corrió hacia el desconocido.

—Disculpe, señor —lo abordó, tocándole el codo—, no he podido evitar oírlo. ¿Querría sentarse con nosotros? Estaremos encantados de escuchar su historia.

El hombre lo observó con sus ojos lacrimosos, pasó unos segundos rumiando su respuesta y, finalmente, le hundió un dedo en el pecho a Ellis.

—Yo a usted lo conozco. Es... Sé quién es —dijo esforzándose para articular las palabras—. He oído que estaba en el pueblo. Yo conocí a su padre, ¿sabe? Un buen tipo. Muy generoso, si no recuerdo mal.

—Sí, nos viene de familia —comentó Ellis, radiante—. Venga y siéntese con nosotros —añadió señalando con un amplio gesto la chimenea, como si estuviera invitando al anciano al salón de nuestra casa.

—Bueno, no le diré que no —respondió el hombre.

—¡Camarero! —dijo Ellis, haciendo chasquear los dedos por encima de la cabeza—. Tráigale a este amigo lo que quiera.

Yo quise que me tragara la tierra. Me imaginaba perfectamente cuál sería la reacción de Angus, y hube de hacer un esfuerzo supremo para no mirar.

Ellis cogió al viejo por el brazo y lo sentó en una silla al lado de Hank.

Después de presentarnos a los tres, tomó asiento y se echó hacia delante, frotándose las manos.

—Pero basta de hablar de nosotros. Cuéntenos algo de usted.

—Me llamo Roddie McDonald —dijo el hombre—, y ojalá me hubiera mordido la lengua antes de hablar en una sala llena de escépticos. —Lanzó una mirada despectiva hacia la barra y después se inclinó hacia delante, como para hacer una confidencia—. No es la primera vez que veo al monstruo, ¿sabe? A su padre se lo conté la vez anterior. Y bien agradecido que estuvo. —Asintió gravemente con la cabeza—. Su padre... era coronel, ¿no? ¿Cómo está el viejo? Combatió en la Gran Guerra, lo mismo que yo..., aunque ahora se supone que debemos llamarla primera guerra mundial. —Bajó la vista hacia su ropa—. Este uniforme... lo llevé en la batalla de Lieja, ¿sabe? Pero ahora sólo me han permitido alistarme en la Guardia Local. Demasiado viejo, dicen... —Se volvió para mirarme, se cubrió la boca con la mano a modo de pantalla y dijo en un susurro ruidoso y húmedo—: Con eso demuestran lo que saben, ¡porque estoy hecho un tigre!

Hizo un guiño y, como en una escena de una comedia grotesca, Hank y Ellis echaron atrás la cabeza y lanzaron un aullido. Roddie pareció alarmado primero, después desconcertado, y finalmente se sumó a los alaridos, dejando al descubierto unos dientes cariados y algunos huecos entre éstos. Yo habría querido hundirme en mi asiento.

—¡Apuesto a que sí! ¡Nadie puede con un hombretón como usted! —dijo Hank. Y dejó de reír y se aclaró la garganta—. Ahora cuéntenoslo todo, empezando por el principio.

Aunque era evidente que Roddie había acudido a la posada en busca de beneficio económico, de inmediato me di cuenta de que había algo más. Su aseveración de que había divisado al monstruo cerca de la esclusa debería haber contrariado a Hank y a Ellis, ya que precisamente allí habían instalado ellos su centro de observaciones, y sin embargo no dieron muestras del menor disgusto. Al contrario, parecían atentos y animados, radiantes en su cordial amabilidad. Los imaginé vestidos de esmoquin, haciendo amistades en alguna mansión de Rittenhouse Square.

Era evidente que Roddie estaba encantado con su público y lo expresaba con los gestos, las inflexiones dramáticas de la voz y el modo en que movía las manos para ilustrar la historia.

—Entonces, sin previo aviso, la superficie del agua empezó a agitarse y a hervir, y de repente ¡vi asomar la cabeza y el cuello a menos de cincuenta

metros de distancia! —Roddie meneó la cabeza con expresión maravillada—. Les aseguro que fue todo un espectáculo.

—Y ¿el cuello era largo y curvo? —preguntó Ellis.

—Sí, claro —asintió Roddie—. Como de cisne, sólo que mucho más grande. Y los ojos...

—¿Eran protuberantes? —intervino Hank—. ¿Redondos y oscuros? ¿Como de una criatura de las profundidades?

—Sí, eso mismo —confirmó Roddie, asintiendo una vez más—. La bestia tenía un aspecto temible, como si fuera a llevárselo a uno sin pensarlo dos veces.

—¿De qué tamaño era la aleta dorsal? —preguntó Ellis.

Roddie se rio entre dientes y se dio una palmada en el muslo.

—¿Cómo saben que tenía una aleta?

—Hemos investigado un poco —dijo Ellis, echando una mirada a Hank.

Entonces caí: consultar a médicos e ir a los tribunales no era lo único que habían hecho mientras habían estado fuera.

—Pues sí señor, tenía una aleta, y sólo la aleta medía más de un metro...

A su debido tiempo, Roddie confirmó que el cuerpo del monstruo era «de color verde oscuro, con manchas pardas en los flancos y una suerte de motas en la barriga». Había pasado de asegurar que había visto la cabeza y el cuello de la bestia desde unos cincuenta metros de distancia a describir todo el cuerpo.

—Perdona, cariño —dije—, pero creo que voy a subir a la habitación.

Ellis me miró con sorprendido deleite. No me acordaba de la última vez que lo había llamado *cariño*, y estaba segura de que él tampoco. Tuve que hacer un gran esfuerzo para que la palabra saliera de mis labios.

—¡Pero si no has tocado la cena! —dijo.

—Lo siento —repliqué—. Sigo un poco mareada. Estoy segura de que me sentiré mejor cuando haya dormido.

—Claro que sí —aseguró, poniéndose en pie—. Te acompañaré a tu cuarto.

—No, por favor, quédate. —Le puse una mano en el brazo—. Esta conversación es importante. Trata de enterarte de todos los detalles. Cuanto antes levantéis a la bestia, antes podremos regresar a casa, y así todo volverá a la normalidad.

Ellis me observó con curiosidad mientras les deseaba buenas noches a Roddie y a Hank, y siguió observándome cuando rodeé el sofá para dirigirme

hacia la escalera.

Sin embargo, él no era el único que me observaba. Estuve a punto de desmoronarme bajo el peso de la mirada de Angus.

Nada más cerrar la puerta, me dejé caer en la cama. Hundí la cara en la almohada, que todavía conservaba el olor de Angus, y rompí a llorar.

Hank y Ellis o habían construido una maqueta del monstruo o tenían pensado hacerlo, y con la descripción que le habían sonsacado a Roddie, yo sabía exactamente qué aspecto tendría. Si ya la habían construido, sería cuestión de días antes de que consiguieran sus imágenes filmadas y organizaran nuestro regreso a casa. Pero antes Ellis me llevaría a que me manipularan el cerebro, porque iba a regresar triunfante, con una película que confirmaría de manera indiscutible las fotografías del coronel.

El padre, el hijo y sus cuentas bancarias volverían a reunirse, y Ellis no permitiría que nada en el mundo se interpusiera, sobre todo algo tan nimio y prescindible como yo.

Pasé la noche agitándome y dándome la vuelta, retorciendo las mantas, hasta que se convirtieron en un rebujo. Cada vez que la chimenea silbaba o temblaba el cristal de la ventana, cada vez que oía cualquier ruido, estaba segura de que era Angus, que venía a verme. Si venía, ¿qué haría yo? ¿Contárselo todo y confiar en que diera con una solución que se me hubiese pasado por alto a mí? ¿O simplemente confiar en que lo que yo le contase no lo incitara a enfilarse el pasillo para matar a Ellis?

Al cabo de un tiempo, ya no pude más, y bajé sin hacer ruido a la cocina. Recorrí a tientas las puertas de madera de su cama hasta tocar la separación entre las dos hojas. Se había encerrado.

Apoyé la frente contra la juntura, pensando que debía de saber que yo me encontraba allí: yo notaba su presencia tras las puertas con la misma fuerza con la que sentía los latidos de mi corazón en el pecho, y aunque no me presintiera de igual forma, era imposible que no hubiera oído el susurro de mis dedos contra los paneles de madera, o el levísimo chasquido de las puertas sobre sus raíles cuando apoyé la cabeza.

Si, en efecto, sabía que estaba allí, no dio ninguna muestra de que fuera así. Era mejor así, me dije. Al fin y al cabo, no podía hacer nada para ayudarme, y yo sólo podía hacerle daño.

Apoyé los labios sobre la madera de la puerta en un beso mudo y subí de nuevo la escalera.

Oí que Ellis y Hank estaban hablando en el piso de abajo desde el instante en que salí de mi habitación. Me detuve un momento e hice un par de inspiraciones profundas.

Siendo como era hija de mi madre, aplacarlos debería haber resultado sencillo, aun cuando fuese lo último que quisiera hacer. Pero me sentía

asqueada, letárgica, entumecida. Era como si ya me hubieran operado el cerebro y nadie se hubiera molestado en decírmelo.

Me pregunté cómo sería la intervención y si después conservaría algún recuerdo. Me pregunté si sería capaz de crear otros nuevos.

Anna estaba sentada junto al fuego, sacando brillo a la cubertería de plata dispuesta sobre una tira de fieltro. Cuando pasé, levantó la vista, mirándome un breve instante a los ojos, y me pregunté qué le habría contado Meg.

—Buenos días, cielo —dijo Ellis mientras se ponía de pie para ayudarme con la silla.

—Buenos días, cariño —respondí yo, y al oírme pronunciar esa palabra, noté un destello de sorpresa en el rostro de Ellis, igual que la noche anterior.

Hank levantó la mirada y no dijo nada. Su expresión vacía me aterrorizó.

—Pareces Rita Hayworth a punto de salir de safari. ¿Tienes algún plan?

—Sí —dije, alisándome los pantalones de lona sobre los muslos, como si fueran de seda fina—. Se me ha ocurrido que podía acompañaros.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque hace siglos que no os veo —respondí—. Os he echado de menos.

Hank y Ellis cruzaron una mirada.

—Quizá no sea el mejor día para que vengas con nosotros —dijo Ellis.

—Una chica podría interpretar mal esa respuesta, ¿sabes? —repliqué—. Pero te prometo que no os haré desperdiciar ni un metro de película.

—Hace un día horroroso —dijo Hank.

—Tiene razón —corroboró Ellis—. ¿Has visto el tiempo que hace? El cielo está nublado hasta donde alcanza la vista. No hay la menor esperanza de que se despeje.

O bien estaban a punto de montar la patraña, o bien Ellis ya había hecho la llamada y la ambulancia venía de camino.

En ese preciso instante Angus salió de la cocina, me vio sentada a la mesa con Hank y Ellis y giró sobre sus talones profiriendo un gruñido desdeñoso.

Ellis se lo quedó mirando.

—Sinceramente, es el hombre más desagradable que he visto en toda mi vida.

Meg asomó la cabeza desde la cocina.

—¿Cenarán los tres aquí esta noche? Tenemos un buen estofado y, por una vez, habrá pan de verdad.

—¿Acaso no cenamos aquí siempre? —inquirió Hank, con una sonrisilla. Ellis revolvió los ojos y meneó la cabeza.

—Sí..., es decir, cuando están aquí —dijo Meg—, pero vamos a cenar una especialidad local y tenemos una sola hogaza de pan bueno, blanco y ligero, horneado esta misma mañana, para mojar en la salsa. No habrá suficiente para todos. Les aconsejo que bajen pronto a cenar. O también les puedo subir la cena a sus habitaciones, porque los demás cenarán sándwiches de remolacha, hechos con el pan del racionamiento.

—¿A qué se debe ese trato especial? —preguntó Hank.

—Tómelo como un detalle de bienvenida —respondió Meg antes de meterse en la cocina.

—Me parece que a esta chica la paliza de ese leñador le ha aflojado un tornillo —comentó Hank.

Ellis se echó a reír.

—Creo que siempre lo ha tenido flojo.

*Una especialidad local.*

Me habría gustado descartar de inmediato la idea, pero si mis sospechas eran correctas, Meg estaba cocinando —literalmente— la única solución a mi problema.

¿Se lo permitiría? ¿Podría vivir con eso sobre mi conciencia?

Me pregunté si Rhona y Mhàthair habrían salido a buscar los ingredientes o si ya estarían en la cocina.

Hank y Ellis habían empezado a recoger sus cosas cuando se abrió la puerta y entró Willie el cartero. Fue directo al fuego.

—Buenos días —dijo mirando a Anna—. ¡Qué tiempo tan horrible!

—Sí, ojalá pudiera pasar todo el día junto al fuego —respondió ella con un suspiro—. Pero los campos no se labran solos.

—¡No puedes salir a arar con este tiempo! ¡Te empaparás! —Aunque lo dijo con cara de ira, como conocía sus sentimientos hacia Anna, reconocí su expresión como una muestra de afecto.

—Llevaré el impermeable. Y, si me mojo demasiado, entraré en casa.

—Muy bien, pero hazlo —dijo él, asintiendo con gesto grave—. Tengo un par de cartas para tus huéspedes. Bueno, en realidad, una carta y un telegrama.

—Están ahí —dijo ella, señalándonos con la cabeza como si Willie no fuera capaz de encontrarnos sin su ayuda.

—¿Quién de ustedes es el señor Boyd? —preguntó el cartero mientras se acercaba a nuestra mesa.

Hank tendió el brazo y Willie le depositó la carta con un golpe sobre la palma de la mano.

Aun cuando la caligrafía no hubiera sido impecable y aunque el papel no conservara todavía una insinuación de la fragancia Soir de Paris, el color lavanda pálido del sobre habría delatado igualmente a Violet.

—¡Dios! Creo que mi enamorada finalmente me ha localizado —dijo Hank mientras deslizaba un cuchillo bajo la solapa del sobre—. Probablemente me habrá escrito para rogarme que vuelva. Bueno, ya falta poco y, cuando hayamos regresado, supongo que tendré que poner un anillo en uno de sus deditos.

Mientras Hank sacaba del sobre la carta de Violet, Willie me entregó el telegrama. Por la forma en que me sostuvo la mirada, me di cuenta de que intentaba decirme algo. Lo acepté con renuencia.

—¡Adelante, ábrelo! —dijo Ellis.

Yo estaba inmóvil, con el telegrama en la mano. Había pensado que la situación no podía empeorar, pero aparentemente me había equivocado. Ellis iba a enterarse de que mi padre había muerto y, además, de que le había preguntado al abogado por el divorcio.

Hank desplegó su carta y empezó a leer.

—Bueno, si no vas a abrirlo, lo haré yo —dijo Ellis, que de inmediato me arrebató el telegrama de las manos.

Me tapé los ojos. Hubo un silencio de unos segundos, mientras los dos leían.

—Pero... ¿qué diablos? ¿Ha muerto tu padre? —dijo Ellis—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¡Dios mío! —exclamó Hank con voz hueca.

—¡Dios mío! —gritó Ellis, dando una palmada sobre la mesa—. ¡Por todos los demonios, Maddie! ¡Somos más ricos que Creso! ¡Más ricos que Hank! Pero sólo porque no eres un hombre y porque, ¡gracias a Dios!, no tenemos ningún hijo varón, porque de lo contrario habríamos tenido que ponerle el nombre de tu abuelo e incluso su apellido solamente para tener acceso a las rentas del capital, y únicamente hasta que el chico cumpliera veintiún años, porque entonces se quedaría con todo. Pero parece que tu abuelo no tuvo suficiente vista. ¡Ja! ¡Has sido más lista que un zar de los bajos fondos, mi querida y brillante princesa sin hijos! ¡Ahora podremos comprarnos una casa en Rittenhouse Square! ¡Y al coronel que lo aspen!

—Me ha dejado —dijo Hank en voz baja—. La muy perra me ha dejado.



Miré a través de mis manos. Hank estaba pálido, mientras que Ellis daba saltos por toda la habitación como un duendecillo estúpido. Había dejado el telegrama sobre la mesa. Lo cogí y lo leí.

Tenía razón. Lo había heredado absolutamente todo, pero sólo porque no había ningún heredero del sexo masculino. Si hubiera habido algún varón a la vista, no me habría embolsado ni un céntimo, a menos que ese varón fuera hijo mío, y en ese caso también me quedaría sin nada en cuanto el niño llegara a la mayoría de edad. El abogado me sugería que nos reuniéramos personalmente en cuanto volviera a Estados Unidos, pero ni siquiera mencionaba el asunto del divorcio. Supuse que eso era lo que había intentado decirme Willie, que podía leer el telegrama tranquilamente delante de mi esposo.

Dejé el telegrama sobre la mesa y levanté la vista. Hank me miraba fijamente. Parecía desconcertado y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Violet me ha dejado, Maddie —dijo meneando la cabeza—. Va a casarse con Freddie. No lo entiendo. ¿Cómo ha podido hacerme algo así? — Su expresión cambió bruscamente y, de repente, descargó un golpe sobre la mesa—. ¡Freddie! ¡Ese maldito granuja! ¡Seguro que ése era su plan desde el principio! ¡Quería quitarme del medio para poder robarme a Violet! ¡Lo mataré! ¡Te juro, Ellis, que lo mataré!

Se levantó de un salto, pero Ellis se plantó delante de él y lo sujetó con fuerza por los hombros.

—No, no vas a hacer nada de eso —le dijo lentamente, con mucha calma—. Conseguiremos esa película del monstruo y, después, cuando volvamos a casa, seremos famosos en todo el mundo y entonces tú le robarás la chica a Freddie. Eso es lo que vamos a hacer.

Hank se quedó un buen rato mirando a Ellis, resoplando como un toro enfurecido.

—Entonces vamos y terminemos esto cuanto antes —declaró.

—Si te pones así, supongo que no me queda otra opción, aunque estaba disfrutando de un instante con mi preciosa y acaudalada esposa —replicó Ellis. Se puso el abrigo y me dio un beso en la mejilla—. Hasta luego, mi encantadora gallinita de los huevos de oro. ¡Hasta la hora de la cena!

Cuando la puerta se cerró tras ellos, yo estaba demasiado asombrada para moverme. Por lo visto, también lo estaba Anna, que se sentó en el sofá, con un cucharón de plata en una mano y un paño en la otra.

Meg salió de la cocina meneando la cabeza con disgusto. Se acercó a la ventana y allí se quedó, mirando cómo se alejaban.

¡Hasta la hora de la cena!, me dijo.

Permanecí sentada a la mesa luchando con el concepto, intentando diseccionarlo en algo que no fuera asesinato a sangre fría. Traté de contemplarlo desde un punto de vista puramente racional, como una simple elección entre órganos: mi cerebro o sus riñones. Pero no eran solamente sus riñones. Era su vida.

Intenté verlo como un acto de defensa propia, pero no lo era. Si permitía que sucediera, sería una ejecución y, para colmo, una ejecución preventiva, porque el crimen ni siquiera se había cometido aún.

No podía. A pesar de todo lo que podía perder, no podía quedarme de brazos cruzados mientras veía cómo lo envenenaban.

Acababa de llegar a esa conclusión cuando la puerta se abrió bruscamente y fue a estrellarse contra la pared.

Entraron dos policías. Un furgón esperaba en la calle, aparcado detrás de ellos. A través de la lluvia, distinguí las palabras «Policía Local de Inverness» pintadas en un costado.

No se parecían a Bob el policía. Vestían flamantes uniformes azul marino, con una cinta de satén a lo largo del lateral de los pantalones, y cascos puntiagudos con insignias plateadas. Una porra y unas esposas colgaban de sus cinturones negros y, cuando se detuvieron, el agua se escurrió de sus uniformes impermeables y formó un charco alrededor de sus pesadas botas.

—Buenos días, señoras —dijo el más alto con una inclinación de la cabeza.

Casi no podía respirar. Ellis lo había hecho. El muy canalla lo había hecho. ¿Quizá porque no le había gustado el modo en que lo había mirado Angus la noche anterior? ¿Acaso porque yo no había sido suficientemente convincente en mi papel de esposa devota? ¿Había regresado tal vez con la decisión tomada y yo no podría haber hecho nada en ningún caso?

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó Meg.

Tenía que advertir a Angus, no me podía creer que no lo hubiese hecho ya.

—Buscamos a Angus Duncan Grant —dijo uno de ellos—. Tenemos entendido que vive aquí.

—Por ahora, sí. ¿Para qué quieren verlo? —preguntó Meg.

—Queremos hablar un momento con él. Nada más.

El oficial parecía tan amable y cortés, tan natural, que resultaba difícil creer que estuviera allí para destruirle la vida a Angus.

—Iré a anunciarle que están aquí —replicó Meg.

Me quedé mirando cómo se dirigía a la cocina, y, cuando me volví otra vez, los dos policías me observaban. Estaba segura de que habían visto el pánico reflejado en mis ojos.

—Buenos días, agentes —dijo Angus mientras salía de detrás de la barra y se acomodaba en uno de los taburetes—. Me han dicho que quieren hablar conmigo.

*Conall* salió con él y se dejó caer a sus pies. La actitud del perro era relajada, pero sus ojos saltaban nerviosamente de un desconocido a otro.

—Señor Grant...

—*Capitán* Grant —lo corrigió Anna, junto al fuego.

El policía asintió y volvió a mirar a Angus.

—Capitán Grant, soy el inspector Chisholm y éste es el sargento MacDougall. Hemos recibido la denuncia de que un cazador furtivo está actuando en los terrenos de Craig Gairbh.

—Me temo que no tengo conocimiento de eso —replicó Angus.

—El denunciante lo mencionó a usted como infractor —prosiguió el inspector Chisholm—, y una revisión rápida de las pruebas nos hace pensar que está en lo cierto. Venimos de dar un paseo por la propiedad y hemos visto que hay una cueva muy bien abastecida aquí detrás, en la colina: dos ciervos, un faisán y un urogallo, si no me equivoco. Supongo que podrá informarnos de su procedencia.

—Los cacé en las colinas —respondió Angus—. Imagino que ya lo habrán sospechado.

—¿Y esas *colinas* incluyen las tierras de Craig Gairbh?

—Así es —asintió Angus.

—Bueno —dijo el inspector Chisholm, enarcando las cejas—. No puedo decir que me esperara esa respuesta. Su honestidad lo honra pero, aun así, me temo que voy a tener que arrestarlo.

—No creo que sea necesario que me arresten —dijo Angus con absoluta calma, con los brazos sobre el pecho y estirando las piernas por delante, cruzadas a la altura de los tobillos.

—Me temo que no tengo elección —dijo el inspector Chisholm—. La ley es muy clara al respecto.

—Y ¿quién ha presentado la denuncia? —quiso saber Angus—. Porque estoy seguro de que no ha sido el señor de Craig Gairbh.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó el inspector Chisholm.

—Porque, si lo hubiera hecho, le aseguro que lo recordaría —dijo Angus.

Me quedé completamente perpleja y, a juzgar por su rostro, noté que los dos policías también estaban estupefactos.

—¿Perdone? ¿Qué ha dicho? —inquirió por último el inspector Chisholm.

—No creo que me esté permitido poner una denuncia contra mí mismo y, aunque pudiera, estoy bastante seguro de que no lo haría.

—¿Nos está diciendo que usted es el señor de Craig Gairbh?

—Así es —respondió Angus, asintiendo con la cabeza—. Desde hace tres meses. Soy hijo del hermano fallecido del antiguo señor. Su pariente varón más directo.

Yo no conseguía entenderlo. Me volví hacia Angus.

—Pero aquella noche, cuando vino Bob el policía, ¿no te hizo una advertencia sobre la caza furtiva? —logré articular.

—No dijo nada de la caza —replicó él—. Me advirtió que no volviera a arrojar al río al inspector de pesca.

Lo miré a los ojos y me di cuenta de lo que significaba aquello. Entonces me puse en pie de un salto.

—¡Ese canalla! ¡Esa rata! ¡A ver qué cara pone cuando se lo diga!

—¿Maddie? —dijo Angus—. ¿Qué pasa?

—¡Fue Ellis! Fue él quien te denunció. Amenazaba con meterte en la cárcel si no volvía a ser la esposa perfecta. —Me detuve de repente—. ¡Y ha cumplido sus amenazas! ¡Dios mío! ¡Probablemente también estará en camino la ambulancia para llevarme al hospital!

—¿Hospital? ¿Qué hospital? —preguntó Angus.

—Meg te lo contará. Yo tengo que irme —dije, adelantando a toda prisa a los agentes para coger mi abrigo.

—¡Maddie, espera! —dijo Angus—. No irás a ningún sitio. ¡Yo voy

contigo!

—Siento interrumpir —intervino el inspector Chisholm—, pero ¿le importaría proporcionarnos alguna prueba de lo que acaba de alegar antes de que nos marchemos?

—Eso puede esperar —replicó Angus, avanzando a grandes zancadas hacia la puerta—. *Conall, trobhad! Crios Ort!*

El perro se puso de pie y salió trotando detrás de él.

—Me temo que no —lo contradijo el inspector Chisholm, y alargó una mano y agarró por el brazo a Angus. En un santiamén, éste se volvió y lo inmovilizó por las muñecas, las manos paralelas a las orejas. Las caras de ambos estaban a centímetros de distancia.

El sargento MacDougall dio un paso al frente mientras se llevaba una mano a la porra.

Al cabo de unos segundos, Angus soltó al inspector Chisholm, que se alisó las mangas y se lo quedó mirando con expresión beligerante.

—Ahora mismo les daré la prueba que piden, para que se vayan de una vez —dijo Angus—. Meg, trae la caja fuerte; yo traeré la llave. Y tú, Maddie, quédate aquí.

Cuando se giró, aproveché la oportunidad para escabullirme y salir bajo la lluvia.

Había una serie de cosas que quería decirle a Ellis —y también a Hank— antes de que llegaran los demás.

Corrí tanto como pude, después seguí andando a ritmo rápido y, cuando avisté el castillo de Urquhart, mi marcha ya se había reducido a un paso tambaleante.

La visión del castillo me hizo recuperar un poco el aliento y acelerar, primero cuesta abajo y después cuesta arriba, a través del foso y de la caseta del guardia, y entre los matorrales espinosos, hasta divisar la parte superior de la esclusa.

Hank estaba en la orilla, inclinado sobre la cámara, con un impermeable cubriéndole la cabeza. Ellis se encontraba en la barca, que estaba sólo a medias en el agua. Por un momento pensé que iba a desembarcar, pero después noté que ya habían descargado las mochilas y que la cuerda estaba enrollada en la proa. Estaba a punto de salir al agua.

Bajé corriendo la colina y, antes de que ninguno de los dos comprendiera lo que estaba pasando, me metí en el bote por la proa y aterricé de rodillas, dándome un golpe en las costillas contra el banco. En el fondo había agua de lluvia acumulada.

Cuando levanté la cabeza para retirarme de la cara el pelo mojado, vi que Ellis me miraba boquiabierto, pasmado.

—¡Maddie! ¿Qué demonios significa esto? —dijo.

Hank asomó la cabeza por debajo del impermeable.

—¡Cielo santo! ¿Qué haces aquí? Te dijimos que éste no era un buen día.

Más allá del banco, sobre el fondo de la barca, había una maqueta del monstruo, con su cuello curvo, sus ojos prominentes, su larga aleta dorsal y su cuerpo verde oliva.

Me abalancé sobre el banco y levanté a la falsa bestia.

—¿Es éste el motivo? —espeté, agitándola sobre mi cabeza.

—Maddie, suelta eso —dijo Ellis con los dientes apretados.

—Lo que tú digas. —Arrojé la maqueta por encima de su hombro, tan lejos de la barca como pude. El monstruo en miniatura quedó flotando de lado, y yo me eché a reír—. ¡Dios mío! ¡Si ni siquiera flota bien!

Ellis me miraba fijamente.

Hank suspiró con dramatismo.

—Ellis, recógelo, por favor. Tenemos poca madera. Y de paso ocúpate de controlar a tu esposa.

Ellis empuñó los remos y comenzó a remar hacia la maqueta sin dejar de mirarme a los ojos.

—¡Eh, Hank! —grité, con la voz quebrada por el esfuerzo—. ¡Quiero hablar contigo! Cuando dices que me controle, ¿te refieres a dejar que me conviertan el lóbulo frontal en un suflé?

Hank revolvió los ojos.

—¡Por el amor de Dios, Maddie! Ellis sólo pretende que dejes de comportarte como una lunática. Si eres capaz de conseguir eso, no hará nada.

—Ayer no pensabas lo mismo. ¿Qué ha cambiado desde ayer?

—Se siente impotente, todos nos sentimos impotentes, y estamos diciendo cosas que no pensamos, incluida tú. Sobre todo tú. Pero no falta mucho para que abandonemos este infierno, de manera que ¿no podrías intentar aguantar unos días más?

—¿Se sentía impotente ayer, cuando fue a denunciar a Angus? Porque hace media hora vinieron dos policías de Inverness para arrestarlo.

Hank lo miró con severidad.

—¿Es verdad, Ellis?

—¿Por qué demonios se lo preguntas a él? —Me salían solamente jirones de voz, por el esfuerzo—. ¿Crees que ahora, de repente, empezará a decir la verdad? ¡Por Dios! Mintió con respecto al daltonismo para no tener que ir a la guerra.

Mi voz rebotaba contra las colinas de la ribera opuesta y el eco me devolvía las palabras.

Ellis pasó por encima del banco central. Vi venir su puño cerrado y, al minuto siguiente, estaba tendida en el fondo encharcado de la barca, con el campo visual repleto de estrellas bailarinas.

—¡Santo cielo, Ellis! —gritó Hank—. ¿Qué demonios te pasa?

Me acurruqué en la proa, a la espera de recuperar la visión.

—¡Vuelve aquí con esa maldita barca! ¡Te lo digo en serio! ¡Vuelve ahora mismo!

—Antes tengo que hablar un momento con mi mujer —replicó Ellis en un tono casi jovial.

—Si no regresas en este mismo instante con esa barca, Ellis...

—No hay mucho que puedas hacer, ¿no?

Me incorporé sobre los codos. La cabeza me daba vueltas. Estábamos a una docena de metros de la orilla. Ellis estaba sentado en el banco central y me miraba con una mueca burlona.

—Entonces ¿es verdad? —dije.

—No sé a qué te refieres.

—Distingues los colores.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué? No tiene ninguna importancia.

—¿«No tiene ninguna importancia»?

—Nadie más se enterará nunca. Pero no te preocupes por tu operación, cariño. Las instalaciones del hospital son realmente lujosas.

—¡Ellis! —aulló Hank desde la orilla.

—En cuanto desembarque —dije en voz baja—, no volverás a verme nunca más, excepto quizá en los juzgados, para el divorcio. Ya no puedes amenazarme con nada.

—Sí que puedo. Estás incapacitada, y eso me convierte en tu tutor legal. Lo único que tengo que hacer es llamar al hospital.

—No podrán llevarme al hospital si no pueden dar conmigo, y no lo

harán.

—¡Ellis! ¡Vuelve! —seguía rugiendo Hank.

—Ah, por cierto, la policía no ha podido arrestar a Angus por practicar la caza furtiva en Craig Gairbh porque, casualmente, él es el señor de Craig Gairbh —proseguí—. Supongo que eso os convierte en primos o algo así, aunque no acabo de ver ningún parecido entre vosotros.

Nos sostuvimos mutuamente la mirada, como si nos estuviéramos viendo por primera vez. El agua batía un flanco de la barca, que estaba empezando a balancearse.

—¡Ellis! —volvió a gritar Hank—. ¡Da la vuelta, por lo que más quieras!

—¡Déjanos en paz, Hank! Volveré a la orilla cuando me parezca.

—¡Mira! —insistió Hank, y su voz era tan gutural y sincera que no pudimos por menos que volvernos para mirarlo a él.

Estaba filmando como un poseído, pero sacó el otro brazo de debajo del impermeable, solamente durante el tiempo necesario para señalar.

—¡Estaba ahí! ¡Os juro que era largo, negro y arqueado! Ha salido solamente un momento. ¡Ha dejado una estela de al menos veinte metros de largo! ¡Cielo santo, es lo que buscábamos! ¡Lo estoy filmando! ¡Estoy haciendo una maldita película! ¡Ellis, esto será espectacular!

Ellis cambió de expresión y se volvió a su asiento. Yo me agarré al borde de la barca y me incliné para mirar. Algo grande, oscuro y redondeado se estaba moviendo a toda velocidad bajo el agua. Cuando comprendí que venía subiendo hacia mí, ya había golpeado el fondo de la proa y me había catapultado por el aire.

No tuve tiempo ni de respirar cuando sentí que la boca y la nariz se me estaban llenando de agua, y sólo entonces comprendí que estaba bajo la superficie.

El frío me conmocionó. Miles de burbujas, grandes y pequeñas, pasaban rápidamente a mi lado. Era el aire que se me escapaba de la ropa y, como las burbujas debían de estar ascendiendo, yo tenía que estar cabeza abajo. Arqueé instintivamente la espalda para enderezarme.

Las burbujas se volvieron más lentas, lo que significaba que la ropa se me estaba saturando de agua. Mi único pensamiento era librarme del abrigo y, aunque logré juntar las manos delante de mí, tenía los dedos demasiado fríos para que me obedecieran. Conseguí encontrar los botones, palparlos y tocar incluso el hilo que los mantenía cosidos al abrigo, pero no pude desabrocharlos. Al poco tiempo, las manos se apartaron con impotencia de



ellos.

Levanté la vista a la superficie y, como a través de un grueso cristal traslúcido, vi a Ellis, a bordo de la barca, con un remo en la mano. La pala atravesó la superficie y se detuvo contra mi pecho.

Con enorme fuerza de voluntad, logré adelantar las dos manos y agarrarme con todos los dedos al mástil, justo por encima de la pala. Me aferré con todas mis fuerzas y, después de un tiempo que me pareció una eternidad, me pregunté por qué no me movía en dirección a la barca. Desconcertada, levanté la vista otra vez y vi la expresión decidida de Ellis a través de un millón de pequeñas hebras de turba que flotaban en el agua.

No me estaba rescatando. Me estaba manteniendo bajo el agua.

Intenté alejar el remo de mí, pero todo fue inútil. Ellis lo desplazó hacia el centro de mi pecho y empujó con fuerza para hundirme, hasta que una última columna de burbujas escapó de mi nariz. Sentí que perdía la conciencia. La superficie retrocedió y se hizo el silencio.

Lo que sucedió a continuación fue como caer en una cascada invertida. Un brazo apareció de la nada, me aferró con fuerza y tiró de mí hacia arriba hasta atravesar la superficie con un estallido ensordecedor de olas. Después, me sentí empujada por el agua a toda velocidad.

—Agárrate, *mo gràidh*. Yo te sostengo —me dijo Angus al oído.

Con el brazo libre nadaba de espaldas, mientras nos impulsaba a los dos batiendo los pies. Intenté respirar, pero mi pecho se negaba a moverse. Ni siquiera pude levantar las manos para agarrarme de su brazo.

Se me cerraban los ojos, por mucho que luchaba por mantenerlos abiertos. Por un momento veía nubes que se arremolinaban y pasaban sobre mí como si fueran seres vivos y, al momento siguiente, nada.

Nubes, nada. Nubes, nada. Y, finalmente, nada.

Lo siguiente que sentí fue la boca de Angus cubriendo la mía y, a continuación, un vómito de agua que me salió de las entrañas. Sus manos me colocaron de lado y un espasmo me recorrió la caja torácica y me hizo proyectar al exterior otro chorro de agua por la nariz y por la boca. Después, inhalé una bocanada de aire en una inspiración ronca y borboteante, la primera desde que me había sumergido en el lago.

Angus me ayudó a sentarme y me envolvió en su abrigo.

—¿Qué demonios...? —dijo Hank, asomándose por debajo de su impermeable—. ¡Cielo santo! ¿Qué ha pasado? Maddie, ¿estás bien?

—No, no está bien —respondió Angus, escupiendo las palabras—. Está congelada y medio ahogada. Deme su abrigo.

Hank se lo quitó no sin cierta dificultad y se lo arrojó a Angus.

—¿Qué ha pasado? Ni siquiera la he visto caer. —Se volvió para mirarme—. ¡Dios mío! Tiene las manos y la cara azules.

Angus me envolvió en el segundo abrigo y me cargó en sus brazos.

—Voy a llevarla al antiguo horno para secar grano —dijo—. Es la única habitación intacta de esta ala del castillo. Corra tan rápido como pueda hasta la primera casa blanca, al norte. Es la granja de los McKenzie. Dígales lo que ha pasado y pídales que envíen a Bob el policía. Él vendrá con su coche.

Mientras Angus me llevaba en brazos a través de la esclusa, apoyé la cabeza en su hombro y volví la vista al lago.

Ellis seguía en la barca, remando desesperadamente con un solo remo. El otro flotaba en el agua, fuera de su alcance.

Hank regresó con Mhàthair, ambos cargados de mantas y edredones. Antes de que pudiera darme cuenta, Mhàthair ya había reemplazado los abrigos por las mantas y me había envuelto como a un bebé. Me depositó al

borde del antiguo horno y se sentó a mi lado, cubriéndome tanto como pudo con los faldones de su propio abrigo. Yo me recosté contra su cuerpo, temblando de frío y alternando una agitada respiración superficial con violentos accesos de tos.

Angus se enrolló una manta en la ropa mojada, a modo de *kilt*. Iba y venía por la habitación, pero cada vez que yo sufría un acceso de tos, corría a sujetarme para que Mhàthair pudiera darme palmadas en la espalda.

Hank estaba acuclillado contra la pared, pálido. Al cabo de un rato, se puso de pie.

—Voy a ver si puedo traer a ese imbécil a tierra firme —dijo.

—Yo, en su lugar, cogería la cámara y dejaría que ese canalla se quedara donde está —replicó Angus.

—Sé que intentó jugarle una mala pasada, pero estoy seguro de que no querrá que se ahogue... —dijo Hank.

—Nada me gustaría más —respondió él—, pero estoy seguro de que encontrará la manera de volver a tierra, aunque sólo sea para hacerse con las pruebas.

—Si se refiere a la película, creo que está perfectamente protegida debajo de mi impermeable.

—Sí, en efecto, me refiero a la película. Pero no creo que la lluvia sea la principal amenaza para las pruebas, porque entre las muchas cosas que haya podido usted captar, está el intento de esa escoria de asesinar a su mujer.

—¿Qué? ¡No! ¡Eso es ridículo! —Al cabo de una breve pausa, Hank se volvió bruscamente hacia mí—. ¿Es cierto, Maddie?

Yo logré asentir con la cabeza.

Se me quedó mirando unos segundos, mientras caía en la cuenta de lo que acababa de suceder, y después se volvió y salió por la puerta.

Desde mi posición sobre el horno de piedra, dominaba a la perfección toda la esclusa. Hank se abrió paso entre los matorrales, se detuvo bajo el arco y bajó la vista hacia el muelle. Entonces dejó escapar un aullido de animal salvaje y echó a correr cuesta abajo. Hubo varios minutos de gritos encolerizados, amplificadas por el agua, pero no conseguí distinguir ninguna frase comprensible.

Cuando Hank reapareció, estaba cambiado. Entró en el recinto del horno con la cabeza gacha y los hombros encorvados. Ni siquiera balanceaba los brazos a los lados del cuerpo. Parecía un cadáver en pie.

Se apoyó contra la pared y se deslizó hasta quedar agachado. Se puso a

contemplar el suelo entre sus piernas, con los antebrazos en las rodillas y las manos entrelazadas. Tenía los nudillos ensangrentados y despellejados.

—Consiguió volver a la orilla antes de que llegara yo —dijo por fin—. Ha arrojado la cámara al lago.

Los demás guardamos silencio.

Levantó la vista y me miró con ojos sombríos.

—Procuraste decírmelo y no te escuché. Pensaba que lo conocía. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Me quedé acurrucada contra Mhàthair, sin intentar siquiera responderle.

—No, claro que no puedes perdonarme —prosiguió Hank—. Nunca podré pagarte mis errores, lo sé. Pero te aseguro que no lo sabía; ni siquiera sé cómo se las arregló para escabullirse para ir a la cabina telefónica. Estamos juntos prácticamente siempre. Pero si ha llamado al hospital, además de a las autoridades, te juro que no permitiré que te lleven.

—¿Usted? —escupió Angus—. ¿Usted no lo va a permitir? ¡Ni siquiera podrá ponerle la mano encima al canalla que se atreva a venir a intentar llevarse a Maddie! ¡Porque si a alguien le van a arreglar el cerebro es al canalla que quiera llevarse a Maddie! ¡Y también al cobarde que se ha quedado ahí abajo! ¡Y no sólo el cerebro, si alguna vez vuelve a cruzarse en mi camino! ¡Le conviene que Bob el policía lo ponga cuanto antes entre rejas para no darme esa oportunidad!

Hank se quedó mirando a Angus mientras hablaba y después volvió a bajar la cabeza.

Cuando llegó Bob, Angus me llevó al coche en brazos, con Mhàthair y Hank detrás. Nadie sugirió que fuéramos a buscar a Ellis.

Mientras regresábamos a la posada, Bob dijo:

—Entonces ¿me estás diciendo que había pruebas fotográficas del intento de asesinato pero se han perdido?

—Así es —respondió Angus.

Bob se volvió hacia Hank, que estaba a su lado, mirando por la ventana en el asiento del acompañante.

—Y ¿usted dice que no vio nada?

—Sólo al monstruo —respondió Hank cabizbajo.

—¡Pero estaba ahí! —exclamó Bob, golpeando dos veces el volante con

las palmas de las manos para mayor énfasis.

—Estaba concentrado en la filmación.

Bob le echó un par de vistazos exasperados y después suspiró.

—Bueno, hay un testigo ocular y, por fortuna, la víctima todavía puede testificar. Es base suficiente para arrestarlo.

Llegamos a la posada y aparcamos delante, sintiendo el crujido de la grava bajo el caucho frío y duro de los neumáticos.

Bob se giró en su asiento para ver cómo Angus me sacaba del coche.

—Iré a buscar al doctor McLean —informó—, y después supongo que tendré que ir a arrestar a ese personaje patético —dijo—. Ni siquiera recuerdo la última vez que tuve un detenido en mi calabozo. —Volvió a suspirar—. Imagino que tendré que prepararle la comida y todo.

En cuanto Angus me subió al piso de arriba, Anna, Meg y Mhàthair me arrebataron de sus brazos y lo despacharon, ordenándole que fuera a cambiarse de ropa.

Poco después, un fuego rugía en mi chimenea. Me vistieron con un grueso camisón y me acostaron bajo un montón tan alto de mantas que no podía moverme. Me pusieron cerditos de barro bajo los pies, y Mhàthair —tras apoyar el oído contra mi pecho y negar con la cabeza— se marchó el tiempo suficiente para preparar una cataplasma humeante y maloliente que me introdujo por debajo del delantero del camisón.

Después me puso ajo picado entre los dedos de los pies y me envolvió los pies. Cuando volvió a arreglar las mantas, me colocó otra más encima de los pies, aún plegada, atravesada en la parte inferior de la cama, que se añadió al peso de las demás.

Yo lo soportaba todo sin protestar. Cuando no tosía, mis pulmones hacían ruidos extraños. Estaba demasiado débil para moverme y yacía con los ojos vagamente orientados hacia el fuego. Entraba y salía sin cesar en una especie de trance intermitente en el que revivía unos momentos que me habían parecido los últimos de mi vida: la sensación ingravida y lenta de estar suspendida en el agua, el murmullo ensordecedor de las burbujas que estallaban a mi alrededor y el golpeteo de los remos dentro de sus soportes. Volvía a vivir los primeros instantes, cuando aún luchaba para sobrevivir, y los últimos, cuando acepté que todo sería inútil.

Ellis había visto la oportunidad de librarse de mí y la había aprovechado sin dudarle ni un segundo. Mi herencia, su herencia, su pequeño secreto... Todo podía solucionarse de una sola vez, con el esfuerzo de un minuto o dos.

Ellis negaría lo que había hecho, por supuesto. Alegaría mi trastorno mental para restar validez a mi testimonio y diría que Angus había malinterpretado la situación. Probablemente incluso se presentaría como un héroe incomprendido y aseguraría que había estado a punto de izarme a la barca de no haber sido por la intervención de Angus, que sólo había servido para que yo pasara más tiempo en el agua.

Me pregunté cómo explicaría la desaparición de la cámara o la versión de los hechos que ofrecería Hank, porque si bien quizá pudiera poner en duda mi testimonio, estaba segura de que no iba a ser tan fácil hacer callar a Hank.

¿Había sido realmente el monstruo lo que habíamos encontrado? Nunca lo sabríamos. Por culpa de Ellis, nadie lo sabría nunca.

Mi trance intermitente había sido en realidad un efecto de la hipotermia, como explicó el doctor McLean. Después, con un gesto apreciativo hacia Mhàthair, dijo que ya había entrado suficientemente en calor y me declaró fuera de peligro en ese sentido. Sin embargo anunció que padecía pseudoneumonía, a causa del agua inhalada, y que a partir de ese momento era preciso impedir que desarrollara una neumonía auténtica, que podía ser letal en cuestión de horas. A continuación sacó de su maletín un tónico verde y me lo dejó sobre el tocador.

—Este frasco contiene un expectorante. Queremos que tosa y expulse todo lo que tenga dentro.

—¿Y si le damos un poco de aceite de ricino? —preguntó Anna inquieta.

El médico negó con la cabeza.

—Me temo que no serviría de nada.

Anna inspiró el aire entre los dientes, con la preocupación pintada en el rostro.

A lo largo de la noche, mi temperatura subió y bajó varias veces. Pasaba de estar hirviendo a congelarme en cuestión de segundos. Me sacudían terribles accesos de tos, y entre medias sentía que se me desgarraban los pulmones cada vez que respiraba. Estaba completamente a merced de mi cuerpo.

Me agarraba temblando a las mantas y rogaba que alguien alimentara el fuego con más leña, pero al minuto siguiente me quitaba las mantas de encima e incluso llegaba a tirarlas al suelo. En cada ocasión, Mhàthair volvía a arroparme, con calma y gentileza.

No dejaba de entrar y salir de la habitación con sus cataplasmas, alternando las de papilla de cebolla y vinagre con las de mostaza. Cuando el

calor se me hacía otra vez insoportable, arrojaba las cataplasmas lejos de mí. Entonces ella me las aplicaba de nuevo, con la misma serenidad con que volvía a arroparme. Parecía como si flotara en un segundo plano, haciendo cosas misteriosas, convertida en un par de manos competentes o en un conjunto de hábiles dedos, en lugar de ser la propia Mhàthair.

Angus no se apartó ni un momento de mi lado. Cuando volaba de fiebre y gritaba pidiendo hielo, me enjugaba la frente y me dejaba caer gotas de agua sobre la lengua. No hubo un solo instante en toda la noche en que abriera los ojos y no viera enseguida su rostro.

Una vez, de madrugada, cuando la fiebre me hacía apretar las mandíbulas doloridas, Angus me apoyó una mano en la frente y levantó la vista alarmado.

Mhàthair también vino a tomarme la temperatura y salió precipitadamente de la habitación. Angus me retiró todas las mantas y me sostuvo sentada, mientras me quitaba el camisón por la cabeza. Después mojó unos paños, los escurrió y me los aplicó por la pegajosa piel.

Minutos después, Mhàthair estaba de vuelta, y entre los dos me hicieron beber a sorbos una infusión, en la que la abundante miel no era suficiente para disimular el sabor amargo de fondo. Cuando volvieron a acostarme, yo me estaba deslizando hacia unos abismos tan oscuros y profundos como el lago. Un momento antes de que todo desapareciera a mi alrededor, una joven de ojos tristes se materializó ante mí. Flotaba en el aire, con el camisón y el cabello abolsado a su alrededor. Era Màiri. Lo supe instintivamente. Me dijo algo y me tendió los brazos, pero antes de que pudiera averiguar qué me decía, ella —y todo lo demás— se desvaneció.

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté, sin saber muy bien dónde estaba. Parpadeé un par de veces, y de pronto vi los ojos azules de Angus, sentado en el sillón, que se había acercado a la cama.

Mhàthair vino por el otro costado y me apoyó una mano sobre la frente.

—Ha cedido la fiebre, gracias a Dios —dijo—. Ya ha pasado lo peor.

Angus cerró los ojos un momento y a continuación se llevó mi mano a los labios para besármela.

—Nunca más vuelvas a asustarme de este modo, *mo chridhe*. Pensé que te había perdido, y ya he perdido demasiado en el lago.

La fiebre había cedido, pero no estaba en condiciones de levantarme de



la cama. La tos por sí sola ya era agotadora, además de angustiosa.

Anna estaba haciendo punto junto al fuego y yo descansaba con los ojos cerrados cuando oí que alguien golpeaba el marco de la puerta.

—Toc, toc —dijo Hank—. ¿Se aceptan visitas?

—Yo diría que no —replicó Anna con severidad—. No está en condiciones de recibir a nadie.

—Lo siento. No me refería a visitas sociales. Maddie, por favor, ¿puedo hablar un momento contigo? ¿A solas?

—¿No se da cuenta de que se está recuperando? —dijo Anna—. Lo que tenga que decirle, sea lo que sea, puede esperar.

—No... Está bien... —conseguí proferir con la poca voz que me había dejado la tos.

Anna se quedó observando a Hank unos segundos y después le enseñó los cinco dedos de una mano.

—Cinco minutos —anunció—. Ni un minuto más. Me quedaré en el pasillo.

Dejó su labor en el suelo y se marchó, no sin antes fulminar a Hank con la mirada.

Él se quedó de pie con evidente incomodidad, moviendo las manos nerviosamente, como si no supiera qué hacer con ellas. Por un momento temí que encendiera un cigarrillo. Al final, rodeó la cama y fue a sentarse en el sillón. Se dejó caer en el asiento, cruzó las piernas y clavó la vista en la chimenea.

—¿Es cierto que intentó ahogarte? —me preguntó por fin—. ¿Estás segura?

Sólo después de hablar, levantó la vista y me contempló. Sostuve su mirada, y él bajó la suya y respiró hondo.

—Oye —empezó—, ya sé que nada de esto cambiará lo sucedido, pero he tomado una decisión: voy a enviarle un telegrama al coronel. Le contaré que Ellis ha estado mintiendo respecto al daltonismo. Existen pruebas, ¿sabes? No puede fingir siempre.

Después de una pausa, pregunté:

—¿Por qué? ¿Lo haces para vengarte?

—¡Porque se lo merece! Porque además de lo que estuvo a punto de hacerte en el cerebro, ¡intentó matarte! ¡Y destruyó la película! ¡Y por su culpa he perdido a Violet! Me ha hecho perder muchas cosas, quizá incluso también a ti.

Bajó la cabeza y se apretó las esquinas de los ojos con los dedos, como si estuviese a punto de llorar.

Yo lo miraba, sin ninguna emoción.

—No has perdido a Violet por su culpa —dije—. Te portaste tan mal con ella como lo hiciste conmigo.

Dejó de intentar llorar y levantó la vista.

—¿Qué?

—Lo sé todo, Hank.

—Por lo visto, yo no. ¿A qué te refieres?

—¿Qué habías elegido tú? ¿Cara o cruz? —le pregunté—. Y, más importante aún, ¿ganaste o perdiste?

La sorpresa le hizo abrir mucho los ojos y se me quedó mirando fijamente durante un tiempo, sin parpadear.

—Dios santo, Maddie. No sé qué decir.

—Creo que preferiría que no dijese nada.

En ese instante, Anna volvió a entrar en la habitación.

—Bob el policía está abajo —anunció—. Dice que necesita hablar con vosotros dos ahora mismo y, como él no puede esperar y Maddie no puede bajar, quiere saber si puede subir al dormitorio. Yo ya le he dicho que no me parece muy apropiado y que probablemente le dirías que no.

—Está bien —respondí—. Puede subir.

Procuré no perder la calma, pero la adrenalina corría por mis venas. ¿Y si había venido a informarnos de que Ellis había logrado escapar?

Angus y Anna condujeron a Bob hasta mi cuarto.

El policía se quedó al pie de la cama.

—Señora Hyde —dijo con una inclinación de la cabeza para saludarme—, espero que se sienta un poco mejor. Angus me ha dicho que ha pasado bastante mal la noche.

—Sí, gracias. Creo que ya me estoy recuperando —respondí, aunque el esfuerzo de hablar me desencadenó otro acceso de tos. Me coloqué de costado, y Anna corrió a darme unos golpecitos en la espalda.

Bob esperó a que terminara de toser y Anna me hubiese incorporado de nuevo.

—Siento interferir de este modo, pero me temo que ha surgido una

situación inesperada.

—¿Qué tipo de situación? —preguntó Angus y, por el modo en que se le ensombreció la expresión, deduje que había sacado la misma conclusión que yo.

—No, no es lo que están pensando —dijo Bob. El policía se miró un momento los zapatos y después miró a Hank a la cara—. Señor Boyd, ¿hubo algún tipo de... altercado, a orillas del lago?

—Sí, nos peleamos y lo derribé de un puñetazo.

—Pero ¿estaba... consciente la última vez que lo vio?

—Estaba un tanto desmejorado, pero sin duda alguna, consciente. Incluso lloriqueaba y se comportaba de manera escandalosa.

—Bueno, verá... —prosiguió Bob, haciendo girar la gorra entre las manos—. Me temo que, cuando fui a arrestarlo, el sospechoso había fallecido.

Angus se me acercó al instante y me apoyó una mano en el hombro. Yo busqué su mano y le apreté los dedos.

—¿Qué? ¿Cómo? —quiso saber Hank.

—Todo apunta a que se ha ahogado en cinco centímetros de agua —dijo Bob—. Nunca había visto nada igual. Estaba boca abajo al borde del agua. El resto del cuerpo ni siquiera estaba mojado.

—Probablemente se estaba haciendo el muerto para que usted se marchara —aventuró Hank—, es muy capaz de hacer algo así.

—Ha muerto, no cabe la menor duda. El cuerpo ya está en la morgue, en Inverness. Y ahora el problema es establecer qué sucedió y cómo.

De repente, Hank fue presa del pánico, al comprender lo que significaban los hechos para él. Se levantó del sillón de un salto.

—¡Dios mío! ¡No pensará que lo maté yo! —exclamó—. Cuando lo dejé, estaba caminando. Se tambaleaba, pero iba andando. ¡Se lo juro! Debió de caerse. ¡Lo único que hice fue darle un golpe en una oreja! ¡Nada más!

Volvió la cara hacia mí, con la desesperación escrita en la mirada y los puños apretados.

—¡Maddie, díselo! ¡Por el amor de Dios, tú sabes bien que yo no mataría a Ellis! ¡Díselo!

—Es verdad. Hank jamás mataría a Ellis. Son como dos partes de la misma persona.

Hank seguía mirándome anonadado.

Bob se frotó la barbilla un momento, mientras pensaba.

—Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias, y ésta es la primera vez

que me sucede algo parecido, supongo que puedo registrarlo como ahogamiento accidental... Siempre y cuando no haya ninguna objeción por parte de la familia.

Me miró de manera inquisitiva. Al cabo de unos segundos, asentí con un gesto. Angus me apretó el hombro y yo le agarré los dedos con más fuerza todavía.

Bob hizo una inspiración profunda.

—Dada la situación, no sé qué decir. Y, aunque sé que todo ha sido muy repentino, me temo que tendrá que empezar a pensar en los arreglos finales. Si puedo serle de alguna ayuda, le ruego que me lo haga saber.

—Gracias —dije yo en voz baja.

Cuando Bob se marchó, Hank se dispuso a salir también, moviéndose como un sonámbulo.

En cuanto hubo cerrado la puerta, levanté la vista hacia Angus. Sabía que pasaría algo, pero nada podría haberme preparado para el grito escalofriante que resonó en toda la casa. Rodeé con mis brazos la cintura de Angus, esperando mientras el espantoso alarido cesaba y daba paso a un llanto desenfrenado.

Angus me sostuvo la cabeza contra su cuerpo y me acarició el pelo.

—¿Y tú, *m'eudail*? ¿Estás bien?

Asentí.

—Creo que sí. Creo que no le desearía a nadie un final así, pero... ¡Dios mío!

—Desde luego, *mo run geal og*. No hace falta que me lo expliques. No a mí.

Le cogí la mano y me la llevé a la mejilla.

En el pasillo, Hank seguía dando alaridos de rabia y de dolor, pero ninguno de nosotros podía hacer nada al respecto. No había nadie en el mundo que pudiera consolarlo, porque estaba más que desconsolado: lo habían partido por la mitad.

Al final, envié a Ellis a casa con su madre. No quería asistir al funeral, y sospechaba que tampoco sería bienvenida.

Dos días después de la partida de Hank en el avión que transportaba el cuerpo de Ellis, Angus se deslizó en mi dormitorio y en mi cama. Se tendió a mi lado, apoyado en un codo, y me apartó el pelo del cuello. Acto seguido comenzó a tocarme el cuello del camión.

—Quítatelo...

Cuando volví a acostarme, él se inclinó sobre mí y me susurró al oído:

—Quiero casarme contigo, *mo chridhe*, para que esto sea oficial cuanto antes.

Me sembró el cuello de besos, de arriba abajo. Cuando ya casi había llegado a la clavícula, me mordió suavemente. Yo contuve la respiración, mientras sentía que se me erizaba cada pelo del cuerpo.

—Pero quizá sea mucho suponer que quieras casarte con un salvaje como yo —añadió él mientras proseguía su descenso, marcando con besos el camino hasta mi pecho izquierdo, pasándome la lengua por el pezón, que se contrajo, tornándose una pequeña frambuesa. Levantó la vista—. Aunque supongo que no lo he formulado como si fuese una pregunta, mi última observación pide a gritos una respuesta...

—Claro que sí —respondí—. Quiero ser la señora Grant cuanto ant..., ¡oh!

No pude contener un suspiro de placer, porque su lengua volvía a las andadas.

—En realidad —dijo él entre besos—, serás la muy honorable lady Madeline Grant, señora de Craig Gairbh.

Decidimos esperar unas semanas por guardar las formas, aunque a todos

los efectos y propósitos, estuvimos casados desde aquel mismo momento. Angus pasaba todas las noches en mi cama, pero se escabullía al piso de abajo antes del amanecer, para no ofender la sensibilidad de Anna.

Las noticias que llegaban del frente hacían pensar que la guerra en Europa no podía durar mucho más. Una ciudad tras otra se rendía o era liberada, y los alemanes se veían obligados a retroceder e internarse cada vez más en su propio territorio. Estaban rodeados por todas partes. También se habían quedado sin hombres que llamar a filas. Habían empezado a reclutar a niños de apenas diez años de las Juventudes Hitlerianas y volvían a alistar a los soldados dados de baja, incluso a los que habían perdido una pierna por debajo de la rodilla.

A partir de entonces, una cosa llevó a la otra, como cuando cae una hilera de fichas de dominó. Pero antes sufrimos un revés en nuestra propia casa: el presidente Roosevelt murió el 12 de abril, y Harry S. Truman fue nombrado trigésimo tercer presidente de Estados Unidos.

Tres días después, las fuerzas británicas liberaron un complejo de campos de concentración en Bergen-Belsen y, según un artículo publicado en el *Inverness Courier*, hallaron «miles de hombres, mujeres y niños al borde de la inanición, y una pila de cadáveres desnudos amontonados sobre una superficie de ochenta metros de largo por treinta de ancho». Según el mismo artículo, «la situación era de indecible horror, con casos de canibalismo en medio de la miseria, la enfermedad y la más absoluta crueldad». El general Eisenhower imploró a los miembros de la Cámara de los Comunes británica que fueran a ver por sí mismos «la agonía de la humanidad crucificada», porque no había palabras para describir tanto horror.

El 16 de abril, el mismo día en que los rusos lanzaban otra ofensiva a gran escala, un Adolf Hitler desesperado dictó sus últimas instrucciones, en las que ordenaba a las tropas arrestar de inmediato a cualquier oficial o soldado que llamara a la retirada, fuera cual fuese su rango, y a ejecutarlo de ser necesario, porque probablemente estaría a sueldo de Rusia, aun cuando vistiera uniforme alemán. Así fue su última arenga: «En esta hora, toda Alemania tiene los ojos puestos en vosotros, mis soldados del Este, y sólo espera que vuestro fanatismo, vuestras armas y vuestro impulso ahoguen la marea bolchevique en un baño de sangre».

Doce días después, Mussolini y su amante eran ejecutados por un pelotón de fusilamiento tras ser sorprendidos cuando intentaban huir a Suiza. Sus cuerpos fueron colgados de unos ganchos de carnicero, cabeza abajo, en el

*piazzale* Loreto. Una mujer se aproximó y gritó: «Cinco balazos por cada uno de mis cinco hijos asesinados», antes de descargar otras cinco balas sobre el ya maltrecho cadáver de Mussolini.

Al día siguiente, el 29 de abril, las fuerzas estadounidenses liberaron Dachau, el primero de los campos de concentración alemanes en ser construido y de los últimos en ser liberado. A su llegada, los estadounidenses encontraron treinta vagones carboneros repletos de cuerpos descompuestos. Dentro del campo de concentración, hallaron alrededor de treinta mil supervivientes desnutridos, que siguieron muriendo a un ritmo de varios cientos al día, porque sus organismos estaban demasiado débiles para aceptar el alimento.

El 30 de abril, los rusos tomaron Berlín e izaron la bandera soviética sobre el Reichstag. En las profundidades del búnker, mientras la batalla arreciaba sobre sus cabezas, Adolf Hitler y Eva Braun se envenenaron después de matar a sus perros, y a continuación Hitler se disparó en la cabeza.

Esa noche nos apiñamos todos alrededor de la radio, todos y cada uno de nosotros respirando por la boca. Casi era demasiado bueno para ser verdad. Por fin, tras una devastación, una crueldad y una despiadada indiferencia hacia la vida humana que a nosotros se nos antojaban inimaginables, al parecer las hostilidades habían cesado. Habían terminado, en efecto, aunque el fin del conflicto no fue anunciado oficialmente hasta una semana después, cuando todas las fuerzas alemanas restantes se rindieron sin condiciones.

Cuando finalmente llegó el Día de la Victoria, el júbilo colectivo se expresó en un auténtico caos. La gente destrozó las cortinas del apagón obligatorio y las quemó en las calles, mientras sonaban las sirenas y las campanas de las iglesias. Los desfiles de la victoria se convirtieron en grandes fiestas improvisadas, en las que la gente gritó, cantó y bailó, los desconocidos hicieron el amor entre las matas que festoneaban el camino, ardieron hogueras y las gaitas resonaron con aire de triunfo desde todas las colinas durante toda la noche.

A las diez de la mañana siguiente, Angus y yo nos casamos, y al otro día, Anna y Willie hicieron lo mismo.

Unas semanas después de nuestra boda, noté que Angus había retirado la lápida con su nombre, sin decir nada, y la había sustituido por una losa sin ninguna inscripción. Esta vez fui yo quien se arrodilló para repasar con los dedos los nombres de Màiri y la pequeña, y dejarles un ramillete de campánulas que acababa de recoger en el Monte.

Sabiendo que sólo había rendido homenaje a una tumba, continué hasta la esclusa, recogiendo más flores por el camino. Tras depositarlas en la orilla del agua, contemplé la negra, reluciente superficie del lago y me pregunté qué nos había sucedido exactamente cuando estábamos allí.

¿Fue Màiri? ¿Fue el monstruo? ¿O fue alguna otra cosa?

El monstruo —si es que de verdad existía— no volvió a aparecérseme nunca más. Pero a lo largo del último año yo había aprendido que los monstruos abundaban y que solían esconderse a la vista de todos.

Cuando Angus me preguntó si estaba lista para ver mi nuevo hogar, repuse que sí, por supuesto, siempre y cuando estuviese completamente seguro de que el Ejército había retirado todas las minas. Prorrumpió en una sonora carcajada cuando le conté mi aventura y me reveló que en los terrenos de la finca nunca había habido ninguna mina: los carteles se habían colocado únicamente para que no pasaran los civiles ni salieran los soldados. El fuego real, en cambio, era auténtico.

—Y bien, ¿qué te parece? —preguntó cuando pasamos el recodo y llegamos al camino salpicado de robles.

Las casetas y el alambre de espinos habían desaparecido, de manera que era la primera vez que veía la Casa Grande en toda su gloria.

Angus me rodeaba los hombros con su brazo, y observaba mi rostro con expresión expectante.



—Angus —dije, situándome delante de él—, ¡es magnífica! ¿Está cerrada con llave?

—No lo creo —contestó, y se rio cuando eché a correr hacia ella.

La doble puerta era enorme, con espléndidos herrajes. La entrada estaba rodeada de arbustos artísticamente podados y de una masa de hiedra que empezaba más arriba del frontón del portal y llegaba casi hasta el suelo. Por encima de la puerta destacaba un inmenso escudo de armas y, en lo más alto, sobre un friso de caballos rampantes que flanqueaban una adarga, había una torre del reloj, en una cúpula que, según me dijo Angus, había sido añadida al edificio principal en 1642. Cada ventana tenía un grabado diferente y, entre ellas, se levantaban unas columnas corintias de doce metros de altura.

Cuando franqué las puertas y me encontré admirando una vasta galería de varios pisos de altura, tuve que contener el aliento. Varias generaciones de la familia Grant me contemplaban desde las paredes cubiertas de paneles de roble, en retratos de enormes dimensiones, contenidos en barrocos marcos dorados. La mayoría de los antepasados eran pelirrojos, pero todos sin excepción tenían los penetrantes ojos azules de Angus.

No había ninguna habitación de la planta principal que no presentara intrincados motivos en el estucado del techo, en su mayoría policromados o dorados. Cada detalle era exquisito, desde los ornamentados candelabros hasta los tapices medievales, pasando por el *gabinete de curiosidades* que había pertenecido a Luis XIV. Los muebles tapizados me parecieron extrañamente gastados, hasta que Angus me explicó que databan de comienzos del siglo XVIII y que todo el terciopelo seguía siendo el original.

Intenté imaginar la reacción del coronel al entrar por primera vez en esas salas, muchos años antes. Cuando había levantado la vista y había visto los retratos de sus parientes, ¿se habrían unido sus fantasías de encontrar al monstruo con las de convertirse en señor de Craig Gairbh? Durante su estancia, mientras perseguía a las sirvientas y se dedicaba a adquirir el acento de la clase alta británica y a encargarse de trajes de tweed, ¿habría calculado también en secreto cuántos herederos Grant se interponían entre él y el título nobiliario?

No me cabía la menor duda de que así había sido. Y probablemente Ellis también lo hubiese hecho.

Aunque la guerra había acabado, Europa seguía siendo un caos. Había escasez de alimentos, crisis de transporte, un número enorme de refugiados que pasaban de una ciudad a otra, rendiciones en masa de soldados alemanes, cientos de miles de prisioneros liberados e innumerables soldados heridos que tenían ante sí la perspectiva de reconstruir sus vidas.

Yo no había olvidado a los heridos del *SS Mallory*, en particular al soldado que había cruzado la vista conmigo y me había sostenido la mirada. Ese hombre me había abierto los ojos y me había hecho despertar a una realidad que hasta ese momento había eludido. Mientras que Hank y Ellis seguían adelante con su vida sin preocuparse por nada, hombres como el soldado quemado, Angus o los hermanos de Anna lo habían sacrificado todo para salvarnos a los demás del monstruo que era Hitler. Yo quería darles algo a cambio.

Cuando le conté a Angus lo que había pensado, me rodeó en un silencioso abrazo.

Mis planes se hicieron realidad, y durante los años siguientes, la Casa Grande de Craig Gairbh se convirtió en un hospital de convalecencia para soldados heridos.

## EPÍLOGO

Antes de dos meses, las camas de hospital y los biombos ya ocupaban las salas de la casa y el gran salón de baile. El gabinete del ala este se convirtió en quirófano, y la gran galería, en unidad de quemados. Angus y yo nos instalamos con *Conall* en las habitaciones de servicio del piso de arriba y, al poco tiempo, Meg vino a vivir con nosotros, tras cumplir su propósito de hacerse enfermera.

Cuando veía a los pacientes se me encogía el corazón, pero a la vez me maravillaban. Vi cómo un sargento de cuarenta y siete años, que se había quedado ciego y estaba aprendiendo a desplazarse con la ayuda de un bastón, tocaba por primera vez los pétalos de una peonía y después hundía el rostro en la flor para sentir su aroma. Tuve ocasión de sostener la mano de un chico de menos de veinte años, que gritaba de frustración tras probarse por primera vez una pierna protésica. Animé en innumerables ocasiones a los participantes de las frecuentes carreras de sillas de ruedas que se organizaban en la gran galería. La biblioteca se convirtió en una sala de juegos. Un indómito soldado de veintidós años, que había perdido un brazo y el uso de las piernas, nos pedía diariamente que lo lleváramos a la biblioteca cada mañana, donde pasaba el resto del día derrotando a todo el que se atrevía a jugar con él al ajedrez.

Yo intentaba alentar a esos hombres y a los cientos de combatientes como ellos que pasaron por nuestras vidas y nuestra casa. Era un consuelo para mí verlos disfrutar de nuestro jardín o refrescarse a la sombra de la fuente.

Meg era muy popular entre los soldados y, de hecho, se casó con un joven cabo. Asimismo oriundo de Clydebank, la boda fue al siguiente día de San Valentín, aunque ni Angus ni yo pudimos asistir, debido a la mayor de las alegrías: la noche previa me sobrevinieron los dolores del parto, de manera que el día de San Valentín quedó redimido.

Dos de nuestros hijos nacieron durante esa época, para gran deleite de los soldados. Después de todo el horror, la muerte y la desesperación que

habían conocido, el nacimiento de un niño era el mejor canto a la vida.

La vida. Ahí estaba la vida, en toda su hermosa y trágica fragilidad, y los que habíamos tenido la suerte de sobrevivir abríamos los brazos para recibirla.

## NOTA DE LA AUTORA

Pasemos ahora a las advertencias habituales de quien escribe ficción basada en hechos reales:

Me he apropiado de parte de la historia de los avistamientos del monstruo. En particular, transformé la «fotografía del cirujano» en la «fotografía del coronel» y remodelé completamente el avistamiento del Real Cuerpo de Observadores. La planta de aluminio de Foyers fue bombardeada durante la guerra, pero a mediodía y no por la noche, y no en enero de 1945, sino en febrero de 1941. Del mismo modo, aunque intenté reflejar con fidelidad los otros aspectos de la creación de la Brigada de Servicios Especiales, el castillo de Achnacarry sólo se convirtió en su centro de entrenamiento en 1942.

Aunque no novelé ninguno de los datos referentes a las batallas y los campos de concentración citados, las cifras indicadas en el libro son inexactas, porque se basan en la información que habrían tenido a su disposición mis personajes en su época: las noticias nocturnas de la BBC y los artículos del *Inverness Courier*. Las cifras reales tardarían varios años en ver la luz y, como todos sabemos, son todavía más difíciles de comprender que las que tanto horrorizaron a Maddie.

## AGRADECIMIENTOS

No sé si escribir vuelve loca a la gente o si son los locos los que se sienten inclinados a escribir, pero no podría haber escrito este libro sin la ayuda de las siguientes personas, cuerdas, con las que estaré en deuda para siempre:

Mi marido, Bob, mi peñón de Gibraltar: sin tu apoyo y tu fe inquebrantables nada de esto habría sido posible, y sin duda no podría seguir adelante.

A mis hijos, Thomas y Daniel, unos jóvenes encantadores e increíblemente equilibrados a pesar de tenerme a mí por madre.

A Hugh Allison y Tony Harmsworth. Fue como si una mano invisible me guiase hacia vosotros. Expertos en Escocia durante la segunda guerra mundial y el monstruo del lago Ness, vuestra buena disposición a la hora de responder a mi infinidad de preguntas a lo largo de los años roza lo heroico.

A los miembros de la familia de Hugh, que me invitaron a sentarme al amor de la lumbre y se aseguraron (para bien o para mal) de que el líquido de mi vaso no bajara nunca. Hughie y Chrissie Campbell, Donnie y Joan Macdonald, Jock Macdonald y Alasdair Macdonald: gracias a todos y cada uno de vosotros por vuestra hospitalidad y por compartir vuestros recuerdos y memorias conmigo.

A las gentes que vivieron en Glenurquhart durante la guerra y fueron lo bastante generosas para compartir sus experiencias: Duncan MacDonald, Angus MacKenzie, Jessie (Nan) Marshall, William Ross y Bonita Spence.

A lady Munro of Foulis, por tener la gentileza de invitarme al castillo Foulis para hablarme de sus experiencias en la WAAF, la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina, y por permitir que me paseara por la cocina original del castillo con la cámara.

A Siobhan McNab, por su oportuna y concienzuda labor de archivo; a Fiona Marwick, del West Highland Museum, en Fort William; y a Sheila Gunn, por las traducciones en gaélico.

A mis críticos de confianza: Karen Abbott, Joshilyn Jackson y Renee

Rosen, cada una de las cuales ha evitado al menos en una ocasión que cometiese una locura o, si ya la he cometido, me ha salvado. Ya ni llevo la cuenta de la cantidad de libros a los que hemos sobrevivido juntas.

Y mi agradecimiento especial a Emma Sweeney, mi estupenda agente; Cindy Spiegel, fantástica editora; y Gina Centrello y el equipo de Random House. Todos vosotros tenéis la paciencia de Job y entendéis perfectamente el proceso creativo, y habéis proporcionado una mano firme, pero delicada, para guiar mi libro hacia la mejor forma posible. También le estoy eternamente agradecida a Lisa Highton, mi editora en Two Roads, que creyó en esta novela desde el principio.

A Cindy, en particular: a lo largo de estos últimos años la vida me ha lanzado algunas bolas difíciles, y no tengo palabras para agradecerte que hayas estado a mi lado. De no haber estado segura de contar con tu apoyo, no estoy segura de que hubiese podido salir adelante. Gracias.

*El agua de la vida*

Sara Gruen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *At the Water's Edge*

Diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta

© Sara Gruen, 2015

© de la traducción, Claudia Conde, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-15152-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)